

A book cover featuring a man from the chest up. He is wearing a black t-shirt and a red and white plaid shirt over it. The background is white with a light blue diagonal shape on the left. The text is overlaid on the image, with a sparkling effect. The main title is in large white letters, and the author's name is in white letters at the bottom right. There is also a smaller line of text above the author's name.

**¿Un
hombre
NORMAL?**

iJa!

De la autora de
Si tan solo fuera sexo

**Myriam
Ojeda**

**¿Un hombre
NORMAL?**

¡Ja!

Myriam Ojeda

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Título original: ¿Un hombre normal? ¡Ja!

Myriam Ojeda©, febrero 2020

Para todos aquellos que a veces, prefieren creer en la magia.

Prólogo

Esta vez la había liado a base de bien. No había tenido bastante con haber topado con todos los indeseables de mi ciudad, sino que, por si fuera poco, me encochaba un pelín de más de un lobo con piel de cordero, que después de regalarme el oído y haber pasado su lengua por mi culo —en sentido figurado— me había dado la patada padre dejándome sin motivo aparente.

Al menos había tenido la decencia de dejarme mientras disfrutaba de unos días de vacaciones ¡Qué considerado el zagal! Llevaba tres días como una zombi deambulando por mi apartamento. Podría haber aprovechado los días libres de los que disponía para ir a la playa e ir cogiendo un poco de tono en la piel, o para viajar a algún sitio recóndito, e incluso para ir a Ibiza y pegarme la fiesta de mi vida, pero... ¡no!

En vez de ello, me había quedado en casa llorando a lágrima viva por «mi desgracia». Y ¿qué es lo más curioso de todo? Que yo era terapeuta, concretamente me dedicaba a tratar los trastornos de separación afectiva.

En las once reuniones semanales que mantenía con mis cinco grupos, tratábamos las distintas etapas de la separación, haciendo hincapié en lo desastrosa que es la Dependencia Emocional. ¿Y qué estaba haciendo yo? Desoyendo completamente mis propios consejos y comportándome como una idiota llorona que se sentía una basura porque un maleante la había dejado. Y realmente no sabía con exactitud qué era lo que más me dolía de todo aquello, ya que yo misma me había replantado semanas antes la posibilidad de terminar la relación.

No era un secreto el hecho de que no estábamos bien, pero yo había hecho un esfuerzo titánico en intentar que la cosa reflotara, y... me había autoconvencido tanto de ello que no podía entender por qué me había dejado así sin más.

Pero lo entendiera o no, el caso es que lo había hecho. Y yo me encontraba pasando el duelo. ¡Necesitaba una terapeuta!

Me di un golpe en la cabeza por no haber desconectado el telefonillo. Creía haber dejado claro a todas mis amigas, por un «poco simpático» mensaje, que no estaba para nadie, incluso había recalcado el «NADIE», con mayúscula, acompañado de diferentes signos de exclamación.

A mi edad me cabreaba que todo pretendieran solucionarlo saliendo de fiesta. Estaba claro que lo hacían para animarme, pero aquello, más que consolarme o animarme, me molestaba muchísimo. No quería salir, emborracharme y liarme con cualquier tunante que solo buscara el morreo fácil con la borracha de la noche. Eso podía servir cuando tenía veinte años y lo dejaba con el típico inmaduro que piensa con el pene, pero ya tenía veintisiete años, a pocas semanas de cumplir veintiocho, y necesitaba algo más...

Quizá una tarde tranquila, un café, y llorar desconsoladamente culpándome a mí misma de todo, vamos, todas esas cosas que no les he permitido hacer a mis amigas cuando ellas han estado en mi posición. Pero ahora era yo la que estaba jodida, y a mí se me tenía que respetar ¡He dicho!

Miré el móvil. ¡Genial! Todas mis amigas me habían hecho caso. Conociendo como conocían mi carácter habían preferido darme por perdida; todas menos Cristina.

Me sacaba de quicio casi todo el tiempo que pasábamos juntas, sin embargo, era la única con la que prefería estar, casi siempre: lo de «casi» viene porque nos peleábamos demasiado.

El telefonillo llevaba sonado unos veinte minutos, y me decidí a abrir. Ni siquiera me había molestado en peinarme o quitarme el cochambroso pijama horrendo de entre tiempo que llevaba. En los últimos tres días había sido mi única compañía. Y... sí, era algo asqueroso.

—¿Cuánto tiempo crees que hubiera sido capaz de estar abajo esperando a que me abrieras? —dijo Cristina mientras entraba en mi casa como una exhalación. Olí su perfume cuando pasó por mi lado y entendí que necesitaba una ducha.

—Probablemente todo el día —exclamé de mala gana—. Por eso mismo te he dejado entrar. ¿Qué haces aquí?

—Comprobar que sigues viva, aunque por el olor, lo estoy dudando seriamente.

Me eché a reír sin ganas, me senté en el sofá mientras observaba cómo Cristina se recogía su cabello moreno y empezaba a recoger algunas cosas que habían desperdigadas por la cocina; resultaba graciosa, desde un punto de vista cómico.

Cris era bajita, morena y con los ojos grandes. Observaba muy atenta cómo revoloteaba, de mala gana, por mi cocina. Y es que verla enfadada resultaba cómico, y ni qué decir cuando salía a flote su lado irónico que complementaba, con armonía, su particular carácter; quizá si hubiera sido como ella, todo me hubiera sudado el papo.

Antes de lo esperado había recogido la cocina y había empezado a ordenar el salón, mientras yo seguía enfurruñada en el sofá sin perder detalle de lo que hacía mi amiga.

—¿Piensas quedarte sentada todo el día? Mañana empiezas a trabajar y tienes la casa hecha una puta pocilga.

—Cállate, toda la culpa la tienes tú.

Dejó caer las cosas que tenía en las manos y se cruzó de brazos, de no haber estado de mal humor me hubiera reído.

—¿Has dicho que la culpa es mía?

—Sí

—¿Por qué?

—Por gafarme la relación. Todo iba bien hasta que me dijiste que había algo en él que no te gustaba: ¡siempre me gafas!

Se echó a reír y estuve a punto de darle un puñetazo.

—Yo no tengo la culpa de que escojas a los tíos que tienen tatuado «CAPULLO» en la frente, con luces de neón. Yo no te gafo nada, simplemente acierto todas las veces que te lo digo, y eso no es gafar, es ser intuitiva.

—Pues no me hagas decirte dónde puedes meterte tu intuición —susurré poniéndome de pie y caminando hacia mi habitación.

—Dúchate mientras lo vas pensando, y yo iré terminando de recoger todo el desastre que tienes aquí. ¿Has oído hablar del síndrome de Diógenes?

Sonreí sin poderlo evitar, no podía decirle nada, tenía la casa hecha un auténtico desastre. Pero es que estaba tan desubicada que no tenía ganas de recoger nada y, lógicamente, poco a poco, todo iba acumulándose. Normalmente suelo ser una maniática del orden, menos cuando me dan bajones, es entonces cuando mi yo interior se ve reflejado en el caos que se muestra a mi alrededor.

A decir verdad, no estaba enfadada con Cristina, de hecho le daba las gracias por ser tan sincera. En el momento que me dijo que había algo en Nico que no le gustaba, me puse ojo avizor y, como siempre ocurría, tenía razón. No voy a negar que en el momento en el que me dijo que lo nuestro debía acabar me descolocó, pero a su vez algo me mantuvo medianamente serena; se trataba de esa parte de mí, que suelo silenciar cuando está de acuerdo con Cristina.

Cuando salí de la ducha me sentí realmente bien, al menos me sentía persona y no un despojo mal oliente. Mi cara seguía siendo algo difícil, mis ojos oscuros parecían más oscuros a causa de las ojeras, pero que mi piel tuviese ese tono algo moreno —herencia de mi padre—, ayudaba bastante a que no pareciera una aparición.

Volví de nuevo al salón, Cristina estaba ordenando el armario de mi cocina. Yo solía guardarlo todo en el primer sitio que encontraba, sin preocuparme, sin embargo ella era una maniática enfermiza y siempre que venía a mi casa se dedicaba a sacarlo todo y ordenarlo. Clasificaba los alimentos según el orden de prioridad o necesidad. Tras su paso podía pasar varias horas intentando encontrar todo aquello que necesitaba.

—Voy a bajar a tomarme un café, ¿te vienes? —Se dio la vuelta y me miró con las cejas fruncidas.

—¿Con el desastre que tienes aquí?

—Cristina, ¿qué más te da cómo tenga el mueble de mi cocina? Si ya ni siquiera vives conmigo.

—¡Gracias a Dios!, porque acabaría dándome un infarto a causa de tu desorden.

Salí de mi casa sonriendo aún sin ganas. Cristina seguía sintiéndose culpable por haber dejado de vivir conmigo para dar un paso más en su relación con Marcelo. Aunque no me lo dijera, seguía sintiéndose responsable de mí, y lo más curioso es que yo era mayor que ella. Cuando nos conocimos, con doce años, no imaginábamos que terminaríamos viviendo juntas durante dos años enteros. ¡Y sin matarnos! Pero para sorpresa de todos lo llevamos bien. No fue hasta que conoció al flamante Marcelo que decidió arriesgarse y vivir el amor en toda su plenitud. No la culpaba, había conocido a la horma de su zapato. ¿Y qué hacer cuando eso ocurre? Pues exprimir cada momento al máximo.

Mi atuendo aquella mañana era algo desastroso, pero no pensaba irme muy lejos, pensaba tomarme un café justo debajo de mi casa. Lo último que me apetecía era pasearme. Había elegido unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta gris que, con un solo uso, quedaría para hacerla trapos obligatoriamente. Todavía tenía el pelo húmedo, pero recogermelo me suponía un trabajo extra que, dado el nivel de vaguería que tenía, no estaba dispuesta a realizar; pero... a mediados del mes de junio se agradecía llevar el pelo mojado.

Me senté en la mesa que solía compartir con Nico cuando, ocasionalmente, tomábamos café antes de ir a trabajar. Podía haber cambiado de mesa, pero era un animal de costumbres; además, mirar a la gente pasar me distraía bastante.

Había decidido aprovechar mis horas muertas en aquella cafetería para echarle un vistazo a la lista de mi nuevo grupo de terapia, a decir verdad, «Mis» nuevos grupos de terapia. Cada día tenía uno distinto y me acompañarían durante once reuniones semanales. Finalmente siempre acababa centrándome en cada uno de los grupos, pero las primeras reuniones solían ser caóticas. Cinco grupos al mismo tiempo resultaba ser un tanto confuso. Afortunadamente todos empezaban a la misma vez, por ello daba las gracias.

Como había previsto, la mayoría eran personas de mediana edad que se había separado después de un porrón de años casados, pero llamó mi atención el incremento de chicos y chicas de mi edad. Aquello me hizo pensar. ¿Nuestra generación estaba en decadencia? ¿Sabrían aceptar consejos de una terapeuta de su misma edad? Bueno, fuera como fuera tendría que comprobarlo.

Entré a trabajar para la organización Esperanza dos años atrás. Había sido toda una suerte, ya que acababa de terminar mis estudios y encontrarme de frente con aquella oportunidad hizo que me creyera la reina de Saba.

Los inicios fueron algo duros. En muchas ocasiones escuchaba testimonios de vivencias que desconocía, y que incluso me venían algo grandes, así que tenía que tirar de las pequeñas chuletas que conservaba para saber abordar ciertos temas algo comprometidos. Gracias a Dios aprendí deprisa, y con el tiempo llegué a ser una de las terapeutas que más grupos tenían a su cargo. Mi línea de trabajo era clara: hablar y desahogarse.

Sonreí al reconocer la foto de carnet de un chico que figuraba en una de las listas. Era la tercera vez que acudía a terapia. Yo le hubiera dicho que era un caso perdido, pero Elena, la directora de todo el cotarro, y mi jefa, me lo prohibió. Las plazas eran limitadas y el hecho de que este chico acudiera por tercera vez era algo que, sencillamente, me molestaba.

Claro que, con el humor que tenía aquel día, cualquier cosa me habría molestado, incluso la irrupción del actor de la serie Lucifer en aquella cafetería buscándome desesperadamente. Bueno, quizá eso no, pero todo lo demás sí, incluida la camarera que se había olvidado de servirme el café solo, con un hielo que le había pedido.

Levanté la cabeza y la busqué con la mirada. Resoplé de mala gana al verla charlar divertida con un grupo de chicos. La miré insistentemente para que se sintiera molesta y mirara en mi dirección, pero nada, la tipa me estaba ignorando a las mil maravillas. Y no me extrañaba que lo hiciera, debía oler a humor rancio desde lejos. Aburrída, y viendo que nadie reparaba en mí, miré hacia la barra con la esperanza de encontrar a alguien más que pudiera prepararme un puto café. Encontré a un chico que sonrió cuando nuestras miradas se encontraron; tenía los ojos más azules que había visto nunca.

Estaba apoyado en la barra y no dejaba de mirarme, quizá esperando un saludo o algún tipo de reconocimiento. Lo miré fijamente, tenía buena memoria y sabía que no lo había visto nunca. Miré a ambos lados, incluso detrás de mí, pero aquellos ojos permanecieron fijos en mí.

Agaché la cabeza nerviosa, devolví la vista a mis papeles deseando que dejara de mirarme. No

podía evitar volverme torpe y tímida cuando me sentía observada. Resoplé varias veces, pero no fue suficiente para dejar de sentir aquella presión que se siente cuando alguien te observa. Presión que aquella camarera había llevado a las mil maravillas.

Tragué saliva, estaba claro que no lo conocía. Si alguna vez en mi corta vida me hubiera topado con un hombre así, creerme que lo recordaría. Era distinto al prototipo de chico en el que solía fijarme y completamente opuesto al tipo de tío con el que acababa encamada, muy a mi pesar.

Tenía el pelo rubio ondulado y revuelto. Al observarle apareció en mi mente la imagen de una tabla de surf, imagino que fue su look surfero fue lo que llamó mi atención. Tenía unos ojos vivaces azules que podía distinguir a la distancia que nos separaba, que no era mucha. Sus dos hoyuelos, acentuados, me dieron a entender que estaba sonriendo con ganas y volví a ruborizarme mirando hacia otro lado, fue ahí cuando quise morirme.

El reflejo que me devolvió el cristal casi me provoca un ataque epiléptico. Mi pelo había empezado a secarse y empezaba a parecerle a Mufasa, por no hablar de la ropa de pordiosera que llevaba puesta. Apreté los labios y me acordé de todo el monte Olimpo. Fingí que no me importaba parecer una politoxicómana, levanté el mentón, haciendo gala de toda mi elegancia — en aquel momento inexistente—, y me recogí el pelo, consiguiendo algo parecido a un nido de pájaros. Resentida y resignada como estaba, solo podía hacer una cosa: centrarme en los papeles que tenía delante e ignorar a ese chulazo de sonrisa resplandeciente y rostro dulce como la miel.

Casi lo consigo. Digo casi porque sentí como se iba acercando más y más a mí. Cuando levanté la vista, él se había sentado en la silla que había frente a mí, y casi me ahogo con mi propio aire. Me quedé sin saber qué decir mientras él me miraba sonriendo como si fuese lo más divertido que había en aquel lugar. Cuando reparé en el aspecto que tenía mi pelo y mi pinta en general, lo entendí todo.

—Deja de preocuparte tanto por tu aspecto —dijo con una voz tan sensual que la sentí en mi entrepierna—. Estás perfecta así, natural.

Abrí los ojos de golpe y no pude evitar una mueca, aquello debía de ser una broma, y si no, el politoxicómano era él.

—¿Perdona? —susurré—. ¿Te conozco?

Negó con la cabeza y no pude evitar mirar su cuello.

—Te he visto alguna vez por aquí, aunque llevaba días que no te veía. Sé que las rupturas son difíciles, pero ¡créeme!, ese tío no era para ti.

No pude evitar toser, el aire se me había quedado en la garganta y ni salía ni entraba. Después de toser varias veces perdiendo el poco glamour que había conseguido, lo miré perpleja.

—¿Ruptura? ¿Cómo?

—Lo vi contigo aquí una tarde —Se echó a reír por algo que solo el sabía y yo aluciné aún más con su actitud—. Debo decir que acerté en mi predicción.

En aquel momento me quedé petrificada, ¡aquello era surrealista! Un chico al que no conocía de nada, guapo a rabiar, y visiblemente pirado, se había sentado en mi mesa y me había hablado como si me conociera; me faltó el canto de un duro para caerme de la silla.

—No quiero ser brusca, no te conozco de nada y, sinceramente, no estoy de humor para tonterías. No sé si esto es una broma de Izan, o si mi mala suerte es tan bestial que ha hecho que el único loco que hay aquí se acerque y me hable, pero sea como sea, no es el momento ni el día.

En contra de todo pronóstico hizo una mueca graciosa y tuve que hacer verdaderos esfuerzos por no echarme a reír. Aquel chico tenía algo en la cara que invitaba a sonreír, no de una manera burlona, sino de una manera coqueta. A decir verdad, aunque por dentro estuviera riéndome, por

fuera mantenía mi misma expresión de pasa y disgusto.

—No estoy loco, ni mucho menos estoy de broma. No tengo el placer de conocer a ese tal Izan, pero sé que lo tienes en gran estima, probablemente no se hubiera sacado la carrera sin ti.

Me llevé las manos a la frente y resoplé.

—¿Quieres parar de hacer esto? ¿Quién eres?

—¡Oh! —Se lamentó y me sonrió a modo de disculpa—. Perdona, a veces me pasa. Lo siento, me llamo Quim.

—Quim —repetí.

—Sí, Quim, es el diminutivo de Joaquim.

Asentí mientras miraba atentamente los hoyuelos de su sonrisa.

—Bueno pues... encantada Quim. Yo soy Paula, sin diminutivos, Paula a secas.

Se echó a reír, aunque por mi tono había sonado borde, pretendía ser graciosa.

—Muy bien Paula a secas, perdona que te haya avasallado así, hay veces que no sé bien cómo acercarme a las personas —Lo miré con detenimiento. ¿Por qué alguien iba a querer acercarse a mí? Si iba echa un despojo—. Llevo unas semanas coincidiendo contigo aquí, tu no me habías visto porque siempre estas con cosas en la cabeza. Además, acercarme para decir las cosas que digo yo, no suele ser fácil.

—¿Eres El Cobrador del Frac?

Me sonrió y disimulé un suspiro como pude.

—No.

—¿Entonces?

—Soy vidente.

Abrí los ojos de golpe y me eche atrás en la silla. Quise permanecer serena, pero toda aquella situación me parecía tan surrealista que no pude evitar echarme a reír a carcajadas. Él sonreía de verme reír de aquella manera, pero no tenía pinta de haber dicho nada que no creyera.

—¿Vidente? —susurré mientras me secaba las lágrimas.

—O adivino, como quieras llamarlo —Sentenció para mi sorpresa.

Le miré perpleja.

—Mira, la verdad es que me has hecho reír y por ello te doy las gracias, pero en serio, esto no es necesario.

—Te repito que no estoy bromeando.

Apoyé los codos en la mesa y me sujeté la cabeza, que en aquel momento me pesaba toneladas, le miré directamente a los ojos: era una auténtica pena que aquel chico tan guapo estuviera loco.

—Muy bien, así que tú eres vidente, ¿verdad? —asintió—. Entiendo. ¿Tienes algún mensaje de los espíritus para darme?

Sonrió con dulzura y se apoyó en el respaldo de la silla.

—De momento no hay ningún mensaje, aunque soy vidente no médium.

—¿Y la diferencia es...?

—El médium ve espíritus, yo solo hago predicciones y presiento cosas sin quererlo, como ha sido en tu caso. Aunque aquí he de decir que he venido a hablar contigo porque quería hacerlo.

—Gracias por la parte que me toca —dije mirándolo como si estuviera viendo un payaso saltando a la comba—. Bueno, Quim, ¿qué quieres decirme? ¿Qué visión has tenido de mi futuro?

Me miró con el semblante serio y yo no pude evitar sonreír, era más que obvio mi tono de ironía. ¿Vidente? ¿En serio?

—No me crees, ¿verdad? —dijo mirándose detenidamente, lo que me puso nerviosa.

—Hombre, pues la verdad es que no.

—¿Me dejas intentarlo? —Me encogí de hombros evitando echarme a reír—. De acuerdo, eres terapeuta. Te gusta tu trabajo, aunque muchas veces te aterroriza poder parecerte a tus pacientes. Te llevas bien con tus padres, en especial con tu hermana, la que, por cierto, acaba de conseguir publicar un libro —Mi sonrisa fue desapareciendo—. Habías intentado desoír tu propia voz interior que te avisaba de que tu relación no acabaría bien. Que se haya marchado sin darte explicaciones, confirmando así tus temores, te ha dejado una sensación de vacío enorme. No es porque realmente estuvieras perdidamente enamorada, pero querías que esta vez fuera diferente, aunque en tu foro interno sabes que eliges mal a los hombres.

Escucharle decir aquello me había borrado la sonrisa burlona de la cara. Por el momento estaba dando en el clavo en todo, pero mi mente racional no podía admitir eso. ¿Videncia? ¡¿Estamos locos?!

—Ya —susurré—, no está mal, pero acabas de describir al setenta y cinco por ciento de las mujeres de mi edad; como verás, no es algo muy sorprendente.

—He dejado lo bueno para el final —Se me heló la sangre de golpe—. Por mucho que quieras, no podrás dejar de pensar en mí, algo que, sinceramente, me agrada. Mañana te levantarás enérgica, irás al trabajo y te irá bien hasta que te topes con alguien de tu pasado que te hará replantearte muchas cosas. Pero no quiero decirte mucho más, no quiero que pierdas el efecto sorpresa. Además, varias casualidades harán que te acuerdes de mí en determinados momentos. Entonces, te darás cuenta de que no estoy loco y, por alguna razón que no sabes, te darás cuenta de que he acertado. Así que... serás tú la que venga a buscarme —Le miré asombrada—. Hasta0 mañana, Paula a secas.

Se puso de pie y después de otra enorme sonrisa se dio la vuelta y desapareció por la puerta de la cafetería, dejándome helada y nerviosa.

Cuando llegué a casa aún seguía flasheada. Cristina ya se había marchado.

«¡Mierda!». Me quedé con muchas ganas de contarle a alguien mi experiencia con el tarado más guapo con el que había tenido el placer de coincidir.

Después de echarme en el sofá un rato para mirar las musarañas que bailaban danzas mágicas en el techo, decidí leer un poco, tenía que pensar en dormir si quería estar con energía el día siguiente, pero como siempre pasa cuando un libro es bueno, me dieron las tantas leyendo.

—¿Cómo coño le has aceptado la solicitud? —grité exasperada mientras Elena me miraba con cara de cansancio—. Y no me mires como si estuviera loca.

—¿Y cómo quieres que te mire? —Se dejó caer en una de las sillas de nuestra pequeña sala y le dio un trago a su café—. Aún no son las nueve de la mañana y ya estás en ese plan.

—La culpa es tuya, te pedí el turno de tarde.

—El turno de tarde le toca a Dolores y lo sabes. No pasa nada porque madrugues un poco —Resoplé indignada—. ¿Piensas estar con esta actitud?

—¿Y cómo quieres que esté? —Me senté frente a ella—. Manu es un cerdo, te conté lo que me hizo. ¿Y aun así lo pones a currar aquí de voluntario? Somos amigas, eso no se hace.

Se rascó la cabeza y me miró sonriendo.

—En primer lugar, yo no lo he puesto a currar, está aquí voluntariamente, así que no me ha tocado otra que aceptar. Yo no mando en todo —Miré hacia otro lado—. En segundo lugar, has estado con tantos ineptos que... ¡perdone, usted! si no he recordado la cara de uno de ellos; en tercer lugar, hace unos cuatro años de eso. ¿En serio tienes veintisiete años?

—Eso pone en mi D.N.I —Dejé caer los brazos a ambos lados y apoyé la cabeza resignada en la mesa; mi postura vista desde fuera era cómica—. Perdona, Elena, es que ¡no lo soporto! Fue un auténtico cerdo y ahora tengo que verlo aquí. Pero ¿de qué va?

—No le des más vueltas, Paula, con ignorarle tienes de sobra —Se puso de pie y se acercó a mí—. Quizá se sienta tan mal por haber sido un cerdo, y ahora quiera redimirse.

—¡Ya! ¿Haciendo un voluntariado en un centro de terapia?

—No sé, la gente tiene maneras raras de corregir errores.

—Pues entonces su madre debería metérselo de nuevo dentro otros nueve meses, eso sería una buena solución.

Me miró con aprensión antes de echarse a reír.

—¡Por Dios! No seas tan bruta. Está claro que madrugar no te sienta bien.

—Pues no.

—No le des vueltas, Paula, son cosas que pasan. ¿No dicen eso de «El pasado siempre vuelve»?

Le lancé un trozo de galleta que le dio en el culo mientras salía por la puerta. Estaba enfurruñada y cansada, y eso que me había levantado con ganas, cosa rara, dado el estado de ansiedad y tristeza que estaba manejando desde hacía unos días. Para mi sorpresa no había pensado demasiadas veces en Quim. En mi trabajo encontraba demasiado a menudo con algunas personas con algún tipo de desorden emocional. Puede que aquel chulazo los tuviera todos. ¡Una pena! Sonreí al pensar en Quim.

Desde que me había cruzado con Manu por los pasillos del centro, estaba que echaba humo. Cuando me animé a continuar con mi trabajo, me puse en pie y fui hacia la sala donde empezaría la terapia. Siempre que empezaba con un grupo nuevo me gustaba despejar mi mente de los otros grupos, desconectar de todas las historias anteriores, aunque estaba segura de que en esta ocasión sería más de lo mismo. Las personas tristemente somos débiles, y las que no lo son es porque han

llevado una carga extrema y saben manejarse mejor en situaciones emocionalmente estresantes. Yo envidiaba a todas esas personas. Si yo hubiera sido así, en ese momento no hubiera estado hecha una autentica mierda, y podría haber actuado como si nada hubiese pasado en mi vida, pero bueno, todos somos como somos por alguna razón que no llegamos a saber. Tarde o temprano conseguimos entenderlo, o no, ¡quién sabe! Yo aún no había conseguido entenderme a mí misma, pero tenía la esperanza de que el mundo estaría más avanzado que yo.

Ya estaban todas las sillas abiertas y en círculo. Di las gracias a Dios, o a quien fuera que lo hubiera hecho, porque tenía una pereza increíble.

Estaba sentada, ojeando la lista, cuando de reojo vi entrar a otro de mis amados compañeros. Mateo era terapeuta de aceptación.

—Me ha contado Elenita tu drama de hoy —Se sentó a mi lado y ladeó su cabeza haciéndome reír—. Hija mía, a ti te ha mirado un tuerto.

—Vaya, si animas así a todos tus pacientes, no entiendo cómo no ha subido el índice de suicidios.

Se echó a reír y me acarició el pelo.

—A ti no tengo que soltarte toda esa mierda, a ti puedo serte sincero.

—Pues prefiero que me sueltes tu mierda, al menos me subiría la moral —Le miré intentando ocultar que su expresión me hacía reír. Era muy guapo: moreno de espalda ancha y tremendamente atractivo. Una pena para mí que fuese gay.

—Eres un tanto exagerada, Paula. Veamos, ¡ponme al día! ¿Qué te hizo ese rufián de mala muerte?

Sonreí sin poderlo evitar. Le miré durante unos segundos, y levantó expectante sus cejas.

—Lo conocí hace unos cuatro años por Internet. Quedamos, nos gustamos, y empezamos a salir; entonces fue cuando se le fue la pinza y me dio la patada sin darme explicaciones. ¡Dos veces!

Cuando lo miré, me estaba sonriendo.

—Eres terapeuta, ¿no? Esto deberías tenerlo superado. ¿Qué es lo que te da tanta rabia?

—¿Te parece poco el hecho de que me utilizara y después me dejara como a una mierda?

—¿Y te parece poco que hayan pasado cuatro años? —Me dio un golpe en la rodilla y se puso de pie—. Creo que tu nueva ruptura te tiene hecha un basilisco, si hubieras coincidido con Manu en una época de felicidad te hubiera dado rematadamente lo mismo que trabajara aquí. Pero como has vuelto a topar con un indigente del amor, ahora odias a todo ser viviente con pene; más aún si fue un capullo contigo. ¡Supéralo, nena!

Diciendo esto abandonó la sala y me dejó allí sentada con una mueca de disgusto bastante latente. Tenía razón, Manu me recordaba mi nuevo fracaso amoroso, aparte de que realmente ese imbécil me repugnara —que lo hacía—. Iba a ser una mañana realmente dura.

Me sentí algo culpable cuando me descubrí a mí misma con la cabeza en mis cosas en lugar de estar pendiente de las presentaciones de mi grupo. Por suerte, tenía la costumbre de grabar la primera sesión para después anotar la sensación que me transmitía cada miembro; era un trabajo extra que me ocupaba bastante tiempo, pero siempre solía servirme de ayuda. Por mucho que lo intentara, pocas veces conseguía concentrarme en la primera sesión, así que grabarla era lo único que podía hacer. No podía evitar que las cosas nuevas me distrajeran.

Me quedaba anonadada observando sus movimientos, su vestimenta, incluso sus expresiones al escuchar a los otros miembros del grupo; eso, muchas veces me ayudaba más que escucharles soltar un discurso que seguramente habían ensayado en casa.

Era casi medio día cuando salí del centro, me sentía agotada y tan solo había sido la primera

mañana, en tres días estaría con las pilas desgastadas y hecha una autentica mierda. Quizá aquel desgaste se debiera al millón de maldiciones que le había lanzado a Manu durante toda la mañana. Sí, era rencorosa, y bastante, visto lo visto...

Aquello seguramente no me depararía muchas cosas buenas, pero no podía evitarlo, hacía muchos años que evitaba a toda costa a la gente que me hacía daño, los desterraba de mi vida y me juraba a mí misma no respirar su mismo aire jamás. Tener que verle cerca de mí me corroía. Yo nunca perdonaba ni mucho menos olvidaba.

Hacía un calor horroroso. La humedad hacía casi imposible que se pudiera caminar por la calle, así que, llevada por una sed de escándalo, y por qué no decirlo, una pereza indomable, me decidí a entrar en la cafetería que a veces adoptaba como hogar para tomarme algo lo suficientemente helado como para congelarme el cerebro.

Cuando el aire acondicionado del lugar azotó mi cara, sonreí. Qué fácil era hacerme feliz algunas veces; por suerte, mi mesa preferida estaba vacía, así que me senté dispuesta a escuchar la grabación y escribir las anotaciones que utilizaría el próximo día que tratara al grupo A.

Cuando Fabiola me trajo mi ensalada César vegana y mi agua helada, le sonreí.

—¿Ya has vuelto al trabajo? —dijo sonriéndome con cariño.

—Sí —Suspiré enfurruñada—. Acabo de empezar y ya estoy deseando que llegue el mes de agosto.

—Ya no queda nada, mujer.

—Casi dos meses —Me miró negando con la cabeza mientras sonreía—. No me mires así, de lo último que tengo ganas es de escuchar nada de nadie.

Se guardó su libreta de comandas en el delantal y sacó su móvil.

—Yo tampoco tengo ganas de atender a nadie, pero ¿qué hago si vienen hambrientos?

—Ignóralos.

Sonrió mientras me sacaba una foto y me la enseñaba.

—Esta cara es la que tienes, por el bien de mi clientela haz el favor de cambiarla, o tendré que echarte de aquí.

Me eché a reír al ver la foto y me dispuse a poner los auriculares en la grabadora para centrarme en escuchar la sesión mientras comía. Me sorprendí a mí misma sonriendo ante comentarios que no recordaba, de hecho, hasta me sorprendí de escucharme a mí misma hablar. Ni siquiera recordaba haberlo hecho, al menos no recordaba haber hablado tanto, pero me alegré de ello: escucharme de nuevo me había hecho sentir algo mejor y no una terapeuta incompetente.

Estaba contenta, era un grupo bueno, como hacía tiempo que no tenía, y fue ahí cuando deseé que llegara el próximo lunes para verles de nuevo y, eso sí, prestarles más atención. Ya había escuchado casi toda la grabación, cuando la voz de una de las chicas del grupo llamó mi atención.

—Hola, mi nombre es Sandra, tengo veintiocho años y estoy aquí por casualidad. He pasado los últimos ocho años con mi pareja, que me dejó hace varios meses. Desde entonces no levanto cabeza y no tengo ganas de nada, he perdido mi trabajo, mis amigas han desistido en su intento de ayudarme, y me encuentro en un pozo del que no consigo salir. Es triste darte cuenta de que tu vida no era en si tuya, sino una prolongación de la vida de tu pareja; ni siquiera sé qué cosas me gustan por mí misma. A mi edad apenas soy consciente de lo que ocurre a mi alrededor. Él está con otra persona y yo estoy volviéndome loca. Lo llamo todos los días varias veces y ya no me coge el teléfono; eso solo me crea una ansiedad más fuerte, que me lleva a llamarlo más y más. Necesito superar esto, necesito ayuda.

—Claro que lo superarás —Reconocí mi voz—. ¿Cómo diste con nosotros? ¿Qué te hizo buscarnos?

—Pues es un poco embarazoso el tema, pero... Me encontraba en una cafetería y un chico se acercó a mí, uno muy guapo, rubio, con ojos azules y me dijo que... —Hizo una pausa y me puse tensa; comprobé si la grabación seguía en marcha y vi que así era. Subí el volumen y fijé mi vista en los documentos; no pude evitar sentir un pequeño escalofrío—. Bueno, que era vidente y que tenía un mensaje para mí. Al principio pensé que estaba loco, pero me dijo cosas que eran verdad y que no podía saber nadie. Me dio el nombre de este lugar, lo busqué por Internet, y solicité la plaza.

Me quité boquiabierto los auriculares y fijé mi vista en la nada. ¿Dónde coño había estado mi mente cuando aquella chica había dicho eso? Me llevé las manos a la cabeza e intenté pensar racionalmente, ¡podía ser casualidad! Seguro que hay muchos tarados que dicen ser videntes, rubios, con ojos azules, y guapos, que asedian a las chicas en cafeterías. Claro, seguro que sí.

Dejé salir el aire de mis pulmones e intenté recordar con claridad las palabras de aquel vidente guapísimo que me había asaltado la tarde anterior:

Te irá bien, hasta que te topes con alguien de tu pasado que te hará replantearte muchas cosas, pero no quiero decirte mucho más, no quiero que pierdas el efecto sorpresa, además, varias casualidades harán que te acuerdes de mí en un momento oportuno, entonces te darás cuenta de que no estoy loco.

Abrí los ojos de golpe y tragué saliva. Dios, ¿cómo podía haberlo adivinado? ¿Cómo podía saber que Manu empezaba a trabajar conmigo? ¿Y cómo podía saber lo de aquella chica? ¿Cómo podía saber esas cosas?

—¡Quim! —Levanté la cabeza bruscamente, a unas mesas de distancia se encontraban dos chicas, una de ellas tenía una revista en la mano y le hablaba a la otra, que sonreía moviendo su café.

—Quim Gutiérrez es el actor del que me hablabas el otro día, el de la peli Tres bodas de más, ¿verdad? —La otra chica asintió con la cabeza y yo me hundí en la silla.

—Quim...—susurré.

Sin saber exactamente por qué empecé a sudar, nunca había creído en ese tipo de cosas, creía que había gente que podía tener algún tipo de don, pero no en los videntes que decían serlo.

Estaba volviéndome loca, apagué la grabadora y lo guardé todo en mi bolso. Debía enumerar las cosas y ponerlas en orden. Había acertado en todo lo que me había dicho, podría ser simple casualidad, pero, ¿cómo coño había podido saber que una persona de mi pasado aparecería? Quizá conocía a Manu y sabía de mi existencia, por eso sabía que me encontraría con él al día siguiente. El mundo era un pañuelo y en ocasiones ocurrían ese tipo de cosas... Sí, era la única opción posible; esa, o que realmente aquel chico tenía algo especial. En ese momento y en un rincón de mi pervertido subconsciente deseé que así fuera.

Pensé racionalmente mis opciones: una de ellas era quedarme como estaba y dejarlo pasar, y otra era buscar a aquel desconocido del que lo único que sabía era que se llama Quim y que decía ser vidente. Bueno, también sabía que era guapísimo, pero eso no era del todo un dato importante, ¿o sí? Quizá el que fuera tan increíblemente llamativo ayudaría a que alguien recordara haberlo visto allí la tarde anterior y supiera algo más de él.

Me levanté algo temblorosa y me dirigí hacia Fabiola, que estaba detrás de la barra consultando unos documentos; levantó la vista cuando notó mi presencia.

—¿Ya te vas?

—Sí —susurré—, tengo que hacer cosas en casa —Saqué el monedero y dejé cinco euros sobre la barra.

—Déjalo—dijo devolviéndome el billete—, hoy invita la casa.

Negué con la cabeza mientras le volvía a tender el billete.

—De eso nada.

—Vamos, Paula, déjame invitarte hoy, aunque solo sea porque es tu primer día —La miré dudosa—. Tú me acogiste en tu casa unos días, te lo debo.

—¡No digas tonterías! Gracias a ti no morí de inanición, debería haberte pagado por tus cuidados.

Me sonrió mientras negaba con la cabeza. Se había alojado en mi casa unos días hasta que encontró un piso decente donde vivir. La relación con sus padres nunca había sido buena y empeoró cuando Fabiola confesó ser una activista de la organización Femen; una organización que empezó a fraguarse en Kiev y se dio a conocer por su peculiar forma de protesta: con los pechos desnudos. Luchaban por distintas cosas, una de ellas los derechos de las mujeres en todos sus ámbitos. Que lo hicieran a teta descubierta era algo que me sorprendía, pero curiosamente eso llamaba el doble la atención. La echaron radicalmente de casa cuando salió en las noticias mientras la desalojaban del Palacio de Congresos con el pecho descubierto y con un mensaje escrito con pintura en su piel que rezaba: «Fuera de mi coño»; un mensaje que reivindicaba el derecho de la mujer sobre su cuerpo. Defendían el aborto alegando que debe ser algo que la propia mujer decida y no unos políticos.

Me pareció una locura lo que había hecho, pero la admiré en el instante en el que vi que fuera como fuese, Fabiola luchaba por sus ideales y, aunque ello le costara el destierro de sus padres, eso solo la animaba a seguir su lucha. Los días que estuvo en mi casa tuvimos más debates políticos que los propios políticos en plena campaña electoral. Guardé mi billete de nuevo en el monedero y cogí aire deseando tener suerte.

—Fabiola, una pregunta —Me miró atentamente—. Ayer cuando estuve aquí, un chico se sentó conmigo, era alto, rubio, royo surfero, ¿sabes de quién te hablo?

Me miró intentando recordar.

—¿Dices que se sentó contigo?

—Sí, se llama Quim, no sé si nos vistes porque no estabas en la barra, pero la imbécil que tienes por camarera seguro que nos vio.

Para mi sorpresa me miró divertida, se echó a reír y se cruzó de brazos.

—¡Menudo cabrón! —exclamó.

—¿Le conoces?

—¡Claro! Viene aquí cada mañana. Acabo de perder diez euros: la última vez que aposté con él —La miré sin entender nada—. Me dijo que me preguntaría por él y no pude evitar echarme a reír; me propuso apostar, solo a mí se me ocurre apostar con el tío del sexto sentido.

—El de sexto sentido es un niño —susurré con el ceño fruncido.

—Bueno, tú me has entendido, no sabía que te había soltado la bomba así como así, pero lo importante es que se sienta orgulloso consigo mismo.

Mi cara pasó de asombro a completa alucinación. ¿Acaso yo era la única que consideraba que estaba loco?

—¿En serio te lo crees?

Me miró como si la que estuviera loca fuera yo.

—Que me lo crea yo o no, creo que no es lo que precisamente quieres saber —Me sonrió de medio lado y me puse colorada—. Vive aquí, al girar la esquina.

—Al girar la esquina vivo yo.

—Ya lo sé —Se echó a reír—. Él vive justo enfrente, en la puerta tres.

Me quedé helada, ¿qué él vivía justo enfrente de mí? ¿Desde cuándo? ¿Y por qué no me había

dado cuenta? ¿Dónde narices estaba metida cuando ese chulazo se vino a vivir justo enfrente de mí? ¿Me vigilaba? Genial, ya empezaba a estar paranoica... ¡Qué agotada estaba de mi misma!

Llegué al patio y levanté mi cabeza para ver lo alto que era el edificio, lo tenía justo enfrente de mi casa y nunca me había parado a mirarlo con detenimiento. No era mucho más alto que el mío, de hecho eran bastante similares: de construcción moderna y grandes cristalerías de diseño. Yo vivía en el cuarto piso y, si él vivía en la puerta tres, debía ser en el tercero; no coincidirían nuestras ventanas, pero tampoco había de qué asustarse, ¿no?

De repente la idea de que pudiera observarme con aquellos ojazos dulces como la miel tomó una connotación pervertida y verdaderamente estimulante. Negué con la cabeza mientras aprovechando la salida de una vecina y me adentré en el interior del edificio. Puede que ni siquiera estuviera, y lo más seguro es que no fuera lo más correcto presentarme así sin más en su casa. A decir verdad ni yo misma entendía la enorme ansiedad que sentía por encontrarle. ¿De qué iba todo aquello? Me vi frente a su puerta cogiendo aire. En aquel momento la idea que me había llevado hasta su puerta se iba disipando para dar lugar a un estado de manojo de nervios. Ni siquiera había comprobado mi aspecto en el espejo del ascensor: ¡Joder!

Intenté comprobar si se escuchaba algo a través de la puerta, pero solo era capaz de intuir un leve zumbido: música quizás. Cogí aire y pulsé el timbre con la esperanza de que en aquellos segundos, hasta que me abriera, se me ocurriera una excusa convincente para haberme presentado en su casa. ¿Dónde estaba mi hermana cuando la necesitaba?

Una chica bajita y con media melena me abrió la puerta sonriente. El tarado tremendamente atractivo, y guapo a morir, ¿tenía novia? Tuve que hacer un esfuerzo por sonreír, aunque en aquel momento solo tenía ganas de largarme de allí, irme a casa y abrazarme a mi cojín con forma de corazón y odiar al mundo a mi antojo sin saber exactamente el porqué. Pero para mi sorpresa me hizo pasar y me llevó a una sala de espera con vistas a la calle. Aquello no parecía un hogar propiamente dicho... ¿Su consulta?

—El señor Ferrer no tardará en atenderla. ¿Usted es...?

Me quedé unos segundos mirando a aquella chica sin saber exactamente qué contestar. ¿El señor Ferrer sería Quim?

—No tengo cita —¿Se pedía cita para ver a un vidente?—. Me llamo Paula, quería hablar con Quim, pero no sé exactamente si vive aquí o me he equivocado.

La chica me sonrió y supe que sabía de quien hablaba.

—Esta es su oficina. Está atendiendo a un cliente ahora mismo, pero no tardará en salir. Mientras espera, ¿quiere tomar algo?

Un ansiolítico no habría estado mal, pero preferí callarme y negar con la cabeza. La simpática chica desapareció de mi vista y allí me quedé, sentada frente al enorme ventanal con unas vistas privilegiadas de mi edificio. Aquel lugar tenía pinta de muchas cosas, pero no de una consulta con fines esotéricos.

Estaba distraída mirando mi desastrada terraza, cuando una presencia hizo que me diera la vuelta. Lo que vi me dejó sin aire. Quim era muchísimo más guapo de lo que recordaba, y verlo vestido así me dificultaba que aparentara normalidad.

«Que no me lea la mente, que no me lea la mente».

Aquellos pantalones, con aquella camisa blanca, remangada hasta los codos, y aquel chaleco gris me habían dejado muda. ¿Por qué me resultaba tan irremediabilmente guapo?

—Vaya, vaya, vaya —dijo dando varios pasos hacia mí y dejándose sin aliento—. Mira quien está aquí: Paula a secas.

No había reparado en que fuera tan alto ni en que su pelo rubio pareciera el mismo sol. El

corazón empezó a latirme como jamás lo había hecho antes; al menos no por la presencia de una persona. ¡Socorro!

Jamás reconoceré que se me olvidó respirar, incluso que se me pasó por alto la función del habla. Un tremendo cortocircuito acababa de asolar mi pobre cerebro lleno de pajaritos y el responsable de aquello no había sido ni más ni menos que Quim, el tarado que decía ser vidente. ¿Quién era la que tenía problemas, Paula? Me pregunté.

Si analizaba bien la situación, el hecho de que me atrajera una persona poco recomendable para mí, no era nada nuevo en mi vida. De hecho, si no me pasara aquello probablemente no habría sido yo, aunque esa vez seguramente me estaba llevando la palma. «Es genial, Paula, siempre te superas».

Sonreí, siempre me habían gustado más los hombres morenos, pero no sabía exactamente por qué. Quim era del tipo de personas que parece que tiene un foco detrás, haciendo que su presencia sea como una aparición; no habría sabido exactamente cómo explicarlo, solo habría podido decir que parecía tener luz a su alrededor. Quizá fuera porque a mí ya se me había ido la cabeza por completo, o porque el rubio que daba color a su pelo fuera tremendamente llamativo. El hecho era que estaba increíble.

—Mi apellido es Moreno —susurré mientras usaba toda mi determinación para no parecer nerviosa.

—Paula Moreno —murmuró sonriendo—. Sí, mucho mejor que Paula a secas. ¿Y a qué se debe el honor de tu visita, señorita Moreno?

Me crucé de brazos y vi como levantaba las cejas divertido. Sus ojos azules, que se achinaban cuando sonreía, me dejaron tonta más tiempo del que me habría gustado.

—No me habías dicho que tenías aquí una consulta, o lo que quiera que sea esto. Está justo en frente de mi edificio; si estuvieras en el piso de arriba podrías ver mi casa.

Se echó a reír de una manera que me hizo fruncir el ceño.

—¡Qué casualidad! Mi piso esta justo arriba, puede que sí que te haya visto por tu casa — Lo miré visiblemente indignada—. Vamos, no te enfades.

—¿Por qué no me dijiste ayer que eras mi vecino? Ahora ya sé por qué sabías tantas cosas de mí. ¡Me espías!

La carcajada que soltó me dejó alucinada, no se había ofendido ni lo más mínimo y tampoco intentaba defenderse. ¿Qué estaba pasando allí? Se limitó a meterse las manos en los bolsillos y me miró levantando una ceja.

—Llevo aquí poco tiempo, de hecho esto no es una consulta, es una oficina. Soy abogado, es con lo que me gano la vida.

Abrí los ojos de par en par. «¿Abogado?» Me hubiera creído antes que era un miembro de un cárter de la mafia colombiana, italiana, rusa o lo que fuera... Cualquiera cosa menos un abogado.

—¿Estas de broma? ¿Abogado, tú?

—Vaya, creo que eso debería ofenderme —Dio dos pasos hacia mí—. ¿No tengo pinta de abogado?

Le miré de arriba a abajo, tenía pinta de muchas cosas, pero todas tan pervertidas que... ¡Ains!

—Tienes pinta de surfista —Vi por la expresión de sus ojos que le gustó mi respuesta— Quizá sea porque eres rubio y llevas el pelo así.

Torcí el gesto y me miró fijamente.

—Ya —Miró hacia otro lado y sonreí—. No es la primera vez que me lo dicen, la verdad es que sí que me gusta el surf, hace tiempo que no lo práctico, pero es algo que tengo pendiente.

Si yo hubiera tenido que ponerme al día en todas las cosas que tenía pendientes, me habría

llevado unos veintisiete años más.

—Quim, yo había venido a hablar contigo —admití después de un incómodo silencio—. No te conozco de nada, y es extraño todo esto, pero de repente tengo la necesidad de saber por qué has acertado en todo lo que me dijiste ayer.

—Ya te lo dije, soy vidente —Resoplé y me crucé de brazos—. Paula, no te enfades, es la verdad.

—Quim, los videntes no existen, dime la verdad. ¿Conoces a Manu de algo? ¿Es esto algún tipo de broma? Dímelo ya porque no tiene gracia, estoy empezando a comerme la cabeza y soy muy jodida para esas cosas. Encima me entero de que vives delante de mí y... ¡joder!, me da por pensar que sabes tantas cosas porque quizá me has estado espiando, y debería estar muy ofendida. Pero no lo estoy, y haz que pare ya, porque cuando me pongo nerviosa me da por hablar... —Lo miré detenidamente mientras recobraba el aliento—. Lo que quiero decirte es que si querías ligar conmigo, haber dicho «hola» como todo el mundo.

Abrió los ojos asombrado, quizás había pecado de creída o de prepotente, pero tenía que decirle que ir ligando con chicas con la excusa de que es vidente no era algo demasiado normal. De hecho asustaba, y mucho, quizá a mí no tanto porque me cegaba su belleza, cierto, pero todo el mundo no es igual.

—Paula, mi intención no era ligar —«Normal, yo soy un moco y tú una estatua de marfil»—, aunque sí es cierto que no era la primera vez que te veía y tengo que admitir que había querido hablar contigo antes, pero te prometo que lo de ayer no era nada más ni nada menos que lo que fue.

Si tenía que ser sincera esperaba que me callara la boca con un «Sí, es cierto, quería ligar contigo» pero mi gozo en un pozo junto a mi ego como mujer. Creo que estaba buscando una pequeña confirmación de que no estaba loco y que quizá era un *golferas* con mil trucos, pero no, era un loco guapísimo. Uno que no quería ligar conmigo... ¿Por qué narices me molestaba tanto?

—Mira, esto es algo muy raro y extraño, ya he colmado mi cupo de cosas raras en mi vida. Así que te pediría que por favor me dejes en paz. Aunque tengas mil mensajes del más allá, o se te ilumine la cabeza con un haz luminoso y se te rebele la verdad sobre mi vida... quédatelo para ti y déjame descubrirlo por mí misma, ¿vale?

—¿He dicho algo que te haya ofendido?

«Que no trataras de ligar conmigo».

—No es eso, es solo que estoy en un momento de mi vida en el que no quiero tonterías y esto desde luego lo es.

Me di la vuelta y me dispuse a salir por donde había entrado para así poder meterme en la cama e invernar un año, dos, o treinta, total... Tal y como era mi vida nadie lo notaría. Justo cuando estaba cerca de abrir la puerta sentí una presión en el brazo tan fuerte que me hizo retroceder y girarme. Quim me tenía sujeta por brazo a pocos centímetros de su boca. ¡Ay, Dios!

—No me gusta que se dejen las conversaciones a medias, es de mala educación —Me miró fijamente, sin parpadear, como si me conociera desde hacía mucho tiempo; cada vez entendía menos qué pasaba. Cuando lo tuve tan cerca y vi su rostro frente al mío sentí algo muy raro: no había un ápice de extrañeza. Debería haber estado asustada por el hecho de que un desconocido se comportara así conmigo, sin embargo, había algo en él, en ese instante, que me resultaba familiar. Pero... ¿qué me estaba pasando?—. Ni siquiera dejas que me explique. No es justo.

—Esto no es un juicio, tú me quieres colar la vaina de que eres vidente y me quieres volver loca y, ¿sabes qué? Llegas tarde, hace muchos años que perdí el norte.

Me soltó del brazo y se echó a reír, de repente volvía a parecer normal, no sabía si era su risa

contagiosa o esos hoyuelos que se le hacían al sonreír, pero no puede evitar relajar el gesto e imitarle. De repente, quise acariciarle el pelo, tuve que cerrar el puño porque creía que no podría controlar aquel impulso.

—Paula, si ya das por hecho que estoy loco, al menos déjame que te demuestre que no es así, al menos no tan loco como crees que estoy

—¿Y cómo me lo vas a demostrar?: ¿adivinando alguna parte de mi vida?, ¿adivinando mi color preferido?, ¿cuántos novios he tenido? Mírame, Quim, no soy tan difícil de descifrar, eres abogado.

—Te menosprecias demasiado, Paula.

—¿Eso cuenta como demostración? —Se metió las manos de nuevo en el bolsillo y se mordió el labio.

—Eres realmente difícil, ¿y tú eres terapeuta?

¿Le había dicho que era terapeuta? Tenía que repasar mentalmente las cosas que le había dicho.

—¿Y te extraña que yo sea terapeuta cuando tú vas por ahí dando mensajes del más allá porque dices ser vidente?

Se echó a reír y me tendió la mano.

—Ven, acompáñame —Le miré fijamente a los ojos, me recordó a la escena de Aladín, cuando este le pregunta a Yasmin: «¿Confías en mí?».

Fruncí el ceño y le miré a los ojos, pero antes de que me hubiera dado cuenta ya le había dado la mano y me había dejado guiar por él. Me llevó hasta su despacho, y por el camino pude ver que había varias puertas con nombres grabados en ellas; aquello era un bufete de abogados.

Cuando abrió la puerta se hizo a un lado para que entrara. Al poner un pie en el interior suspiré. Reinaba un blanco pulcro, el sol que se colaba por el enorme ventanal hacía que la atmosfera aún fuera más blanca y luminosa; estaba segura de que toda aquella estancia irradiaba la misma luz que en los paraísos. Las estanterías eran de diseño, y el sofá que había a un lado de su despacho era de un blanco impoluto. Lo único que había de un color más oscuro era el enorme escritorio y las sillas que se encontraban detrás y delante de él.

Me quedé algo rezagada mirando con atención cada detalle, seguramente luego lo repasaría con mi estupenda memoria fotográfica, aunque con Quim tan cerca de mí, me resultaba complicado concentrarme. ¿Cómo podía pasarme aquello en tan solo dos días?

—Es bonito, ¿verdad? —Me volví y me di cuenta de que me estaba mirando apoyado en su enorme escritorio—. El blanco me ayuda a pensar

—Sí, es precioso y tan, tan relajante...

Sonrió y dio unos pasos hasta que se posicionó detrás del escritorio, sin sentarse toqueteo el ordenador. Verle en aquella postura me hizo temblar. Nunca había experimentado una atracción tan potente.

—Paula, vamos a hacer una cosa, si acierto una canción que te guste, aceptarás tomar un café conmigo ahora. Si no la acierto, te das la vuelta y te vas, prometo no molestarte más.

Me crucé de brazos y me eché a reír. ¿Tan tonta me creía? ¿Una canción que me guste? ¿En serio? Eso no era nada difícil, me gustaban millones de canciones, y teniendo en cuenta que vivía frente a mí, alguna vez podía haber escuchado la música que solía acompañarme cuando limpiaba a fondo mi casa.

—¿Una canción que me guste? ¿Piensas que soy lerda? —Sonrió ante mi comentario—. Eso no es difícil, hasta yo podría intuir alguna canción que te guste a ti.

—¿Tú crees? —dijo metiéndose las manos en los bolsillos, me había dado cuenta que era un

gesto muy común en él; aquello tendría que tener alguna connotación psicológica, tendría que mirarlo cuando llegara a casa—. Inténtalo.

Lo miré durante unos segundos, la verdad es que lo había dicho demasiado a la ligera, ahora necesitaba mi tiempo para pensar, aún no conocía su edad, pero calculé que tendría que tener unos treinta dos o treinta y tres años. Y aunque tenía una belleza dulce, desprendía cierto toque de salvajismo, quizá fuera el pelo, o aquella maravillosa ropa que llevaba. Lo pensé detenidamente, cerré los ojos para que me resultara más fácil concentrarme y, cuando los abrí, le pillé mirándome con una sonrisa demasiado cariñosa que cambió en cuanto se dio cuenta que lo había pillado.

—¿Y bien? —dijo seguro de sí mismo, lo que me hizo reír.

—Nothing else matters —Fruunció el ceño—. Metallica, por supuesto, no te veo escuchando la versión de Lucie Silvas.

Su cara era de auténtica sorpresa, desde luego había acertado. No era tan difícil, esa canción le gustaba a casi todo el mundo.

—Joder —susurró.

—Te lo dije, no es nada difícil, yo lo he adivinado y no soy vidente.

Fruunció el ceño y me miró desafiante, poco después soltó una risita que me asustó a la par que me excitó. ¿Pero qué narices le pasaba a mi libido?

—No me subestimes, señorita Moreno —Toqueteó algo en su ordenador—. Veremos qué cara se te queda.

Le miré atentamente, imaginé que me saldría con alguna canción de Luis Miguel, Alejandro Fernández, Pablo Alborán o Bustamante, muy de mi estilo. Si hacía eso, no me sorprendería en absoluto, de hecho, me decepcionaría. Pues una parte de mi deseaba que no estuviera loco...

Escuché la música y la garganta se me encogió, el corazón me latió desesperadamente y me llevé las manos a la boca. ¿Cómo había podido saberlo? Querido Tommy, de Tommy Torres. Se trataba de ese tipo de canciones que se te clavan en el alma de una manera extraña, quizá por el mensaje, que me parecía enternecedor a más no poder, o quizá por...

—Te gusta tanto porque te recuerda a alguien que fue tu amigo —Interrumpió mis pensamientos—. Él fue quien te enseñó esta canción, iba de chico duro y eso te atraía bastante, porque lo veías como un reto que alcanzar. Tras esa fachada le gustaban este tipo de canciones y te hacía ver que no era tan frío como él decía ser. Supongo que se protegía así mismo de todo, incluso de lo que tú le hacías sentir —Levanté la mirada y me encontré con sus ojos—. Tienes un recuerdo al que le tienes mucho cariño... Una vez la cantasteis juntos mientras ibais en su coche, fue un momento de esos que no se planean y surgen, y quedan en nuestro interior para siempre. Cada vez que la escuchas piensas: «¿Qué hubiera pasado si me hubiera lanzado?». Porque realmente piensas que aquel chico valía la pena.

Estaba atónita, incluso tenía los ojos llorosos. ¿Cómo narices sabía eso? Jamás se lo había contado a nadie.

—¿Cómo coño sabes eso?

—Ya te lo he dicho mil veces, pero te empeñas en no creerme.

Dio unos pasos hacia mí y yo otros pasos para alejarme; en aquel momento me sentía demasiado vulnerable.

—No te asustes, Paula. No le des vueltas, hay cosas que no se pueden explicar, es imposible saberlo todo, siempre hay cosas que escapan a nuestra comprensión. Solo te pido que me escuches, que me dejes explicarte.

—No—susurré—. No puede ser.

Resopló y se rascó el cogote.

—Tienes una manía curiosa, que llevas haciéndola desde pequeña —Le miré con el corazón a mil—. Cuando ves que se te ha caído alguna pestaña, la coges y la colocas sobre tu puño, cierras los ojos, pides un deseo y soplas; si la pestaña vuela es señal de que se cumplirá —Me mordí los labios—. Eso te lo enseñó tu tía, a la que adoras por encima de todo —Quería llorar. ¿Cómo podía saber esas cosas tan personales? Le miré sin saber exactamente qué hacer—. ¿Cómo puedes creer que una pestaña cumplirá un deseo y te es imposible pensar en que quizá algo de lo que digo es verdad? Olvídate de lo que siempre has creído, olvídate de lo que creas que sabes de mí y confía... Solo hazlo y ya está.

Me quedé sin respiración, nadie jamás me había dicho algo así, ni siquiera algo parecido. Y quizá fuera porque era una enamorada del amor, o una soñadora empedernida que deseaba perdidamente ser sorprendida con algo distinto. Asentí sin pensármelo demasiado. Caminamos en silencio hasta nuestra cafetería, la que fue testigo de su acechamiento la tarde anterior. Solo habían pasado unas horas desde que lo había conocido, pero realmente me estaba planteando que ya lo conocía desde antes solo que no podía recordar de cuándo ni de qué.

Nos sentamos en mi mesa preferida, donde había estado comiendo hacia relativamente poco tiempo, y ambos pedimos un café con un hielo. Fabiola nos los sirvió intentando ocultar su risa. Después de varios minutos en silencio por fin me decidí a preguntar, había algo en todo eso que me daba algo de repelús. Yo no creía en esas cosas, o al menos no creía hasta un rato antes, y creo que la razón de que no creyera era el profundo respeto que sentía hacia lo que no conocía. Me quedé embobada mirándolo. Él miraba su café, perdido entre sus pensamientos, así que dudé de si había pasado por esa situación varias veces, pero se le veía nervioso, casi tanto como lo estaba yo.

—¿Desde cuándo puedes hacer estas cosas?—pregunté con un hilo de voz.

Levantó la cabeza de su vaso y me miró intensamente a los ojos; ver el azul profundo de sus ojos, fundido con la negrura de su pupila dilatada, me sobrecogió.

—Desde que tengo memoria... Nunca fui un niño normal —Cogió aire—. Soy el pequeño, tengo tres hermanas mayores. Mi padre era piloto y apenas estaba en casa y cuando lo estaba no es que me prestara mucha atención; mi madre era la única que sabía ver que yo era distinto: es mi mejor amiga —Le sonreí con ternura—. Desde bien pequeño, imágenes de cosas que no entendía se me agolpaban en la mente. Muchas veces eran de gente que conocía, imágenes de sus pasados o futuros. Simplemente aparecían en mi cabeza como cuando recordamos algo, ¿sabes cómo quiero decir? —asentí—. Al principio creía que era normal, que a todos nos pasaba, y cuando lo dije en casa se armó un revuelo importante. Mi padre se empeñó en llevarme a un psicólogo, mis hermanas me tenían miedo, y los niños de mi clase me hacían el vacío, pero no los culpo: yo era un niño raro que decía cosas inapropiadas.

—Dios —Me puse nerviosa al pensarlo, yo misma había pensado que estaba loco, me sentí mal en aquel momento.

—Mi adolescencia no es que fuera mucho mejor, seguía siendo el niño raro y «esto» que tengo, se desarrolló más, haciéndome la vida terriblemente más difícil. Mucha gente no quiere que nadie sepa sus secretos, y yo sin quererlo los sabía. Al final me acababan dando de lado. Intenté ignorarlo, hacer como que no me pasaba nada, como que aquellas imágenes que agolpaban mi mente eran producto de mi imaginación y que con el tiempo se marcharían: ¡me equivoqué!

—¿Qué pasó? —pregunté envuelta en aquella historia; tanto era así, que la imaginaba en mi cabeza a modo de película.

—Que todo empeoró, caí enfermo y casi dejo el instituto, hasta que una mujer, amiga de mi

madre, me enseñó todo lo que debía saber. Sorprendentemente ella era como yo, y gracias a ella pude llevar una vida normal. Después, con los años, dejé de ser el chico raro, ya no me ignoraban, incluso ligaba y todo —sonreí al ver su sonrisa, no me extrañaba que ligara... ¡era tan guapo!—. Lo malo de esto es que con las chicas, aunque me iba mejor, no sentía la emoción de ir descubriendo las cosas poco a poco, por lo tanto sabía que eran tremendamente vacías casi al principio, así que apenas podía pasar tiempo con ellas.

Asentí sabiendo a qué se refería, yo no tenía aquel «Don», pero de igual modo sabía que quería decir.

—Y pasaron los años y fuiste la universidad y te sacaste la carrera —añadí mientras sonreía.

—Sí, fueron unos años buenos.

—¿Y por qué estudiaste derecho?

Sonrió y me ruboricé, esos hoyuelos iban a ser mi perdición.

—Porque tengo la capacidad de saber quién dice la verdad y quien no, por donde llevar el caso y por donde no... Es raro que pierda un juicio.

—Oye, eso no es justo, no juegas limpio —Se echó a reír.

—¿Y quién juega limpio en esta vida, Paula?

Le miré durante unos segundos. «¿Puedes creer en algo que no ves?», me preguntaba a mí misma una y otra vez. Me había demostrado que sabía más de mí de lo que hubiera imaginado: detalles muy concretos, cosas que realmente me hicieron pensar. No dejaba de pensar que allí estaba pasando algo que no podía ignorar. Sonreí para mí misma al ver en el cacao donde me estaba metiendo, cuando me di cuenta de que Quim me estaba mirando.

—Fuera lo que fuera lo que estabas pensando, te hace reír; espero que no sea de mí.

—No me río de ti, sino contigo, que es diferente.

Nos miramos sonriéndonos y di un trago a mi café. Estaba nerviosa, demasiado nerviosa.

Unas horas después nos despedimos en la puerta de mi edificio. No intercambiamos los números de teléfono ni planteamos volvernos a ver, simplemente nos dijimos adiós. Tenía que admitir que había sido el adiós más triste que daba en mucho tiempo ya que... ¿Con qué pretexto podría ir a buscarlo? No me había hecho otra predicción sobre mis futuros días, y lo curioso es que me hubiera gustado comprobar de nuevo si volvía a acertar.

Pese a que debía reconocer que había algo especial en ese chico, me costaba creer que fuera algo que no se pudiera explicar mediante la ciencia. ¿Desde cuándo había dejado de creer en la magia? Aquella noche di mil vueltas en la cama, no sé a qué hora me quedé dormida.

Abrí los ojos al sentir que había demasiada luz en la habitación, parpadéé varias veces hasta que pude ver lo que había a mi alrededor, me quedé de hielo al comprobar que no estaba en mi habitación, y dudaba seriamente de estar en mi casa. Sobre una lujosa cama se encontraba una chica plenamente dormida, tenía el pelo dorado que le caía por distintos lados a causa de su atípica postura para dormir; no tardé en deducir que probablemente estuviera soñando. Solía tener sueños muy nítidos y lucidos, aunque ciertamente aquello era algo distinto, aun así me fijé en cada rincón de aquella habitación, y al observarla con más atención, reparé en que tenía una decoración algo anticuada, a decir verdad, bastante anticuada.

Lo que me llamó enormemente la atención fue una cómoda de madera caoba y marquetería, con sinuosas curvas en su estructura: la típica cómoda de la época victoriana. Cuando aparté la vista de la cómoda, la chica se había movido y se había incorporado en la cama. Antes de que pudiera parpadear la puerta se abrió y una mujer negra entró con un barreño de agua. Vestía de negro, exceptuando un delantal blanco; su pelo, perfectamente recogido, me hizo envidiarla al instante. Miles de veces me había querido hacer aquel recogido para parecer más elegante, y lo único que

había conseguido había sido un chufó ridículo.

—¡Señorita, apúrese! —dijo aquella mujer sin dejar de moverse—. Filipino está a punto de llegar, y mire como sigue usted.

La chica dio un brinco y por fin se apartó el pelo de la cara. Lo que vi hizo que dejara de respirar. ¡Era... yo! Una versión de mí algo más joven. Se parecía a mi yo de dieciocho años.

La chica salió de la cama de un salto y se metió rápidamente en otra habitación. Yo parpadeaba y me restregaba los ojos deseando despertar de una vez. ¿Qué narices era aquello? La mujer negra volvió a mi campo de visión y dio unos pasos hacia mí e, ignorándome por completo, abrió el enorme ventanal y un aire helado entró por aquella ventana. Olía a hierba mojada, a montaña, a flores y a aire puro: aquello no era la ciudad. Me asomé por la ventana y un prado enorme me dio la bienvenida. ¿Dónde podría existir aquel paraíso? Antes de que pudiera darme cuenta vi a dos hombres paseando por aquella campiña. ¿De dónde habían salido? Reían y hablaban sin apartar la mirada del inmenso jardín. De repente, una voz me hizo dar un brinco.

—Señorita, Filipino ya está con su padre en la parte trasera de la casa.

—Enseguida voy, Mambi —Asomé la cabeza por la puerta y casi muero de nuevo: era como verme en un espejo—. Dígame, ¿está guapo?

—¿Usted qué cree? —Mi fotocopia sonrió. Giré la cabeza; en cuanto despertara analizaría el sueño de cabo a rabo.

Me apoyé en el alfeizar de la ventana y suspiré. En aquel momento un carraspeo me hizo mirar hacia abajo, tuve que sujetarme porque pensé que me caería, alguien tremendamente parecido a Quim me sonreía con las manos metidas en los bolsillos. Verle con el pelo peinado y con aquella ropa se me hizo raro, no estaba muy puesta en moda masculina del siglo diecinueve, pero me recordó a Edgar Allan Poe. Aquella chaqueta con solapas enormes, entallada, le quedaba de maravilla.

Me llevé las manos a la boca y ahogué un grito, fue entonces cuando sentí que me estaba mirando, volví la cabeza, pero detrás de mí no había nadie, volví a mirar hacia abajo y aquel chico sacó la mano de su bolsillo y me saludó. Di un traspié y me golpeé el codo con aquella cómoda.

—¡Joder! —grité mientras me pasaba la mano por mi codo derecho.

Cuando volví a mirar hacia abajo aquel chico ya no estaba.

3

Un sonido atronador hizo que despertara de golpe, resoplé al ver que estaba en mi habitación y me llevé las manos a la cara, apagué el despertador, y sonreí. Genial, estaba volviéndome loca.

Me duché y poco después salí de camino al trabajo. Ese día, extrañamente, me sentía contenta. Me hice una nota mental: en cuanto tuviera diez minutos anotaría todos los detalles de aquel sueño y buscaría el significado de cada cosa, incluyendo el gesto que había visto en Quim varias veces. Tenía que ser importante, ya que hasta mi subconsciente lo había incluido en mi paja mental.

—¡Vaya! —Levanté la cabeza de la mesa y vi que Elena me sonreía—. ¿Has cambiado de perfume?

—¿Yo? —Fruncí el ceño—. No, ¿por qué?

—No sé, hueles distinto —Se encogió de hombros—. Como a hierba fresca, a campo...

Abrí los ojos de golpe, mi perfume era dulce, no floral. De repente, la imagen de aquel sueño me invadió la mente, apoyé los codos en la mesa y al hacerlo expulsé un leve alarido de dolor.

—Mierda —dije tocándome el codo— ¡Qué dolor!

—No me extraña que te duela, menudo moratón te está saliendo —dijo Elena justo a mi lado—. Te has tenido que dar un buen golpe. Estás en el mundo porque tiene que haber de todo.

Sonreí intentando que Elena no se diera cuenta de que estaba entrando en pánico, tragué saliva y sentí como el corazón me bombeaba de manera escandalosa. ¿Qué me estaba pasando? Empecé a sentir un poco de claustrofobia, la habitación cada vez parecía más pequeña y si no salía a que me diera un poco el aire, acabaría montando un numerito; con una excusa tonta pude deshacerme de Elena y salir al exterior. Tampoco me fui muy lejos, la sala comunitaria de todos los terapeutas tenía una terraza interior bastante grande, desde allí se podía ver el cielo y solo por ese hecho ya pude respirar.

Me senté en una silla de plástico y me quedé mirando el cielo. Me estaba volviendo loca, era imposible que aquello guardara relación con el sueño a causa del sueño, seguramente me había dado algún golpe durmiendo y mi cabeza lo había añadido... Sí, tenía que ser eso. De todas formas tenía que hablar con alguien de todo aquello, esa misma tarde vería a Cristina y le pondría al corriente de todo; necesitaba que alguien me calmara y me hiciera pensar racionalmente.

Cristina miraba la taza de café hirviendo con los pensamientos en Narnia, no podía entender cómo podía tomarse algo tan caliente estando en el mes de junio, y más con una temperatura de *ciento cincuenta grados* a la sombra, bueno, quizá había exagerado un pelín, pero solo un poco.

—Bueno, ¿qué? ¿No piensas decirme nada? —exclamé mientras miraba por la ventana de mi salón.

—Estoy alucinada, Paula. ¿En serio te contó todo eso?

—Sí. Y ya sabes lo rara que soy para esos temas... No suelo creer en nada y no sé si creer en él.

—¿Qué no crees? ¿Cómo no vas a creer? ¡Ese tío es un dios! He tenido justo enfrente a un vidente y yo echándome las cartas en un cutre programa de Internet. ¡La madre que me reparió!

La miré con los ojos como platos.

—¿En serio te quedas solo con eso, después de todo lo que te he contado? —Resoplé y me senté de mala gana en la silla—. Por un momento piensa un poco en mí. ¿Qué hago?

—Perdone usted que me haya podido la emoción —Miró hacia otro lado—. ¿Cómo que qué haces? Supongo que nada, tómalo como una anécdota más y ya está —Miré al suelo y ella sonrió—. ¿O es que hay algo que no me estás contando?

Me puse roja como un tomate y me cubrí la cara, no podía decirlo en voz alta porque si lo hacía tenía que admitir aquello que no dejaba de negarme desde hacía dos días, y no era algo muy coherente.

—A ti te gusta ese chico —Sentenció mientras alzaba una ceja. La miré ligeramente ofendida, pero rectifiqué en cuanto mostró su sonrisa de «¿a quién pretendes engañar?»—. La madre que te parió, ¡es eso! Eso es lo que te pasa.

—¡No digas tonterías!

—¡No las digas tú! Haberme dicho desde el principio que el chico te gustaba.

—¿Y para qué? ¿Hubiera cambiado en algo tú opinión?

—¡Pues claro que sí! Eso cambia mucho las cosas —dijo pensativa mirando hacia la misma ventana donde había mirado yo momentos antes —Que a ti te guste lo cambia todo, incluso da sentido a muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Al sueño por ejemplo —Me crucé de brazos—. ¿Y si...?

Levanté la vista de mis dedos y la miré fijamente.

—¿Y si... qué?

—Nada —dijo dándome la espalda—. Tonterías mías —Iba a protestar cuando sacó un test de embarazo de su bolso y me miró con cierto temor en los ojos—. Tengo un retraso.

Aquello dejó todo el tema de Quim completamente apartado. ¿Cristina mamá?

Pasaron tres días hasta que Cris decidió hacerse el test de embarazo, test que dio negativo. Pasaron tres hasta que le vino el periodo y finalmente se quedó tranquila. No olvidemos el detalle de que durante esos tres largos días había tenido a Cris metida en casa casi todo el día, hubiera sido genial si no hubiera estado en modo «histeria» en todo momento. Y qué decir de su ansiedad, que le provocaba hambre y la hacía creer que estaba embarazada porque nunca antes había tenido la necesidad de comer tanto. La mayor parte del tiempo ponía los ojos en blanco y aguantaba la risa como podía; si hubiera continuado un solo día más así la hubiera dejado embarazada yo, con tal de que se callara.

En aquellos seis larguísimos días no supe nada de Quim. Estuve muy ocupada y no tuve mucho tiempo para pensar; por un lado el drama de Cris; por otro lado lo ocupada que me mantuvieron mis grupos. El caso es que había tenido la mente muy ocupada.

Procuraba que todos los grupos llevaran el mismo nivel de ascenso, pero como en todo, siempre los había que iban a un nivel más alto. Eso me obligaba a tener que buscar información extra, y a buscar nuevas formas para que se abrieran más profundamente; era curioso, pero en todo ese tiempo, no me aburrí un solo instante, algo difícil ya que yo me aburría hasta de mi misma.

Al menos, el hecho de estar introducida en sus conflictos había hecho que no le diera vueltas a mis cosas, pero lo malo vino a partir del cuarto día sin saber de Quim. No supe exactamente el porqué, pero me levanté con una necesidad imperiosa de verle, no había vuelto a coincidir con él en la cafetería, ni en las tiendas de la calle, ni siquiera asomado a la ventana; a decir verdad, ni siquiera había visto movimiento en el despacho.

Eso sí, me había dado cuenta de que habían tres hombres trajeados que entraban y salían cada día de ese edificio y, por el aspecto que tenían, no me fue muy difícil deducir que debían ser los otros abogados con los que compartía despacho, pero... ¿Y Quim?. Vale que antes de que me asaltara en la cafetería, hacía una semana y media que no sabía que existía, pero en ese momento sí lo sabía. ¿Cómo era posible que no hubiéramos coincidido? Sin poder remediarlo ya estaba otra vez en ese círculo vicioso de pena.

A decir verdad, era la primera vez que me pasaba algo así, nunca había sido de flechazos muy duraderos, ni siquiera sabía que aquello que me ocurría fuera eso y no un simple encochamiento, pero lo que sí sabía era que nunca me había emperrado tanto en un hombre al que apenas conocía. Recordaba que de jovencita, con quince o dieciséis años, me enamoré perdidamente de Leonardo DiCaprio y del primo de una amiga, pero quitando esos dos casos, no me había vuelto a pasar.

Sí que había sentido atracción por personas a las que luego conocí y me fueron gustando; unas veces se quedaron en anécdotas y otras habían desembocado en relaciones desastrosas, nada raro, vamos. Pero tenía que admitir que era una intensita de cojones.

Tampoco es que yo pudiera hacer nada, era como era, vivía todo tan intensamente que siempre conllevaba consecuencias. Tanto la alegría como la pena la vivía al doscientos por cien. Aunque es algo devastador, los momentos en los que era feliz, eran inmensamente sublimes.

Vivir ciertas situaciones tan intensamente hacía que sintiera ese enganche fuerte y cuando eso no salía bien, me hundía. Lo bueno de todo eso, exceptuando mi última relación, era que conforme venía el flechazo, cuando salía mal, lloraba tres días y luego estaba tan fresca.

El sexto día sin ver a Quim volví a estar hecha un trapo, literal, y lo peor de todo era que no entendía porque me sentía así. Llegué exhausta de trabajar. Aquella mañana el conducto de ventilación había fallado y habíamos permanecido con las ventanas abiertas esperando que entrara algo de corriente que hiciera más soportable el calor.

Después de una larga ducha con agua helada, comer un poco de ensalada y activar el aire acondicionado a toda pastilla, me tumbé en el sofá y caí *K.O* en apenas unos minutos.

Un olor a césped recién cortado me hizo abrir los ojos. La inmensidad de un prado gigantesco me hizo parpadear, me incorporé y sentí el cálido sol dorando la poca piel que tenía expuesta. No hacía calor, tampoco frío, corría una ligera corriente que hacía que me sintiera genial. Me ardía un poco la cara, pero era una sensación tan magnífica que me hizo sonreír. Me miré las piernas, las tenía cubiertas por una larga falda color blanco roto, supe que llevaba unos pololos puestos cuando intenté mover mis piernas. Iba a respirar profundamente cuando noté que algo me aprisionaba las costillas.

—Joder —susurré al ponerme de pie—. ¿Pero qué es esto?

Me miré detenidamente, tenía puesto un corsé con ribetes de color marrón largo hasta los codos, apenas podía mover los brazos, y la falda no lo arreglaba mucho, ya que sentía que el peso del exceso de ropa... Me estaba poniendo histérica. Necesitaba salir de toda aquella ropa ya, o al menos desatarme aquel corsé creado para la tortura, aunque a decir verdad, hubiera pagado dinero por tener un espejo cerca y verme.

—Menos mal que te has levantado, pensé que estabas muerta.

Me volví y le vi. Allí, parado frente a mí con su habitual pose estaba él. Lo único que tenía distinto era el pelo, que lo llevaba perfectamente peinado con una raya a un lado. No sé por qué, pero no podía dejar de pensar en Edgar Allan Poe cada vez que lo tenía delante en ese tipo de sueños; seguro que era por la ropa. Mi subconsciente debía recurrir a una imagen que se asemejara a lo que tenía delante de mí.

—¿Quim? —susurré mirándolo sin parpadear.

El negó con la cabeza sonriendo y dio dos pasos hacia mí.

—¿Cuándo dejarás de jugar, Paulé?

Fruncí el ceño. ¿Paulé? ¿Quién era Paulé? ¿Yo era Paulé? Me miré la vestimenta, miré a mi alrededor y tragué saliva. No había nadie más allí, solo él y yo, bajé la vista hacia mis manos, nerviosa. El sueño... Me encontraba en el sueño de la otra noche. Me llevé las manos al cuello y respiré. En mi anterior sueño la mujer de color le llamó por un nombre, lo recordaba perfectamente.

—Disculpa... Filipino, ¿verdad?

—Al menos tienes buena memoria —Sonrió mientras se dejaba caer sobre la sabana en la que yo había estado tendida minutos antes—. Siento haberme retrasado, mi padre se empeñó en que le acompañara a la adquisición del terreno, Lord Linsac estaba de un humor de perros.

Me pasé la mano por la frente y respiré, no entendía nada, miré a ambos lados del inmenso prado y no había nada cerca de allí. Ni siquiera algún tipo de transporte; volví la vista hacia él de nuevo. No sabía de quién hablaba y no tenía ni idea de por qué mis sueños eran tan reales.

—Seguramente que Lord Linsac tenga motivos para su antipatía —dije despistada intentando quedarme con cada detalle del sueño. Era un tanto extraño, ya que podía pensar igual que cuando estaba despierta. ¡Qué movida más rara!

—¿Sigues con esa cantaleta? —dijo para mi absoluta sorpresa—. Tu padre acabará por retirarte la palabra y no se lo impediré, al fin y al cabo solo soy tu prometido. Deberías corregir el lenguaje mientras vivas bajo su techo. Eres mujer, no es tu competencia meterte en sus negocios.

Primero me salió una risa nerviosa, después un suspiro a modo de reproche, y a los pocos segundos tenía las cejas tan fruncidas que casi me dolían. Se me había hinchado el pecho de la indignación que sentía, tanto era así que sentía arder mis entrañas.

—Estarás de broma, ¿en qué siglo vives? No seas ridículo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Le miré al sentir frustración en su voz—. Sabes que amo cada centímetro de tu persona, y que amo que seas feroz y rebelde, pero hoy estás muy rara, hablas distinto. ¿Estás bien?

«Amo que seas feroz y rebelde». No entendía por qué, pero aquellas palabras tuvieron un efecto extraño en mi estómago. En el instante en el que sus palabras llegaron a mí, una peculiar emoción me embargó por completo; pese a que no quería... sonreí, era como si dentro de mí tuviera dos personas distintas.

Aquellas palabras, su forma antigua de expresarse, no lo sentía como si fuera algo nuevo o desconocido, es decir, que dentro del sueño recuerdos de otra vida, que por supuesto no era la del tiempo actual, de eso estaba segura.

Me encogí de hombros, me pellizqué el antebrazo, y lo único que conseguí fue hacerme daño. Quim... bueno, Filipino —en el sueño— me miraba atónito.

—He pasado mala noche —susurré a modo de disculpa. De repente caí: «¿mi prometido?».

—Últimamente andas muy nerviosa por la boda, debes estar tranquila, preciosa. Todo irá bien, nuestra casa está bastante avanzada y dentro de nada podremos alejarnos de todo esto.

Sin entender por qué aquello me reconfortó.

—Alejarnos de todo esto —susurré—. Suena bien —Él me miró sonriendo y al fin pude ver aquellos hoyuelos maravillosos que tanto me gustaban.

—Ven, siéntate conmigo.

Me sentí increíblemente tentada a sentarme, pero si me sentaba moriría ahogada a causa del puñetero corsé.

—Me encantaría sentarme Qui... Filipino, pero me temo que me es imposible—dije llevándome

las manos al abdomen.

—¿Qué ocurre? ¿Debes volver a casa?

—No, no es eso —Miré hacia otro lado—. Es este corsé, apenas puedo moverme.

Quim se echó a reír, era increíble como mi cabeza recreaba tan bien sus gestos.

—Sí, es un fastidio, ¿puedo ayudarte de alguna manera? —De repente, pude respirar un poco y se me ocurrió una idea.

—Si fueras tan amable de aflojarme el corsé un poco, está tan apretado que yo sola no puedo hacerlo.

Su sonrisa bobalicona desapareció de inmediato y se puso rojo como un tomate, lo que me hizo sentir muy confusa.

—¿He dicho algo que no debiera?

—Lo que me estas pidiendo... —susurró mirando a ambos lados por si alguien nos vigilaba—. No es propio de una señorita, Paulé.

—Te estoy pidiendo que me aflojes un poco el corsé, no que hagamos el amor en la mesa presidencial.

Se llevó las manos a la boca y me hizo una señal para que hablara más bajo.

—¿Se puede saber qué te pasa? Si alguien nos oye tu padre me mataría.

—¿Pero...? —De repente caí. En mi sueño me encontraba en el siglo XIX, Al menos, eso es lo que deduje. Y visto que era un sueño tan absolutamente real, debía seguir el hilo conductor. ¿Cuándo me iba a despertar?—. Disculpa mi atrevimiento, es que de verdad me está costando horrores poder respirar, eres mi prometido, pensé que había confianza.

Al menos mis armas de mujer del siglo XXI me valían para algo, porque pareció entenderme, y lo que era mejor, se lo pensó durante unos segundos.

—¿Llevas ropa interior? —dijo para mi sorpresa, cosa que me hizo sonreír, le hubiera contestado de haberlo sabido—. ¿No sabes si llevas ropa interior?

—No lo recuerdo —dije pensativa—. ¿Suelo llevarla?

—¡Oh, por Dios Paulé! Me lo estas poniendo muy difícil, apiádate de mí.

Me miré las manos, confusa. ¿Por qué no aparecía un unicornio rosa?, ¿o una bandada de pájaros asesinos? No sé... lo típico y extraño que suele pasar en los sueños.

—Vamos, Filipo, si estarás cansado de... —De repente caí—. ¿Eres virgen? Es decir... ¿Tú y yo nunca...?

—Esa pregunta no es apropiada para una señorita, y menos para la que va a ser mi mujer.

Su cara de ofensa se tornó intimidante, de repente tenía otra expresión, una algo más macabra, pero realmente apetecible.

—Disculpa —No pude evitar sonreír. Sin esperarlo se puso en pie y se movió hasta quedar detrás de mí. El corazón me latió tan deprisa que sentí que sería capaz de desmayarme, cada vez estaba más cerca de ver el unicornio rosa, estaba segura; cerré los ojos, no sabía qué iba a pasar, solo deseaba que se abalanzara sobre mí y me hiciera el amor en aquel prado, al menos me despertaría feliz.

Sentí sus manos en mi cintura, y su nariz recorriendo mi cuello, aspiró mi perfume y dejó escapar un suspiro. De repente pude respirar mejor, y gracias a eso pude mantenerme medianamente serena.

—Sí que llevas ropa interior —dijo haciéndose a un lado con una extraña expresión en el rostro.

Tardé unos segundos en recuperar el habla, no había estado tan cerca de Quim jamás, pero aquella emoción que sentía, me hacía creer lo contrario. Cuando pude moverme un poco, me di

cuenta de que debajo de aquel incómodo y torturador corsé, llevaba una camiseta de tirantes, obviamente no era una camiseta como las que yo tenía, era de un blanco hueso y tenía distintos bordados en hilo dorado. Uno me llamó la atención, concretamente uno en el que se podía leer PG. Había visto esa indumentaria en películas de época. Aquel corpiño hacía a la par de sujetador y tenía unas varillas entre la tela haciendo que mi pecho quedara sujeto. Pasé mis dedos por el bordado y sonreí. Cuando levanté la vista, Quim apenas podía mirarme más de tres segundos seguidos.

—Que sepas que no está bien visto esto que estás haciendo.

—Vamos, Filippo, si solo se me ven los brazos, es como llevar otra camiseta debajo.

—¿Camiseta? —Me miró sin entender.

—Puede que no esté bien visto, pero eres mi prometido y no se me ve nada. Era esto o morir ahogada.

Al fin se echó a reír y yo pude sonreír con ganas sin miedo a reventar. ¿Cómo podían haber vivido esas mujeres tantos años bajo aquella presión? Seguramente si alguna levantara la cabeza y viera la moda actual, volvería a enterrarse para no salir jamás.

Nos quedamos un rato en silencio sentados el uno al lado de otro. Era todo tan real: los colores, los olores, las sensaciones... Acaricié con ternura una flor que estaba cerca de mi mano derecha, sentí su tacto suave y aterciopelado, luego me miré los dedos, seguía notando la suave textura de la flor en ellos. El mundo de los sueños era algo fascinante.

—¿En qué piensas? —susurró, a lo que me volví y clavé mis ojos en los suyos.

—En lo precioso de todo esto —dije mirando la enorme explanada que había delante de nosotros—. Es todo tan real.

—Claro que es real.

Le miré y le sonreí con cariño, de repente me sentía tímida.

—¡Quieta, Paulé! —Me quede inmóvil—. No te muevas —Llevó su mano a mi cara y puso su dedo índice justo debajo de mi ojo izquierdo. Después agarró mi mano con ternura y dejó una de mis pestañas sobre mis nudillos; lo miré directamente a los ojos y tragué saliva—. Tu tía me enseñó esto —Se echó a reír y volví la vista a mi mano—. Pide un deseo y sopla.

—Yo... —murmuré sin saber que decir. Me sentía confusa y extrañamente vulnerable.

—Vamos, pide algo, lo que sea.

Asentí y le miré durante unos segundos, cerré los ojos y segundos después soplé. Cuando los abrí, él me miraba sonriendo con esa preciosa sonrisa que conseguía que se le achinaran los ojos y se le marcaran esos hoyuelos de caramelo. Cuando iba a acariciar su perfecta cara un frío atroz se adueñó de mi cuerpo y desperté.

Cristina revoloteaba por mi casa, últimamente pasaba más tiempo en la mía que en la suya propia, me incorporé y, algo confusa, me pasé la mano por la frente, estaba helada. Me moví un poco y al fin divisé lo que estaba buscando. Apenas sin poder parpadear, con normalidad, apunté PG y Lord Linsac. Después miré detenidamente mi anotación y todavía me sentí más confusa.

—Vaya, por fin te despiertas —dijo cristina poniéndose en mi campo de visión—. Llevo media hora intentando despertarte.

—Lo siento, he pasado mala noche —Mentí— ¿Ocurre algo?

—No. ¿Por qué debería pasar algo? —La miré detenidamente.

—Quizá porque pasas más tiempo en este apartamento ahora que ya no vives aquí, que cuando vivías.

—Me preocupas, solo eso.

Me dio la espalda y no pude evitar fruncir el ceño, había algo que no me cuadraba, pero en ese momento tenía la cabeza tan saturada de información, que lo último que necesitaba era sobrecargas.

—¿Has estado tomando el sol? —preguntó mientras se preparaba un café—. Tienes la cara roja.

La miré sin saber a qué se refería, lo más cerca que había estado del sol directo había sido el que se había filtrado por las ventanas de las salas de terapia, aparte de eso, nada más. A no ser... caminé hacia el espejo más cercano —camino que se me hizo eterno— con una mezcla de nerviosismo y ansiedad. Seguramente Cristina me había oído hablar en sueños y me estaba tomando el pelo, sí, seguro que es eso... Seguramente me estaba timando.

Cuando vi mi reflejo ante el espejo casi me caigo, tenía la cara como cuando pasaba un día en la playa tumbada a la bartola tomando el sol. Creo que estaba a poco de tener quemada la piel... Tomé aire e intenté relajarme. Debía ser sincera conmigo misma y admitir que las cosas que me estaban pasando últimamente no eran normales, no había explicación lógica para aquello... No estaba así al llegar del trabajo, y tampoco me había dado el sol tanto como para tener la piel así. Sentí un leve pico de ansiedad en mi pecho, así que fui a lavarme la cara para intentar serenarme, ya que a causa de los nervios estaba empezando sudar.

Me lavé la cara, sentí un leve vahído y opté por sentarme en suelo del baño. Debí estar allí bastante tiempo porque Cristina vino a buscarme.

—Paula —exclamó arrodillándose a mi lado—. Estás pálida, ¿qué te pasa?

—Me estoy volviendo loca, Cristina.

—Cálmate, ¿qué ha pasado?

Estuve media hora explicándole cada simple detalle de mis últimos sueños y las consecuencias al despertar. Se lo expliqué todo: los prados, las ropas, los olores... No quedó un detalle por contar. Después de aquello pude respirar con más tranquilidad. Ella estuvo en silencio todo el tiempo mirándome asombrada, pero me creía... ¡pude verlo en sus ojos!

—¿Sabes qué es lo más raro de todo? —La miré intensamente—. Todo esto te pasa desde que lo has conocido. Si estuvieras loca, te habría pasado antes, ¿no? —Me aguanté la risa como pude.

—¿En serio has barajado la idea de que estoy loca? —Se encogió de hombros—. Ten amigas para eso.

—Te creo, Paula, de verdad que sí. Solo que estoy alucinando... ¿Estás al cien por cien segura de que tanto el golpe como el rojo de la piel no lo tenías antes?

La respuesta la tenía clara, pero ya dudaba hasta de mí misma. Nos quedamos en silencio durante unos minutos. Quizá estaba obsesionada y mi obsesión me llevaba a imaginarme cosas. Respiré profundamente y me dirigí hacia mi mesa de trabajo que estaba junto a la ventana, encendí el portátil y me dispuse a distraerme con algo que no fuera la locura interna que estaba saliendo a flote; mientras tanto Cristina empezó a preparar *muffins*. La conocía de sobra y sabía que cuando le daba por cocinar dulce era porque algo le rondaba la cabeza, seguramente estuviera en otra de sus crisis existenciales.

Después de mirar mis redes sociales, se me ocurrió buscar algunas cosas en Google. Las cosas que quería saber se encontraban en distintos libros que tenía en casa, pero tener que buscar libro por libro me suponía demasiado esfuerzo que no me daba la gana emplear; estaba segura de que si buscaba en el diccionario la palabra «Frustración», aparecería una foto mía con el ceño fruncido.

Abrí San Google, que es mano santo para todo, excepto cuando se está enfermo. En esos casos no se debe hacer porque seguramente se llegue a la conclusión de que se tienen catorce tipos de cáncer distintos. Tecleé «Lenguaje corporal manos en los bolsillos».

Encontré un resultado que me llamó la atención:

El interlocutor deja claro distintos mensajes en esta acción. Introducir las manos en los bolsillos tiene distintos significados. Si ocurre mediante una conversación fluida, el interlocutor oculta sus manos porque está mintiendo, sin embargo, si llega a un lugar en el que ya hay una conversación y realiza esta acción, es señal de que no quiere participar en dicha charla. No obstante, este signo del lenguaje corporal muchas veces denota ocultación, el interlocutor intenta ocultar detalles o cosas que no le interesa contar.

Me quedé algo pensativa. Quim solía hacer ese gesto cuando estaba callado o yo le respondía a algo. ¿Sería qué no le interesaba la conversación conmigo? ¿O simplemente que me ocultaba detalles? Esto último lo había deducido yo sola sin ayuda de Google.

Aproveché que tenía una libreta cerca para apuntar las cosas que me habían llamado la atención, y me prometí a mí misma aprendérmelo de nuevo, ya que, seguramente, si volvía a coincidir con Quim alguna vez, me sería de gran ayuda. Cuando levanté la vista Cristina estaba delante de mí sosteniendo una caja en sus manos.

—No te enfades, ¿vale? —La miré sin entender a qué se refería—. No te lo iba a decir porque me ibas a llamar loca, pero como la que se está volviendo majara eres tú...

—Te lo estás pasando pipa con esto, ¿verdad? —Se echó a reír y no pude evitar reírme yo también—. ¿Qué llevas ahí?

Sonrió como si fuera una niña de cinco años a punto de hacer una travesura, abrió la caja y sacó unos prismáticos supersónicos que seguramente tenían hasta un radar para aviones.

—¿De dónde has sacado eso? —exclamé completamente alucinada mientras caminaba hacia ella.

—Son del padre de Marcelo —Me eché a reír.

—¿Y para qué quieres eso?

—¿!Cómo qué para qué!? —Me miró indignada— ¡Vamos a espiar a Quim!

Abrí los ojos completamente alucinada, definitivamente estaba loca. Me acababa de dar cuenta porque me había parecido una idea completamente maravillosa. Cuando vi la que había montado en mi salón no supe dónde meterme.

Con las sillas había hecho una especie de trinchera delante de la ventana. Empecé a arrepentirme de mi nueva faceta de espía en ese mismo momento, según Cristina, era para asegurar el perímetro... o lo que es lo mismo: para que él no se dé cuenta de que dos taradas lo espían si le da por asomarse a la ventana.

—¿Ves algo? —le pregunté después de varios minutos en un silencio atronador.

—No, no hay movimiento ni en su piso ni en la sala de espera del bufete.

Respiré algo apenada. A ese paso nos haríamos viejas. ¿Por qué simplemente no optaba por lo sencillo y me presentaba en su piso o despacho para invitarle a un café? La secretaria ya me conocía. Tampoco sería tan raro, y más después de las cosas que sabía de él. Incluso puede que hasta se alegrara, pero... No, no podía, me habría muerto de vergüenza presentándome allí, así sin más. ¿Dónde estaban las casualidades cuando se las necesitaba? Me levanté algo nerviosa y me fui a mi habitación a intentar poner orden a todo el desastre que había, así dejaría a Cristina espiar sola. A decir verdad, cada vez estaba más segura de que había un duende que me desordenaba las cosas, yo no recordaba dejarlas hechas una auténtica mierda, pero Cristina y mi madre me decían lo contrario, así que...

Cuando volví al comedor, Cris estaba riéndose sola, me acerqué rápidamente y me escondí tras ella. Como si Quim tuviera rayos X en los ojos y pudiera verme... ¡Ridícula, era una ridícula!

—¿De qué te ríes? —dije susurrando.

—Quim está en el campo de visión —El corazón me latió rápidamente— Y no susurres, no puede oírnos.

—¡Yo que sé! me tienes de los nervios con todo esto que te has montado aquí, solo te falta el cuartel general.

Se echó a reír y me dejó caer en el suelo refunfuñando.

—Está en la sala de espera, está hablando con un señor de unos cuarenta y pocos —La miré pensativa...

—Oye, ¿cómo sabes quién es? No lo has visto nunca.

Se volvió hacia mí con una ceja alzada que me hizo reír.

—¿Cuántos tíos rubios, altos, guapos, con royo surfero, que sean abogados y vivan frente a nosotras crees que hay? ¿Cincuenta?

—¡Oyeee! No hace falta ser borde.

—Pues no me trates como si fuera idiota, ¡Toma! —Me tendió los prismáticos—. Mira tú y asegúrame que es él, a ver si con un poco de potra no es él y me lo quedo para mí.

Miré a través de los prismáticos con el corazón en el puño. No sabía por qué estaba tan nerviosa o tan emocionada. La cuestión es que no me resultaba indiferente, a decir verdad, todo lo contrario.

Después de espiar a varios vecinos, dado mi escaso sentido de la orientación, incluso cuando simplemente tenía que mirar al frente, al fin localicé la ventana del bufete. Quim estaba de pie, con las manos apoyadas en las caderas hablando animadamente con alguien a quien solo podía verle de perfil. Para aquel día mi tarado-vidente había escogido unos pantalones color crema, una camisa remangada hasta los codos de color blanco, y... creo que podía distinguir unos tirantes.

—Dios —susurré—, me he muerto y estoy en el cielo.

Escuché a Cristina reírse detrás de mí, pero no pude ni darme la vuelta: verlo después de tantos días, y después de mis sueños raros y enfermizos, fue extremadamente raro y emocionante, muy a mi pesar. Las mariposas que sentí en mi interior me hicieron poner en alerta: no, no podía ser, no podía enamorarme de Quim. Tontear era una cosa, fantasear no está mal, sexo desenfrenado era negociable, pero ¿sentimientos profundos? ¡No!

Además, no le conocía de nada, no sabía sus gustos, sus películas preferidas. ¡Agggg! Me conocía de sobra, no entendía por qué, pero sabía que si rascaba un poco más en el interior de Quim me acabaría pillando como una idiota, incluso sospechando que podía estar algo desequilibrado. Lo sabía por esa sensación rara que se siente en el estómago cuando conoces a una persona; esa sensación especial que hace que sea distinto a los demás desde el primer instante. Y porque todo lo que pase a partir de ese punto lleva en una misma dirección y es cuelgue asegurado. Eso es lo que me pasaba con Quim.

El hecho de que fuera irremediamente atractivo dificultaba que me alejara de él, aunque conociéndome, yo podía sentir un flechazo hasta por un orco de la edad media. Eso sí, solo si conseguía llamar mi atención con alguna fricada. Así que tampoco era extremadamente difícil llamar mi atención; otra cosa era que durara mucho tiempo: solía cansarme con facilidad de todo lo que representara monotonía.

—Bueno, dime —Escuché a Cris hablar a mi espalda—. ¿Es o no es él?

—Desde luego que sí —Me volví apenada y le devolví los prismáticos—. Esto es una locura, ni siquiera sé si esto es legal.

—¿El qué? ¿Estar tan bueno?

—Espiar a una persona... Seguramente esto quebrante varias leyes.

—¿Y eso no lo hace más atractivo?

Me puse de pie y la miré desde arriba.

—Cristina, te adoro. Pero, hija mía, estas muy perdida en esta vida.

— Dime, ¿se te ha revelado esa verdad en uno de tus sueños?

Le lancé un cojín que le impactó en la cabeza, me lo mandó de vuelta, pero pude esquivarlo. Después de hacer el mono un rato, decidí bajar al supermercado y comprar algún helado súper calórico, de esos que se sabe que engordan como una cerda, pero aun así te sabe a gloria. ¿Sabes cuál te digo? Pues eso mismo.

Cris alabó mi idea.

—¿Lo quieres de algún sabor en especial?

—Dulce de leche —dijo sin volverse.

Después de medio asearme para no parecer una mendiga, bajé a la calle dispuesta a distraerme unos minutos de mi patética vida. No quería pensar que mi mejor amiga estaba en mi casa espionando a un chico que decía ser vidente y con el que no dejaba de soñar... Y yo me creía con derecho a juzgar la vida de los demás, ¡ja!

Para mi suerte el supermercado estaba casi vacío, y habría sido una ventaja si no hubiera sido porque tardé casi más de diez minutos en decidir qué sabor me apetecía. Sí, aquel día estaba muy, muy espesa. Después de desesperarme por mi indecisión, terminé eligiendo uno con sabor a fresa, y eso que la fresa no es que me entusiasme precisamente. Justo después de pagar los helados ya me había arrepentido de mi elección... Es curioso como el hilo que recorre mi vida, es aplicable a mi decisión en cuanto al sabor de helados.

El camino de vuelta a casa lo hice en apenas dos minutos, hacía un calor espantoso. El mes de junio es mi favorito de todo el año, pero aquella primavera estaba siendo demasiado calurosa. Por no mencionar el hecho de que me ardía la cara horriblemente; no quería darle demasiadas vueltas al tema siniestro que me acontecía últimamente.

Sin saber por qué, me vi frente al patio del edificio de Quim, volví la vista a mi edificio y miré hacia arriba hasta que localicé mi ventana. Allí, agazapada detrás de varias sillas, debía estar Cris mirándome con los prismáticos; no pude evitar sonreír y... ¿por qué no decirlo?, respirar aliviada. Me daba un pánico horroroso pensar que alguien nos podía ver desde alguna parte, al menos sabía que desde la calle no se veía nada. Resoplé cuando me vi reflejada en los cristales de la puerta principal Quim, estaba a tan solo unos metros de mí... bueno, tenía que subir unos pisos y tocar a la puerta, pero ¡vamos! Estaba relativamente cerca.

Aquello me ponía nerviosa, me acerqué al telefonillo y me sentí tremendamente tentada a tocar el timbre de su puerta, aunque quizás allí no habría nadie, seguramente estaría en el bufete. Me mordí los labios con cierta ansiedad. «Vamos, Paula, no tiene que ser tan complicado, se trata de levantar la mano, estirar el dedo y presionar el botón ¡No es tan difícil!». Y como me ocurre siempre, una parte de mí riego sanguíneo se detuvo, vete tú a saber dónde, así que después de odiarme a mí misma durante un rato me di la vuelta, crucé la calle y entré en mi edificio. ¡A tomar por saco!

Salí del ascensor refunfuñando, pero después de haberme visto reflejada en el cristal, una parte de mí se alegró de no haberme cruzado con Quim. Estaba deseando que me viera guapa y arreglada, y no echa un despojo o vestida con ropa del trabajo que me hacía parecer una snob. No sabía por qué, pero casi siempre me había vestido con un estilo demasiado formal para ir a trabajar. Total, solo tenía que sentarme en una silla y escuchar la vida de los demás, pero me sentía más cómoda en el papel de terapeuta si me vestía con otro tipo de ropa diferente que el que suelo usar para el resto de actividades. Creo que eran tics que me imponía yo sola para infundirme

respeto hacia mí misma. Si vestía con vaqueros y sandalias creía que no tendría el arrojo necesario para dar mi opinión como profesional; debía llevar al menos algo de tacón y unos pantalones negros; elegante y aburrida, así se puede resumir.

Me quedé pensativa mientras buscaba la llave de mi piso, Quim me había visto vestida de pordiosera y, o politoxicómana; también me había visto vestida con ropa de trabajo, y si no recordaba mal no me había vuelto a ver, ¡genial! Frustrada a más no poder y enfadada conmigo misma por sentir que había retrocedido hasta los quince años, entré en mi casa y fui directa a la cocina, cogí dos cucharas y me fui hacia el salón. Escuche a Cristina reírse e imaginé que sería a causa de su nuevo hobby, ser una *boyeur*.

—¿De qué narices te ríes? —grité poco antes de entrar al salón—. Me has visto parada frente al edificio como una lela, ¿verdad?

Se echó a reír de nuevo, pero esta vez escuché otra voz en mi salón. ¿Marcelo? No fue hasta que entré por completo, que supe que debía haberme quedado fuera de mi piso, al menos diez años más.

—Tranquila, Cristina, no le pasa nada, hazme caso —Quim estaba sentado junto a Cris en mi sofá y la tenía cogida de la mano, pero no en un sentido cariñoso, sino que estaba con la mirada fija en las líneas de su mano. ¿Qué? ¿También leía las manos? ¡Venga ya!—. Todo saldrá bien si continuas como hasta ahora, esta línea es recta, todo irá como la seda.

—¿Entonces por qué está tan raro?, ¡Me está volviendo loca!

—Vamos a ver —Levantó la vista y la miró a la cara—, hay algo que quiere contarte, pero no me corresponde a mí decirlo, pero es algo relacionado con el futuro.

—¿Y qué hago? ¿Me callo o le pregunto?

—Saca el tema, pero de una manera delicada.

Cristina le sonrió y él soltó su mano. Cuando se me cayeron las tarrinas de helado al suelo fue cuando se dieron cuenta de que estaba allí.

—¡Ey! —exclamó Cris poniéndose de pie—. ¿A dónde narices has ido a buscar helado?, ¿a Nebraska?

La habría mirado fijamente, si no hubiera sido porque me quedé obnubilada mirando a Quim, él inclinó su cabeza sonriéndome: ¡interés!, según el lenguaje corporal, aquello denotaba interés —grito interior y aplausos por doquier—. Di gracias al cielo por haber podido pensar, aunque hablar ya era otra cosa. No me di cuenta que yo también sonreía, hasta que sentí que sentí calor en las mejillas.

—Lo siento —dije reparando en Cris—. Había mucha gente en la cola.

—¿A estas horas? —Me miró incrédula y procuré no mirar al suelo.

Me encogí de hombros y por suerte no siguió preguntando, me hubiera relajado un poco si no hubiera visto los prismáticos junto a la mesa que estaba frente al sofá, entonces un escalofrío helado me recorrió la columna vertebral. ¿Qué hacía Quim en mi casa? ¿Había pillado a Cristina espiándole? ¡Mátameeeeeee!

—Hola, Quim —dije sonriendo con un hilo de voz.

—Hola, Paula —dijo metiéndose las manos en los bolsillos —«¡oculta algo!»—. Espero que no te importe que haya venido, no tenía tu número de teléfono y me apetecía tomar un café contigo —Se me paró el corazón y cogí aire—. He llamado al timbre y Cristina me ha invitado a subir.

—No, tranquilo, adelante, estás en tu casa.

Nos sonreímos durante unos segundos, interiormente tenía ganas de saltar y gritar, y por otra parte estaba nerviosa y ansiosa. Me senté en una de las sillas mientras que Quim y Cristina volvían a sentarse en el mismo lugar. Hubo un silencio algo incómodo hasta que lo rompió Quim,

pero no se dirigió a mí.

—Es muy amable lo que estáis haciendo por la vecina, seguramente esté destrozada —esto último lo dijo mirándome a mí, yo abrí los ojos de par en par—. Espero que podáis encontrar el gato.

«¿Qué?»

Miré a Cristina con los ojos como platos. ¿Un gato? ¿mi vecina? Cristina me miró con los ojos muy abiertos e hizo un leve movimiento en dirección a los prismáticos, entonces lo entendí todo. Probablemente Quim había visto los prismáticos y la pequeña barricada que había en mi salón justo frente a la ventana y, «lógicamente», había preguntado qué pasaba. Me rasqué el codo e intenté ignorar la sensación de agobio que empezaba a adueñarse de mí.

—Bueno chicas, ha sido un placer. Cristina, me ha encantado conocerte —Se puso de pie y las dos le imitamos—. Justo ahora tengo una reunión pero... —esta vez me miró a mí—¿Te gustaría quedar sobre las ocho o así? Iremos a la cafetería de aquí abajo, no quiero molestarte en exceso.

—No me molestas —Sentí que me ponía colorada por instantes.

Nos sonrió a las dos y nos dio la espalda para ponerse de camino a la puerta. El corte que tenía la camisa, el estupendo porte que tenía su cuerpo y aquellos tirantes le conferían un atractivo que me desbordaba por completo; jamás de los jamases había estado en presencia de nadie que me perturbara de aquella manera. Justo cuando estaba a punto de abrir la puerta se detuvo en seco y se llevó la mano derecha a la cabeza, poco después apretó los dedos sobre su frente y se volvió hacia nosotras, estaba algo pálido pero sonrió levemente.

—Pensándolo mejor... Conozco un sitio estupendo no muy lejos de aquí, está cerca de la playa y, aparte de tener unas vistas impresionantes, hacen los mejores helados de Valencia, ¿qué me dices?

Parpadeé durante unos segundos. ¿Helados? ¡Dios! ¿Cómo iba a pensar en helados si en lo único que podía pensar era en llevarle una silla y abanicarle hasta que le volviera el color a la cara?

—Claro —susurré—. Como quieras, pero, ¿estás bien?

—Sí, sí tranquila —Sonrió ampliamente—. Es el calor, y que tengo un hambre atroz. Con todo el trabajo que hay en el bufete no me he tomado un descanso para comer; ha sido un leve mareo... Llamaré al timbre a eso de las ocho de la tarde, ¿de acuerdo? —Asentí— Hasta luego, chicas.

Y diciendo esto salió por la puerta sin darnos opción a decir nada, Cris y yo nos miramos con el ceño fruncido.

—¿Soy yo, o aquí ha pasado algo raro? —intervino después de unos segundos en silencio.

—Parece que sí —Caminé pensativa por el salón—. Parecía que se iba a desmayar, se ha quedado blanco.

—Sí, como si hubiera visto un fantasma...

—¿Qué? ¡Cállate! —exclamé nerviosa—. No digas eso ni en broma, yo tengo que vivir aquí sola.

—Era una forma de hablar —dijo sonriéndome—. Relájate.

Después de unos instantes estaba como loca buscando desesperada qué ropa ponerme. Cristina se había sentado en mi cama y me ayudaba a descartar modelitos. También me contó que vio salir a Quim del edificio poco después de haberme marchado, que lo vio cruzar la calle y que segundos después sonó el telefonillo de abajo. Al decirle que yo no estaba, dijo que volvería más tarde, pero Cristina no permitió que se le escapara la presa. Por lo tanto, prácticamente lo obligó a que subiera. ¿Para qué?... Aquí venía la mejor parte: ¿para que le adivinara el futuro!

En aquel momento me temblaron las piernas y tuve que sentarme.

—¿Qué has hecho qué? —dije intentando no saltar sobre ella y arrancarle el pelo.

—Vamos... No sabía de qué hablar, y pareció ponerse muy contento cuando le dije que me habías hablado de él.

La miré con la mirada más cruel y asesina que seguramente exista en el mundo, de hecho, creo que si hubiera estado treinta segundos más mirándola así, la habría desintegrado. Pero lo que a mí me parecía bochornoso, a ella parecía hacerle gracia.

—¡Encima no te rías!

—Eres una exagerada, Paula, antes que yo le dijera nada, él me dijo que su compañero de trabajo le había obligado a venir a verte. Según Quim, nadie lo soporta porque solo habla de ti.

La miré sin creerme una palabra de lo que decía. ¿Quim hablaba de mí? Pero si apenas había vida en el despacho ni en su piso en los últimos días. Incluso habría jurado que estaba de viaje.

—Cristina, no me cuentes historias.

—¡Es verdad! Yo también me sorprendí cuando me lo dijo, pero con esa cara de niño que tiene, ¿qué iba a hacer? Simplemente le dije que ya sabía quién era porque me habías hablado de él, y de cómo os conocisteis.

Me llevé las manos a la cara.

—¿Y qué dijo él?

—Se echó a reír y me preguntó si yo pensaba igual que tú —Quité las manos de mis ojos y la miré—. Le he dicho que yo le creía al cien por cien, y es ahí cuando me ha dicho algunas cosas sin que yo le preguntara.

—¡La madre que lo parió!

—¿Qué?

—¿Qué?, ¿cómo que qué? ¿Tú ves normal que le vaya diciendo a todo cristo que es vidente?

—En teoría no me lo dijo él, ha supuesto que yo lo sabía, y no lo he corregido. Él solo me ha dicho una cosa referente a algo que llevo pensando últimamente.

—¿Qué cosa?

—Nada importante —La miré sorprendida.

—¿Nada importante? ¿Y se lo cuentas a un desconocido?

—Te repito que él me lo ha dicho a mí —dijo poniéndose en pie—. Y eso corrobora que no es un cuento, ni está loco... Paula, ese hombre tiene un don, algo especial, no hizo falta que me adivinara nada para que sintiera que es diferente.

—Vaya...

—¿Qué?

—Es la primera vez que no le sacas un «pero» a un chico que me gusta. ¿Qué cojones ha hecho contigo el rato que habéis estado a solas?

—Nunca lo sabrás—dijo dándose la vuelta y saliendo de la habitación.

La seguí por toda la casa hasta que vi que cogía sus cosas para marcharse.

—¿Dónde narices vas? He pensado que te quedarías hasta que me marchara con Quim.

—Tengo cosas que hacer, pásalo estupendamente y espero que me lo cuentes todo en cuanto llegues —Me miró fijamente y me apuntó con el dedo—. Te repito, en cuanto llegues, o te juro que te llamaré, sin importarme la hora que sea, ¿entendido?

Asentí sin hablar y la seguí con la mirada hasta la puerta de salida. Cuando estaba a punto de salir se volvió hacia mí sonriendo.

—Por cierto, ya se me olvidaba... Si te saca el tema, el gato de la vecina se ha perdido, nos ha pedido el favor de mirar por si lo viéramos por la calle o en algún alfeizar.

—Arriba no vive nadie, es la peor excusa que nadie ha inventado jamás.

—Vale. Pues dile que los prismáticos son míos y que los traje para espiarle, ¡tú misma!

Cerró la puerta mientras se echaba a reír, la hubiera matado de haber podido, odiaba mentir, sobretodo porque luego no recordaba lo que había dicho y era todo un lio. En fin: ten amigas para esto.

Eran las siete y media pasadas cuando al fin pude decidir qué ponerme. Ya casi era verano, hacía un calor horroroso y eso dejaba poco margen a la hora de elegir, así que me decidí por un vestido color coral, de tirantes finos y escote importante, pero fino y bonito. El vestido no era muy corto, un poco por encima de las rodillas. No estaba mal y aquel color me favorecía.

Puntual como un reloj tocó el timbre. Pese a que lo estaba esperando, el salto que di fue bastante importante, cogí mi bolso y salí corriendo de casa. Él me estaba esperando en el patio, hecho un auténtico pincel. Sonreí.

Se había cambiado de ropa, se había puesto unos pantalones de lino blancos y un polo color rosa pastel; pocos hombres vestían con prendas de color rosa: ¡una tontería!, según mi criterio, ya que nada me parecía más sexy que un hombre con una prenda rosa, sobre todo si le quedaba tan increíble como a él.

Me miró de arriba a abajo y torció la cabeza a la vez que sonreía de una manera arrebatadora. Volvía a tener interés, ¡Dios! Di gracias por haber ocupado mi tiempo en aprender signos del lenguaje corporal, de esa manera podía entender algo mejor algunos de sus gestos. Esperaba de todo corazón que él no hubiera hecho lo mismo, yo era un jodido libro abierto, aunque pensándolo mejor... Si él era vidente, esas cosas no le hacían falta. «DIIIOSSS». Epic fail.

Suspiré y sonreí al mismo tiempo para despejar mi mente de los pensamientos que parpadeaban en mi interior. ¿Sabría que me interesaba? Esa pregunta se repetía una y otra vez; constantemente, sin parar. Me abrió la puerta del copiloto de su bonito Volvo, no entendía una mierda de coches, pero sabía que era un Volvo porque era igualito que el coche de Edwart Cullen en Crepúsculo, y porque después me di cuenta que en el maletero había un relieve con el nombre.

No hablamos mucho, pero me sentía como si estuviera en las nubes.

—Vas muy guapa —dijo después de un extraño silencio—. Ese color te sienta genial

—Ídem —dije sonriendo.

—No supe lo que significaba esa palabra hasta que vi Ghost.

Me eché a reír y asentí con la cabeza. Él parecía divertido y, lo que es mejor, tranquilo.

—Yo también.

—¿Te gusta Ghost?

—¿Conoces a alguien a quien no le guste? Es una película preciosa, siempre me hace llorar.

Salimos de la autopista y nos dirigimos al pueblo donde se encontraba la playa. Debíamos estar a unos cinco minutos de nuestro destino y, sin saber por qué, me puse nerviosa, aunque, a decir verdad, lo disimulé como una campeona.

—¿Lloras con facilidad? —preguntó sin mirarme.

—Bueno, depende de cómo me pille el día, aunque generalmente sí. Sobre todo con cosas referentes a los animales —Me miró sonriendo—. No me mires así, los animales son inocentes e indefensos, cuando veo que sufren me parece algo horrible, y con ello no quiere decir que las personas no, es solo que...

—Te entiendo —suspiré y sonreí—. Los animales y los niños son lo más inocente de este mundo.

Me había ganado, ya lo había conseguido, solo le faltaba tener a un bebé en brazos, un perro a sus pies y un gato en su rodilla, y ya me habría amarrado a su vida para siempre.

Aparcamos enseguida, cosa difícil en aquel lugar. Yo había estado varias veces con mis amigas

por esa zona y siempre estaba hasta los topes. Normal, la cafetería se encontraba en una zona privilegiada: estaba frente al mar. Disponía de varias terrazas, y servía unos helados muy suculentos, y una horchata —es una bebida típica de Valencia— dulce como la miel.

Encontramos una mesa pequeñita para dos justo en la mejor terraza y la que más cerca estaba de la playa. Aquellas vistas, aquel sol que aún se mantenía firme... ¡Todo aquello era mágico!

Después hacer el pedido al camarero, consistente en dos copas de helado que nos sirvió rápidamente, miré sonriendo a Quim. Saboreaba cada cucharada como si fuera lo último que iba a hacer en su vida. Un pensamiento pervertido que no pude controlar me azotó la mente y eso me obligó a dirigir mi mente hacia otros asuntos, pero me resultaba imposible viendo cómo devoraba el helado. ¿Todo lo haría con la misma intensidad?

¡Joder, para yaaa, se va a dar cuenta!, me dije.

—¿Has ido a la playa? —Levanté la vista, me estaba mirando con la cuchara en la boca, cogí aire.

—No, me dormí cerca de la ventana y supongo que me dio el sol.

Me guiñó un ojo y tuve que centrarme en mi copa de helado para evitar saltar sobre él y quitarle el leve bronceado a lametones. «Calma, mujer, calma», pensé.

—Sé que tu vecina se mudó hace dos meses, no se le ha perdido el gato.

Casi me ahogo. Si no llega a ser por los golpecitos que me dio en la espalda, me habría muerto ahogada por mi propia vergüenza. Carraspeé y me limpié las lágrimas de los ojos.

—Me lo temía —dije en susurro mientras él sonreía—. Yo...

—Tranquila —me interrumpió—. ¿Quién no ha espiado a sus vecinos alguna vez?

—No, no Quim, no es eso. Yo no espío a nadie, de verdad.

Bueno, a ti, pero era solo para saber si seguías vivo. ¿Puedes leerme la mente?

—Bueno, ya me contarás alguna vez que teníais montado tu amiga y tú. Una persona curiosa, Cristina, vaya que sí.

Me eché a reír y le miré. Con el pelo revuelto y el mar de fondo estaba aún más guapo de lo que ya era.

—Sí, lo es. Aparte, es una de las mejores personas que conozco, está algo loca, pero ¿quién no está loco en esta vida?

—Dímelo a mí —Me eché a reír y me imitó—. ¿Os conocéis desde hace mucho?

—Bueno, desde que teníamos unos diez años, éramos las típicas amigas que se dicen lo que piensan y acaban teniendo trifulcas increíbles —Sonrió—. Es verdad, con diecisiete años teníamos un temperamento horrible las dos. Éramos un gran grupo de amigas y siempre éramos las dos las que acabábamos peleadas; somos muy diferentes, pero es de las pocas personas que me comprende.

—Amigas que pese a lo que pienses, siempre son sinceras...

—Exacto, ni yo lo habría dicho mejor. En ocasiones es cruelmente sincera, pero eso forma parte de ella, y yo la quiero así.

—¿Tienes muchos amigos? —Se había terminado su copa y me prestaba toda su atención. Entrelazó los dedos y apoyó su barbilla en ellos; eso denotaba autoridad.

—Elena y Mateo, del trabajo, y otras dos amigas más —asintió—. El resto son conocidas y conocidos: personas con las que me llevo bien, salgo de vez en cuando a tomar un café, pero no pasa de ahí.

Me miró fijamente casi sin parpadear durante varios segundos seguidos, hubiera jurado que los ojos se le volvían grises.

—Tienes una barrera —dijo cuando estaba distraída mirando el mar, me volví enseguida.

—¿Perdón?

—Tienes algo en ti que impide que gente nueva entre en tu vida. Una desconfianza extraña.

—Bueno... En los tiempos que corren casi todos somos así.

—Yo diría que no. Tu desconfianza es causada por algo que te ocurrió, algo con una amiga.

Le miré atónita. Si había podido llegar hasta ahí, seguro que podía ver más allá y no estaba preparada. Estaba empezando a incomodarme la situación.

—Se me había olvidado que tú lo sabes todo... De todas formas me gustaría que dejaras algo de misterio, ¿te parece?

—Me resultas muy misteriosa.

—Hay temas que me incomodan...

—No deberían, todo son vivencias... —Me revolví incomoda en la silla—. Me llama la atención cómo sientes, cómo lo vives todo. Desde que te ocurrió eso con tu amiga cambiaste. No dejas que nadie se acerque a ti, que nadie te conozca realmente, por eso solo te fijas en hombres poco recomendables, porque sabes que al final se irán o los alejarás de tu vida sin que ello suponga una gran pérdida.

—Que puedas saber cosas de la vida de los demás no te da derecho a inmiscuirte en ellas. Estoy intentado decirte de una manera educada que no quiero hablar más de este tema ya que me resulta muy incómodo, y no solo te da igual, sino que ahora te crees con derecho a juzgarme.

De repente su semblante cambió y volvió a parpadear con normalidad.

—Yo... ¡No, Paula! No te juzgo, de verdad. No quería incomodarte, lo siento.

—Pues lo has hecho.

—Perdóname, de verdad, a veces no puedo controlar lo que digo. ¡Soy un imbécil!

Se había llevado las manos a la cara y se apretaba la sien intentado pensar con claridad.

Yo intentaba no pensar y que ciertos recuerdos no se adueñaran de mi estado de ánimo, pero ya era demasiado tarde. Me puse de pie y salí de aquel lugar lo más rápido que pude. No sabía exactamente porqué actuaba así, me estaba comportando como una niñaata, pero me asusté, me asusté al sentir la necesidad de contárselo y no podía hacerlo: aquello no podía salir de mí, y odiaba la idea de que él hubiera podido ver ciertos matices oscuros de mi pasado; hay cosas que no debe saber nadie más, hay cosas con las que solo debe cargar uno.

Salí a la calle y pasé de largo el coche de Quim. Quería caminar durante un rato y después llamar a un taxi para que me llevara a casa. Lo que iba a hacer es dejar pasar unos días y después, si tenía valor, le pediría disculpas a Quim y me alejaría de él para siempre. Torcí a la izquierda y me metí en una callejuela, no pude evitar llorar. Cuando estaba a punto de darme contra un coche, una fuerza me apartó de puro milagro y me topé frente con frente con Quim.

—Paula por favor, perdóname, te ruego que me perdones —Me puso ambas manos en la cara y secó mis lágrimas—. He sido un desconsiderado.

—Y un capullo.

—Lo siento, a veces no sé cuándo callarme.

—Pues deberías guiarte por las advertencias que sutilmente te he estado haciendo.

—No volverá a pasar. ¿Hay algo que pueda hacer para compensar esto?

—No lo sé...

—Tengo un perro que es un amor. ¿Quieres que te lo deje unos días para que te endulce el carácter?

—¿Cómo has dicho?

—Es broma —Sonrió—. Perdóname, de verdad.

Hicimos el camino de vuelta en silencio. Aunque no había dejado de pedirme perdón, yo no

estaba preparada para hablar con normalidad, no tenía ganas de nada. Llegamos al patio de mi edificio.

—Gracias por el helado —Sonreí sin muchas ganas—. Buenas noches.

—Paula —Me sujetó del brazo—. Me gustaría volver a verte mañana.

Aunque seguía estando de mal humor, el corazón me dio un vuelco.

—Mañana tengo mucho trabajo, quiero limpiar a fondo la terraza de mi habitación... Es ahí donde paso casi todo el verano y la tengo encerrada a cal y canto. Quizás otro día.

—Paula, perdona que te lo diga —Me miró sonriendo—, pero es la peor excusa que me han puesto jamás.

Sonreí y esta vez con ganas.

—¡Es verdad!

—Bien, pues si te parece bien, por compensar mi cagada de hoy, ¿te parece si voy y te ayudo a limpiarla?

Abrí mucho los ojos: la terraza estaba en mi habitación... íbamos a estar muy cerca de mi cama, y eso me ponía del revés; aun así no pude evitar querer pasar todo el tiempo del mundo con él.

—Está bien —dije con un hilo de voz—. Mañana temprano.

—Allí estaré.

Tragué saliva y subí hasta mi casa en una especie de nebulosa. ¿En serio había dicho que si a tal proposición? A ver, ¡sí!, lo sé, estoy exagerando, pero dejar entrar a Quim en mi casa era un paso más en esa locura que estaba cometiendo, además, no podía obviar el hecho de que aunque él parecía conocerme a la perfección... yo no sabía absolutamente nada de él. ¡¿Por qué coño no había dicho que no?!

No había dormido una mierda. Primero, por los nervios de pensar en que en unas horas llegaría Quim, y segundo, por el estado en el que estaba mi casa. Así que como si de una loca se tratase, me puse a limpiar mi casa a fondo. Terminé cerca de las cuatro de la madrugada y cuando me dispuse a dormir un poco, la idea de tener allí al surfero de ojos azules y hoyuelos comestibles, me mantuvo dando vueltas en la cama hasta casi las siete de la mañana. Resumiendo, ¡me quería morir!

Me senté en la taza del váter y miré mi reflejo en un pequeño espejo que tenía cerca: estaba espantosa. Los *zombies* de *The walking dead* tenían mejor pinta que yo. Tanto era así, que estuve tentada a enviarle un mensaje a Quim, con una excusa absurda, y así meterme en la cama hasta que llegara la tarde.

Pero algo me decía que pasaría de mi mensaje y se presentaría de todos modos, así que lo descarté por completo. Me puse un vestido cómodo para limpiar y me hice una coleta. Total, no sería la primera vez que me veía hecha un *orco de mordor*. Como no habíamos concretado hora, muy torpe por mi parte, no sabía lo que para él podía significar «temprano».

Apenas eran las ocho y media de la mañana, seguramente vendría sobre las nueve, o las nueve y media, así que, deseando que así fuera me tumbé en el sofá para cerrar un poco los ojos; necesitaba tenerlos cerrados al menos diez minutos. Aún no habían pasado cinco cuando sonó el timbre, me levante rápidamente y abrí... El sueño se me había ido por completo.

—¿Llego muy pronto? —preguntó Quim nada más abrir la puerta.

Después de guardarme el suspiro para mi más absoluta soledad, moví la cabeza en señal de negación. Parecía tener una energía apabullante y sentí una envidia enorme.

—¿Te apetece un café antes de ponernos al lio?

—¡Ah! Pero... ¿lo de limpiar iba en serio? —Me volví hacia él sonriendo—. Mi gozo en un pozo.

—Te enseñaría la casa, pero ya la viste el otro día.

—Sí —Se rascó la nuca—. Aunque debo de decir que ahora sin todas esas sillas delante de la ventana está mucho mejor.

Sonreí y fui hacia la cocina, necesitaba unos segundos para asimilar cómo le quedaban los pantalones cortos que había escogido: maravillosamente bien. Y qué decir de la camiseta de manga corta negra que se adhería a su torso... ¿Qué quería, matarme?

—¿Quieres café, u otra cosa? —Elevé la voz.

—Un café está bien —Di un brinco al escuchar su voz justo detrás de mí—. Perdón, no quería asustarte.

—No pasa nada —Volvía a tener el corazón en la boca—. Aquí tienes el café.

—Gracias —Sonrió—. He traído donuts veganos...

—¿En serio? —Salivé casi de inmediato.

—Sí, me dijo Cristina que habíais dejado de comer carne y casi todos los derivados de los animales.

—Sí —sonreí—. Llevamos un año y medio sin comer carne y varias cosas más, a veces es un

poco difícil, como por ejemplo ayer con el helado, pero con voluntad se puede.

—Totalmente de acuerdo.

Después de ese café y dos donuts, me encontraba *on fire* de energía, aunque me seguía poniendo nerviosa la idea de estar con Quim a solas tan cerca de mi cama, había conseguido relajarme un poco.

Fuimos hacia mi habitación y me di cuenta que los nervios no solo eran míos, Quim estaba algo inquieto.

—Qué habitación más bonita... —susurró mirándolo todo—. Tiene mucha luz.

—Gracias, y eso que la terraza siempre ha estado cerrada, cuando la abra entrará el doble.

—¿Cómo que siempre? —Se llevó las manos a las caderas—. ¿No se supone que esto lo haces cada verano?

Le miré sin saber dónde meterme, es lo que ocurre cuando mientes: ¡que a veces te olvidas!

—Cada verano he querido hacerlo, pero me daba miedo por si me entraban cucarachas —Me miró con una mueca que me hizo sonreír—. ¡No me mires así! Estaba cabreada, ¿vale?

—Ya...

—Además, tú te has ofrecido.

—Cómo me has engañado... —dijo dando unos pasos y abriendo la terraza—. Esta te la guardo.

Le seguí sonriendo y nos pusimos al lio. Pensaba que la terraza estaría bastante peor, pero aun así se tenía que emplear algo de tiempo en limpiarla. Quim me ayudó al máximo y me hizo reír muchísimo, las horas se pasaron rápido, y antes de lo esperado estaba despidiéndome de él en la puerta; él no quería admitirlo, pero estaba muerto de cansancio.

Yo todavía me entretuve un rato más en organizar pequeños detalles, no me gustaba dejar las cosas a medias. Cuando lo terminé me sentí súper orgullosa, había quedado maravillosamente bien. En agradecimiento por haberme ayudado, había invitado a Quim de nuevo, pero esta vez para sentarnos y disfrutar de las vistas en unas cómodas sillas de jardín; lo bueno era que tendría unas horas para dormir: lo necesitaba, aunque fuera poco rato.

Antes que los ojos se me cerraran del todo, me dio por mirar el móvil, tenía más de cinco llamadas perdidas de Cristina, tuve miedo, pero miedo real. Seguro que me liaba una buena, no solo por no haberla llamado la noche anterior, sino porque no le había cogido el móvil en todo el día. Tecleé su número y recé a todos los dioses. Por suerte no me cogió el teléfono después de dos llamadas... ¡Gracias, dioses! Para curarme en salud le mandé un Whatsapp un resumen de lo acontecido hasta ese momento. Y con la conciencia más tranquila ya, pude dormir.

Unos lametones me despertaron, no hacia ni dos minutos que me había dormido y ya me estaban reclamando. Por unos momentos sonreí, hasta que recordé que no estaba en casa de mi madre. Entonces... si no eran los gatos de mi madre, ¿quién me había lamido?

Abrí los ojos y un prado enorme que se extendía kilómetros y kilómetros de distancia, me saludaba. Me incorporé tan rápido que sentí un leve tirón en el abdomen.

«Ya estamos con el puto corsé», me lamenté. Volví a tumbarme y poco después volví a levantarme poco a poco. Cualquier día iba a morir asfixiada, estaba casi segura. Sentado frente a mí, y sin perder detalle de mis anormalidades, había un perro enorme. No estaba muy puesta en razas de perros, pero estaba casi segura de que era un Mastin, o un Gran danés, o algo parecido. No pude evitar sonreír, me encantaban los animales.

Miré a mí alrededor, muy a lo lejos creí reconocer mi casa, bueno, «mi casa» cuando una parte perturbada y enferma de mi mente decidía soñar con otra vida. No quería darle muchas vueltas al asunto, pero la idea de que las personas vivimos más de una vida, cada vez me empezaba a

parecer más normal.

Aunque lo que realmente pensaba de aquellos sueños, era que mi mente creaba un micro mundo cuando dormía y allí dejaba sueltas todas las cosas que me habían pasado a lo largo del día; que fueran sueños tan lucidos simplemente era suerte.

—¡Harry! —Reconocí la voz de Quim casi de inmediato, en unos pocos segundos ya estaba frente a mí—. Perdona, Paulé, no he podido sujetarlo, este animal es indomable cuando toca el prado.

—No pasa nada —Sonreí mirando a Harry—. Así que este es tu perro... ¡Es muy bonito!

—Ya sabes que es bonito, no es la primera vez que lo ves. ¿Estás bien?

—Sí, claro —Sonreí de nuevo—. Es que cada vez que lo veo, lo veo tan bonito...

Me sonrió y suspiré aliviada, al parecer había salido del atolladero.

—¿Ahora entiendes lo que me pasa contigo?

Me puse roja como un tomate, empezó a fallarme el aire y esa vez no era por el corsé.

—Vamos Qui... ¡Filipo!, no me sea usted pelota, al final terminaré por creerme sus palabras.

—Pues eso pretendo. ¿Por qué me hablas de usted? Cada día estás más rara.

Me eche a reír y me encogí de hombros.

—Con esta ropa y todo este escenario, no puedo evitar pensar en los libros de época que he leído, y sin querer me sale llamarte de usted.

—¿Libros de época? —Quim me miró de arriba abajo—. Paulé, como sigas así tendré que darle la razón a tu padre y anular nuestro compromiso.

—Vaya... lo siento, supongo.

¿Por qué narices tenía aquellos sueños tan reales? No entendía porque mi mente me estaba jugando aquellas malas pasadas, además, ¿por qué Quim dentro de mi sueño tenía aquella personalidad tan real? Todo eran preguntas y preguntas que me saturaban la mente.

—A mi padre le encanta Harry —dijo al fin sentándose a mi lado—. Me ha dicho que te de las gracias.

Fruncí el ceño. ¿Yo le había regalado a Harry? ¡Madre mía!

—Dile que no se merecen —Miré al enorme prado y suspiré—. Es un gran perro.

—Sí, Paulé —Me sujetó las manos con delicadeza—. Te ocurre algo, lo sé. Por favor, me gustaría que me lo contaras.

Me tomé unos minutos para pensar, Harry se tumbó a mi lado y apoyó la cabeza sobre mis piernas y casi me derribo.

—Sueño cosas raras últimamente —Le miré fijamente—. No descanso bien y se me olvidan algunas cosas, discúlpame.

—¿Seguro que es solo eso? —asentí—. Bien, imagino que serán los nervios de la boda.

—Sí —carraspeé—. Eso será.

—Siempre has sido un poco alocada —Me miró coqueto—, pero esa es una de mis partes favoritas de ti —Le sonreí como una tonta—. A todo el mundo le pareció una locura que el regalo que me trajiste de tu viaje a España fuera un Mastín español, pero a mí me encantó. ¡Mírale! Es precioso, jamás me siento solo.

—Soy toda una caja de sorpresas —Sonreí algo incómoda.

—Cuéntame más sobre esos sueños, te tienen muy exaltada, tienen que ser importantes.

—Sueño con otra vida —Quim me prestó toda su atención—. Sueño con nosotros en otra vida, en otra época, ni siquiera sabría explicarme, pero es tan absolutamente real, que me abruma y me asusta.

—¿Me lo estás diciendo en serio, Paulé? —El semblante amigable de Quim desapareció en un

segundo.

—Sí.

Se puso en pie y empezó a caminar nervioso, se estiraba del pelo y se daba golpes en la pierna mientras intentaba no gritar. Yo lo miraba aterrada y, aunque sabía que era un sueño, una parte de mi creía que aquello era más real de lo que podía llegar a imaginar. De repente, se dejó caer al suelo de rodillas y me agarró por los hombros.

—Óyeme bien, Paulé. No digas ni una sola palabra a nadie de esto, ¿me oyes? ¡Te encerrarían!

—¿Me estás llamado loca? —dije a la vez que apartaba sus manos de mí.

—No. ¿Cómo iba a llamarte loca? Sería como llamarme loco a mí también —Fruncí el ceño—. Escúchame bien, no hagas nada extraño cuando sueñes eso, procura no hacer nada importante que pueda cambiar el transcurso de las cosas.

—¿Qué? ¿Pero cómo voy a saber yo qué hacer? Solo estoy un rato soñando nada más, y casi siempre contigo.

—De acuerdo, entonces no hay problema. Aunque ves con cuidado, Paulé, estas cosas son más serias de lo que parece.

—¿Qué me estas queriendo decir?

—Lo que sueñas... No es un simple sueño, viajas a otra vida.

—¿Qué? —exclamé poniéndome en pie—. Eso no puede ser.

—¿Qué no puede ser? ¿Te ríes de mí? —Se puso a mi altura y pude verlo en todo su esplendor—. Vuelves a esa vida porque hay algo que no hiciste bien y que debes arreglar. Que yo esté en el sueño significa que tiene que ver conmigo, no es una broma, Paulé, están nuestros destinos en tus manos.

El corazón me latió desesperadamente, no quería asustarme, de verdad que no, pero había algo en su voz que me impedía ignorar aquellas palabras. Y... reparé en un detalle: Filipino, o Quim había creído que me refería a otra vida, en ningún momento había sospechado que con la vida que soñaba era con esa.

—Solo tienes que hacer una prueba —Le miré intensamente—. Y eso te llevará a la respuesta.

Me desperté de golpe sin saber por qué, el corazón me latía bastante rápido y tenía una leve sensación de angustia, como si hubiera caído desde una altura bastante considerable. Me llevé las manos al abdomen, me dolía horrores.

Me costó un poco ponerme de pie y cuando lo hice me mareé un poco. Tenía que hacer acopio de todo mi valor para ignorar la tremenda sensación de ansiedad que empezaba a producirme ese tipo de sueños. Debía de estar sometida a algún tipo de estrés emocional que aún no detectaba, que me llevaba a ese tipo de sueños raros y realistas que me estaban volviendo majara. Lo que más me inquietaba era la realidad de esos sueños. Eran reales, con todos los detalles propios de una vida real. Por lo general los sueños están cargados de elementos sin sentido, de colores, de sonidos... Van y vienen, se entrecortan, se repiten... Sin embargo, aquello era como vivir un fragmento de mi vida: lo que veía, lo que sentía, lo que olía... y todo en un marco de tiempo con sentido. ¿Cómo era posible?

Después de una ducha y de comer algo rápido, me decidí a apuntar cada detalle de aquel sueño, tal y como había hecho la vez anterior. Después leí lo que había escrito intentando asimilarlo. Reparé en un detalle que se me había escapado en su momento: en el suelo de aquel prado Filipino, o Quim mencionaba que le había regalado a Harry tras un viaje a España, por lo tanto, aquel prado no pertenecía a aquí. Pero en mi sueño hablábamos en español. ¿Dónde se encontraría aquel inmenso prado?

«Paulé...», susurré para mí misma. Tecleé el nombre en Google y me señaló la procedencia del mismo, cosa que me dejó entre ansiosa y asustada, provenía del francés, como había supuesto, era mi nombre traducido al francés.

Miré el techo pensativa, quizá mis sueños me llevaran a aquella localización por mis ansias de ir a *Disneyland París...*, sí, tenía que ser eso sino... ¿qué?

Quim no iba a tardar mucho en llegar y quería dejar la terraza lista para una foto de revista de decoración. La verdad era que me sentía una auténtica idiota por haber desperdiciado aquella cucada de terraza durante tanto tiempo.

Antes de lo esperado, llamaron al timbre. Me puse nerviosísima, ya había estado con él aquel día, así que ¿a que venían tantos nervios? Abrí la puerta y allí estaba él, guapo a rabiarse, con esa sonrisa que hipnotizaba. Pasó por mi lado y me dio un tierno beso en la mejilla que alteró aún más mi sistema nervioso.

—He traído pasteles —dijo levantando una pequeña bolsa que no había visto—. No sé cuáles te gustaban, así que he traído un poco de todo.

—No hacía falta —Sonreí algo tímida, estaba tan guapo y los ojos le brillaban tanto que no podía mirarle demasiado tiempo seguido—. ¿Te gusta el café granizado? Preparé un poco hace unos días, había olvidado por completo que lo tenía.

—Me encanta el café granizado —Sonrió—. Estás un poco despistada, ¿no? ¿Qué es lo que te ronda?

No pude evitar mirarle de arriba abajo, me encogí de hombros y deseé con todo mi corazón que dejara el tema ahí, aunque interiormente ya le había respondido.

«Me rondas tú, guapo».

—Espérame, si quieres, en la terraza, ahora lo llevo todo, creo que te sabes el camino...

—Sí, querida, me lo sé... ¿Qué será lo próximo, invitarme a ver una película y que la veamos de verdad?

Me miró alzando una ceja y achinó los ojos poniéndome la piel de gallina, después sonrió de una manera tan arrebatadora que casi me mata de un infarto de miocardio.

—Muy gracioso.

—Lo sé, y a ti te encanta —le sonreí negando con la cabeza mientras me daba la vuelta.

—¿Tan evidente es? —susurré de espaldas a él, estaba segura que no me había oído.

—La verdad es que sí —Me puse roja como un tomate y deseé que la tierra me tragara y me escupiera en *Mordor* por lo menos; no tardó ni segundo y medio en partirse de risa en mis narices.

Fruncí el ceño y lo vi alejarse de camino a mi habitación. Preparé las cosas en una bandeja, no sin antes dar señales de mi torpeza haciendo que se me cayera casi todo lo que tocaba. Seguramente en un descuido, y viendo mi suerte acabaría dándome una leche contra el suelo, terminaría espatarrada delante de Quim mostrando así la bonita lencería rosa que me había puesto. Pero no rosa «modo adulta», sino las típicas braguitas rosas con corazones que las madres ponen a sus hijas con cinco años. Sí, lo sé, pero es que eran tan monas.

Llegué a la mesa sin tirar nada al suelo, no pude evitar sonreír. Estaba casi segura de que iba a liar una buena. Quim estaba muy atento a todos mis movimientos y eso me ponía nerviosa, aunque estar con Quim era fácil: parecía un hombre tan sencillo y tan normal que me costaba creer que lo de vidente lo dijera en serio.

Cuando levanté la vista, Quim me miraba embobado, cosa que no había hecho antes. Pensé rápidamente en qué podía causar aquella mirada. ¿El vestido lo tenía bien puesto, o por el contrario me había salido media teta con algún movimiento? Con una nada disimulada mirada vi que estaba todo en orden. Él se había dado cuenta de que lo había pillado, pero en lugar de

parecer tímido, sonrió y se acarició la mandíbula. ¡Toma de decisiones!

¿Estaría pensando en abalanzarse sobre mí? ¿Querría hacerme alguna proposición indecente? Mi mente no podía evitar pensar en ese tipo de cosas, y seguramente se estaría debatiendo entre pedirme un vaso de agua, o decirme que iba al baño, pero yo con mi fantasía era feliz.

Nunca me había catalogado como una chica soñadora, siempre solía ser demasiado realista, con pequeños devaneos mentales, pero realista casi en mi totalidad. Pero últimamente me había descubierto a mí misma yendo mucho más allá de casi todo. ¿Cómo podía cambiar tanto en tan poco tiempo? Quizá una parte de mí siempre había sido así, pero la tenía oculta y dormida; puede que encontrar a Quim hubiera abierto esa puerta y otras tantas más.

—Quizá te rías de mí pero... —comentó mientras lo miraba fijamente a los ojos—. Tengo la sensación de que ya te conozco desde antes, es raro, pero no te siento como a una desconocida. Llámame loco, pero siento que esta situación, estar aquí sentados al aire libre hablando, riéndonos, las horas que hemos pasado esta mañana limpiado... Es como si todo esto ya lo hubiéramos hecho antes. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Tragué saliva, puede que yo no fuera la única que estuviera teniendo aquellos sueños raros, puede que él también estuviera pasando por eso y no me lo quisiera decir.

—Claro que te entiendo —Cuando lo miré me estaba sonriendo—. Suelo ser bastante tímida con la gente que no conozco, de hecho, casi siempre me rodeo de las mismas personas, me cuesta abrirme a gente nueva... ¡menos contigo!

—Y eso que la manera que tuve de acercarme no fue muy normal.

—No —Sonreí—. Desde luego que no.

Me miró los labios. No estaba loca, lo noté por dos motivos: obviamente porque lo pillé haciéndolo, y porque sentí que me ardían justo en el momento en que sus ojos estaban fijos en ellos. ¿Me estaba volviendo loca? No preguntes, Paula, más bien afirma.

—Te prometo que era la primera vez que me comportaba así, no sabía si acercarme o no, a veces no me doy cuenta de lo que hago, hasta que ya lo estoy haciendo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que es como si una fuerza se adueñara de mí y lo hiciera sin pensar. Ni siquiera sé explicarme...

—¿Como si estuvieras poseído?

—Quita esa cara de pánico, Paula —Me guiñó un ojo y sonreí—. No soy la niña del exorcista, joder, hay que medir cada palabra que uno dice en tu presencia. ¡Es agotador!

Fruncí el ceño y me crucé de brazos bastante mosqueada.

—Discúlpame si las palabras «una fuerza se adueñara de mí», viniendo de un tío que me asedió afirmando ser vidente y que no deja de adivinar cosas de mí, me asuste un poco. Además, soy Terapeuta, es normal que mida cada palabra que oigo, toda palabra suele ser importante.

—Olvidas que no soy un paciente —Sonrió y casi se me sale el corazón.

—Bueno, eso sería algo que habría que discutir con algunos expertos —Miró hacia otro lado echándose a reír—. Eres impulsivo, por eso actúas así, no es una fuerza ni nada por el estilo. Es algo tan simple como que actúas según dicta tu corazón, al menos durante los primeros segundos, luego ya piensas y reculas.

—Sí, se podría decir que así está mucho mejor explicado.

—Y da menos miedo, créeme.

Nos miramos durante un rato y nos echamos a reír. Estaba realmente increíble con esa camiseta blanca que se le pegaba a su perfecto torso, no debía valer más de cinco o seis euros, pero le quedaba como si le hubiera costado una fortuna. Mi madre dice que eso es «Tener percha». Hay

personas que pueden ponerse la ropa que sea, que siempre les quedará perfecta, ropa que, aunque sea barata, en el cuerpo de esa persona, resalta de tal manera que parece que haya costado millones. Eso mismo le pasaba a Quim. Cualquier mierda que se pusiera le quedaba increíble, yo, sin embargo, tenía que tener más cuidado; si me vestía sin prestar demasiada atención parecía una mendiga, quizá fuera por mi pelo moreno, o por mi tono de piel algo más oscuro. La cuestión era que, si no me arreglaba, parecía un desecho.

Pero no todo era malo, al menos podía lucir prendas de colores muy vivos en verano sin la necesidad de pasarme horas y horas bajo el sol, y en invierno, mientras todas lucían blanquecinas o con toneladas de maquillaje, yo seguía teniendo el mismo tono de piel. Sí, era la envidia de todas mis compañeras de trabajo.

—Y dime, Paula ¿estás con alguien en estos momentos? —Casi consigue que escupa el café.

—Pues... En estos momentos estoy contigo aquí, ¿no?

Se echó a reír a la vez que inclinaba su cuerpo hacia delante y se apoyaba sobre la mesa. Aquel gesto provocó que se marcaran los músculos de su brazo y algo en mi interior rugiera como si fuera un tigre.

—Me refería a sentimentalmente —Le miré asombrada.

—Hace muy poco lo dejé con una persona, además tú ya lo sabes, no ha habido tiempo como para empezar con alguien otra vez. ¿Por qué lo preguntas? ¿Has visto algo?

—No, nada —Sonrió de manera sincera—. Por eso mismo preguntaba, no puedo saberlo todo.

—Ya.

—Es verdad, Paula, generalmente lo que de verdad ansío y quiero saber, es lo único que no consigo ver. A veces es muy frustrante.

¿Ansía y quiere saber si estoy con alguien sentimentalmente? ¡Salseo, salseo! ¡Calma! Piensa con propiedad.

—Quizá sea por eso mismo —Me miró sin entender—. Me refiero a que como ansías tanto saberlo, justo es eso lo que te impide ver con normalidad. ¿No dicen que los videntes no pueden verse su propio futuro?

—No es del todo así, pero sí, más o menos. Pocas veces puedo saber que me pasará hasta que ya me está pasando, aunque muchas veces lo siento un poco antes de que ocurra.

—¿Y cómo lo sientes?

—Estoy nervioso todo el día, con unos nervios extraños en mi interior. Si lo que me va a pasar es bueno, estoy feliz y optimista, si por el contrario no es tan bueno, suelo estar apático y de mal humor.

—Bueno, eso también me pasa a mí muchísimas veces.

Me miró fijamente a los ojos, como si estuviera adivinando algo, agradecí que sus ojos me dejaran atontada y no pudiera ni siquiera recordar aquellos sueños, si no estaba segura que lo sabría.

—Te empeñas es querer ser una *muggle*, cuando tú eres mucho más, lo supe en cuanto te vi.

—¿Muggle? —pregunté algo confundida.

Sonrió y me miró con una expresión de afecto que no me pasó inadvertida.

—Gente no mágica, de Harry Potter —Me eché a reír al recordarlo, por un instante se me habían olvidado hasta mis apellidos—. Estás distraída, más de lo normal.

—No estoy distraída —¡Sí, sí, sí! Tú me distraes, ¡ven y arráncame la ropa!—, es solo que no había caído en eso, hace tiempo que no veo Harry Potter, algunos tenemos obligaciones, ¿sabe usted?

—¡Ah, claro! No recordaba que yo vivo del aire, discúlpeme, señorita Paulé.

Estaba sonriendo hasta que me detuve en seco. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y tuve que apartar la mirada antes de que notara aquel cambio brusco en mi reacción, gracias al cielo algo se cayó en el interior de la habitación y salí disparada hacia allí.

—¿Está todo bien? —escuché la voz de Quim desde el exterior. Me encontraba de rodillas en el suelo, agazapada detrás de la cama.

—Sí, tranquilo —grité desde mi humillante postura—. Estoy recogiendo algo que ha caído.

—¿Necesitas ayuda?

—¡No! Ahora mismo vuelvo.

Me senté en el suelo y me apoyé en un lado de la cama. ¿Qué estaba pasando? Necesitaba pensar, quizá fuera una coincidencia, quizá, y quizá, y quizá, y quizá, y quizá últimamente toda mi vida estaba dominada por un «quizá». Me armé de valor y asomé la cabeza por la cama. Desde mi postura apenas podía divisarle; recogí rápidamente.

—Paulé es francés, ¿verdad? —dije todavía desde el interior de mi habitación.

—Sí, mi tío es francés, chapurreo algo del idioma, aunque te advierto que si me pides que diga algo me negaré por completo. Seguramente te acabe escupiendo en la cara mientras intento pronunciar bien.

En ese momento salí al exterior mientras me reía, Quim estaba asomado admirando las vistas, la visión de su espalda me puso la piel de gallina. ¿Por qué sentía aquella irremediable atracción hacia él? Casi me costaba contenerme, esa no era yo. Jamás había sentido algo así, ni siquiera sabía explicarme, solo sabía que se me ponía algo en el estómago y que tenía que hacer un esfuerzo para retener el impulso de lanzarme sobre él desesperadamente.

Había dado dos pasos cuando se volvió hacia mí, me sonrió de oreja a oreja y se metió las manos en los bolsillos: me oculta algo. Pero ni eso consiguió que pudiera apartar la mirada de él. Fue entonces cuando una fuerza que desconocía, tiró de mí dándome el impulso necesario para dar dos largos pasos hacia él. Pareció sorprenderse porque abrió mucho los ojos, no se esperaba mi reacción, ni yo misma sabía qué coño estaba haciendo; y aunque una parte de mí gritara desesperada: ¡paraaaaaaa! Otra parte de mí estaba segura de lo que estaba haciendo. Perdida como lo estaba, puse mis manos en su perfecta mandíbula y antes de lo que hubiera esperado, me lancé hacia sus labios como una auténtica desesperada.

Después de unos segundos, y de sentir que el corazón se me había subido a la garganta, me separé unos instantes, los instantes que él necesitó para abalanzarse sobre mí y besarme con una pasión que jamás había sentido en mi vida. Sentir sus besos de aquella manera, tan fiera, tan sensual, había despertado todas mis terminaciones nerviosas; no pude evitar subir mis manos y perderlas en su precioso y ondulado pelo. Siempre había querido hacer eso, pero todas mis parejas tenían el pelo demasiado corto como para poder hacerlo, pero con Quim... ¡Joder!

Sentí que me elevaba en el aire, y era porque me había agarrado por el trasero y me había llevado con una agilidad increíble hacia el interior de mi habitación. Me soltó y me empujó con suavidad hacia la pared, donde me atacó como una fiera ataca a su presa. Sentí sus manos ascender por mis piernas y creí que me sería imposible mantenerme en pie, las rodillas y la cordura me temblaban de igual manera. Entonces, sin más, paró.

Nos miramos intentando respirar aire de alguna manera, estábamos exhaustos y algo confundidos; aquello había sido de lo más raro que había experimentado en mi vida. Quizá fuera esa pasión desorbitada que a veces se crea con algunas personas, digo a veces porque no me había pasado nunca. Acaricié mis labios y ambos nos echamos a reír.

—Yo, esto... —Se quedó pensativo—. No esperes que pida perdón por esto.

Sonreí sin poderlo evitar.

—Tranquilo, yo tampoco.

—¿Te apetece que cenemos juntos? —Sonreí, ya que apenas estábamos a unos pocos centímetros de separación.

—Claro. Me encantaría.

—Vale —Y diciendo esto se separó por completo haciendo que tuviera que sujetarme a la pared para mantenerme estable—. Voy a mi casa a buscar unas cosas, ¿me esperas?

—A no ser que me pierda en algún agujero negro, aquí estaré.

—Ahora vuelvo.

Se dio la vuelta y salió corriendo de mi casa, me hubiera gustado que me hubiera besado otra vez antes de irse, pero de todas formas estaba feliz. Salí de nuevo al exterior, con una mezcla de nervios y felicidad. Aquella sensación era increíble, era como caminar por el mar, o revolcarme sobre nubes de algodón, no sé, algo así. Después de haberlo recogido, me senté de nuevo en la silla y me recosté admirando el cielo. Debían ser las ocho de la tarde, pero el cielo aún era de un azul intenso, aunque el sol no tardaría en perderse en el horizonte. Reparé en que estaba sola, en el amparo que me profería la soledad pude pensar.

Estaba segura que de tener un perro se llamaría Harry, de hecho, lo había mencionado haciendo referencia a la película, aunque no sabía si lo tenía o no. Lo de llamarme Paulé hizo que me entrara un escalofrío, me senté en el suelo y me llevé las manos a la cabeza. ¿Dónde acababa el sueño y dónde empezaba la realidad?

Me levanté diez minutos después y me senté sobre mi cama pensativa, últimamente estaba más pensativa de lo normal, la idea de que no me cuadrara nada de lo que me estaba pasando me tenía de los nervios. Por otra parte, no podía evitar olvidarme de todo cuando miraba a Quim durante más de un segundo y medio seguido. ¿Qué me ocurría?

Yo había sentido eso que dicen sobre las mariposas en el estómago cuando alguien te gusta, pero con Quim era algo extraño, algo mucho más peligroso, inquietante, atrayente, succulento, y raro que había sentido nunca hacia una persona, concretamente hacía un hombre. Era una sensación irracional de deseo carnal mezclada con un sentimiento de añoranza extremo. ¿Añoranza, por qué? Cuando pensaba en él, era como si pensara en una persona a la que he querido mucho y ya no está, pero Quim sí estaba. Quizá esa sensación de añoranza se debiera al hecho de que sentía miedo de perderle, o puede que como me parecía tan increíblemente inalcanzable, una parte de mí ya estuviera preparándose para cuando me diera la patada. Sí, yo y mi optimismo.

Mi jefa Elena se había empeñado en que me leyera un libro sobre la ley de la atracción, y lo cierto fue que me resultó increíblemente interesante. Durante un tiempo lo apliqué a mi vida y funcionó, no recordaba en qué momento exactamente lo había mandado a la mierda, pero debió de ser el error más grande de mi vida porque entonces el pesimismo se adueñó de mí y empezó todo cuesta abajo. Al conocer más a Quim, Nico me parecía algo así como un moco, y Dios sabe que no me refiero al físico.

Quizá solo tuviera que pensar en que Quim se sintiera perdidamente atraído por mí. Según la ley de la atracción, lo que piensas y sientes es lo que atraes. En ese momento lo único que había atraído había sido el calentón que llevaba a causa del increíble y cinematográfico beso que me había dado, pero ¡oye!, por algo se empieza.

¿Habría sentido él algo parecido a lo que había sentido yo? ¿Habría notado cómo nos elevábamos en el aire sin ni siquiera movernos del suelo? ¿Se Habría dado cuenta de que cada vez me sentía más poseída por Woody Allen? Por una razón que no quise pensar en exceso, Woody

Allen me hizo pensar en las braguitas de niña que llevaba.

¡Era mi momento! Debía quitarme esa ridiculez que me había puesto y ponerme mi súper tanga nada cómodo, pero que solo de mirarlo te mueres del gusto ¡Sí! sería lo mejor porque, hablando con claridad, después de aquel impresionante beso, ¿intentaría algo más? Puede que no pasara de simples besos y alguna que otra caricia, pero seguro que el tanga sería algo decisivo; no mi personalidad ni mi encanto natural ni siquiera mi cara o mi cuerpo voluptuoso— quizá demasiado voluptuoso—: el tanga, el tanga sería lo que determinaría la noche. Nota mental: «Tarada».

Hacía unos meses que me había comprado un gel íntimo con esencia a caramelo de fresa. Sí, es cómico, me había quitado unas bragas rosas de corazones para ponerme un tanga digno de Sasha Grey, sin embargo, me iba a lavar con un gel íntimo con olor a caramelo de fresa; yo, y mis contradicciones. No quería pensar en exceso qué diagnóstico tenía aquello, hay veces que se vive mejor en la más absoluta ignorancia.

Volví a retocar mi escaso maquillaje y me perfumé entera de nuevo, tuve que pasear por casa durante un rato para acostumbrarme al tanga, no quería caminar como si tuviera un palo en culo. ¡La madre que me parió! ¡Qué incómodo era!

Esperaba que aquella idea no terminara en una bonita cistitis. Antaño solía usar tanga... Prefiero no acordarme de por qué decidí dejar de usarlo.

Aburrida como lo estaba, decidí asomarme a la terraza, me quedé mirando a un vecino que estaba asomado al balcón, lo observé durante lo que me parecieron horas. ¿¡Pero dónde narices se había metido ese hombre!? ¿Había ido a china?, refunfuñé mientras miraba ansiosa la puerta de casa. Justo en ese instante la puerta se abrió y yo casi me caigo de culo.

—¡Perdón por tardar! —dijo Quim mientras entraba cargado con unas bolsas seguido de Cristina y Marcelo—. Nos hemos encontrado cuando salía de mi casa.

Miré a Cristina completamente alucinada.

¿¡Pero qué narices hacían allí!? A ver, yo adoraba a mi amiga y a su novio, pero ¡joder!, yo quería estar a solas con Quim. ¡Quería matarla!

Cristina se acercó a mí sonriendo y tuve que mirar hacia la terraza para evitar fulminarla con la mirada.

—Veníamos a verte —dijo disculpándose—, olvidé que habías quedado con Quim, de hecho, no queríamos subir, pero no ha habido manera de hacerle razonar. Además, quería darte las llaves de tu casa, al final las acabaré perdiendo.

—Te he mandado un mensaje que sé que has leído y sabes de sobra que quiero que te quedes esas llaves por si yo pierdo las mías —susurré cuando supe que nadie más me escuchaba.

—Y yo te estoy diciendo que no lo recordaba. Ya he hecho una copia, esta es para ti, para que se las des a tu madre o a quien quieras. No seas pesada —me respondió ella de la misma manera—. Casi echo a correr cuando lo hemos visto, nos ha dicho que cenaría contigo y Marcelo se ha autoinvitado. ¿Qué querías que hiciera?

—¡Matarlo!

—Lo he pensado, pero para entonces Quim ya estaba insistiendo, así que me ha tocado callarme y acompañarles a comprar la cena; ni siquiera me han dejado que viniera aquí antes.

Resoplé y acabé aceptando mi destino. Cuando nuestros ojos se encontraron, Marcelo vino enseguida a darme un abrazo y un beso de oso. Teniendo en cuenta que media dos metros, y era grande y musculoso, lo de abrazo y beso de oso era literal.

—Perdona por fastidiarte la cita —me dijo al oído—. Ha sido culpa mía.

—No te preocupes —No podía resistirme a la mirada de aquel portentoso hombre, me parecía tan dulce—. Ya me la devolverás ayudándome a pintar el piso.

Se echó a reír y asintió con la cabeza, llevaba siete meses diciéndole que quería cambiar el color del salón de mi casa. Se había ofrecido a ayudarme a pintar, pero Cristina acaparó toda su atención cuando decidió irse a vivir definitivamente con él. La odié durante unas semanas, luego se me pasó. Quim, que había visto toda la escena desde una distancia considerable, se acercó a nosotros sonriendo; de repente, la idea de una cena de parejitas en mi apartamento y en mi recién estrenada terraza, me pareció una idea de lo más estupenda.

—En mi casa tengo una barbacoa portátil, está sin usar y es fácil de montar, podría traerla y preparamos la cena en la terraza, ¿no? De lo contrario, me temo que la cocina va a quedar hecha un asco.

—¡Claro! Me parece genial —No pude evitar ponerme algo colorada cuando sonrió ante mi efusividad.

Marcelo se ofreció a ayudarme y a los pocos minutos Cristina y yo nos quedamos solas de nuevo.

Antes de lo que esperaba Cristina ya estaba dando saltos en la terraza. Cuando ella vivía allí me propuso mil veces adecentarla, pero yo siempre me negué por miedo a las cucarachas. Poco después empezó a cambiarme las cosas de sitio para dejarlo, según ella, «Más cohesionado con el ambiente». Yo la miraba desde un segundo plano sonriendo.

—Tú estás loca, ¿lo sabías? —asintió—. Me alegro, al menos lo admites.

—Te noto rara —Observé cómo desenredaba unas guirnaldas de luces para colocarlas sobre varios apoyaderos.

—¿Yo? Eres tú la que está en plan reforma exprés. Yo estoy aquí calladita mirando.

—Eso es lo raro. Tú nunca estás callada.

Nos echamos a reír y nos quedamos en silencio, ambas nos retábamos con la mirada; ella intuía que había pasado algo, yo sabía que ella se lo olía, pero ella no preguntaba y yo no soltaba prenda.

—¡Le has besado!

—¡Le he besado!

Hablamos al unísono y ambas nos llevamos las manos a la boca.

—¡Le has besado! ¡La madre que te parió! —dijo echándose a reír a carcajadas.

—Sí —Suspiré poniéndome más roja que un tomate—. No sé qué me pasó, cuando quise darme cuenta ya estaba comiéndole la boca como una desesperada.

—¿Y qué hizo él? —preguntó abriendo mucho los ojos sin parar de reírse.

—¿Tú que crees? —Se encogió de hombros— ¡Escupirme! Pero ¿tú eres tonta? Me agarró del culo y me empotró contra la pared de mi habitación, casi me arranca los labios.

Cris me miraba expectante.

—¿Y?

—Me ha acariciado las piernas —dije entre suspiros.

—¿Y?

—Y se ha separado de mí y me ha preguntado si cenábamos juntos —Me miró decepcionada—. ¡Oye! No me mires así, no ha sido cosa mía, si de mí hubiera dependido ahora mismo estaría atado en la cama recibiendo candela.

Cristina, que se había llevado un trozo de pastel a la boca lo escupió mientras luchaba por seguir respirando. Yo la miraba sonriendo, nada me gustaba más que hacerla reír.

—Paula, me vas a matar —dijo recuperando el aire, aunque sin parar de reír—. Eres una bruta.

—Soy sincera.

—Y estás suelta como Gabeto.

—Tal y como lo estás diciendo —Me llevé las manos a la cara y suspiré—. Cris, nadie... jamás, me había excitado tanto sexualmente, te lo juro. Es que me trae loca, soy incapaz de controlarme.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Paula? —dijo alzando una ceja divertida.

Justo cuando iba a responder escuchamos la puerta. Quim se había llevado las llaves que había traído Cristina. Aquello era un detalle que no me pasó desapercibido, pero si era sincera, no me desagradaba para nada.

Los diez minutos siguientes los pasé algo distraída, mientras que Quim y Marcelo montaban la barbacoa y Cristina supervisaba el trabajo, yo me había quedado relegada a un segundo plano. Observaba toda la escena como si de una película se tratase. Quim era cortés y educado con Cristina, y amigable y cómplice con Marcelo; me di cuenta que esa familiaridad que usaba conmigo no era algo que solo reservara para mí.

Simplemente él era así: cercano con la gente. Al poco de estar con él parecía que se conociera desde hacía tiempo. Si aquella tarde, en aquella cafetería, se hubiera acercado a mí como un chico normal, quizá no hubiera tenido esas puñeteras paranoias nocturnas... No sé, quizá estaba desarrollando algún tipo de esquizofrenia paranoide o algo por el estilo; no quería pensar demasiado en eso, así que me fui al baño y me cambié el tanga.

Esta vez mi elección fue algo sencillo: unas bragas negras de algodón con un lacito pequeño. Total, mi intuición me decía que como mucho solo conseguiría otro beso de aquel Adán rubio.

Cuando volví a la terraza —esta vez caminando muchísimo más cómoda—, ya habían preparado las brasas y Cristina salpimentaba la carne con cara de asco. Como nosotras no comíamos carne me entretuve seleccionando las mejores verduras para asar.

—Estás muy callada —Me di la vuelta y vi a Quim apoyado en el respaldo de mi silla. Tuve que respirar antes de contestar, estaba guapísimo—. ¿Es por algo que he dicho o hecho?

—Mmm —murmuré sonriendo—. Aquí, tú eres el vidente, no cambiemos los papeles.

Se echó a reír y le imité. Nos miramos a los ojos durante unos segundos y por primera vez desde que lo conocía parecía realmente relajado, como si tuviera la mente despejada de todo tipo de pensamientos. Curiosamente me recordó muchísimo al Quim de mis sueños, incluso hasta parecía más joven. No pude evitar mirar sus labios, hubiera pagado con años de mi vida si con ello hubiera encontrado el valor necesario para besarle.

—¿De verdad estás bien? —insistió con esa mirada dulce como el azúcar.

—Estoy perfectamente, te lo juro.

—No sé yo...

—Quim —sonreí al mirarle a los ojos—, como comprenderás no puedo estar todo el rato haciendo la payasa, eso agota.

Me miró sorprendido y me regaló una sonrisa pletórica. Rodeó mi silla y se sentó a mi lado mirándome con atención.

—Guau —dijo en un suspiro y yo tuve que dejar de cortar el calabacín para evitar rebanarme un dedo.

—¿Qué?

—No pensaba que fueras así, eres tan natural...

No estaba segura de si aquello me alagaba o me ofendía un poco. ¿Natural? Normalmente me sentía algo tímida o cohibida con él, pero dado que estaban mis amigos a mi lado y que la cerveza que me había tomado me había subido un poquito...

—¿Natural a bien o mal?

—¡Ay, Paula! —Se echó a reír—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Tengo un millón de ideas, me dije para mí misma. Aunque él solo vio que sonreía; esperaba de todo corazón que así fuera.

—Es la cerveza —sonreí mostrándome algo tímida por la forma en la que me miraba—, y el humo de la barbacoa, el olor a carne...

Me miró durante unos segundos con una sonrisa enorme en la cara, después cogió mi cerveza y se puso en pie.

—Bueno, señorita, creo que ya has bebido suficiente por hoy.

Me eché a reír. La Coronita que me había bebido me tenía en baba, pero no había conseguido que mi mente eludiera el hecho de que en mi terraza había un algo que nos hacía estar tranquilos, un buen rollo que se podía notar en el ambiente. Fuera lo que fuera, se estaba genial.

El sol ya se había ido casi por completo y una luna enorme empezaba a ocupar su lugar en el cielo. Las guirnaldas ya empezaban a alumbrar la zona y aquello parecía sacado de una foto de Pinterest.

Preparamos la mesa y Cristina hizo varias fotos para publicar en sus redes sociales; a veces la observaba haciendo cosas sencillas y básicas, y me moría de la risa. Marcelo y Quim hablaban animadamente mientras los observaba apoyada en la balaustrada. Fijé mi mirada en la luna llena. No podía apartar la mirada de ella, me atraía, era como si tuviera un imán. ¿Habría sido un hombre lobo en otra vida?

Un coche con la música muy alta me hizo mirar hacia la calle. Era un Mercedes de color negro que había aparcado frente al edificio de Quim. Tenía las ventanillas bajadas y la música a toda pastilla. En otro momento me habría molestado aquel volumen, pero no fue así porque sonaba Coldplay; reconocí la canción de inmediato. Miré de nuevo a la luna mientras escuchaba la canción y después mi mirada fue a fijarse en Quim, que fingía escuchar a Marcelo, aunque podía notar su mirada en mí. Me perdí en la letra de aquella melodía:

Llámalo magia, llámalo verdad, para mí es magia cuando estoy contigo. Y me estoy rompiendo, rompiéndome en dos, aun así, para mí es magia cuando estoy a tu lado.

Magic... No pude evitar sentir un escalofrío al escuchar aquella letra a la vez que sentía sus ojos en mí. Quim parecía haber reparado en el significado de aquella canción a juzgar en la forma de sonreír que tenía.

Al rato nos sentamos a cenar. Para ser sincera, y sin saber por qué, se me había cerrado el estómago. Estaba como nerviosa... «¡Por Dios, Paula, para ya!». Aun así, me esforcé en comer un poco, lo que menos quería es que Cristina me diera la tabarra con su perorata de «La buena nutrición». Cris se estaba poniendo morada a verdura y a soja texturizada con curry.

—Oye, Quim —intervino Marcelo rompiendo el silencio—. Y en el tema de mujeres, ¿cómo te ha ido hasta ahora? —Casi me atraganto, y Cristina casi se desmaya—. Lo digo porque... como sabes todas esas cosas.

Miré a Quim, parecía divertido.

—¿Le has dicho que lo sabes? —susurró Cristina a su novio, un susurro que escuchamos perfectamente.

—Tenía curiosidad.

—¡Pero tú eres tonto! —Quim y yo dimos un brinco a la vez por el grito—. Te dije que no dijeras nada.

—Cristina —interrumpió Quim, para suerte de Marcelo—. Realmente no me importa, en serio. No me avergüenzo en absoluto de lo que soy.

Lo miré asombrada, me parecía genial que no se avergonzara de lo que era y tampoco me importaba que Marcelo supiera nada. Al fin y al cabo, era normal que Cristina le contara que a la

chalada de su amiga le gustaba un Harry Potter en potencia. Lo que me generaba más dudas era lo abierto que era para exponer su don... En el hipotético caso de que lo presentara en casa de mis padres, ¿les diría que era vidente?

—Quim, toda la gente que te conoce, ¿sabe que tú haces...? En fin, eso que tú haces —me atreví a preguntarle mirándole a los ojos fijamente.

—¿Y qué es lo que hago, Paula? —dejó los cubiertos sobre el plato y entrelazó las manos. «¡Autoridad!»

Miré su reacción y replanteé la pregunta.

—Quiero decir... el tema de tu don. ¿Es algo que sabe mucha gente?

—Lo sabe la gente que lo tiene que saber. Imaginaba que Marcelo lo sabría, ya que le leí las manos a Cristina... Esas cosas se suelen contar, ¿no?

—Así es —susurró Cristina.

—Sí, claro —dije mirando mi plato y sintiéndome algo avergonzada.

—Sé qué para ti todo esto es de locos y lo respeto, pero para mí es un día más en mi vida... Que la gente no me trate de tarado, sinceramente, es una novedad, y te repito que no me avergüenzo para nada de lo que soy.

—No he dicho que tengas que avergonzarte.

—Pero lo piensas —insistió.

—No lo pienso —Me tomé unos segundos para pensar. ¿Lo pensaba? —Es solo que... considero que es algo íntimo.

—Yo sé detalles íntimos de la gente, y es algo muy injusto para la otra persona. Digamos que mi manera de pagar mi intromisión es hablar claramente de lo que me ocurre. No todo el mundo sabe esto, obviamente, porque prefiero elegir quién lo debe saber y quién no. Considero que es lo justo. Te pongo un ejemplo... Marcelo está nervioso por una decisión que debe tomar y no se atreve —Miré a Cristina asombrada—. Tranquila, se lo dije la otra tarde y a Marcelo cuando hemos ido a mi casa. Y ya que yo conozco esa parte de sus vidas, ¿por qué no mostrarme abierto con ellos?

Le miré durante unos segundos casi sin parpadear, tenía miedo de que se hubiera enfadado conmigo o de que se sintiera mal por mi culpa. Cuando nuestras miradas volvieron a coincidir, me guiñó un ojo y sonreí algo más aliviada. Lo bueno de todo aquello era que Cristina y Marcelo creían hasta en las hadas, así que no dudaron ni un segundo de la salud mental de mi surfero del alma. Les envidiaba. Les envidiaba por el hecho de que a ellos les resultara tan fácil creer en algo que a mí me costaba horrores.

—¿Y bien? —dijo Cris, a lo que Quim y yo la miramos—. ¿Cómo te ha ido con las mujeres hasta ahora?

—¡Oh, por Dios! —exclamé, a lo que Marcelo sonrió.

Quim me miró durante unos segundos y después de sonreírme cogió aire.

—Bueno, no me puedo quejar. Después de haber sido el apestado casi toda mi adolescencia, cuando llegué a la universidad todo cambió. Desde entonces no ha sido difícil. Digamos que... no me ha resultado muy complicado saber... —Hizo una leve pausa— cómo complacer a una mujer.

Complacer, ¡joder! Esa palabra en sus labios era tan, tan apetitosa... De repente caí: ¿yo también le resultaría poco difícil? ¿Estaba hablando de sexo o de la convivencia en general? Las golfas de mis hormonas estaban en ese plan y todo lo llevaban al terreno sexual, pero tratándose de sexo, o no, me había sentado un poco mal. Yo para él quería ser algo diferente, como él lo era para mí... ¡Espera un momento! ¿Yo para él? Pero ¿qué me pasaba? Inconscientemente me crucé de piernas, detalle que a Quim no le pasó por alto, aun así, actuó como si nada.

—¿Puedes saber lo que piensan? —Continuó Marcelo embelesado por la historia, y por Quim.

—No, no funciona así —dijo echándose a reír—. Eso sería leer la mente y yo no leo la mente. De hecho, creo que es imposible, aunque bueno... ¡nunca se sabe!

—¿Entonces? —insistió Cristina.

—No lo sé, la mayoría de las veces simplemente lo sé. Ni siquiera sé cómo llega la información a mi cabeza, es como si eso siempre hubiera estado en mi conocimiento, cosa que no es así. Por eso tengo que controlar tanto lo que digo, porque eso es lo que me lleva a hablar antes de pensar, es un poco raro.

—Y tanto —susurré mientras bebía un poco de agua.

Supe que tenía que ir al baño cuando Marcelo preguntó con cuántas mujeres había estado. Justo en ese instante me levanté de un salto y corrí al baño con una excusa bastante creíble, ya que durante la cena me había bebido otra Coronita.

No tenía ganas de mear, pero aun así meé, me atusé el pelo, me limé un poco una uña y me retoqué el pintalabios. Tardé lo suficiente como para que ya hubieran cambiado de tema. Cuando volví a la mesa de nuevo los tres estaban riéndose.

—¿Y a ti, Paula? —dijo Quim mirándome los labios durante una fracción de segundo—. ¿Cómo te ha ido con los hombres?

En ese instante me quedé blanca. ¿Qué? Pero ¿qué dice?

—¿A mí? —Miré a Cristina que en ese momento se moría de la risa—. Pues no sé, como a todo el mundo, imagino.

Estaba claro que había tenido una suerte pésima, pero una cosa era que yo lo supiera y lo aceptara, y otra es que me sintiera orgullosa de mi escaso radar en cuanto a hombres. Además, hablar de mis fracasos amorosos no era un tema que quería abordar con Quim delante.

—¿Como a todo el mundo? —apuntilló Cristina muy a mi pesar—. Por ahí no voy a pasar.

—Tú sabes que no es necesario que todo el mundo se entere de los cafres con los que he coincidido, ¿verdad? —dije mirándola muy fijamente.

—Eso lo sé —Sonrió de una manera que me dio miedo—, pero Quim no es todo el mundo —Quim se echó a reír y acaparó la atención de Cris—. Contestando a tu pregunta Quim, Paula tiene una larga lista de personajes a sus espaldas.

Él, orgulloso de sí mismo, se recostó en el respaldo de su silla y me miró divertido.

—Vamos... no será para tanto.

—Bueno, la verdad es que sí que lo es —contestó Marcelo, a lo que levanté la mirada y lo miré completamente boquiabierto—. Lo siento, Paula, yo te quiero mucho, pero es que tienes un historial que...

—Estáis exagerando y no me estáis haciendo ninguna gracia —Escuché reírse a Quim y lo miré directamente—. Tú tampoco.

—¿Yo? —Se tocó el pecho ofendido—. ¡Pero si solo he hecho una pregunta inocente!

Fruncí el ceño cuando escuché a mis amigos reírse con ganas. Genial. Me había convertido en el mono de feria, y que conste que odio esa expresión.

—Os podéis ir un poquito a la mierda, todos —dije poniéndome en pie y recogiendo los platos para poder traer el postre. Me ignoraron riéndose en mi cara sin vergüenza ninguna.

Recogí lo que pude y me fui a la cocina, hice otro viaje mientras los tres aún seguían con la mofa. Realmente no estaba enfadada, pero debía de reconocer que lo que sí estaba era avergonzada. Acaba de conocer a Quim, él no tenía por qué saber esas cosas, tampoco consideraba que fueran de vital importancia.

Cargada con platos limpios y con el postre volví a la terraza. Al ver que seguían hablando me

quedé algo rezagada escuchando lo que decían.

—No, no, Marcelo, ese no es el peor —dijo ella entre risas—. El peor fue el tarado ese que quería ser cantante de ópera. Aunque no se le queda muy atrás el tío ese que tenía un burro y lo sacaba a pasear por la calle como un perro.

—¿Un burro? —preguntó Quim sorprendido.

—Sí —afirmó mi amiga sonriendo—. El animal era un amor, todo lo que no era él. Después estuvo unos meses con un militar que debía medir un metro sesenta, decía que era general de las fuerzas armadas.

—Para mí el peor fue el músico ese bohemio que odiaba la televisión —comentó Marcelo pensativo—. Siempre quise decirle que parecía el *Príncipe de Bequelar* con esa perilla horrible que tenía.

—¿Y qué me dices del niño ese del que se encaprichó hace años?

—¿Niño?

El corazón me latió fuertemente en el pecho. Como si tuviera un petardo en el culo fui corriendo hacía allí antes de que contaran esa bochornosa racha de mi vida, la cual quiero borrar y enterrar para siempre.

—¡No era un niño! —dije cuando salí a la terraza con la bandeja del postre—. Tenía veintidós años, e iba a la universidad, era más pequeño que yo, pero no un niño.

—Dejémoslo en adolescente —insistió Cristina que se llevó el impacto de un trozo de pan en la cabeza—. No es porque tuviera veintidós años, es que era un niño. ¡Por dios!, si te dio plantón para ir con sus amigos a jugar en los recreativos.

Quim y Marcelo se reían a carcajadas y a mí no me hacía puta gracia nada. Yo misma me había reído de esa anécdota tiempo después, aunque en su día le sentó horriblemente mal a mi pobre ego maltratado. Pero una cosa es que yo contara eso en confianza y otra es que Quim lo supiera, me hacía sentir ridícula entre otras cosas. Me senté de mala gana en la silla. Por primera vez desde que había salido aquel incómodo tema de conversación me enfadé, y hubiera ido a más si no hubiera sido porque Quim posó su mano en mi rodilla y me dio un suave apretón cariñoso. Levanté la mirada y allí estaba él, mirándome con ternura.

—Me hace gracia como frunces los labios cuando estás enfadada —dijo mientras pasaba el pulgar sobre ellos. Mi corazón latió desbocado al sentir su dedo en mi labio, procuré actuar con normalidad y centrarme en mis morros de mujer enfadada. Esa reacción era muy mía, todo el mundo que me conocía por ese gesto si estaba enfadada o no. Yo me los veía como siempre, pero bueno, si todo el mundo me lo decía... —Todos tenemos errores en nuestra vida. Yo salí con una chica que estaba como una cabra. Más de una vez me encontré mis cosas en el portal de mi casa y lo curioso es que no vivíamos juntos. Cuando se enfadaba conmigo venía a mi casa a tirar mis cosas por la ventana. Tuve que cambiar de casa cuando lo dejamos, era el hazme reír de la calle.

Lo miré sonriendo, estaba tan guapo contando aquella anécdota que no pude evitar pasar mi mano por su mentón, cuando quise darme cuenta Quim se mordía el labio y se ponía rojo como un tomate.

Poco después seguimos hablando de distintas cosas, al menos esa vez no era de mí, consideraba que ya había tenido bastante. Cerca de media noche Marcelo nos propuso ir a un club que estaba en la playa, lo habían abierto hacía poco y podríamos entrar sin problemas ya que él era uno de los Dj's que solían pinchar allí. Después de recoger la terraza y dejarlo todo en orden me cambié, me puse un vestido negro de tirantes algo ceñido por la cintura. Sabía cómo exaltar mis virtudes físicas y tener cintura era una de ellas.

El vestido no era nada del otro mundo, pero me hacía sentir más segura y más sexy, fíjate que

memez más grande, pero tristemente así era.

Supe que había acertado con el vestido por la mirada que me regaló Quim, el solía tener una mirada simpática, dulce..., pero en aquel momento sus ojos reflejaban otra cosa que me humedecía la boca. Caminé hacia él intentando ser lo menos torpe posible, pero es que no podía evitar que me temblaran las piernas en su presencia, era algo muy raro e inquietante.

Él estaba increíblemente perturbador apoyado en la balaustrada de la terraza con una mano en el bolsillo y con esa mirada tan potente que no me dejaba de envolver. Marcelo entró en el interior de la casa para meter prisa a Cristina, que estaba indecisa respecto a qué vestido mío debía ponerse. Escuché cómo empezaba a marearlo para que la ayudara a elegir, y sonreí; de menuda me había librado.

Acorté la poca distancia que me quedaba y apoyé mis manos sobre la balaustrada, solo despegué mis ojos de él para mirar la increíble luna llena que había.

—Sientes como si la luna fuera un imán, ¿verdad? —preguntó y yo sonreí—. A mí también me pasa.

—¿Por qué pasa eso?

—Por su tremenda energía —dijo fijando su vista en ella—. La luna llena limpia las emociones, puedes sentirla fluir dentro de ti, te recarga las pilas, te embelesa.

Me había quedado embobada mirándolo y escuchándolo. Sacó las manos de los bolsillos y las acercó a mí.

—Sí —dije recuperando el habla—, tiene sentido. Qué locura, ¿verdad?

Fijó sus increíbles ojos azules sobre mí y pude ver un leve destello en su pupila; no estaba loca, sabía lo que había visto.

—¿Sabes en qué se parece la locura a la gravedad? —Negué con la cabeza—. En que solo se necesita un empujoncito para sentirla —le miré alucinada—, Lo dice el Joker en Batman, y no podría estar más de acuerdo.

Casi media hora después nos dirigíamos al coche de Marcelo. Pensamos ir todos juntos, así evitaríamos el problema del aparcamiento. Marcelo iba a aparcar las plazas reservadas para los trabajadores del club, eso nos iba a ahorrar casi una hora. En verano, en las zonas de clubs junto a la playa, se llenaba de gente. Marcelo tenía un coche muy grande, uno en el que podía entrar sin problemas.

Quim subió en la parte trasera junto a mí, había suficiente espacio como para no rozarnos lo más mínimo, pero me di cuenta que ignoró ese hecho y se acercó todo cuanto pudo. Acabé pegada a la ventanilla.

¿Aún no se había dado cuenta del riesgo que corría al acercarse tanto? Cristina empezó a toquetear los Cd's que tenía Marcelo en la guantera; teniendo en cuenta que su novio era Dj, cualquier Cd que tuviera a mano amenizaría bastante bien el tiempo que permaneciéramos en el interior del coche, que no era mucho, a decir verdad, pero ella buscó y buscó hasta que encontró algo que la hizo sonreír.

—Os voy a poner una de las canciones preferidas de nuestra juventud —dijo ella mientras Marcelo la miraba durante unos segundos, para después fijar la vista en la carretera.

—Miedo me das —dijo el muchacho, con toda la razón del mundo—. ¿Qué Cd es ese?

—El de música de los noventa —Sin saber por qué el novio de mi amiga empezó a reírse con ganas—. Qué puñetera eres, Cristina.

Eso último lo había dicho en un tono de voz más bajo, pero aun así lo había escuchado a la perfección. Miré a Quim durante unos segundos, pero él parecía entretenido mirando cada detalle del coche. No pude evitar sonreír, parecía un niño pequeño, y aquello me hacía sentir más

relajada. Cristina puso el Cd y me miró de nuevo.

—¿Te acuerdas de esta canción? —preguntó mientras la música empezaba a sonar. Al principio no me sonaba de nada, pero unos treinta segundos de canción después, me di cuenta de cual era, y no solo yo, Quim ya la estaba tarareando mientras sonreía.

—*Basta ya de tanta tontería, hoy voy a ir grano, te voy a meter mano, porque otro gallo así nos cantaría, tentamos a la suerte, tenemos que ir a muerte, estoy por ti* —Cristina y yo mirábamos a Quim boquiabiertas, mientras él seguía el ritmo de la canción. Nos miró durante unos segundos y se echó a reír—. No me miréis así, mi hermana escuchaba Amistades Peligrosas a todas horas, sobre todo esta canción; además, no me preguntes por qué, pero la cantante siempre fue una de mis musas sexuales cuando empecé a descubrir mi cuerpo.

Cristina y Marcelo se morían de risa, mientras yo me debatía entre la risa y la vergüenza que sentía; no por él, sino por el hecho de que aquel comentario inocente me había provocado celos.

Estaba enferma, ¿cómo podía sentir celos de una anécdota idiota? Yo, desde luego, cada vez estaba más convencida que terminarían quitándome el título de psicología y optarían por encerrarme en alguna torre a lo Conde de Montecristo.

A decir verdad, las canciones de aquel dueto solían parecerme algo calientes, y más en aquella época. *Estoy por ti*, me gustaba, pero mi preferida era *Me haces tanto bien*. Cristina y yo la solíamos elegir cuando íbamos a algún karaoke para echarnos unas risas. Incluso teníamos una especie de coreografía que hacíamos con las manos, típica idiotez que sale un día en el que has bebido de más; sale tan natural que la repites una y otra vez con esa canción. Cristina me miró y supe qué quiso decir... Había empezado a sonar nuestra canción, por decirlo de alguna manera, y había cogido su móvil como si fuera un micro. Yo me negué con la cabeza, no es que me diera vergüenza por Marcelo, él ya había visto nuestro numerito alguna que otra vez: era por Quim.

—¡Vamos no seas estirada! —dijo Cristina mientras empezaba su parte de canción haciendo que Quim se partiera de la risa. Cuando Cristina me cedió el móvil, me negué por activa y por pasiva, me crucé de brazos y miré por la ventana—. ¡Vamossssss, Paula!

Hubiera seguido en mi negativa, si no fuera porque Quim me miraba expectante y me insistía, al igual que todos. Y así, más roja que un puñetero tomate, cogí el móvil y me lo acerqué a modo de micro. «¡Que sea lo que Dios quiera!», pensé.

—*Me quemas con la punta de los dedos, tus manos hacen llagas en mi piel, me abraso con tu lengua que es fuego, la sangre hierbe, ¿o no lo ves?* —Me había metido en mi papel, y aunque le escuchaba reírse con ganas, no me atrevía a mirarle—. *Que tú ya sabes que me tienes cuando quieras, ya sabes como soy, ya sabes que me entra a la primera, ahora ya sale algo mejor* — Justo en esa parte me puse más roja que un tomate, y eso no hacía más que provocar que, tanto Quim como Cristina, como el señor Dj se rieran. Cristina no dejó de cantar conmigo, aunque por su risa había partes que era imposible—, *me haces tanto bien, me haces tanto bien*.

Quim me miraba alucinado, y yo me reía por no llorar.

—Lo has hecho muy bien —dijo susurrando en mi oído. Sentí un latigazo increíble en el estómago—. Si me llegas a mirar diciendo esas cosas, no sales del coche —Y diciendo esto acarició mi rodilla y mi alma desfalleció justo en ese instante.

Cuando iba a contestarle, Marcelo detuvo el coche. Ya habíamos llegado y no me había dado cuenta. No me extrañaba, con Quim el tiempo simplemente se evaporaba. Salimos al exterior y el olor a playa me azotó la cara, la humedad se podía sentir en la piel, y una extraña sensación de euforia se adueñó de mí. Caminamos hacia el club en el que trabajaba Marcelo, estaba a pie de arena. Los Dj's y las barras de bebidas estaban en alto, pero el resto de la gente bailaba en la arena. La caseta donde se resguardaba el Dj de aquella noche estaba hecha de paja. Era bastante

cuca, con adornos por todos lados.

Cristina, más acostumbrada a todo el jaleo de allí que yo, se movía perfectamente por la zona y saludaba a todo el mundo, mientras que yo me limitaba a sonreír y a mirar alucinada a las chicas que se encontraban allí. Madre de Dios, todas parecían sacadas de alguna revista.

¿Y cómo coño tienen el pelo tan liso con esta humedad? ¡Las odio!

Después de pedir las bebidas, Marcelo se llevó a Quim hacia la cabina del Dj. Segundos después los vi en la parte de arriba, junto al chico que pinchaba, les sonreí y les di la espalda, no quería estar tan pendiente de Quim. Cristina y yo nos movimos hacia un lado de la pista, ya que el centro estaba a tope de gente dándolo todo.

—Joder, como baila la gente... parece un puñetero videoclip —dije mientras echaba mil maldiciones a una chica que me había empujado de mala manera para poder pasar.

Cristina se echó a reír mientras bebía y miraba fijamente a su novio, lo supe por la cara de idiota que tenía.

—¿Qué están haciendo?

—¿Por qué no te vuelves y miras tú misma? —preguntó frunciendo el ceño.

—Porque no quiero que Quim piense que estoy pendiente de él.

—Pero ¿qué tonterías tienes, Paula? Quim y tú os gustáis mucho; es más, se os nota, ¡deja de hacer tonterías!

No pude evitar llevarme las manos a la boca justo en el momento en que Ariana Grande cantaba en su punto más álgido «Break Free»; parecía como si la canción se hubiera juntado con los latidos de mi corazón.

—¿En serio? —dije elevando la voz.

—¿De verdad no te has dado cuenta de cómo te mira? —Mi amiga me miró fijamente a los ojos—. No seas tonta, Paula y hazme caso.

Me eché a reír mientras bebía mi mojito de fresa, me relamí los labios al comprobar lo dulce que era.

—¿Está bueno? —preguntó Cris mirando mi vaso.

—Está muy dulce —La miré sonriendo.

—Tan dulce como...

—Quim —dije sonriendo—. Mojito de Quim.

Nos echamos a reír y ya no sabía si había sido por la bebida, o por el ambiente que allí se respiraba, o la luna llena, o la música, pero nos fuimos metiendo más en la fiesta. De estar relegadas a un lado, a estar el centro bailando como hacía tiempo. Seguramente llevara el pelo hecho un asco, y puede que estuviera pegajosa por el sudor, ya que hacía un calor horroroso... pero me lo estaba pasando tan bien que ya ni siquiera me fijaba en los perfectos peinados del resto de las chicas. Aunque había unas cuantas a las que había cogido algo de manía, ya que no dejaban de mirar hacia en dirección a Quim, pero algo me decía que no debía alterarme. Cuando sonó una versión remix de uno de los temas estrellas de aquel verano, supe que si seguía bailando terminaría por mearme encima, me escabullí en dirección a los baños, que ¡cómo no!, estaba hasta los topes y allí me quedé esperando a que menguara la cola mientras que cantaba las canciones. ¿Por qué siempre suenan tus preferidas cuando estás en la cola del baño?

Casi quince minutos después volví a la pista de baile. A lo lejos pude divisar que Marcelo y Quim se habían unido a Cristina, eso me puso aún más contenta; aceleré el paso cuando alguien me agarró fuertemente del brazo y tiró de mí.

—¡Chica City! —Me giré completamente y le vi, me llevé las manos a la boca para después lanzarme a sus brazos como una loca—. ¿Cómo estás?

Me separé poco después y le miré a los ojos, no podía creerme que después de tanto tiempo me lo hubiera encontrado. Su pelo castaño claro y sus ojos marrones, detrás de sus gafas de diseño me hicieron sonreír, seguía tan guapo como yo lo recordaba.

—¡Muy bien! Hacía tiempo que no sabía de ti, no sabía que habías vuelto.

—He llegado hoy, pensaba mandarte un mensaje para tomar algo, y cuando te he visto me he dicho: ¡no puede ser! ¿La chica City de fiesta?

—¡Oyeee! No me digas eso, me haces sentir una abuela —dije golpeándole el brazo, y se echó a reír.

—Ambos sabemos que la edad ya te afecta —Fruncí el ceño y me sacó la lengua—. Pero bueno, estás guapa, de eso te libras.

Le sonreí mientras le pasaba la mano por el pelo, hacía mucho tiempo que no le veía, pero cuando nos encontrábamos o quedábamos para ir a tomar algo, era como si jamás hubiera pasado el tiempo. Justo antes de aparecer Quim había pensado en él, y no por nuestra canción, o... por la canción que me recuerda a él, sino porque realmente le apreciaba.

Estuvimos hablando un rato más y después de prometerme varias veces que me avisaría para tomar algo, nos despedimos, no quería girarme hacia la pista porque sentía los ojos de Quim en mi nuca, aun así, cogí aire y me giré con una sonrisa: mis amigos y Quim sonrieron cuando estuve justo a su lado.

—Si llegas a tardar más yo sé de uno que llama a los Geos —dijo Cristina alzando la voz.

—He visto a Darío.

—Sí, me he dado cuenta —Se acercó un poco más a mí—. Y no solo yo.

Me guiñó un ojo y yo intenté que no se me notara la alegría que me producía saber eso. Quim se había acercado más a mí, parecía muy animado. Estuvimos bailando los cuatro juntos sin parar de reír, aquella noche completamente inesperada estaba resultando una auténtica maravilla.

Poco después mi surfero por excelencia me acompañó a la barra a buscar más bebida, yo pedí otro «mojito de Quim», no le conté el nuevo nombre que para mí tenía aquella bebida, aunque pensaba usarlo siempre. Me di cuenta de que no perdía oportunidad de acercarse bastante a mí, incluso de acariciarme la cintura o el cuello, y cuando volvimos de nuevo a la pista sentí su gesto de protección; cualquiera que nos viera pensaría que éramos una pareja, y eso me encantaba.

Entregamos las bebidas a Cristina y Marcelo, y al sonar una canción que parecía encantarle a Quim, me apartó de mis amigos para que bailáramos mejor.

Bailar con él a solas y reírnos simplemente con mirarnos, era algo increíble. Quim cantaba la canción con una gracia que me hacía que me pusiera nerviosa.

Cantó mientras ponía cara de pena y negaba con la cabeza. Consiguió que me diera un ataque de risa para después guarecerme en su tremendo abrazo. Cuando me soltó de su agarre le miré y una sensación jamás experimentada me asoló el estómago; jamás había sentido aquella sensación que se iniciaba en mi estómago y se extendía al resto de todo mi ser. No pude evitar agarrarle por el cuello y besarle... En ese beso pude sentir toda la ansiedad que sentíamos, fue impresionante sentir sus dedos sobre mi nuca y, aunque estábamos rodeados de muchísimas personas, él y yo estábamos solos.

El camino de vuelta a casa se hizo relativamente corto, debían ser las cinco de la mañana y el cansancio ya estaba haciendo acto de presencia. Cristina apenas hablaba, se limitaba a bostezar y a decir tonterías para picar a Marcelo, que se dedicaba a mirar la carretera y, muy de vez en cuando, a mí. Quim le caía bien, sabía por la expresión de su cara, que Quim era un chico especial. Era conocedor de mi mala suerte y de mi pésimo radar en cuanto a hombres, y supongo que para él ya había cubierto el cupo de malas elecciones. Y no estaba equivocado.

Nos dejaron frente a mi edificio, vi que Quim y Marcelo hablaban sobre algo que harían al día siguiente. Cristina estaba tan cansada que solo optó por encogerse de brazos y a decir que ya me llamaría cuando se levantase; no fue hasta que el coche desapareció de mi vista, cuando empecé a ponerme realmente nerviosa. Quim y yo a solas... ¡otra vez!

—El chico que has visto esta noche —Me quedé quieta y le miré—. El que te llamaba «Chica City», es el mismo de la canción, ¿verdad? —Tragué saliva y asentí—. Se os veía tremendamente cómodos juntos.

Miré al suelo y después a él, ni siquiera yo me acordaba de que había visto a Darío, pero por lo visto él sí... ¿Habría estado esperando el momento adecuado para sonsacarme? Quim quería saber más. Esperé a que dijera algo más, pero se quedó callado esperando que yo dijese algo.

—Se llama Darío, nos conocimos hace unos años. Nos llevamos muy bien, es un chico estupendo.

—Es obvio que le gustas —Fruñí el ceño—. ¿Por qué no ha habido nada entre vosotros?

Lo miré durante unos segundos.

—Quim, seguramente ya lo sabes... ¿Por qué me lo preguntas?

—Ya te he dicho que no puedo elegir qué cosas quiero saber o no. Puedo intuir algo, pero prefiero escucharlo de tus labios. Por si no lo sabías, me gusta que la gente me cuente cosas.

Sonreí mientras toqueteaba las llaves de mi casa, él estaba parado delante de mí con las manos en los bolsillos. No me atrevía a mirarle, ya que parecía una figura de cera hecha por los dioses.

—Realmente no te sabría responder —Le miré durante un segundo—. Nos besamos la primera noche que nos conocimos, volvimos a quedar varias veces más, pero nunca jamás pasó nada —Se echó a reír incrédulo—. Te lo estoy diciendo en serio, Quim. Está claro que el chico me gustaba, es un encanto y... muy normal. Teniendo en cuenta mi suerte, créeme que eso es una gran virtud —Le escuché reírse, aunque no me atreví a mirarle—. Pero nunca pasó nada más. No sé si es porque él solo me veía como una amiga, o porque no se atrevía a lanzarse, no lo sé. Lo único que sé es que a mí me aterraba besarle y que me rechazara, así que por él o por mí nunca pasó nada más; se quedó en una bonita amistad con una canción de recuerdo —dije sonriendo—. Él me enseñó aquella canción: «Querido Tommy», y cada vez que la escucho no puedo evitar pensar en él. Una de las últimas veces que nos vimos, de camino a casa sonó y cantamos una parte juntos; fue un momento raro y divertido. De esos momentos improvisados que se acaban recordando con una sonrisa.

—Entiendo.

—Sabía que lo entenderías, eres un chico muy listo.

—Deja de ser condescendiente conmigo, Chica City —sonreí.

—Me llama Chica City porque le dije que no podría vivir lejos de la ciudad, él es del norte: de Logroño, y su pueblo está a varios kilómetros de la ciudad. Yo lo llamo Chico del Norte.

—Unos apodos muy elaborados.

Negué con la cabeza mientras sonreía. No había que ser muy lista para intuir que estaba algo molesto y, aunque nunca lo reconozca, me gustó.

—Ya es muy tarde —dijo mirando su reloj, de repente parecía incómodo.

—Vaya que sí —resoplé al darme cuenta de la hora que era, con él el tiempo se esfumaba.

—Me ha encantado la noche de hoy —dijo acortando la poca distancia que había entre nosotros—, ¿y a ti, te ha gustado?

—¡Claro! —Le miré algo tímida.

Nos miramos en silencio durante unos segundos, de repente parecía muy cansado, pero aun así estaba arrebatador. Sin esperármelo me acarició la mejilla y me dio un tierno beso en los labios.

Habría preferido un arrebató de loca pasión, pero no quería ser demasiado intensa.

—Descansa, Paula—susurró en mis labios.

—Igualmente, Quim.

6

Un sol tremendo entraba por la terraza de mi habitación, juraría que había echado las cortinas, aun así parecía que estaba durmiendo con él. Recordé que las cortinas eran blancas, así que me tapé con la almohada todo lo que pude para conciliar de nuevo el sueño. No sabía qué hora era, pero tenía un sueño espantoso. Justo en aquel instante, la canción de Marron 5 que me había puesto de tono de llamada empezó a sonar de manera estridente.

¡La madre que me parió!

Di gracias a Dios por tener el móvil en la mesita que había a mi lado, si hubiera tenido que levantarme, sinceramente, no lo habría cogido. Miré el número que me llamaba y no lo reconocí, estuve muy tentada a no cogerlo, pero ¿y si...?

—¿Sí? —contesté intentado no parecer demasiado dormida.

—¡Buenos días por la mañana! ¿Te he despertado? —La voz energética de Quim sonó al otro lado de la línea por lo que me incorporé rápidamente y me pasé la palma de la mano por el pelo, como si él pudiera verme. En fin...

—No —Le escuché reírse—. Bueno sí, la verdad es que sí. ¿Qué hora es?

—Las diez de la mañana, señorita.

—¡¡¡¡¿Qué?!!! ¿Cómo se te ocurre llamarme tan temprano? —Me dejé caer en la cama de nuevo—. Por mucho menos colgaban a gente hace años, ¿lo sabías?

Se echó a reír a carcajadas y, aunque no podía verle, imaginarme su sonrisa me puso de buen humor. Aunque eso no cambiaba el hecho de que me parecía un sacrilegio que me hubiera llamado un domingo a las diez de la mañana, y más teniendo en cuenta a las horas que nos habíamos despedido...

—Vamos, ya tendrás tiempo de dormir. Te llamaba para proponerte un café en mi casa, acabo de pensar que aún no has visto mi fantástico apartamento.

—Bueno... teniendo en cuenta que nos conocemos desde hace unas semanas, no es tan raro —Escuché como reía y me despejé por completo—, pero me parece buena idea. ¿A qué hora quedamos?

—Ahora —Sentenció a lo que me dio un vuelco el corazón.

—¿Ya? Aún tengo que ducharme y despejarme un poco, ahora mismo soy un zombi. En todos los sentidos, ¡créeme! No pudo evitar echarse a reír, la verdad que me había levantado algo graciosa.

—¿Tienes replica para todo? —Sonreí —. Dúchate y ven, te estaré esperando.

Iba a responder cuando me di cuenta de que me había colgado, resoplé y me incorporé de nuevo, me quedé en Narnia unos segundos hasta que reparé en que iba a estar en su casa con él... ¡A solas!

Me levanté de la cama de un salto, es increíble como hace reaccionar la motivación. Con el corazón a mil, y mil pensamientos perversos, me puse en marcha.

Estaba atacada de los nervios, tan solo tenía que cruzar la calle y aun así el trayecto desde el ascensor hasta la calle, y desde mi portal hasta el suyo se me había hecho eterno. Es curioso cómo

corre el tiempo dependiendo del instante en el que nos encontremos: una pequeña distancia como aquella se me estaba haciendo larga... ¡Estaba emocionada! Me había poseído mi «yo» adolescente; aquello me hacía feliz.

A veces tanta realidad anula sentimientos de esperanza e ilusión. Muchas veces estar en una leve burbuja hace que todo lo veamos de una forma más realista.

Quim tardó exactamente siete segundos en abrirme la puerta de su casa, lo supe con tanta precisión porque lo conté —estoy loca, lo sé—. Su sonrisa al verme me hizo soltar todos los nervios que llevaba auestas, aunque me volví a poner nerviosa por la manera en la que me miró al pasar por su lado. Había elegido algo sencillo para vestirme: un simple vestido de tirantes blanco, y el cabello recogido en un moño, con algo de gracia, que dejaba mi nuca a la vista. Por cierto, no dejaba de mirarla, y eso que el vestido tenía escote.

—Qué guapa estás, Paula —Me sonrojé al instante.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal —Me sonrió mientras se rascaba el cogote. No mentí, él estaba esplendido con aquellos pantalones vaqueros cortos y aquella camiseta blanca. Parecía un ángel. Si, de repente, de su espalda hubieran salido dos alas, no me habría extrañado nada.

Nos sonreímos durante unos segundos, después, para mi sorpresa, me dio un tierno beso en el cuello que provocó que toda mi piel se erizara a su tacto, después se apartó de mí y me agarró la mano.

—¿Quieres ver mi casa? —dijo con una tímida sonrisa que no había visto antes.

—Claro —contesté no muy segura de a qué estaba respondiendo exactamente.

Su casa era muy parecida a la mía, exceptuando que él tenía una cocina americana, por lo tanto parecía más grande. Las paredes del salón estaban pintadas en un blanco pulcro, y de ellas colgaban varias fotografías en blanco y negro de paisajes impresionantes. También tenía un pequeño mueble negro donde descansaba la televisión y algunas cosas más que no me detuve a mirar porque casi toda mi atención se centró en el sofá enorme que tenía. Me resultó curioso que fuera tan grande, ya que para una persona era un tanto excesivo, aun así quedaba genial. Me hacía gracia como miraba mis reacciones cuando me enseñaba algún detalle, ya fuera una simple figura que decoraba el salón o alguna de las fotografías... Se interesaba por mis gustos y aquello me hacía sentir bien. Poco después me llevó por un pequeño pasillo y me enseñó su increíble baño de diseño en blanco y negro, y una pequeña habitación en la que había una cinta de correr y un par de pesas.

Su casa me tenía realmente impresionada, parecía sacada de una revista de decoración, no como la mía, que tenía un poco de allí y otro poco de allá. Poco después me indicó que avanzara hacia la última habitación que estaba algo alejada del resto de la casa, y es ahí donde realmente me puse nerviosa; tenía un nudo en el estómago que me impedía hablar, así que me limité a asentir y a dirigirme hacia allí con su tremenda presencia a mi espalda. Respira, Paula, respira.

La puerta estaba entornada, así que me tomé la libertad de abrirla del todo y parpadeé ante lo que vi delante de mí. Aquella habitación contrastaba por completo con el resto de la casa, era su habitación, eso estaba claro, pero... ¡Dios mío! no pude evitar adentrarme en ella sin pedirle permiso, ya que necesitaba verla más de cerca. A diferencia de los colores neutros del resto de la casa, su habitación era de una tonalidad cereza que impactaba cuando la observabas. Supuse que se trataba de dos habitaciones unidas.

La cama era gigante y se encontraba en el centro de la estancia junto con dos mesitas y una cómoda; eran grandes, pero al lado de la cama todo parecía diminuto.

El sol que se colaba por las enormes ventanas, proporcionaba un ambiente perturbador a la habitación que hizo que me pusiera algo nerviosa. ¿Cómo podía dormir allí? Todo aquello era

simple y llanamente la expresión de la fuerza y la pasión, y provocó que me pusiera en alerta.

Estaba tan embelesada observándolo todo que, inconscientemente, me acerqué a la cama, y antes de que pudiera volverme a mirarle, sentí sus labios en mi nuca haciendo que tuviera que cerrar los ojos. Sus manos me rodearon la cintura con fuerza y sus labios devoraron mi cuello y mi mejilla hasta que mis labios, ansiosos de él, lo acogieron. Me di la vuelta y nos miramos fijamente durante lo que me parecieron horas. Envuelta en una extraña sensación de confianza y deseo brutal, levanté mis brazos, y él, captando mi claro mensaje, me levantó el vestido y lo dejó caer en el suelo con una elegancia ensordecedora.

Después agarró mi nuca y me atrajo de nuevo hacia él, haciendo que mis manos recorrieran su torso duro y su espalda tremendamente apetitosa; todo estaba siendo dulce y pasional a la vez. Parecíamos dos vírgenes expertos que lo hacían por primera vez.

Me dejó caer en la cama y me cubrió con su cuerpo, haciendo que su precioso pelo le cayera sobre la cara. Tuve que apartarlo para mirar sus preciosos ojos, en ese instante, llenos de lujuria. Lamí sus labios, que sabían a gloria y me dejé acariciar por sus manos grandes y expertas que recorrían mi cuerpo con ansia y anhelo. Por lo general a mí me gustaba dominar en el sexo, pero en aquel momento solo podía seguir sus pasos, ya que aquella manera tan extrañamente increíble de tocarme conseguía dejarme exhausta.

Se deshizo de mi ropa interior y besó cada centímetro de mi piel, la cual palpitaba debajo de sus labios. Cuando le vi perderse entre mis piernas creí que acabaría desmayándome, pero, por suerte, un hilo de consciencia me mantenía atada a aquel momento: él, aquella habitación, aquel ambiente que se había generado..., me hacía tremendamente vulnerable.

Quim sabía perfectamente qué hacer en cada instante y aquello me tenía idiotizada. ¿Cómo podía conocer cada recoveco de mi ser de aquella manera?

—Tienes el mejor sabor que he probado en mi vida —dijo susurrando sobre mi piel mientras ascendía hacia mis pechos.

—No me digas esas cosas —susurré sonriendo a la vez que una timidez extrema se adueñaba de mí.

Cuando le volví a mirar, me sonreía de forma picara; aquella expresión en los ojos hizo que sintiera que el suelo temblaba debajo de mí. ¿Qué estaba pasando?

—¿Tú también lo sientes? —susurró en mi cuello mientras yo peleaba por mantener los ojos abiertos.

—Sí

—Te lo dije —susurró en mis labios—. Solo un empujoncito para sentirla, amada locura.

Me mordí los labios por no abofetearle de la increíble excitación que estaba sintiendo en aquel momento. Quim puso su pulgar sobre mi labio haciendo que tuviera que dejar de morderlo, supe que me había hecho sangre cuando me lamió el labio y después me besó dejándome aquel regusto a hierro que tiene la sangre; aquello se estaba pasando de intenso, pero aun así quería más y más.

Con un rápido movimiento cogió un preservativo de la mesita de noche y se lo colocó bajo mi atenta mirada. Su pene era como él, tremendo y portentoso. Y que conste que jamás había intentado describir un pene... Todo aquello se llevaba la palma, mi cordura se había quedado en algún lugar de aquella habitación y daba las gracias, ya que así, desinhibida, me encontraba mucho mejor. Justo antes de penetrarme juntó su frente con la mía y aspiró de mi aliento, como si se nutriera de mi energía o de mi deseo. Entonces lo sentí, no fue hasta que lo tuve completamente dentro de mí, que pude notar que encajábamos como en un puzzle perfecto. Algo en mí se activó en aquel momento, y las caricias se convirtieron mucho más que su piel con mi piel. Todo tomó un cáliz intenso y fuera de todo lo experimentado antes. Sus embestidas y su mirada fiera y penetrante

ocupó todo mi espacio-tiempo, y seguramente poseyó mi sensatez, porque apenas recuerdo nada más que no fuera un placer descomunal que me llevaba a moverme y a retorcerme haciendo que nuestros cuerpos no estuvieran mucho tiempo alejados el uno del otro. Él también se había dejado llevar por aquello que nos tenía dominados y se movía y retorció tanto como yo, aspiraba y respiraba de mi boca... Durante más de una hora solo fuimos pasión y desenfreno, y mucho de algo que nunca sabré.

Me había quedado catatónica, no sé cuánto tiempo debía llevar mirando el techo de su habitación completamente inmóvil, pero el suficiente como para que Quim me diera un suave beso en el cuello y llamara mi atención acariciándome el mentón con suavidad.

—¿Sigues viva? —dijo con sorna a lo que yo me reí.

—Creo que sí —susurré mientras me ponía de lado para verle de frente—. Perdona, me he quedado...

—¿Alucinada?, ¿maravillada?, ¿rota de placer? Tranquila, me pasa siempre.

Fruncí el ceño y alcé una ceja fingiendo indignación.

—Tú no necesitas abuela, vaya tela... Como para decirte que he fingido.

Torció la cara en una mueca y nos echamos a reír, poco después nos quedamos en silencio mirándonos fijamente. Tenía una expresión tan relajada y estaba tan guapo con su pelo rubio revuelto y aquellos ojos tan azules, que tuve que aspirar aire varias veces: después del sexo estaba aún más arrebatador. Este hombre acabará conmigo.

—No me has dicho la edad que tienes —dije pensativa—. Se muy pocas cosas de ti.

—Sabes más que mucha gente, aunque no lo creas soy bastante reservado —Me eché a reír sin poderlo evitar—. ¡Lo digo en serio!

—Conmigo nunca has sido demasiado reservado.

—Tú eres distinta, y lo sabes —Me quedé en silencio porque no supe que decir. ¿Qué se podía contestar a aquellas palabras?—. Tengo treinta y dos años, cumpliré treinta y tres en diciembre. Hubiera jurado que era algo más joven, aunque aquella forma de hablar, aquella pose, aquella simple presencia, denotaba madurez por los cuatro costados.

—La edad te sienta bien —sonrió tímido—, aunque aparentas unos años menos.

—Siempre me ha pasado, he parecido más joven de lo que era. Tenías que haber visto la cara de crío que tenía con veinte —sonreí y él acarició mis labios—. ¿Y tú? Voy a fingir que no sé qué tienes veintisiete años.

Le miré sorprendida.

—¿Y tú como lo sabes? —Segundos después caí en quién estaba frente a mí—. Bueno, da igual, no hace falta que contestes, cumpliré veintiocho el diez de agosto.

—Mmm... Leo. Me gusta. ¿Crees en los horóscopos?

—Sí, la verdad que es que sí.

—¿Y por qué crees en eso y no en otras cosas?

—Supongo que porque siempre hay que creer en algo, ¿no? Pensar que solo existe lo que vemos o tocamos me parece algo triste, aunque ahora mismo mi concepto de creencias ha variado un poco.

—¿Solo un poco? —Alzó una ceja divertido.

—Un mucho, más bien —Sonreí y él me imitó—. Dime algo más, algo que sepas de mí que aún no me hayas dicho.

Me miró pensativo durante un rato, me hubiera parecido preocupante si no llega a ser por su increíble belleza, bueno, quizá exagerara un poco, pero para mí, no se podía ser más guapo.

—Le vas pillando el gusto a esto, ¿verdad? —Sonreí—. Es normal, la curiosidad es inevitable.

—Generalmente procuro verte como a un hombre normal, aunque a ratos recuerdo quién eres y entonces me llama el ansia por saber.

—¿Y quién soy?

—Seguramente un X-Men, pero hasta que lo descubra eres Quim, y eso ya es mucho.

Se empezó a reír a carcajadas, no sabía si era por lo de ser un X-Men o por algo que yo no sabía, pero se estaba riendo tan a gusto que terminó contagiándome.

—Te gusta mucho la Navidad —dijo después de un rato—. Adoras las luces y te provocan un gran sentimiento de nostalgia. Te ocurrió algo importante, algo con un familiar en aquella época y desde entonces la ves diferente.

Me quedé de hielo, estaba segura que si me tiraban una piedra en aquel momento no me dolería.

—Llevas años espiándome, ¿verdad? Admítelo ahora que me tienes idiotizada por el sexo —Volvió a echarse a reír con ganas.

—No, aunque la idea de espiarte debo decirte que me pone bastante —dijo restregándose en mi pierna, activando todas y cada una de mis terminaciones nerviosas—. ¿Qué es lo que te ocurrió?

—¿No lo sabes? —Fruncí el ceño.

—Ya te he dicho que no puedo elegir lo que quiero saber, a veces viene y otras no. Visualizo un hospital, un pasillo ancho y gente alrededor. Huelo a desinfectante y veo llorar a personas. Dos mujeres y dos hombres, es como si lo viera a través de tus ojos, porque no te veo a ti.

En aquel momento toda mi piel esta erizada, la vena del cuello me latía tan fuerte que incluso me dolía; tanto era así que tuve que taparme con la sábana porque en aquel momento sentía un frío atroz; creía que nunca podría acostumbrarme a que supiera esas cosas.

—Es algo largo, pero voy a resumirlo todo lo que pueda —Tomé aire—. A mi tía Amparo le diagnosticaron cáncer pocos días antes de Navidad, recuerdo que ya habían algunas luces colocadas en los grandes almacenes. Para mí fue un palo tremendo, ya que mi tía era una de las personas que más he querido y quiero... Por movidas que no vienen al caso, la familia estaba algo distanciada. Habíamos sido uña y carne toda la vida: mis tías, mis primos..., pero la gente cambia, se vuelve egoísta y... En fin, ahora sé que cualquier tipo de relación puede llegar a romperse para siempre —Le miré y vi que me estaba prestando toda su atención—. Mi tía Amparo estaba muy disgustada al ver como se iban rompiendo los lazos entre mi madre y mi otra tía, así que no sé muy bien porqué, y después de darle varias fechas para la operación, decidió hacerlo ...

—El día de Nochebuena —dijo sin pensárselo dos veces.

—Exacto. Alucinamos un poco, pero era su decisión. La imagen que tú ves es lo que ocurrió en cuidados intensivos poco después de decirnos que la operación había salido muy bien. No sabemos qué fue exactamente lo que nos ocurrió, quizá los nervios que habíamos pasado, que todos la amábamos con toda el alma o... pero durante ese día todas las historias desaparecieron y volvimos a ser una familia unida. Volvimos cenar juntos aquella noche, menos mi tía, que aún tenía que estar unos días más allí.

En aquel momento fue como un milagro de Navidad, aunque con el tiempo he podido ver que fue un simple parche.

—Me hago una idea.

—¿No me preguntas por mi tía? —Abrió mucho los ojos.

—Sé que ya no está aquí —Me acarició la cara—, pero nadie muere del todo.

Giré la cara y miré al techo intentando retener varias lágrimas que finalmente consiguieron escapar.

—Cuando me hablaste aquel día... por un instante, mientras pensaba que eras un pobre loco, deseé que tuvieras un mensaje para mí —Me sequé las lágrimas y le miré.

No dijo nada, pero me miró con un cariño inmenso.

Un zarandeo me despertó de golpe, las costillas me dolían y me sentía tremendamente agotada, aun así, haciendo acopio de toda mi fuerza, abrí los ojos.

—¡Paulé! ¡Corre, levántate! —Frente a mí, vestido con ropajes rotos estaba Quim—Ya están cerca tienes que irte de aquí.

—¿Qué? ¿Qué pasa, dónde estoy? —pregunté poniéndome de pie a duras penas.

—Te has caído al saltar el muro —dijo agachándose y poniendo sus manos sobre la herida que tenía en mi rodilla, sentí un dolor agudo cuando sus manos me rozaron— Tranquila, es superficial, ahora debes irte, corre.

—¿Irme? Pero ¿qué narices dices? ¿Y tú?

—Yo no puedo —susurró mirando sus pies, entonces me di cuenta que tenía unos grilletos alrededor de sus tobillos

—Quim, ¿Dónde estamos? ¿Que pasa! —Entonces un gorgoteo empezó a hacerse ensordecedor —. ¿Qué es eso?

—No preguntes y corre, vete de aquí. Sigue recto por esta calle, al final encontrarás una iglesia, entra y cierra las puertas, allí estarás a salvo.

—¿A salvo de qué? No voy a irme sin ti.

—No vienen a por mí Paulé, a mí no pueden verme.

Quim me dio un pequeño empujón y me sacó del escondite donde estábamos guarecidos, entonces lo vi. A unos metros de mí habían unos seres parecidos a los zombis mezclados con demonios, algo tan aterrador que sentí que mi cuerpo empezaba a temblar, abrí mucho los ojos y me llevé las manos a los labios mientras ahogaba un grito, entonces me vieron.

—¡Corree! —escuché gritar a Quim.

Fue entonces cuando todos aquellos seres echaron a correr hacia mí. Antes de que pudiera darme cuenta corría lo más rápido posible calle arriba, de vez en cuando miraba atrás y cada vez estaban más cerca. Ya no eran zombis sino criaturas demoniacas que se movían muy rápido cada vez estaba más segura de que me alcanzarían.

Corrí y corrí hasta que por fin di con la iglesia que me había dicho Quim. Subí los siete escalones que habían y casi sin aire abrí la pesada puerta con la poca fuerza que me quedaba, la cerré justo en las narices de una de esas cosas que había estado a punto de alcanzarme, apoyé mi espalda en la enorme puerta de madera, y me dejé caer al suelo donde caí desmayada.

Me desperté de golpe, me di cuenta de que estaba gritando. El corazón me latía a mil por hora y sentía la ropa pegada a mi piel; miré a mi alrededor, estaba en mi casa, la leve luz del amanecer entraba por un hueco de mi ventana. «Tranquila, Paula, ha sido solo un sueño», me dije a mí misma después de dejarme caer sobre el sofá.

Miré la televisión, seguía encendida, el día anterior había sido tan agotador en cuanto a ejercicio físico y sexual, que ni me había dignado si quiera a meterme en la cama. «Luego te quejarás de que te duele el cuello», me reñí.

Odiaba los lunes, los odiaba con toda mi alma. Eran tristes, sombríos y asquerosos. Ya había gente disfrutando de las vacaciones estivales. Estudiantes que a esa misma hora se estaban acostando después de una noche de farra increíble, y yo era una pringada más que debía ir a trabajar. Una pringada que había pasado un domingo de lo más entretenido haciendo el amor en

mil posturas... ¡Pues tan pringada no seré!

Quizá Quim tuviera razón y ponerme a ver *El amanecer de los muertos* no fuera una gran idea, mi terrible pesadilla lo acababa de confirmar. Había llegado a mi casa casi a las once de la noche después del increíble maratón sexual que me había pegado. Pensaba que me dormiría enseguida, pero vi terminar la película, e incluso algún capítulo suelto de *The Walking Dead* que emitían en Fox.

Me levanté del sofá pesarosa, el cuerpo me pesaba un quintal y, aunque hubiera pagado por quedarme en mi cama o escurrirme hacia la casa de Quim para hacerle el amor durante horas, debía ir a trabajar. Una vez vestida miré por primera vez la ventana y sonreí al ver el increíble sol que hacía: mi ánimo cambió radicalmente. Es lo que tenía el verano y el sol, que daba pereza estar triste cuando el sol brillaba desde lo más alto. Llegué a la asociación bastante motivada, incluso con ganas de escuchar las historias del grupo de los lunes. No quería pensar en exceso a qué se debía aquella energía. En el momento en que lo dijera en voz alta sería real y precisamente era lo que me aterraba.

La mañana transcurrió tranquila. Aquel día, todos, parecíamos bastante alegres, incluso los que solían llorar se habían reído; de haber habido algún premio a la trabajadora del día, sin duda, habría sido para mí.

Justo cuando iba a tomarme un pequeño descanso vi a una chica morena apoyada en una de nuestras puertas principales, por la manera de poner los pies sobre el suelo sabía perfectamente quién era.

—Bueno, bueno, ¿te has perdido? —Mi hermana se volvió hacia mí y se echó a reír—.

¿Desde cuándo estas en Valencia?

Después de darme un largo abrazo, demasiado largo a decir verdad, se apartó el pelo de la cara y se encogió de hombros.

—Iba a llamarte ahora mismo, he llegado esta mañana, he venido a despedir a una amiga que se va una temporada fuera —Sonreí mientras le miraba fijamente a sus ojos avellana—. ¿Tienes tiempo para dar una vuelta? —asentí y ella empezó a caminar delante de mí.

No sabía exactamente hacia dónde íbamos, sabía de sobra que a mi hermana le ocurría algo, pero si se me ocurría preguntar, se cerraría como una ostra y terminaríamos discutiendo como nos pasaba siempre. Desde que vivía en Barcelona nuestra relación había mejorado bastante, aun así solíamos tirarnos de los pelos a la menor oportunidad.

—¿Te acuerdas de la escritora de la que te hablé la Navidad pasada? La que escribía historias de miedo alucinantes —dijo deteniéndose frente a una cafetería donde nos sentamos.

—La hija secreta de Stephen King —asintió sonriendo—. ¿Qué ocurre, está bien?

Se tomó unos segundos para pensar, justo entonces llegó la camarera e hicimos el pedido. Si no fuera porque sabía que mi hermana era una persona que pensaba las respuestas, ya le habría atizado con el bolso.

—Acaba de ingresar en un centro de reposo —La miré completamente alucinada, había visto a esa chica varias veces y jamás hubiera dicho que tuviera problemas tan graves—. No es por lo que imaginas.

—¿Te refieres a mí? —asintió— ¡Pero si no he pensado nada!

—¿En serio? Vaya... —Torció el gesto—, estás perdiendo facultades, antes ya hubieras sacado conclusiones, claramente erróneas, por supuesto.

—Voy a hacer como que no te he escuchado. ¡Cuéntame! ¿Qué le pasa?

—Se ha cansado —Resopló de mala gana—, o eso dice ella. De un tiempo hacia aquí apenas hacía vida social, estaba casi siempre encerrada e incluso había dejado de escribir; tenía

insomnio y empezó a tomar pastillas para dormir, el resto puedes imaginártelo.

—Vaya —La miré apenada—, a veces solo tenemos que distanciarnos y pensar con claridad. ¿Ha ingresado hoy?

—Sí, he venido a despedirla. No sabía hasta qué punto podemos llegar las personas.

—Ya te lo he explicado muchas veces, Belén, a veces las personas nos enganchamos a cosas a personas, o a situaciones tóxicas y nos volvemos adictos; lo importante es que ha puesto solución y pronto estará recuperada.

—¿Tú crees? —me preguntó con los ojos más tristes que le había visto nunca.

—Claro que sí, hay veces que simplemente solo necesitamos un leve descanso. La vida, las decepciones, el estrés... Todo eso nos deja exhaustos y vulnerables, seguramente sea eso lo que le ha pasado a tu amiga. En unos meses estará bien, estoy segura. Además, un tiempo alejada de todo le vendrá bien para escribir cosas nuevas, es muy buena en el género de terror, pero supongo que ambiciona mucho más y cambiar de ciudad, y empezar de cero le vendrá bien.

Cuando miré a mi hermana, ella me miraba con los ojos como platos. Fruncí el ceño y miré a ambos lados, pero no había nadie. La miré de nuevo y me encogí de hombros.

—¿Cómo sabes que va a cambiar de ciudad? —Me quedé de piedra.

—Me lo has dicho tú —susurré mirándola fijamente.

—No. Sé perfectamente lo que te he dicho, te he dicho que se ha internado en un centro de descanso, no te he hablado de que al salir cambiaría de ciudad, y mucho menos que quiere cambiar el género de sus libros. ¿Cómo lo sabes?

Deje la taza de café sobre la mesa y empecé a repasar nuestra conversación palabra por palabra, después la miré y me di cuenta que me miraba como yo había mirado a Quim la primera vez que lo vi.

—Yo... —Me encogí de hombros—, no lo sé, simplemente me ha venido a la cabeza.

—Paula, ¿estás bien? Te has quedado pálida.

—Sí, si perdona —Sonreí—. Soy terapeuta y supongo que he pensado que sería lo mejor para ella, solo que lo he dicho en voz alta.

—Ya veo —dijo mirándome de reojo—. Estás rara, pero bueno, tú ya eres rara de por sí.

Le lancé un trozo de servilleta y ambas nos echamos a reír. El hecho de que supiera aquello no quería decir nada, como yo misma le había hecho saber a mi hermana. Como terapeuta yo misma le hubiera aconsejado aquello, pero... ¿Por qué tenía la completa y absoluta seguridad de que sabía aquello? Ni siquiera sabía cómo explicarlo, era como si esa información saliera de mi cabeza, así sin más.

El camino de vuelta lo hicimos algo más rápido. Belén se llevaba genial con Elena y se moría de ganas de ponerse al día en cuanto a cotilleos. Desde que mi hermana, por causas de trabajo, había tenido que marcharse a Barcelona, había sido yo la que había tenido que aguantar la perorata de mi jefa; al menos ese día tenía una excusa para evadirme. Ambas se encerraron en el despacho de Elena y yo me quedé con el resto de mortales terminando la tediosa jornada laboral. Quim había estado mandándome mensajes toda la mañana, pero fue el último el que me dejó temblando:

Estoy en el aparcamiento privado de la asociación, dentro del baño averiado, no tardes.

Después de mirar el móvil y ponerme más colorada que un tomate, miré al resto de compañeros que seguían en sus asuntos: unos preparando el temario para el día siguiente, otros intentando cuadrar los grupos, y otros tantos deseando que fuera ya la hora de marcharse a casa. Todos estaban ocupados, pero nadie había reparado en mí. Creía recordar que el aparcamiento privado estaba en remodelación, lo estaban pintando. Aun así, salí por la puerta trasera y bajé con

cuidado las escaleras que llevaban al aparcamiento siniestramente oscuro. Últimamente solíamos escuchar a los pintores, pero acababa de darme cuenta de que en toda la mañana no habíamos escuchado nada. Estaba oscuro y olía a pintura, el baño inutilizable estaba justo al otro lado y tenía que pasar por toda aquella estancia llena de cables, carretillas y mil cosas más, con mucho cuidado de no tropezar, aunque lo hice.

Sé que estás cerca, puedo olerte.

Por culpa de ese mensaje casi me caigo al suelo del susto. ¿Y si algún perturbado le había robado el móvil a Quim y era él quien me estaba enviando aquellos mensajes? ¿Y si era una broma y allí estaba yo haciendo la gilipollas? ¿Por qué narices no había pensado en que quizá estuviera tomándome el pelo?

—¡Quim! ¿De verdad estas aquí? Oye esto está muy oscuro —Mi voz rebotó por toda la estancia, retrocedí un paso, y fue entonces cuando vislumbré una silueta moviéndose entre la oscuridad; justo ahí me cagué de miedo.

—Shhhh —susurró aquella voz. Habría echado a correr si no llega a ser por un gesto que reconocí al instante.

Así que ni corta ni perezosa me encaminé hacia aquellas puertas. La sombra se había movido adentrándose en el interior y casi me doy de bruces con una de las puertas. Cuando la abrí, una fuerza tiró de mí y me empujó contra la pared.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir?—susurré mientras Quim levantaba mi vestido.

—Ya han terminado las obras —susurró besando mi cuello.

—¿Y el vigilante?

—¿Tú lo ves por algún sitio? —Negué con la cabeza—. Yo tampoco.

Y diciendo esto devoró mis labios de una manera que hizo que todo mi cuerpo temblara. Desabroché algunos botones de su camisa y agarré fuertemente su cuello y su pelo mientras me frotaba contra su erección como una loca.

—No podía esperar a después —susurró—, necesitaba de ti ahora.

—Estás loco —susurré mientras sonreía halagada.

—Tú me vuelves loco, llevo toda la mañana deseando follarte, Paula. Esto no es normal, ¿qué me estás haciendo?

Sonreí para después morderle los labios y perderme entre su lengua. En mis veintisiete años jamás había hecho el amor en un sitio parecido, ni tampoco en aquellas circunstancias, pero... ¡Joder! lo bien que sentaban aquellas locuras de vez en cuando. Me levantó el trasero y, después de quitarme las bragas, me sentó sobre algo frío de metal que a causa de la oscuridad no podía ver. Segundos después le desabroché los pantalones mientras él abría el envoltorio de un preservativo.

—Esto es una mierda —susurró mientras intentaba ponérselo a oscuras.

—En unas semanas cambiaremos de método, ahora es lo que hay —Sonrió ante mi comentario nada romántico. Segundos después lo sentí en mi interior.

No había tiempo para ponerse exquisitos ni para estar mucho rato dándole al tema, de hecho, estábamos tan a tope que antes de que me quitara las bragas yo ya estaba casi a punto de llegar al orgasmo.

Cinco minutos, y unas suaves caricias en mi centro del placer y ya estaba retorciéndome del gusto mientras le clavaba mis uñas en su trasero; no se quejó, pero le debió doler.

—¿Tú sabes que esto que has hecho es allanamiento de morada, verdad? —dije limpiando el polvo que se le había adherido a la ropa.

—No me digas que no te ha gustado —susurró acercándose a mis labios—. Llevo varios días

pasando por delante cuando vuelvo del juzgado, era una de mis fantasías.

Me aparté un poco de él y lo miré a esos ojos azules achinados que me volvían loca.

—¿Tú me espías, verdad?

—Pasar por delante de donde trabaja mi chica, no es espiar.

«Mi chica». Aquella simple palabra me había dejado idiota, tanto es así que me quedé muda y no supe hacer otra cosa que no fuera sonreír como una lela. Poco después le llamaron al móvil y se fue calle arriba, tan elegante y exquisito como había venido, sin rastro alguno de aquella locura en su ropa. A mí, sin embargo, se me había arrugado el vestido y tenía pelusas del polvo, por no hablar del pelo y del maquillaje... Volví a entrar en el edificio y todo seguía como antes de que me hubiera ido.

—Señorita Moreno —Escuché la voz de Elena a mi espalda—. ¿Se puede saber dónde estabas?

Al volverme vi que estaba junto a mi hermana.

—Follando con mi vecino cañón, que me trae loca —dije estirándome el vestido y cruzándome de brazos.

—Sí, ya —Miró a mi hermana sonriendo y se llevó las manos a las caderas—. Cualquiera día me dirás la verdad y no te haré caso.

—Siempre te digo la verdad —contesté sonriendo—. Que no me creas es cosa tuya.

Hizo un aspaviento con la mano y me eché a reír, poco después me hizo una señal para que fuera a su despacho y la seguí al igual que mi hermana; conociéndolas, estaba segura de que se habrían puesto al día de todo. ¿En serio aún les quedaba algo de qué hablar?

—Paula —susurró mi hermana—, hemos estado pensando una cosa.

Miré a mi hermana y a Elena con el ceño fruncido, estábamos en un despacho encerradas, ¿Por qué estaba susurrando?

—Me alegro que penséis —dije sarcástica—. Pero ¿por qué susurras?

—Hemos pensado en ir a un sitio, pero tienes que acompañarnos —Miré a Elena que permanecía callada—, y no te puedes negar.

—Me estáis dando miedo. ¿Qué pasa?

—¡Vamos a ir a que nos echen las cartas! —anunció mi hermana completamente emocionada, a lo que yo solté un bufido.

—¿¡Qué!?! —Ambas me hicieron bajar la voz con un gesto—. ¡Pero que tonterías se os ocurren! ¿Echaros las cartas?, ¿En serio me lo estáis diciendo?

Ambas se miraron durante un segundo.

—¿Ves? —dijo mi hermana dirigiéndose a Elena—. Te dije que no querría, es una sosa.

—No soy una sosa —susurré de mala gana—. Simplemente que me parece una jodida idiotez.

—Vamos... ¡acompañanos! —suplicó Elena mientras me miraba con carita de pena—. Hace tiempo que no estamos las tres juntas, será divertido. ¡Venga, vamos!

—Sabéis que yo no creo en esas cosas.

—Pero nosotras sí, ánimo, piensa que al menos te reirás de nosotras —dijo Elena mientras se ponía de pie.

Las miré durante un momento, parecían dos crías de quince años a las que le fuera a dar un síncope si no las acompañaba. Así que al final, y muy a mi pesar, accedí. Que creyera en Quim y en que hay personas que pueden tener cierta habilidad no quería decir que fuera a creer a cualquier papanatas que dijera saber leer las cartas. Aun así sentí algo en mi estómago.

Llevábamos media hora intentando aparcar, el tráfico en aquella calle era espantoso, mi

hermana cada vez estaba más ofuscada y Elena no paraba de mirar el reloj con insistencia. Aburrida de soportar esos caretos les hice parar un momento y nos cambiamos los papeles. Acordamos que yo seguiría dando vueltas hasta que encontrara aparcamiento y, mientras, ellas me esperarían en la consulta de aquella mujer. Si no fuera porque ya llegaban tarde y porque las ansias las carcomían, se hubieran negado, ya que hubieran tomado mi ofrecimiento como una excusa para irme; pero ya llegaban tarde y, como he dicho antes, el ansia suele ser devastadora.

Cuando subí al coche de mi hermana me relajé. Con un poco de suerte me tocaría esperarlas en el coche. Era prácticamente imposible aparcar en aquella calle. Más feliz que una perdiz me puse a dar vueltas por las distintas calles, había zonas que no conocía y había echado el ojo a varias tiendas de ropa que habían abierto recientemente. «No hay mal que por bien no venga». Tras la tercera vuelta, con la música a tope, y disfrutando de las bonitas canciones del Cd de Pablo Alboran, seguí dando más vueltas muy relajada hasta que, justo frente del edificio donde las había dejado, y probablemente estuvieran averiguando su futuro, encontré aparcamiento. Genial.

Ya no podía quedarme en el coche, resoplé varias veces y miré mi móvil: tenía varios mensajes de mi hermana. Pasé de leerlos y me encaminé hacia el edificio de nueva construcción. No era muy grande, a lo sumo habría siete apartamentos, y no había que ser muy listo para ver que solo gente «pudiente» podía adquirir. ¿Echar las cartas daba tanto dinero?

Sin saber por qué exactamente me sentí estafada, quizá el dinero para comprar aquellas casas le viniera de una herencia, o quizá fuera gente adinerada que realmente tuvieran ese don. Aun así mi mente obtusa se puso en marcha y, a regañadientes, me dirigí hacia la puerta donde el portero me dio los buenos días sin preguntarme nada más. Imagino que me había estado viendo dar vueltas.

Subí por las escaleras solo para retrasar el momento. Pese a ello me encontré la puerta abierta. Sentí un olor a vainilla que me hizo sonreír. A simple vista parecía una casa normal, una gran entrada, todo perfectamente iluminado... Por un momento pensé que me había confundido, hasta que una mujer salió a recibirme.

—Paula, te estábamos esperando —Abrí mucho los ojos al escuchar mi nombre, luego pensé que mi hermana y mi jefa ya llevaban allí casi media hora, y me relajé.

Sonreí con la sonrisa más sincera que pude expresar en aquel momento y nos adentramos por un largo pasillo hasta que llegamos a la última habitación de la casa. Me hizo gracia que aquella estancia solo estuviera separada por una cortina de flecos color rojo con hilos de plata; me encantaban esas cortinas y ese hecho me puso de buen humor. Después de que aquella señora me abriera un hueco por donde pasar me topé con una gran estancia: varios sofás, velas, y luces cálidas. Era un lugar en el que se respiraba paz nada más entrar; casi olvidé el motivo por el que estaba allí hasta que escuché la voz de mi hermana.

—Pensamos que te habías ido.

—Estaba todo a tope, ya iba a marcharme cuando un coche ha salido de un aparcamiento, justo delante de este edificio. ¿Qué casualidad, verdad?

Todas sonrieron excepto la mujer que estaba con las cartas del tarot en la mano. Me indicó que me sentara en una de las tres sillas que había frente a ella; dos de ellas estaban ocupadas ya por la ansiosa de mi hermana y Elena.

—Mi nombre es Ciara —dijo aquella mujer extendiendo su mano. Entendí el mensaje y rápidamente le saludé dándole un suave apretón de mano, aquella mujer miró mi mano y después a mí y torció levemente su cuello—. Tú hermana ya me ha dicho que tú no quieres ningún tipo de cita, aun así eres bienvenida. Toma asiento y no cruces las piernas.

Asentí algo temerosa, aquella mujer no tendría más de cuarenta años, tenía el pelo caoba y los ojos muy verdes, me senté y dejé las piernas lo más abiertas posibles, me daba la sensación de que si las cruzaba lo sabría. Había conocido a personas con expresiones fuertes en los ojos, y aquella mujer, que seguramente se llamara Antonia y no Ciara como me había dicho, era una de ellas; podías sentir sus ojos adentrándose en tu mente.

Por lo visto ya me había perdido toda la parte de mi hermana y, a decir verdad, me alegré. Ahora le tocaba el turno a mi jefa, otra que tal. Empezó con lo básico, una tirada general, en la que todo parecía estar bien, más o menos como yo habría deducido de haberme preguntado a mí. Procuré fingir interés, pero estaba, de las fantasías de mi jefa, harta, hasta más allá de lo imaginable.

Después quiso preguntar más directamente sobre el trabajo, ahí llegó mi primer suspiro de la mañana. ¿Por qué se lo preguntaba a una extraña?

¡Yo podría decirle la cantidad de ineptos a los que tenía trabajando! Aun así, Antonia, o Ciara, o como quisiera llamarse, me ignoraba a la perfección, y para mi sorpresa le decía cosas que yo pensaba y me había hartado de decirle. Pero claro, siempre es mejor que te lo diga una tarotista a la que no conoces de nada, que tu propia trabajadora. ¡Dios, dame paciencia!

Y ya como remate final preguntó por el amor. Justo en ese momento estuve a punto de abandonar la habitación... Si escuchaba la sandez de que aquel malnacido en el fondo estaba loco por ella, me echaría a gritar y probablemente la liaría gorda. Para mi sorpresa, Ciara dejó las cartas sobre la mesa y miró a Elena.

—¿Por qué me pregunta por él? —fijó un poco la vista en mi jefa, la cual se movió nerviosa.

—Bueno, mire, es un pesado, ¿sabe usted? Un día me quiere, otro no, un día está, otro desaparece.

—Bueno si es así, no creo que haga falta que me pregunte por él ya lo debería tener claro.

Se hizo un silencio incomodo en el que a mí me faltó aplaudir, aunque me contuve, lo que no pude evitar fue reírme y, por lo visto, demasiado alto, ya que todas las personas que estaban allí me miraban atentamente.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —dijo Elena con ese tono petulante que tanto odiaba.

—Me hace gracia que sigas dándole vueltas a la misma mierda, hasta yo te puedo contestar a la pregunta sobre esa rata.

—No lo conoces, Paula, solo lo has visto un par de veces, y lo poco que sabes es lo que te he contado yo. ¿Por qué le tienes tanta manía?

—Cuando ves llorar a tu amiga por diversos motivos, al final se acaban cogiendo manías, deberías saberlo.

Mientras Elena y yo seguíamos enzarzadas en aquel cruce de palabras Ciara sacó tres cartas y les dio la vuelta, después me miró a mí.

—¿Por qué le tienes tanta manía a ese hombre? Según Elena, apenas has pasado tiempo con él

—En aquel momento Elena asintió triunfante y yo me limité a mirar a aquella señora directamente a los ojos.

—Lo supe desde que escuché su nombre —Aquella mujer asintió—. Después, cuando lo vi la primera vez, con aquellos andares, aquella cara... Yo que sé, llámeme loca si quiere, pero no me gustó nada. No hizo falta ni hablar, lo vi oscuro, falso, egoísta, mentiroso. Sentía que no era una persona en la que se pueda confiar. Me repele ese hombre y cuando la veo llorar y escucho que la animan a seguir intentándolo se me enciende la sangre porque yo sé que él no la quiere.

—¡Ya estamos! —exclamó Elena a mi lado.

—Disculpa que te sea sincera, y siento no decirte lo que quieres escuchar, pero negándotelo a

ti misma no consigues nada. Abre los ojos de una vez, él no te quiere.

Justo cuando Elena iba a replicarme Ciara levantó las manos y ambas nos quedamos en silencio.

—Elena, hay veces que uno mismo debe recurrir a ese instinto interior que todos tenemos, usted sabe que Paula no miente, pero por alguna razón que no puedo llegar a entender se ha obsesionado con él. Grave error por su parte, porque solo le aportará dolor. Está perdiendo el tiempo y oportunidades. Su amiga no está equivocada, mire las tres cartas —Elena las miró—, dígame qué son.

Elena se incorporó un poco temblorosa y miró las cartas

—Están todas invertidas —Tragó saliva—. Son el diablo, el ermitaño y el loco —dijo susurrando.

—¿Quiere saber qué significado tiene? —Elena asintió—. Engaño, oscuridad, mentira, falsedad: todas y cada una de las calificaciones que ha dicho su amiga. Hay veces que no queremos ver la realidad, pero la realidad es que ese hombre no es para usted. Abra los ojos y escuche más a quien le aconseja para bien —dijo dándome una leve mirada—. ¿Me promete que lo hará? —Elena asintió.

Poco después nos pusimos en pie para marcharnos. Pese a todo, habían quedado contentas y yo no lo había pasado tan mal, ya que todo lo que yo pensaba coincidía con lo que aquella mujer decía; al menos no era una incoherente. Nos despedimos de Ciara y de su ayudante y nos dispusimos en marcha. Algo, no sé el qué, hizo que me detuviera y me volviera hacia ellas, allí, sobre la mesa había una carta descubierta, miré a Ciara que me miraba fijamente, di varios pasos para poder ver mejor la carta.

—Es la sacerdotisa —dijo sin quitarme ojo de encima.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Esta carta es para usted, si quiere saber su significado pregúnteselo a él.

Fruncí el ceño, miré la carta y de nuevo a ella.

—¿A quién?

—A su guía. Aquel que le quitará las vendas que le impiden ver.

Me quedé mirando los ojos profundos de esa mujer, sin saber exactamente qué miraba. Mi mente se había quedado en blanco, pero tenía unos ojos tan atrapantes, que me era imposible apartar la mirada de ellos. Varios segundos después escuché la voz de mi hermana y al fin pude reaccionar. El camino de vuelta se me hizo largo y tedioso. Elena estaba de mal humor y no cabía ninguna duda de que yo tenía que ver bastante en ello. Puede que si yo no hubiera abierto la tremenda boca que tenía, probablemente aquello se lo hubiera dicho la tarotista y no hubiera pasado nada, pero bueno, hay veces que hablo antes de pensar. *Mea culpa*.

Se suponía que debería haber comido con mi hermana y mis padres aprovechando su visita exprés, pero de lo único que tenía ganas era de meterme en mi casa y no salir en un par de días. No sabía exactamente por qué, pero estaba de un humor de perros. Creo que había sido Elena quien me había transmitido su mal rollo. Encima que una trata de ser buena amiga... Así se lo pagan.

Iba yo pensando en ese tipo de cosas, ofuscada hasta con el aire, cuando después de abrir la puerta y resoplar vi que Quim estaba sentado en el sofá mirando unos papeles. Parpadeé varias veces, pero a la quinta vez me di cuenta que era real: él estaba en mi casa.

—¡Vaya! —exclamó mirándome—. Pensaba que llegarías antes.

Lo miré con el ceño fruncido sin entender muy bien qué estaba haciendo en mi casa, sinceramente no era algo que me molestara, todo lo contrario, con su sola presencia ya había

conseguido quitarme el mal humor. Aun así, el hecho de verle en mi casa, me había sorprendido bastante.

—Mi hermana ha estado de visita y he estado con ella y Elena —dije mientras caminaba hacia él y me sentaba a su lado abrazándome a su torso—. No sabía que estarías aquí —me dio un cálido beso en la cabeza y me rodeó con sus brazos.

—No te lo había dicho antes para que no pensaras que era un acosador, pero me quedé con el manojito de llaves que era de Cristina. Sé que debía habértelo dicho, pero...—Le detuve poniendo mi dedo sobre sus labios.

—No me importa, de verdad, de hecho te lo agradezco. Nada me viene mejor que una cara amiga después del día que he tenido hoy.

Sonrió y me sentí estupendamente refugiada en sus brazos.

—¿Qué ha ocurrido esta mañana para que estés así? La última vez que te vi estabas relajada y con el vestido lleno de polvo.

—¡Ese es otro tema! Eres un perverso. ¿A eso dedicas tu tiempo por las mañanas? —Puso cara de pillo y a mí me faltó poco para que se me cayera la baba.

—Yo no tengo la culpa de que me excites tanto —Levantó mi cara y me crucé con su mirada azulada—. Dime, ¿qué te ha pasado?

Le empecé a contar desde que él me había dejado hecha un trasto con el vestido arrugado, hasta mi inoportuno comentario sobre el chico de Elena. Lo demás preferí callármelo, no quería hablar de lo que me había dicho aquella mujer. A él pareció hacerle gracia la historia, cosa que acabó enfadándome.

—Ya se le pasará Paula, hay verdades que duelen, en unos días estará como siempre.

—¿Me hablas como vidente o como Quim? —Inquirí de mala manera mientras me ponía de pie.

—Te lo digo como persona sensata que soy —apuntilló—. Vale ya de sacar siempre el mismo tema, el día que te hable como vidente créeme que lo sabrás.

No dijo nada más, simplemente mantuvo su mirada fija en mí unos segundos, luego se puso en pie.

—¿Te vas? —pregunté con el corazón a mil.

—Voy a comprar algo para comer —No me miraba, pero intuía que se había molestado conmigo—. Date una ducha para despejarte, te vendrá bien —asentí sin decir nada, aunque lo miré con la expresión más triste que pueda existir—. Y eso último te lo digo como vidente.

Sin decir nada más, salió de mi casa y allí me quedé: sola y tremendamente arrepentida por mi forma de hablarle. A veces hasta yo misma me daría de hostias.

No hay nada mejor que el agua, era como si con cada gota que me caía en el cuerpo arrastrara el mal humor que se me había adherido. Mientras me enjabonaba la piel escuché la puerta y a Quim hablar, supuse que con el móvil. De repente sentí la necesidad de pedirle perdón por mi salida de tono, pero por otro lado sentí una vergüenza terrible. ¿Pedirle perdón? Tampoco le había dicho tanto como para que estuviera tan ofendido, aunque a veces no son las palabras que se utilizan, sino el tono que se emplea. Mi madre estaba cansada de decirme eso, quizá tuviera razón.

Mientras seguía debajo del agua quitándome el jabón, la idea de que fueran sus manos y no las mías las que acariciarán mi piel me encendió al instante. Todo con Quim me resultaba raro e intenso, de repente me enfadaba y al segundo estaba caliente perdida.

Eso no es raro dentro de una relación de «pareja» sana, pero yo sentía unas sensaciones físicas que me hacían preocuparme realmente de mi estado psicológico. Sentí que el abdomen me ardía y una desesperación empezó a adueñarse de mí: necesitaba sus manos, necesitaba su tacto, le

necesitaba a él de una manera dolorosa, como si tuviera asma y necesitara un inhalador. ¿Eso podía ser normal?

Salí de la ducha a trompicones y me sequé lo más rápido posible. Mi cara estaba roja y mis ojos brillantes, parecía que acabara de salir de una sauna en lugar de una ducha de agua tibia. Recogí mi pelo y extendí con cuidado una de mis cremas corporales con esencia a vainilla por mi piel; quizá suene loco lo que voy a decir, pero sentía que estaba como poseída o hipnotizada por mi propio deseo hacia Quim. No podía hacer otra cosa que no fuera pensar en él y en sexo.

Cuando terminé de ponerme crema por todos los rincones de mi cuerpo, deseché la idea de cubrir mi desnudez y salí de la habitación completamente desnuda —algo muy, muy raro en mí, todo hay que decirlo—.

Seguramente aquella escena, sacada de una película, resultaría tremendamente sexual, pero si me veía reflejada en algún espejo, con semejantes trazas, probablemente se me iría todo abajo y acabaría escondiéndome debajo de la cama.

Cuando salí al salón, Quim estaba sentado en el sofá mirando completamente abstraído la ventana, hubiera pagado todo el oro del mundo por saber sus pensamientos. En ese instante, sintiéndome la mujer más sensual del mundo, me apoyé sobre el marco de la puerta y llamé su atención con un silbido. Cuando volvió la cabeza hacia mí y me vio de aquella manera toda su expresión cambió.

—Paula... —susurró mientras me recorría de arriba abajo con la vista.

—Sé que he sido una borde —dije en un tono de voz que no reconocía como mío, aun así a él pareció gustarle—. No pretendía hacerte sentir mal.

Mientras iba hablando con pasividad iba caminando hacia el sofá donde él estaba sentado, pasó de estar bien sentado a ir moviéndose según mis movimientos. Cuando llegué al extremo del sofá puse mis rodillas en él y empecé a gatear bajo su mirada extasiada.

—Paula, me vas a matar.

—Puede —susurré cuando estuve lo suficientemente cerca como para rozar su camisa con mi nariz—, pero antes necesito follarte, necesito hacerte mío desesperadamente.

No dijo nada, simplemente aspiró aire y agarró fuertemente con sus manos los cojines del sofá. Sabía por qué lo hacía. En aquel momento estaba tan excitado que probablemente me hiciera daño si me tocaba, y sentirle así, tan contenido no hizo otra cosa que ponerme aún más a tono.

Así que con un hábil movimiento me puse a horcadas sobre él y, sin apenas rozarle, le abrí la cremallera del pantalón donde su erección se mostraba ya bastante patente. Sin dejar de mirarle a los ojos, sin rozar cualquier otro lugar de su cuerpo que no fuera su pene, sin besarle, sin arrancarle aquella camisa que me volvía loca, agarré su miembro con fuerza y lo metí en mi interior suavemente sintiendo cómo poco a poco iba ocupando cada parte de mi interior. Quim echó la cabeza hacia atrás mientras reprimía un alarido que parecía salirse del alma, fue entonces cuando agarré su cabeza con mis manos y le obligué a mirarme.

—¿Qué me estás haciendo? —susurró y sonreí.

—Nada que no me estés haciendo tú a mí.

Se soltó del cojín que lo mantenía atado a la cordura y me apretó a su cuerpo haciéndome un poco de daño, aun así no dije nada y me dejé llevar por esa pasión arrebatadora que conseguía hacer que mi mente y mi cuerpo se unieran en algo místico, raro e increíblemente impresionante.

Él seguía completamente vestido, pero podía sentir su piel debajo de su ropa, era como si no hubiera nada entre su piel y mi piel. En aquellos momentos me costaba pensar con cordura, ya que algo poseía mi cuerpo haciéndome completamente difícil pensar en otra cosa que no fuera Quim.

No estábamos usando protección, ni siquiera mi loca cabeza había caído en el detalle de lo que

podía pasar si eyaculaba dentro, pero me dio igual, cualquier cosa que proviniera de él, en aquel momento era sagrada; en ese estado tenía una mente demasiado sucia.

No paramos hasta que sentimos que nos rompíamos en mil pedazos Sentí latigazos en mi vagina e incluso me había dado una calambre en el muslo que me obligó a quitarme de encima de él de una manera poco delicada. Quise fingir que no me dolía, pero cuando sonrió me di cuenta de que había fracasado.

—¿Se te pasa? —dijo Quim arrodillado a mi lado en el suelo, con sus manos en mi pierna. Quería reírse, se lo notaba en la cara, pero por respeto intentaba mantener la compostura.

—Puedes reírte si quieres —susurré mirándole de reojo—. Te va a dar algo como sigas aguantándote la risa.

Y sin más empezó a reírse con ganas, de una manera tan divertida que hasta yo terminé por reírme, pese a que me seguía doliendo el muslo. Quim acarició mi cara y se tumbó a mi lado en el suelo.

—¿Se puede saber que le ha pasado, señorita? —dijo acariciando mis labios con sus dedos—. Casi me vuelves loco.

—Esa era la idea, pero me temo que mis años de elasticidad están muriendo.

Se echó a reír y me miró con dulzura.

—¿Te habían dicho alguna vez que te cambia la cara cuando haces el amor? —le miré intrigada.

—¿Me cambia la cara?

—Sí, la expresión de tus ojos es distinta, eres tú, pero distinta, no sé.

—Vamos a ver Quim, obviamente es normal que me cambie la expresión, a ver si tú te crees que cuando lo haces tienes la misma cara que ahora —Me sonrió—. La excitación cambia algunos rasgos, es normal. Tú ahora mismo tienes una expresión de ojos dulce, sin embargo cuando estamos haciendo el amor tus ojos cambian.

—Personalmente creo que lo que acabamos de hacer no es «hacer el amor» —susurró a lo que sonreí—. Eso es follar como mínimo, me perviertes Paula, ya te digo que sí.

—Perdona, guapo, pero tú ya venías pervertido de serie, a mí ahora no me echas la culpa de eso.

Nos miramos con una sonrisa bobalicona en la cara, era tan sencillo estar a su lado, acaricié su cara y sus labios y le revolví ese pelo que tanto me encantaba, entonces sentí ese vértigo extraño en el estómago que aparece en ciertas situaciones extremas, ese vértigo que sientes cuando subes a alguna atracción de feria que te deja sin respiración. Justo en ese instante, Quim me abrazó y di gracias de que no viera la expresión de mi cara, porque justo en ese momento me acababa de dar cuenta de que me había enamorado de él.

Media hora después estábamos de camino a la farmacia más cercana, después de la irresponsabilidad de no usar precaución había que poner algún remedio ¡Pero ya!

—Eres una exagerada, Paula —dijo Quim algo rezagado, yo iba unos pasos por delante de él—. Ha sido solo una vez, no tiene por qué pasar nada—. En ese momento me detuve en seco.

—¿Tú sabes la de gente que ha acabado teniendo hijos por tener ese pensamiento de «no tiene por qué pasar nada»? Tengo veintisiete años, apenas se cuidar de mi misma, ¿pero tú estás loco? Por no hablar de las enfermedades que hay...

—Oye, para el carro, yo estoy sanísimo —Le miré de soslayo—. Además, ¿tú sabes lo realmente difícil que es que una mujer se quede embarazada? Tienen que reunirse muchos factores, el propio cuerpo femenino rechaza al espermatozoides, por eso solo consiguen llegar uno.

—¿Piensas darme una clase de biología ahora? Créeme que con la suerte que tengo fijo que me

quedo embarazada, ¡y de gemelos por lo menos!

—Paula, relájate —Puso sus manos en mis hombros y me obligó a mirarle—. No pasará nada.

—¿Por qué? ¿Acaso eres estéril? —Fruñí el ceño a lo que se echó a reír.

—No

—¿Entonces por qué estás tan seguro de que no pasará nada? ¿Puedes verlo, es eso? —pregunté ansiosa

—Paula...

—Quim... —Le miré fijamente a los ojos—. ¿Puedes decirme con exactitud que no me quedaré embarazada?

Me miró pensativo durante unos segundos, pude ver inseguridad reflejada en su rostro, no podía elegir qué ver, eso estaba claro.

—No, no puedo decírtelo —resopló—, solo puedo decirte que te calmes.

Asentí mientras ponía rumbo a la farmacia, esa vez caminando a su lado. Me dio la mano en un gesto de ternura y continuamos el camino que quedaba. Me aterraba la idea de ser madre, primero porque apenas conocía a Quim; segundo porque a veces me costaba creer que ya no tuviera quince años. Llegamos a la farmacia y él me dejó entrar primero.

Era una gilipollez que estuviera nerviosa, ya era mayor, ya no tenía que soportar miradas y tonterías de nadie, además, que se pudiera ir a comprar la pastilla del día después sin pasar antes por el médico, era un alivio. Para mi sorpresa fue Quim quien hizo el pedido por mí. La mujer lo miró de arriba abajo y después me miró a mí con cierta sonrisa divertida, no me molestó, intuí que Quim le había parecido bastante atractivo, y no era raro, realmente lo era.

Cuando salimos de la farmacia nos dirigimos a la cafetería más cercana donde después de pedirnos algo fresco para beber, me tomé la pastilla al mismo tiempo que Quim leía el prospecto.

—Puede que te sienta algo mal y tengas dolores y náuseas —dijo mientras seguía leyendo el papel.

—Lo sé, incluso puede que se me adelante o se me atrase el periodo. Espero que con un poco de suerte se me adelante, cuanto antes pueda empezar a tomarme las pastillas anticonceptivas, antes dejaremos de usar preservativos —Cuando levanté la vista Quim me miraba divertido—. ¿Qué pasa?

—Nada —sonrió—. Me he sentido como un adolescente mientras pedía la pastilla, ha sido divertido —Sonreí.

—Sí, el colmo de la diversión —dije sarcástica.

—¿La habías tomado alguna vez antes? —Le miré.

—Una vez —Miré mi refresco y me eché a reír—. Tenía veinte años y había quedado con un amigo con el que salía en aquella época. Yo estaba un poco verde en el terreno sexual y él igual, así que sin dar más detalles de los que tocan, te diré que se nos rompió el condón, y no imaginas tú el drama —sonrió—. Recuerdo que yo no tenía un duro y mi amigo era un capullo integral, así que no me quedó más opción que llamar a mi primo Hugo. Cristina no me cogía el móvil y si iba a casa a buscar dinero de aquella manera, mi madre habría sospechado. Hugo y yo nos llevamos tres años y nos lo solemos contar todo. Quedamos en la farmacia más cercana a su casa, donde me esperaba otra amiga a la que había llamado durante mi estado de histeria. Era un domingo por la tarde, tuvimos que acudir a una farmacia que estaba abierta las veinticuatro horas. Mi amiga Dafne y mi primo Hugo no paraban de hacer bromas al respecto, mientras que yo solo quería tomarme la pastilla y terminar con todo el lío. Recuerdo que había un farmacéutico joven, yo me moría de la vergüenza, así que mi primo pidió las pastillas mientras que Dafne y yo lo esperamos unos pasos más atrás, y al cabrón no se le ocurrió decir otra cosa que: «Quiero la pastilla del día después, es

que hemos hecho un trío y se nos ha ido de las manos» —Escuché a Quim reírse a pleno pulmón y sonreí—. ¡No he pasado más vergüenza en mi vida! Dafne y yo nos quedamos de piedra y recuerdo que el farmacéutico nos miró a las dos y se echó a reír. En aquel momento tenía ganas de gritar, de llorar y reírme al mismo tiempo. ¡Dios!

A causa de la anécdota Quim empezó a preguntarme más cosas de Hugo y estuve entretenida contándole las mil desventuras de mi primo, al que estaba deseando conocer. Diez minutos después vi que Quim que se ponía de pie, miré a mi espalda y vi que Cristina y Marcelo se dirigían hacia nosotros, no venían solos, venían con una nueva integrante de su pequeña familia.

—Pero... ¡Crisss! —grité echándome al suelo para acariciar a la perrita—. ¿Desde cuándo la tienes?, ¿por qué no me lo habías dicho antes?

—Íbamos ahora a tu casa para enseñártela. Como no contestabas a los mensajes hemos tenido que mandarle un mensaje a Quim que nos ha dicho que estabais aquí, era una sorpresa. ¿¡Te gusta!?

—Es preciosa, ¡qué alegría! —Me puse de nuevo en pie y besé a ambos—. ¿Qué nombre le habéis puesto?

—Bueno —susurró Cristina mirando a la perrita—, teniendo en cuenta la fecha en la que estamos... se nos había ocurrido llamarla Summer, ¿os gusta?

Creo que aplaudí y estuve haciendo la gilipollas un rato de lo contenta que estaba. Cristina y Marcelo llevaban un tiempo queriendo adoptar un perrito, por eso, en cuanto vi el anuncio de aquella perrita en una página de Facebook de una protectora, se la pasé inmediatamente.

—Oye, por cierto... —La miré—. ¿Ya te has mirado algún vestido para la boda de Alejandra?

Una losa de cien toneladas cayó sobre mí en aquel puñetero instante: ¡la boda! Se me había olvidado por completo.

—Dios mío, Cris... ¡Se me había olvidado!

—¡Lo sabía! Pues es la semana que viene, no sé a qué estás esperada. Yo me compré el vestido hace unos días; es una boda en la playa, tampoco tienes que complicarte demasiado.

Me llevé las manos a la cabeza y me dejé caer sobre la mesa de la cafetería. Se me había olvidado por completo la boda de mi amiga. ¿¡Qué clase de persona era!?! Y encima, tenía que buscarme un vestido, con lo rematadamente pesada que solía ser para eso, bueno... seguro que en una semana me daba tiempo a encontrar algo decente.

—¿Tú vendrás, Quim? —Levanté la cabeza de golpe y miré a Cristina.

—Bueno —susurró él sintiéndose algo avergonzado—. Paula no me ha dicho nada, yo...

—No me acordaba, Quim —suspiré— Pero... por supuesto que me encantaría que me acompañases.

—Pues entonces cuenta con ello —dijo exultante de felicidad.

Un tiempo olvidado atrás...

Quim

Diez años antes.

Estaba cansado, la universidad me tenía agobiado a más no poder. Eran mis últimas asignaturas y después de haber estado cinco años estudiando, no podía permitirme que me quedara alguna. Esta vez no debía permitirme bloquearme o distraerme con mujeres, ya había tenido bastante en el primer y segundo año, era el momento decisivo y no podía fallar. Por si aquella presión no fuera ya de por si importante, mi madre me había «obligado» a ayudar a su amiga Ciara con su mudanza, ya eran seis veces las que me había tenido de mozo de carga... No entendía a qué venía tanto cambio, puede que fuera un culo inquieto y quizá un ex pirado del que huía, no lo sabía, lo único que tenía claro era que estaba hasta las narices. Si no fuera porque Ciara me ayudaba tanto...

Ese día estaba poco hablador, tenía la música a tope con la intención de evitar que nadie optara por sacarme tema de conversación. De lo único que tenía ganas era de llegar a casa y ponerme a estudiar, había tenido como una especie de premonición sobre el resultado de mi examen, y no era nada alentador.

Ciara ya estaba en el escalón de su casa cuando aparqué el coche, me miró alzando una ceja, pero me limité a saludarla y a adentrarme en el interior para cargar con las pocas cajas que quedaban. Cuando saqué la última caja miré toda la estancia por última vez, era increíble la sensación de vacío que desprendía aquella casa. Eso es algo que siempre había llamado mi atención, el manto lúgubre y extraño que cubre los hogares que habían tenido vida y ahora lucían desnudos. Cuando me di cuenta Ciara estaba a mi lado.

—¿No me digas que te da pena? —Sonreí y la miré con cariño— Tú odias esta casa incluso más que yo. Pensé que te alegrarías.

—Me alegro de que te vayas de aquí, sabes que nunca me gustó, pero aun así hay tantos recuerdos...

—Los recuerdos nos acompañan allí donde vayamos Quim, ya lo sabes.

—Lo sé —La miré—. ¿Por qué te cambias tanto de casa? Nunca me lo dices.

—No lo quieras saber todo.

Sonreí a Ciara y miré una vez más la estancia. Parecía que todo en aquella casa se despedía de mí, incluso aquella extraña sombra en forma de niña que se asomaba desde la habitación contigua al salón. Le dije adiós con un movimiento de cabeza que creí ver que imitaba; muchas veces lo malo de poder verlos, es que ellos también pueden verte a ti. Aunque daba gracias a que, pese a aquella excepción, la visión de espíritus, almas errantes, entes, demonios o cualquiera de sus variantes era algo que no tenía el «poder» de ver.

Podía sentirlos, pero pocas veces verlos, y a decir verdad, daba las gracias por ello.

Conocí a Ciara de casualidad. Bueno, más bien ella me buscó, aunque nuestro encuentro fue casual. Según ella, yo había aparecido en sus visiones, por eso cuando conoció a mi madre, supo que ella le llevaría a mí. Sentí un alivio enorme cuando la conocí, por primera vez en mi vida, no

me sentía solo en el mundo.

Ciara me abrió un mundo nuevo en el que todas las cosas que me hacían sentir aberración hacia mí mismo desaparecieron. Me hizo ver que era especial y que debía sentirme orgulloso de ello.

El camino hacía su casa lo hicimos en apenas unos minutos, se había mudado a unas pocas manzanas de su anterior hogar.

La casa no era mucho más grande que la anterior, y también era algo vieja, pero la energía que se sentía al entrar era positiva. Después de tenerme como un esclavo toda la mañana, decidimos bajar a la cafetería más cercana a tomar un café. Por aquella época yo era un adicto a la cafeína, probablemente había conseguido aprobar gracias a ella.

Siempre que íbamos a una cafetería nos sentábamos cerca del cristal desde donde observábamos a las personas pasar. Mirábamos a la gente en silencio y cuando ambos sentíamos algo, nos mirábamos para ver si el otro también lo había sentido.

Diez minutos de intrigas y risas después, una chica morena paró frente al cristal y miró hacia el interior de aquella cafetería. Yo estaba justo delante de su campo de visión, pero no reparó ni un segundo en mí. Debí encontrar lo que buscaba, porque sonrió de una manera que alteró todos mis nervios, como si algo oculto en mí hubiera hecho «Chick». Las manos me empezaron a sudar y empecé realmente a ponerme muy nervioso. No sabía qué narices me estaba pasando, pero no tenía duda de que era por aquella muchacha. Con el rabillo del ojo pude ver que otra chica, desde el interior, le hacía señas, así que aquella morena que había acelerado todas mis terminaciones nerviosas entró por la puerta de la cafetería sonriendo. Me miré las manos mientras intentaba serenarme, nunca había tenido un flechazo..., aunque tenía serias dudas de que los flechazos realmente fueran así.

Pasó por mi lado sin rozarme y a mí me faltó el aire.

—Quim —Ciara llamó mi atención—. ¿No te han enseñado a disimular, o qué? —Cuando la miré Ciara me estaba sonriendo, me puse más rojo que un tomate y me froté la cara con las manos intentando dejar de sentir aquella presión en el pecho—. Tranquilízate, hijo o te dará un infarto.

—¿Tranquilizarme?

—Tú corazón está demasiado acelerado.

Fruncí el ceño y la miré fijamente.

—No sé qué me ha pasado —sonreí mientras miraba a aquella joven de soslayo.

—Sientes como tu pecho se acelera a un ritmo extraño, sientes que las manos se te duermen y que apenas puedes estarte quieto, tienes la inquietante necesidad de acercarte a ella y hablarle, aunque por otra parte sientes que te será imposible decir ni una sola palabra cuando ella clavé sus ojos en ti.

Me quedé de piedra.

—Te he dicho mil veces que no hagas eso conmigo —susurré mirando por el enorme cristal.

—¿Hacer el qué?

—Meterte en mi cabeza, sabes que yo no puedo controlarlo, pero tú sí, esto ya es demasiado humillante para mí.

Escuché como Ciara reía, y preferí mirar hacia otro lado, tenía una risa tan escandalosa que había llamado la atención de las mesas más cercanas, incluida la de las dos chicas a las que yo ahora ignoraba; me temblaron hasta las piernas al saber que aquella chica me miraba.

—Cariño —susurró Ciara acariciándome una mano—, no puedo meterme en tu cabeza y en este caso no ha tenido nada que ver «esto que tenemos», solo he usado la lógica y la experiencia de los años; por si no lo sabes yo alguna vez tuve tu edad.

—Nunca había tenido un flechazo, no sabía que era algo tan intenso —dije señalándome el

acelerado ritmo de mi corazón.

Ciara clavó sus penetrantes ojos en mí y sonrió de una manera que consiguió darme miedo.

—Cierto, los flechazos no son tan intensos.

—¿Entonces?

—Cuenta la leyenda que un dios cansado de escuchar las plegarias de amantes a los que les rompían el corazón, creó una magia ancestral y poderosa para crear parejas que duraran eternamente, para así unirse vida tras vida pudiendo así vivir el amor en toda su plenitud. Partió su alma en varios trozos, tres en concreto, una se la entregó a su esposa, otra a su hijo, y con la tercera que quedaba creó un alma libre y poderosa a la que atribuyó dones mágicos: tenacidad, pasión, lujuria, sensatez, honradez y, sobretodo, lealtad. Una vez la tuvo terminada la dividió en dos, cada parte se quedó con ciertas cualidades que solo juntas podrían desatar toda la magia que en ella albergaba. Se dice que bajó a la tierra y eligió a dos mortales de lugares distintos y les entregó la mitad correspondiente. Los mortales, muy amablemente aceptaron. Años después nacieron dos bebés, una hembra y un varón, cada uno era peculiar dentro de su círculo; uno poseía el don de ver la magia y el otro el don de la lealtad: ambos, separados por continentes, acabaron encontrándose.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Durante años, aquellas almas se fueron encontrando vida tras vida, creando así algo tan puro y mágico que nada podía romperlo, ¿Sabes lo que pienso de las almas Quim?, las almas se reconocen, por eso a veces sentimos conexión con alguien sin saber por qué. Creo que en todas las vidas que vivimos siempre estamos con las mismas personas, solo que una vez es tu padre, otras tu hermano, otras tu amigo, quien sabe.

—Ciara, ¿Dónde quieres ir a parar? —susurré nervioso.

—Puede que sean leyendas o mitos, pero...

—Ciara, ¡al grano!

—Juraría que esa chica es tu mitad —susurró mientras la miraba durante un segundo—, puedo sentirlo, tú late dentro de ella y ella late dentro de ti.

Me dejé caer en el respaldo de la silla con los ojos como platos. ¿Podía poner en duda algo de lo que me contaba esa mujer? Yo mismo era un espécimen raro que veía y sentía cosas. ¿Acaso podía juzgar a alguien con mi mismo don?

—¿Ella es como yo? —Ciara me miró directamente a los ojos entendiendo perfectamente a que me refería.

—De momento no, Quim, esa parte la posees tú —miró a aquella muchacha de nuevo otra vez—. Ella tiene algo, pero aún no lo sabe, todavía es muy joven —me puse las manos en la cara e intenté pensar—. Escúchame bien —la miré detenidamente— Aún no es el momento, cuando llegue el día volverás a encontrarte con ella, ahora debemos marcharnos y dejar que el destino siga su curso.

Me puse nervioso. ¿Marcharnos? ¡No! ¿Cómo iba a marcharme sin saber si la volvería a ver o no?

—Pero Ciara... —Se me encogió la voz—. No quiero irme. ¿Y si no la vuelvo a ver?

—Mírame bien, Quim. Tú deberás ser el guía de esa muchacha. Cuando os reencontréis ella podrá sentir lo mismo que tú sientes, ambos tendréis el don de ver, por lo tanto, deberás ayudarla como yo lo hice contigo. Pero debes dejar pasar el tiempo, ahora no es el momento, hazme caso y ten fe. La volverás a ver.

Después de estar varios minutos con la mirada perdida acepté sus palabras, nos pusimos en pie y abandonamos aquella cafetería, no sin antes caer en la tentación de mirarla una vez más a través

del cristal. ¿Y si no la volvía a ver? Mi corazón dio un latido tan fuerte que me llevé la mano al pecho, justo en ese momento aquella muchacha me miró y nuestros ojos se encontraron durante unos segundos. En ese instante sentí mil cosas dentro de mí. Me habría quedado pegado a aquel cristal para siempre solo si así podía contemplarla, pero Ciara agarró mi mano y tiró de mí hasta que la perdí de vista; entonces sentí el mayor vacío que había sentido nunca.

Paula

Diez años antes.

Cristina seguía contándome sus historias de amoríos cuando me dio por mirar hacia el enorme cristal de la cafetería. Allí, parado frente al cristal, vi al hombre más guapo que había visto en mi vida. ¿Había estado allí todo el rato? ¿Cómo narices no me había dado cuenta? Estaba quieto, con una mano en el bolsillo y la otra en su pecho, con la mirada fija en mí. Podía sentir en todo mi cuerpo que aquellos ojos azules. Pero alguien tiró de su brazo y desapareció, fue entonces cuando mi corazón dio tal vuelco que no pude evitar llevarme la mano al pecho y coger aire. ¿Qué había pasado?

El resto de la tarde pasó tranquila, bueno, todo lo tranquila que puede resultar una tarde escuchando a Cristina. Pero era tan divertida... Yo llevaba un lío tremendo con los exámenes del instituto, por no hablar de toda la odisea que estaba siendo mi vida por aquel entonces, así que aquella tarde de amigas me había sentado de maravilla. Llevaba horriblemente mal la adolescencia, y no solo por el acné, sino por todo lo que envolvía mis días en aquellos tiempos. Llevaba enamorada de mi compañero de clase unos dos años, y para él era menos que un moco: eso me tenía deprimida. Cada mañana me levantaba con ganas de ir al instituto solo para verle, y cuando encontró una novia con la cual hacer «pellas» y no aparecer por allí, el instituto se convirtió en una auténtica mierda.

Diecisiete años... toda una odisea. En aquella edad ya estaba aburrída de casi todo, y es que nunca he sabido por qué, pero siempre he sentido que no encajaba en ningún sitio, quizá era yo, que me encerraba en mi misma, o era el resto de gente de mi edad que estaba gilipollas, no lo sé. Lo único que quería era dormirme y despertarme con treinta años, quizá las cosas evolucionarían un poco.

Llegué a casa y me metí en la cama. Recuerdo que no cené, aún tenía el estómago revuelto desde que había visto a aquel chico aquella tarde... Aquellos ojos, esa forma de mirar, ¡joder, qué guapo! Si mi memoria no me fallaba ese chico era algo más mayor que yo, no tenía ni punto de comparación con todos los lelos que tenía como compañeros de clase. Me miré en el espejo del baño mientras me lavaba los dientes, realmente estaba convencida de haberme enamorado en menos de treinta segundos. ¿A quién no le pasa eso con diecisiete años? Cristina estaba así cada dos por tres, aunque creo que yo había batido un récord.

Viendo que no podía dormir me puse los auriculares y escuché unas canciones que Cristina me había grabado en un Cd hacia unos días; estaba deseando, con toda mi alma, que la época *grupi* que había secuestrado a mi amiga se terminara pronto; si escuchaba una canción más de los Backstreet Boys me desmayaría; me gustaban, cantaban bien, pero meterme treinta y tres canciones de ellos era algo exagerado. Después seguí con otras tantas de N, Sync, y para mi sorpresa también de Alejandro Sanz.

Debí de quedarme dormida escuchando las canciones, porque aquella noche soñé con una fiesta. Había gente bailando con máscaras venecianas, se escuchaba música de saxos e

instrumentos que no reconocería ni aunque mi vida dependiera de ello; era un completo fiasco en las clases de música.

Parecía como si estuviera en la misma Italia, como si me hubiera teletransportado al carnaval veneciano de alguna época antigua. La gente de mí alrededor reía, lo intuía por sus movimientos, porque con una mano sujetaban un palo que sostenía una máscara que les cubría casi toda la cara.

Miré a mi alrededor, parecía no conocer a nadie que había allí, sentí que estaba atrapada en el videoclip de Gareth Gates, *Anyone of us*. Yo y mi relación con los programas musicales... Pero en una época mucho más antigua y con mucha más gente.

Me toqué la cara solo por curiosidad y me di cuenta que tenía una máscara que cubría la mitad de mi rostro, solo que en mi caso la tenía anudada a mi cabeza y disponía de mis dos manos libres. No recordaba si en los sueños podías reflejarte en un espejo o no, aun así busqué uno por la estancia y encontré uno de un tamaño inmenso. Cuando me vi tuve que coger aire, apenas podía reconocerme entre el vestido y aquella máscara rosa con toques dorados. En aquel momento supe que a la próxima fiesta de disfraces que acudiera, me disfrazaría de ese modo...

Entonces le vi. Se encontraba en el reflejo del espejo, detrás de mí. Un chico ataviado con el mismo atuendo que el resto de hombres que había allí; su máscara cubría toda su cara y aquello me dio algo de miedo; no me gustaban ese tipo de máscaras, por muy bonitas que fueran.

Me volví hacia él y algo en sus ojos me resultó familiar, lo único que podía ver de su rostro eran aquellos ojos azules. No dijo nada, simplemente tendió su mano cubierta por un guante blanco, que acepté sin pensármelo dos veces. Tiró de mí en aquella inmensa estancia repleta de gente y nos paramos justo en el centro; entonces lo entendí al instante: quería bailar.

Probablemente si aquello me pasara en la vida real moriría de la vergüenza, ya que me considero una patosa de campeonato, pero los sueños, sueños son. Me agarró suavemente por la cintura y sujetó mi otra mano y así empezamos a bailar sin dejar de mirarnos a los ojos. Era raro porque no hablábamos, de hecho, ni siquiera escuchaba la música, en aquel momento estaba muda y sorda, solo podía mirarle los ojos y seguir el ritmo que él había marcado. Estaba como hipnotizada hasta que de repente reparé en aquella mirada. Aquellos ojos yo ya los había visto antes.

—Tú —susurré deteniéndome durante unos segundos—. Eres él chico de la cafetería.

Pese a que aquella máscara le cubría toda la cara supe que sonreía porque sus ojos se achinaban.

—Me dijeron que volveríamos a vernos, pero no pensé que sería así —dijo en un tono algo más alto, ya que la máscara le cubría el rostro entero y su voz sonaba más opaca.

Sin saber por qué pasé mi mano por la máscara, me hubiera encantado acariciarle la cara. Él sujetó mi mano y la mantuvo apretada sobre su máscara mientras cerraba los ojos, hubiera jurado que estaba oliéndome la piel. Cuando los abrió sentí que el suelo temblaba a mis pies. Con un hábil movimiento arrancó una de las plumas que tenía mi máscara y con cuidado la pasó por mis labios haciendo que tuviera que sujetarme a él para no caerme. Cerré los ojos por un instante y sentí la suavidad de la pluma bajar por mi mejilla hasta mi cuello; cuando los abrí, aquella mirada provocó que mi cuerpo reaccionara igual que aquella mañana en la cafetería.

Justo cuando iba a atreverme a hablar de nuevo, él levantó su cabeza mirando a algo que yo no alcanzaba a ver, después me miró de nuevo, la expresión de sus ojos era distinta, agarró mi mano con suavidad y posó la pluma en ella, la cerró con fuerza y puso sus dos manos sobre mi puño cerrado.

—Recuérdame.

—¡Paula! —Me levanté tan de golpe que casi me caigo de cama, mi madre apareció por el

umbral de la puerta—. ¡Vas a llegar tarde a clase como no te levantes ya!

Mire mi habitación realmente confundida, me incorporé del todo y pasé mi mano por la cara. ¿Ya era de día? Me sentía agotada, solo hacía diez minutos que me había dormido.

—¡Valeee, Paula! —Volvió a asomar la cabeza mi madre por la puerta, en aquel instante le hubiera lanzado algo para que se callara—. ¿Te encuentras bien?

La mire pensativa un rato, realmente no sabía si me encontraba bien o no, lo único que sabía es que me sentía tremendamente agotada. Miré a mi alrededor y todo estaba como siempre, fue cuando me di cuenta que tenía la mano cerrada. De hecho la tenía apretada tan fuerte que hasta me dolía. Después de hacer una mueca de dolor abrí la mano con cuidado ya que me dolía horrores, entonces la vi, la pluma estaba en mi mano intacta.

Aquella mañana estuve como un zombi todo el día, me llevé la pluma al instituto y me tiré toda la mañana mirándola sin entender cómo narices había podido ir a parar aquella pluma a mi mano. En mi habitación no había nada parecido a eso, y que yo supiera no era sonámbula, entonces... ¿Cómo era posible? Había sido un sueño, solo un sueño, ¿no?

Después de aquel horrible día decidí volver a casa en autobús. El día que elegí instituto debió ser un día en el que me sentía una atleta de campeonato, ya que estaba muy lejos de mi casa. Siempre me sentaba bien el camino de ida y vuelta, pero ese día estaba demasiado cansada como para andar, así que después de esperar casi más de diez minutos el autobús, por fin llegó. Entré con parsimonia y me fui hacia las filas del final, me senté junto al cristal, apoyé la cabeza mientras seguía mirando aquella pluma. Si seguía así terminaría por deshacerla. Con cuidado la metí en mi mochila y me puse de nuevo los auriculares, necesitaba escuchar música que me distrajera de mis locos pensamientos. En ese instante sonó Ronan Keating, *When you say nothing at all*, adoraba esa canción, y aquello fue como un bálsamo que me relajó los músculos del cuerpo; nunca me había parado a escuchar la letra, o al menos a intentar entenderla hasta aquel instante.

Es asombroso cómo hablar a mi corazón, sin decir una palabra puedes iluminar la oscuridad —en ese instante todas las imágenes del sueño volvieron a mi mente, cerré los ojos sonriendo, sabedora de mí locura interior— *por mucho que lo intente, nunca podría explicar lo que oigo cuando no dices nada.*

Abrí los ojos al sentir que el autobús se detenía, se había detenido en una parada para que subieran más pasajeros, sonreí para mí misma al sentir aquellos nervios raros en el estómago solo por haber recordado aquel sueño. El autobús se puso de nuevo en marcha y subí el volumen de la canción, era tan bonita y yo estaba tan loca...

En ese instante miré por el cristal de nuevo perdida en mis pensamientos cuando le vi, mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera darme cuenta. Caminaba por la calle con una mochila en su hombro y una de sus manos en los bolsillos del pantalón, el corazón me latió tan fuerte que incluso me dolió. Cuando quise darme cuenta había pegado ambas manos al cristal del autobús y poco me faltaba para aplastar mi cara sobre él. Cuando aquel chico levantó la cabeza y me vio, pude sentirlo; pude sentir que me había visto porque su expresión era la misma que la mía. Sus ojos, aquellos increíbles ojos... era él y nos habíamos reconocido. El autobús aumentó un poco la velocidad y poco a poco fui distanciándome. Para mi sorpresa él empezó a correr, pero el autobús giró hacia la derecha y se metió por una de las calles más céntricas de la ciudad; le perdí de vista.

Bajé en la siguiente parada deseando que aquel chico apareciera de un momento a otro, pero no apareció. Llegué a casa hecha un asco y con unas tremendas ganas de llorar. Y lo peor de todo era que no entendía por qué estaba así. Tras estar un rato pensando locuras busqué la pluma y la dejé en la pared de mi habitación junto a una foto con Cristina. La acaricié por última vez y me prometí a mí misma que no volvería a pensar en aquella locura, seguramente aquel chico corría

porque iba a perder el autobús y yo, en mi estado de atontamiento continuo, había pensado gilipolleces; justo en aquel instante sonó mi teléfono móvil, cuando miré el número no pude sino sonreír.

—¿Paula? —escuché la tímida voz de mi compañero de clase, el que me tenía, hasta hacia un día, enamorada perdida.

—Dime —susurré nerviosa.

—Estoy cerca de tu casa, ¿te apetece tomar algo? Me gustaría hablar contigo.

Fruncí el ceño sin entender a qué venía eso, Rafa y yo nos llevábamos bien. A mí me tenía enamorada perdida, pero salvo cuatro mensajes tontos no había pasado nada más, al menos conmigo. Por lo que sabía era un Don Juan. Me puse tan nerviosa que casi se me cae el móvil, acepté y en menos de media hora ya estaba arreglada y acudiendo a mi encuentro con él.

Nunca se olvida la primera relación que uno tiene, ni lo que se siente en las primeras decepciones, aun así fueron los dos años más bonitos que recuerdo de mi juventud.

Quim

Febrero de 2011.

—¡¡¡¿Cómo que te vas a casar?!!!

Lo sabía, sabía que Ciara iba reaccionar como una auténtica loca, mi madre se lo había tomado de maravilla, mi padre hasta había aplaudido, pero Ciara no, ella no podía alegrarse por mi decisión, ella tenía que montar un drama por todo.

—Ciara, llevo tres años con ella, vivimos juntos, ella quiere casarse y a mí me hace feliz hacerla feliz, ¿dónde está el problema?

—Esa mujer no es para ti, Quim, y tú lo sabes.

Resoplé de mala gana y decidí sentarme en el sofá, la conversación iba a ser larga, de aquello no había duda alguna.

—Yo solo sé que la quiero y con eso me vale, Ciara.

—¡Pero ella no te quiere a ti! —La miré horrorizado y me levanté de un salto.

—¿Qué no me quiere? ¿Cómo lo sabes? ¿Me vas a decir que te lo dicen los espíritus y toda esa mierda? Ciara sabes que paso de todo eso. ¿Tanto te cuesta respetar mi voluntad?

La forma en la que sus ojos me miraron me dio miedo, miedo tan real que retrocedí un paso; por unos segundos habría jurado que aquellos ojos no eran los suyos.

—Jamás vuelvas a burlarte de esas cosas, ni de mí —Sentenció sin pestañear—. Tienes pesadillas horribles, jaquecas diarias, estás intranquilo y nervioso y todo eso te está ocurriendo porque te estás negando tu don. No puedes ignorarlo, no puedes escapar de él, es algo que va unido a ti, y mientras sigas negándote a escucharlo tu salud seguirá empeorando. Tú lo sabes, pero sigues pretendiendo ser alguien que no eres para estar con esa mujer. ¡Tú no eres como el resto de personas, Quim! Eres diferente, tienes la suerte de ser diferente, de poder ver donde nadie más ve. ¿No te das cuenta? Si tan seguro estás del amor de esa mujer, corre, cuéntale la verdad, dile quién eres, dile que sabes sus peores y más oscuros secretos y que aun así sigues a su lado: ¡díselo! Si ella lo acepta, entonces yo te pediré perdón por mis palabras.

Volví a sentarme en el sofá y me llevé las manos a la cabeza, era cierto, me dolía horrores y todo aquello estaba afectando a mi trabajo y a mi vida en general.

—No puedo decírselo, Ciara, ella no me creería.

—Pues demuéstreselo —Su voz sonó desafiante y volvió a darme miedo—. Sabes que puedes, por una vez en tres años, se tú mismo.

Varias horas después salí de casa de Ciara algo más tranquilo, tenía razón, no podía casarme con una persona que no sabía lo más importante de mí. ¿Cómo se le dice a alguien algo así? ¡Es una locura! Por otra parte... podía demostrárselo, sabía cosas de ella que ella jamás me había contado, cosas de su pasado, de su familia, secretos que de los que se guardan en el interior, ese tipo de cosas que se espera que nadie llegue a conocer jamás. Si no me creía, siempre podría recurrir a todo eso: de esa forma debería creerme, ¿no? Sí, tenía que creerme.

Aparqué cerca del apartamento que compartía con mi novia, estaba en un edificio antiguo de

tres pisos sin ascensor. Subí las escaleras con energía y rapidez, como solía hacer siempre, aunque esa vez me detuve en el rellano del primer piso y di varios pasos hacia la puerta número uno. Allí vivía una anciana con la que había evitado tener relación, no porque no fuera buena mujer, porque lo era, sino porque siempre había una presencia junto a su puerta: quieta, triste y buscando ayuda; presencia a la que yo había ignorado todo aquel tiempo.

Aquella zona siempre estaba oscura, todas las bombillas se rompían y la pobre anciana había dado por imposible arreglarlo, así que no le quedó otra que aceptar que la parte correspondiente a su zona estuviera en penumbras. Llamé a la puerta algo nervioso, no solo por la sensación de que había algo a mi espalda, sino por cómo iba a decirle a esa mujer que su nieta, fallecida en un accidente hacia unos años, quería despedirse de ella. Seguramente me llamaría loco, pero bueno... por una más, tampoco pasaba nada.

La anciana se tomó su tiempo para abrir y cuando lo hizo me sonrió de una manera tan dulce que me sentí un completo miserable.

—Señora Jauzaras, soy Quim Ferrer, su vecino del tercero.

—Se quién eres, cariño —dijo con dulzura—. ¿Necesitas algo?

—No —dudé—, bueno... ¡Sí! Quería hablar con usted de algo importante.

La mujer me miró extrañada, pero sin un atisbo de desconfianza o miedo, simplemente le extrañó que el vecino gilipollas del tercero ahora se mostrara tan amable. Sentí que algo pegado a mi espalda entraba en aquella casa junto a mí.

—Dígame señorito, Quim, ¿ocurre algo? —dijo la señora una vez sentada en su sillón frente a mí.

—Mire, quiero que sepa que esto no es algo que me pase habitualmente, yo no funciono de esta manera, pero hay algo que tiene que saber.

—Quizá sea la edad —Sonrió amablemente—, pero no tengo ni idea a qué te refieres, cariño.

La miré fijamente a los ojos. Cientos de imágenes agolparon mi cabeza como si fueran recuerdos propios, entonces pude ponerle cara a la presencia que en ese momento había en aquella casa. El ambiente era tranquilo, por lo tanto, era buena señal.

—Es su nieta, está aquí. Lleva en su puerta todo este tiempo, por eso nunca le funciona la bombilla.

Varias horas más tarde y después de poner una nueva bombilla y que esta funcionara, subí a mi casa con la sensación de pesar diez kilos menos. Había podido hacer feliz a dos personas y una de ellas, al fin, había podido descansar en paz. Ya no recordaba lo que era sentirse así, pese a que funcionaba mejor con los vivos. Si la energía de la presencia era muy fuerte, yo podía sentirla, incluso escucharla si me concentraba bien, pero era algo que me seguía dando miedo, así que prefería no ahondar en ese tema mucho más de lo estrictamente necesario.

Mi novia aún no había llegado a casa, trabajaba como enfermera en una residencia de ancianos y, si no estaba equivocado, aquella noche le tocaba guardia. Pocas veces iba a buscarla, siempre le decía que me daba mucha pena ver a los ancianos allí y ella me creía. Si le hubiera dicho la verdad, me hubiera dejado al instante. Saqué a pasear un rato a Rambo, que estaba inusualmente tranquilo, y volví a casa a prepararme algo de cena; quería esperar a mi novia despierto, pero aún no llevaba ni cinco minutos en el sofá y ya me había quedado dormido.

Una música ensordecedora y un olor a perfume me hicieron abrir los ojos: me encontraba en una fiesta. Todo aquello me resultaba tremendamente familiar, el lugar, la fiesta de máscaras. Entonces me vi en el espejo. Volvía a estar disfrazado de carnaval veneciano con aquella máscara que solo dejaba visible mis ojos. Entonces lo supe... ¡jella! Aquella chica debía estar allí, no había otro motivo para haber retrocedido en el tiempo que no fuera para verla. Corrí por toda la

estancia donde había cientos y cientos de personas. Creía recordar cómo iba vestida, pero era tan absolutamente difícil encontrar a alguien allí, que estuve a punto de darme por vencido. Cansado de dar vueltas por aquella gigantesca casa, salí al exterior donde las estrellas brillaban y la luna iluminaba todo el lugar. De espaldas a mí la encontré, estaba apoyada junto a un palo de madera enorme donde seguramente anudarían las góndolas. Estaba preciosa con aquel vestido blanco. Cuando apenas había dado dos pasos hacia ella, se volvió, como si hubiera sentido mi presencia.

—Tú —susurró en cuanto clavó sus ojos en mí.

—Lo mismo podría decirte yo —Casi no reconocí mi voz a causa de la máscara, pero por alguna razón que no entendía, no podía quitármela.

Di los pasos que faltaban para estar a su lado y al fin pude contemplarla. Parecía distinta a la otra vez que la vi, parecía más mayor. Entonces lo supe: habían pasado unos años y por alguna razón, ambos habíamos vuelto a aquel lugar.

—Dios mío —La escuché susurrar—, durante todo este tiempo pensé que esto había sido un sueño, esto no puede ser real.

—¿Qué es lo que no consideras real, esto? —dije señalando la esplendorosa excentricidad que nos rodeaba—, ¿o esto? —dije agarrando su mano y poniéndola en mi corazón que latía desesperadamente.

Se abalanzó a mis brazos como quien abraza a alguien perdido, la envolví en mis brazos y allí nos quedamos un rato, sintiendo nuestros corazones latiendo rápidamente.

—Te vi corriendo detrás del autobús —dijo pegada a mi pecho—, me juré y me perjuré que había sido mi imaginación.

—Perseguí aquel autobús durante calles y calles, pero al final me di por vencido.

Se separó de mí y clavó sus ojos en los míos. En aquel momento tuve deseos de besarla, pero aquella dichosa máscara me lo impedía. Entonces una sensación extraña se adueñó de mi pecho y supe que debía despedirme.

—Escúchame —dije sujetando su cara—, vamos a despertar ya, encuéntrame.

—¡No te vayas! —gritó sujetando mis manos con toda su fuerza—. ¿Cómo voy a encontrarte?

Me quedé pensativo durante unos segundos, apenas nos quedaba tiempo, debía pensar con rapidez.

—En la cafetería —Me miró fijamente—. Sé que ahora es distinta, pero ¿recuerdas dónde está, verdad? —Asintió—. Cuando despiertes, no dudes de que esto es real, ¡prométemelo!

—Te lo prometo —susurró sin apartar los ojos de mí.

—Prométeme que estarás hoy a las nueve de la mañana allí, es muy importante que vayas.

—Allí estaré, sé que esto no es un sueño, aún conservo la pluma que guardaste en mi mano — La miré confuso y luego recordé aquel momento—. ¿Cómo sabrás tú que esto no es irreal?

Me eché a reír, si ella supiera... Sin esperar lo soltó las manos y se arrancó otra pluma de su peluca, idéntica a la que yo le había quitado hacía años, la posó sobre mi mano y la cerró.

—De esta manera lo sabrás —dijo mientras me miraba con su preciosa sonrisa.

Entonces sin más me desperté, estaba sudando y nervioso, me incorporé rápidamente y me llevé las manos a la cara. En ese momento vi que seguía sosteniendo la pluma en mi mano. El corazón me latió desesperadamente, miré el reloj que apuntaba las ocho y diez de la mañana; jamás había corrido tanto para ducharme y cambiarme. Quizá fuera una locura, un sueño de locos, pero tenía aquella pluma en mis manos y eso era por algo.

Llegué a aquella cafetería diez minutos antes de las nueve de la mañana y esperé durante más de dos horas, apesadumbrado, casi a punto de echarme a llorar —cosa ridícula pese a mi edad— y vi aparecer a Ciara que caminaba rápidamente hacia mí.

Paula

Febrero de 2011.

—¡Joder! —grité después de haber mirado medio dormida el móvil —¡No me va a dar tiempo!
¡No me va a dar tiempo!

Gritaba por toda la habitación de mi casa mientras me movía de un lado a otro, tenía justo cuarenta minutos para ducharme y arreglarme todo lo que pudiera para encontrarme con el chico de mis sueños. ¡Me estaba volviendo loca!

Ni por un solo instante dudé de si aquello era real o no, algo en mí sabía que aquello era verdad. Aún podía sentir el olor de los distintos perfumes en mi piel, si aquello no era algún tipo de realidad paralela, no entendía que podía ser.

El agua de la ducha salió helada, en unos días me iría a vivir con Cristina a un apartamento que habíamos alquilado, pero hasta que lo hubiésemos terminado de pintar, tenía que seguir en casa de mis padres, que tenían el calentador roto... ¡La leche! Seguramente todo aquello terminaría en una horrible pulmonía y yo ingresada en el hospital, pero bueno me daba igual.

Ya eran casi las nueve de la mañana y yo estaba corriendo hacia mi coche. La cafetería me pillaba algo lejos a pie, con un poco de suerte en coche apenas tardaría unos minutos. El corazón me iba a mil, me temblaban las manos y a su misma vez me sentía ridícula. ¡La madre que me parió! Arranqué el coche, se me caló al menos dos veces, pero conseguí que el pie me dejara de temblar y puse rumbo al centro de la ciudad. Los primeros tres semáforos los pillé en verde y casi aplaudo de la alegría, hasta que me encontré en medio de un atasco horroroso.

—¡Oh, mierda! —grité mirando al techo de mi coche—. ¿Por qué me tienes tanta manía, joder?
—Ofuscada me crucé de brazos y cuando estaba a punto de echarme a llorar vi que podía meterme por una callejuela y de aquella manera atajar. Después de hacer una maniobra nada aconsejable, por la que me llevé innumerables pitidos del resto de coches, seguí circulando hasta que un coche, el doble de grande que el mío, se saltó un *Stop* y me arrojó.

Ciara

Febrero de 2011.

—Doctora Robles, ya ha terminado su turno —Me volví y la enfermera en prácticas me sonreía desde la puerta, también me sonreía su abuela que siempre estaba a su lado: un maravilloso ángel, nunca mejor dicho—. Debe irse a casa a descansar.

—Gracias, cariño, deja unas anotaciones para quirófano y en seguida dejás de verme el pelo

por aquí.

La joven y su abuela me sonrieron a la vez, después de aquello me di toda la prisa que pude, no me gustaban demasiado las guardias nocturnas, pocas cosas buenas se veían por la noche en un hospital. El día era mucho más enérgico y positivo. Además, yo ya tenía una edad, aunque me conservaba joven debía empezar a plantearme la jubilación en un par de años, aunque esa día no tenía claro si me entristecía o me hacía feliz.

Como siempre me pasaba, me entretuve mirando papeles de pacientes que debía visitar urgentemente, siempre les hacía una anotación en una esquina de la hoja. Era una reputada cirujana, conocida por mi precisión en el diagnóstico y en la intervención. Si supieran por qué era tan buena, me quitarían el título... Aquello me hacía sonreír.

—¡Ve a urgencias, corre! —Me volví ante aquella voz y junto a la puerta estaba uno de mis «ángeles», como yo los llamaba. Este había sido un enfermero de ese mismo hospital, nunca dejó su puesto de trabajo y seguía velando por los pacientes que allí estaban. Era curioso porque muchos de los pacientes lo veían, incluso hablaban con él sin saber que él ya no pertenecía a este plano. Siempre tenía que ir paciente tras paciente para dejarles caer que el enfermero Santi había cambiado de hospital.

—¿Qué ocurre?

—Una chica, ha sido un accidente de coche, tiene una luz a su alrededor, una luz igual que la de Quim.

Salí corriendo hacia la zona de urgencias que se encontraba bastante lejos de donde estaba mi despacho. Corrí por los pasillos hasta que vi varias enfermeras a su alrededor.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a una de ellas que no paraba de moverse.

—Acaba de llegar, un accidente de coche. Alguien se saltó un *Stop*, entró en parada de camino al hospital, pero han conseguido reanimarla. Sus constantes están bien, pero tiene un fuerte golpe en la cabeza, hay que examinar los posibles daños.

Asentí, no había daño cerebral, lo sabía, aun así no dije nada y fui a hablar con uno de mis compañeros que ocuparían mi turno y le insistí en que cuidara y atendiera bien a esa chica. Después de aquello, estuve ayudando a despejar las urgencias que iban entrando. Ya debería haberme marchado a casa, pero necesitaba un segundo a solas con aquella chica. Media hora después la subieron a planta y antes de que avisaran a los familiares de que ya podían subir a verla, entré en la habitación y cerré la puerta tras de mí.

Junto a ella, en la habitación, se encontraba Santi y la abuelita de mi querida enfermera. Me arrimé a la cama y la miré con atención, estaba bien, no tenía nada grave salvo el golpe en la cabeza. Fue cuando toqué su mano que varias imágenes de Quim asolaron mi mente; abrí los ojos de golpe.

—Cuidar de ella —dije poco antes de salir de la habitación corriendo.

Llamé a Quim varias veces, pero no me cogió el teléfono. Sabía dónde tenía que ir para encontrarle, subí al coche y gracias a Dios el tráfico me concedió un *kit-kat* y pude llegar relativamente rápido. Cuando salí de coche pude verle, allí apoyado sobre esa pared triste, cabizbajo... Sentí aquella tristeza pese a la distancia que nos separaba. Cuando nuestros ojos se cruzaron lo supo.

Paula

Febrero de 2011.

—¿De verdad te encuentras bien, Paula? — dijo mi madre por sexta vez. Ya llevaba tres días ingresada en aquel hospital y ya estaba pensando en el suicidio como no dejaran de atosigarme.

—Mamá, estoy bien —Resoplé—. Me duele un poco la cabeza, solo eso.

No se quedó más tranquila pero no dijo nada más, y yo di las gracias al cielo por eso, no tardarían en darme el alta, me encontraba bien, no tenía ningún hueso roto, apenas tenía moratones en la cara y en el cuerpo, y lo que es mejor, no me acordaba de absolutamente nada.

Varias horas después por fin entró mi médico a verme, se llamaba Raúl y había sido súper simpático y atento conmigo desde que llegué aquel día inconsciente. Raúl hizo salir a mi madre de mi habitación, cosa que agradecí. Nos quedamos a solas, se sentó a un lado de la cama y con cuidado miró las pocas heridas que tenía en la cara.

—¿Qué tal estoy, doctor? ¿Para portada de Playboy? —Raúl se echó a reír.

—Claro que sí.

Ambos nos echamos a reír, en ese momento la puerta de la habitación se abrió, era Cristina y me dio una alegría enorme verla. Se disponía a dar la vuelta al ver que estaba el doctor conmigo, pero como aquel hombre era un bendito la hizo pasar.

—Sé que tu madre te altera un poco con tanta pregunta —dijo susurrando mientras Cristina se acercaba a nosotros. Yo sonreí y le acaricié la mano a modo de gratitud.

Cristina se puso al otro lado de mi cama y me dio un suave abrazo como pudo, el doctor nos miraba sonriendo. Cristina apenas podía mirarle a la cara, se había «enchochado de él». Era graciosa la situación, a mi amiga le ponía mi médico... ¡Cómo no!

—¿Cómo está la enferma, doctor? ¿Sobrevivirá? —preguntó Cristina sonriendo.

—Sí, eso me temo.

La miré con cariño mientras Raúl apuntaba cosas en su libreta.

—Paula, ¿sigues sin recordar nada? —susurró Cristina a mi lado.

—Sí —dije agachando la mirada—. Lo último que recuerdo es haber salido de la universidad y haber pasado la tarde contigo, después de eso, no recuerdo nada más.

Miré a Raúl sin darme cuenta, mientras decía eso último, él me miró con cariño.

—Paula has tenido un traumatismo craneoencefálico leve, una de sus secuelas es el síndrome amnésico postraumático —Le mire con ironía—. En la mayor parte de los casos se pierde la memoria de las últimas veinticuatro horas previas a lo sucedido. En estos tres días no has recordado nada y eso es lo que nos tiene algo más preocupados, pero estás bien. Has respondido bien a todos los exámenes que te hemos realizado, hablas y te mueves con normalidad, eres coherente y lo recuerdas todo, excepto las últimas horas de ese día. Pero no debes preocuparte, puede que con el tiempo vayas recordando. No debes forzarte.

—Lo sé, Raúl, es solo que me siento algo confusa, un poco desorientada, tengo constantemente esa sensación de que se me olvida algo, ¿sabes a que me refiero? —Raúl asintió mientras

acariciaba mi mejilla.

—Todo eso es normal, Paula, no le des más vueltas y verás cómo poco a poco vuelve a tu cabeza, estoy seguro de ello.

Un rato después nos dejó a solas. Cristina me ayudó a sentarme en el sillón para después acercarme a la ventana y que pudiera ver el exterior.

—Estoy aburrida de estar aquí —susurré mientras miraba a las personas caminar por la calle, ajenas a todo mi drama pelicularo—. Espero que me den el alta ya.

—Creo que mañana te la darán.

—¿Crees que podré volver a las clases? Lo recuerdo todo a la perfección —Cristina puso los ojos en blanco y resopló.

—Primero preocúpate de ponerte bien, estás hecha una mierda. Tiempo de ir a clase vas a tener, así que para de darle vueltas a la cabeza.

La miré frunciendo el ceño y después volví a mirar hacia la ventana, hice que la abriera para sentir algo de brisa en la cara, hacía frío, pero necesitaba sentir aire fresco. Miré hacia el sol que estaba empezando a ocultarse y suspiré, no sabía por qué, pero me sentía tremendamente triste, quizá fuera algún síntoma típico del shock postraumático, pero no podía dejar de pensar en que olvidaba algo importante; aquella sensación no me dejaba estar tranquila.

—¿En serio no recuerdas nada? —preguntó cristina acariciándome la mano.

—No —Resoplé desesperada—. No tengo ni idea de por qué cogí el coche, de por qué conducía por aquella calle, ni siquiera sé por qué narices iba tan arreglada. ¡Por Dios! Eran las nueve de la mañana, a esa hora voy hecha un despojo humano normalmente.

—Puede que tuvieras una entrevista de trabajo.

—No. Me llamaron la semana pasada de la tienda de cosméticos, esa que está cerca de nuestro apartamento, empezaré a trabajar el día uno de marzo. Cubriré una baja maternal y me encanta saber que trabajaré allí rodeada de tanto perfume. No me dirigía a una entrevista de trabajo.

—¡Vaya! Te llamaron, es verdad... Me había olvidado por completo —dijo mirándose sonriendo.

Me crucé de brazos fingiendo enfado.

—Menos mal que el golpe me lo he dado yo, te lo llegas a dar tú y con esa memoria pez que tienes, te quedas idiota de por vida.

Cristina se echó a reír y yo la miré divertida. Durante aquellos tres días que había estado ingresada, Cristina le había metido caña al apartamento. Ya lo tenía casi terminado: había obligado a todos nuestros amigos a ayudarla a montar los muebles, e incluso ya había trasladado las cosas que había dejado preparadas en casa de mis padres. Si me dejaban dos días más allí, llegaría al apartamento en perfectas condiciones y, a decir verdad, eso me hacía estar tranquila. Después de la paliza que nos pegamos en limpiar el primer día, le agarré terror a volver... ¡Qué mala es la pereza!

Después de estar horas inflándole a preguntas sobre nuestros amigos, por fin pude sonsacarle algo de su último pretendiente misterioso.

—¿Te acuerdas de aquel día que quedamos después de mil años en aquella cafetería del centro? ¿Esa que te gustaba a ti porque tenía las paredes rosas? —Fruncí el ceño a la vez que intentaba recordar y finalmente asentí—. ¿Te acuerdas del camarero que estaba como un queso?

—Como para olvidarle —dije echándome a reír.

—¡Pues he vuelto a coincidir con él! —exclamó nerviosa.

—¿Sí, dónde?

—Justamente aquí. Venía a verte cuando me lo he cruzado de frente. Su madre está ingresada

porque la han operado de un pequeño bulto en la matriz —La miré apenada—. No pongas esa cara, la mujer está bien, hemos estado hablando un rato y me ha invitado a cenar esta noche, todavía se acordaba de que siempre le dejábamos propina, sobretodo aquella tarde que le dejamos casi cinco euros.

La miré sorprendida. ¿Cinco euros? No recordaba nada de aquello, recordaba la cafetería, recordaba haber estado en ella, pero no recordaba nada más de aquel día ni de los siguientes. Mi recuerdo más reciente era haber quedado con Rafa, mi primer novio, para tomar algo debajo de mi casa. Recordaba perfectamente las palabras que utilizó para declararse y sonreí al recordarlo, pero tenía ciertas lagunas de algunos de esos días. ¿Era algo importante no recordar algunas cosas de hacía años? No lo sabía, lo que sabía es que no iba a decir nada. Me callé y mi silencio fue mi mejor coartada.

Una vez sola, después de que me hubieran dado la cena, intenté despejar mi mente leyendo algo. Aquel día se había quedado conmigo mi hermana, que estaba sentada en el sillón a mi lado tecleando como una loca. La miré sonriendo, nada le gustaba más que escribir y tenía tal expresión de felicidad cuando lo hacía, que no pude evitar distraerla.

—Me encanta la cara que pones cuando escribes —dije sonriendo a lo que ella levantó la vista y me miró con dulzura.

—¿Qué cara pongo?

—No sé, pero casi nunca tienes esa cara, solo cuando escribes. Tus ojos se abren de una manera graciosa, sonríes y suspiras como si estuvieras en un cuento de hadas; puedo ver cómo tu imaginación revolotea por tu cabeza.

Se echó a reír y acarició mi mano.

—Creo que es lo más bonito que me has dicho nunca —Me guiñó un ojo—. Ojalá todo esto valga de algo, me encantaría poder dedicarme a esto.

—Y lo harás —afirmé—, ya lo verás, un día sin más algo ocurrirá que cambiará tu vida. ¿Quién sabe? Quizá caiga una estrella.

Mi hermana se detuvo en seco y abrió mucho los ojos.

—¿Sabes que acabas de recitar una de las frases que usa mi escritora favorita?

—Sí —dije sonriendo—. Yo también he leído *Si tan solo fuera sexo*, Jacqueline Amorós es de las buenas.

—Creo que el golpe te ha venido bien —susurró mi hermana mientras se echaba a reír. Le lancé un cojín que acabó devolviéndome—. Intenta descansar, Paula, ¿te molesta que escriba mientras intentas dormir?

—No —dije sonriendo—, al revés, me relaja, así que no pares. Voy a darme la vuelta, ¿vale?

—¿Puedes, o te ayudo? —dijo haciendo ademán de levantarse.

—¡Por Dios, Belén! Estoy algo magullada, no tetrapléjica.

La escuché refunfuñar mientras me daba la vuelta, no sin callarme todo lo que podía los suspiros de dolor que sentía con solo pestañear.

Una vez en la soledad que me producía estar de espaldas a mi hermana, y bajo el sonido rápido de su tecleo, cerré los ojos. ¿A dónde me dirigía aquella mañana? Me había duchado con agua fría, eso solo lo hubiera hecho como último recurso, y solo en dos ocasiones muy específicas: oler como un puto saco de estiércol, o porque Brad Pitt, Tom Cruise, Channing Tatum, Leonardo DiCaprio o cualquier semental de ese tipo me hubieran pedido una cita, cosa que veía verdaderamente poco probable.

¿Entonces, qué es lo que me había hecho salir tan aprisa de casa sin ni siquiera esperar a calentarme algo de agua y ducharme a la antigua usanza? O incluso podía haber ido a casa de mi

abuela que vive relativamente cerca, para ducharme con agua calentita como había estado haciendo días anteriores... ¿Por qué, por qué, por qué? Debía ser algo muy importante que no conseguía recordar y aquello me producía una sensación de vacío en el estómago que se hacía insoportable. No sabía porque me sentía tan terriblemente triste, algo así como si hubiera perdido algo importante... ¡Algo muy importante! ¿Estaba volviéndome loca?

Allí, en el silencio roto por el teclado de mi hermana, lloré por todas aquellas cosas que sentía que perdía, las mismas a las que era incapaz de ponerles nombre.

Ciara

Febrero de 2011

—Gracias, Raúl por tu ayuda, te debo una —dije acariciando la espalda de mi joven compañero—. Te estás portando genial con Paula.

—Es una chica estupenda, deberías conocerla —dijo sonriéndome—, aunque... te has preocupado mucho por ella desde que llegó, está claro que la conoces de algo.

Le miré pensativa, obviamente no podía decirle de qué la conocía, o acabarían por encerrarme a mí en el área de psiquiatría.

—Es la chica que le gusta a mi sobrino —Mentí maravillosamente bien—. Ellos se están conociendo y no quiero parecer cotilla.

Raúl se echó a reír y terminó por darme la razón; después de hablar sobre los progresos de Paula, me fui a mi despacho donde me esperaba Santi, sentado en mi asiento reclinable; me hizo sonreír.

—¿Estas cómodo?

—Todo lo cómodo que puede estar uno estando muerto.

No pude evitar echarme a reír, cualquiera que me escuchara desde fuera pensaría que estaba más loca que una cabra.

—Como va nuestra chica. ¿Has podido ver algo más? —pregunté sentándome en uno de los sillones que usaba para descansar un poco en mis noches de guardia.

—No recuerda absolutamente nada relacionado con Quim, y lo más raro de todo es que siente que se le olvida algo importante; sus sueños son negros, no sueña nada, su cabeza ha extirpado a Quim.

—Sí —susurré apenada—, era algo que me temía, aún no era el momento, eso está claro.

—¿Y qué hará él ahora? Seguramente esté hecho un desastre.

Le miré entristecida, hubiera pagado por poder darle un abrazo de consuelo a mi querido enfermero del alma.

—Bueno, no se lo ha tomado muy bien que digamos, pero no hay mal que por bien no venga. Ha roto el compromiso con esa lagarta, se va mudar de casa y a empezar de cero.

—¡Ay, Dios mío! Si yo estuviera vivo, ese no se me escapaba.

Sonreí mientras le lanzaba una zapatilla que esquivó con un acto reflejo propio de un humano, eso me hizo darme cuenta de lo triste que es la muerte.

Quim

Diciembre de 2013.

—¡Estás loca! ¿Me has oído? ¡Loca! —grité como una descosida en mitad de la calle, mientras recogía las cosas que mi «querida» novia me había lanzado por la ventana.

No quise mirar a mí alrededor por no sentirme aún más avergonzado, todos mis vecinos estaban asomados a las ventanas viendo el espectáculo.

Mi última conquista era una loca que seguramente se había escapado de un psiquiátrico de máxima seguridad, de aquello no había duda. Lo que yo no entendía es por qué Dios o aquello que fuera lo que estuviera allí arriba, me tenía tanta manía. Justo en aquel instante, salió la bienaventurada chalada por la puerta de mi edificio y me arrojó las llaves de mi casa a la cara.

—Tú estás enferma, deberías ir a mirártelo —dije alzando la voz mientras que veía su espalda perderse entre la gente.

Después de haber recogido la ropa, recogí las llaves de mi casa. No descartaba que aquella chalada hubiera hecho alguna otra copia de las llaves, así que para cubrirme las espaldas llamé a un amigo cerrajero que en menos de media hora ya estaba en mi casa cambiándome el bombín de la puerta.

—Te lo digo en serio, Quim, deberías tomarte un descanso en cuanto a mujeres —susurró mi amigo mientras observaba cómo había quedado su trabajo—. Esa tía estaba loca, te lo advertí.

—Lo sé —suspiré de mala gana—. Pero me produjo curiosidad, mi trabajo me aburre, no conozco a nadie interesante. Que todos me dijerais que Marta no estaba en sus cabales, fue algo que me animó un poco.

Mi amigo se volvió hacia mí completamente alucinado y me miró como si fuese verde.

—No te ofendas por lo que te voy a decir, pero tú no estás bien de la cabeza —dijo entregándome las nuevas llaves de mi casa—. ¡No se las des a nadie! Y mucho menos que se te ocurra volver con esa.

—¿Volver? Créeme no estoy tan loco, de momento voy a ir a la inmobiliaria a mirarme otro apartamento, paso una vergüenza horrorosa cada vez que salgo a la calle.

—Eso es verdad —Añadió recogiendo sus cosas—, hasta yo me doy cuenta de cómo te miran.

Sonreí ante su sinceridad, le ayudé a guardar sus herramientas y cogí mi abrigo.

—Vamos, te invito a una cerveza antes de ir a visitar un apartamento nuevo, hay cosas que tenemos que hablar.

Hora y media después me dirigía hacia el edificio donde un cliente me había dicho que se alquilaban apartamentos a un buen precio. Lo mejor de todo es que eran de nueva construcción. Llegué al enorme portal donde el agente inmobiliario me estaba esperando. Me enamoré del apartamento nada más poner un pie en él, me gustó su amplitud y la enorme luz que entraba desde el exterior; estaba en una calle buena, muy cerca del centro y con toda clase de tiendas en las manzanas más cercanas. El hecho de que hubiera otro apartamento disponible más abajo hizo que me interesara mucho más. Desde hacía tiempo quería montarme mi propio gabinete de abogados;

algunos de mis compañeros pensaban como yo, así que después de llamarlos a todos y que todos vieran el apartamento, le dimos el visto bueno.

Acordamos que allí montaríamos nuestro gabinete. Aquel día la suerte me venía de cara, pese al pequeño inconveniente de mi exnovia, salida del mismísimo Silent Hill.

También me quedé con el apartamento de arriba, era un alquiler con opción a compra. El agente inmobiliario se frotaba las manos por la increíble comisión que le caería de aquellos dos tratos cerrados. Quedamos en que acudiría a la inmobiliaria en dos días para formalizar el contrato; aquello me hizo sentir algo más tranquilo: en poco tiempo tendríamos nuestro propio gabinete y mi nueva casa. ¡Gracias a Dios!

Me seguiría quedando en mi actual apartamento hasta que cumpliera el contrato, que finalizaba en febrero de 2014, así también podía decorar mi nueva casa sin prisas y sin agobios. Me sentía optimista... Ya era hora de que algo bueno me pasara.

Me despedí del agente inmobiliario en el portal de aquel enorme edificio y me froté las manos, hacía frío, pero aun así se estaba bien. Decidí dar un paseo por la zona, había quedado con Ciara en una hora para comer. La veía más que a mi propia madre. Justo cuando iba a dar dos pasos hacia la derecha la vi, tuve que dar dos pasos hacia atrás para que la pared de aquel edificio me sujetara o habría acabado cayéndome al suelo.

Paula, que ya sabía cómo se llamaba, caminaba deprisa y cargada con muchas bolsas. Escuchaba música, lo supe porque le vi los auriculares en los oídos. El viento le retiraba el pelo de la cara y su aroma dulce se podía oler pese a la distancia. Vestía un abrigo negro y una bufanda de lana gris, estaba realmente elegante y preciosa. Su pelo negro ondeaba el viento y yo estaba al borde del colapso nervioso. Entonces se paró justo en el portal que había frente al mío, sacó unas llaves de su bolso y poco después se adentró en su interior.

¿¡Qué!?, ¿Paula vivía allí? Tuve que ponerme la mano en el pecho para conseguir respirar, y después de estar unos minutos en shock crucé la calle, con las manos temblorosas, y fui hacia su portal. Posé mi mano en la puerta donde minutos antes ella había posado la suya y un sin fin de imágenes agolparon mi mente. Sí, ella vivía allí. Aquello no podía ser simple casualidad.

Corrí como un energúmeno hasta mi coche y puse la directa hacia casa de Ciara que quedaba algo alejada del centro. ¿Cómo no? Había vuelto a mudarse, entre los ahorros, y el dinero de la pre-jubilación se había trasladado a una casa increíblemente perfecta, incluso había un portero que te daba los buenos días y te abría la puerta a tu paso.

Subí nervioso las escaleras porque el ascensor tardaba mucho, cuando llegué ella ya me esperaba con las puertas abiertas.

—La has visto —dijo antes de que yo pudiera pronunciar ninguna palabra—. Anda, pasa, llevo sintiéndote desde hace media hora.

Me dio paso a su increíble casa donde, falto de aire, me senté en el sofá e intenté respirar. Ciara no me quitaba ojo y esperó en silencio hasta que yo me recompuse.

—Muy bien, dime, ¿qué ha pasado?

Y así empecé a contarle desde que mi ex me había lanzado las cosas por la ventana hasta que por casualidad me habían recomendado aquel edificio. Ella escuchaba palabra por palabra y sonreía ante mi entusiasmo.

—¿Y ahora qué hago? —susurré nervioso—. Vamos a ser vecinos.

—Primero, calmate; segundo, averiguar todo lo que puedas sobre su vida, es importante que sepas cómo está ella.

—Estaba preciosa —susurré mirando a la nada.

—No me refiero a eso —espetó de mala gana—. Cómo sois los hombres... Piensa con la

cabeza, concéntrate en ella y podrás ver.

Me dejé caer en el sofá cansado, por una vez quería hacer las cosas como una persona normal, acercarme a ella y decirle: «Hola», o algo así.

—Ya sabes que no elijo lo que veo, te lo he dicho cien veces.

—No eliges lo que ves porque eres un vago que no hace sus deberes, si entrenaras la mente como deberías, podrías sentir el doble de lo que sientes.

—No quiero sentir más de lo que siento, no quiero saberlo todo de las personas, es una auténtica mierda.

—Te prometo que como vuelvas a soltar semejante gilipollez te meto una torta —dijo levantando la mano cosa que hizo que asintiera rápidamente.

Poco después me llevó a su habitación especial, allí echaba las cartas a las personas que lo necesitaran; aquello no era algo con lo que yo estuviera muy de acuerdo, pero a ver quién era el valiente de contradecirla.

—Muy bien, ahora quiero que cierres los ojos, te relajes y respires pausadamente —Seguí sus palabras como ordenes—. Piensa en Paula, en todo lo que conoces de ella, no te fuerces, simplemente piensa en ella con calma, recordando las cosas que habéis vivido.

Estuve cerca de media hora tendido en el suelo sumido en aquel trance en el que Ciara me había inducido, cuando desperté todo a mi alrededor había cambiado, sabía cosas, tenía cosas en mi cabeza que no sabía cómo habían llegado allí.

—¿Y bien? —dijo Ciara arrodillándose a mi lado.

—Vive allí con su amiga desde poco después del accidente y sigue sin recordar nada —eso me entristeció—. Ahora mismo mantiene una relación con un chico, no saldrá bien, en unos meses él la dejará —No pude evitar sentir alegría por ese hecho—. Ella trabaja ayudando a personas, es terapeuta y en cierta manera, me recuerda —Ciara me miró sorprendida—. No recuerda mi cara ni nada de lo sucedido, pero siente un vacío enorme dentro de ella, echa de menos algo y no sabe el qué. He podido sentirlo, Ciara, he podido sentirlo.

Me sonrió de manera que me hizo sentir avergonzado, solía ser algo tímido con las muestras de cariño.

—¿Qué harás ahora?

—Observarla desde la distancia, tengo cosas que aclarar de mi vida, como el apartamento y el gabinete; de momento me centraré en eso y la observaré sin que ella se dé cuenta.

—¿Podrás soportarlo?

—Llevo diez años esperándola, ¿qué son seis meses de nada?

Paula

En la actualidad.

El cosmos me odiaba, sí, no había duda alguna. El cosmos, karma, suerte, llámalo como quieras había debido de levantarse juguetón y le había dado por darme por el saco. ¿Quién en su sano juicio no encontraba un simple vestido para una boda en la playa? Pues, yo.

Faltaban tres días para la dichosa boda y, por más vueltas que había, dado no había encontrado un vestido que me gustara, o era demasiado ostentoso, o demasiado simple, ¡Joder! ¿No existe algo que esté justo en el medio? Algo sencillo, pero elegante, que te haga sentir arreglada pero que tampoco sea pomposo.

¡Una mierda «pa mi»!

Cristina se había comprado un fabuloso vestido color gris perla, largo hasta los tobillos, con un sexy escote; era sencillo pero bonito y pegaba perfectamente en una boda rollo *hippie* en la playa. La celebración se haría en un tremendo restaurante cerca de la playa donde las mesas estaban situadas sobre un hermoso césped rodeado de luces.

Ella iría acorde con ese paisaje, sin embargo, yo como no me pusiera un saco de patatas... Quim había optado por ignorarme, y con la excusa de que tenía trabajo atrasado apenas se había acercado a mi casa, no era de extrañar: estaba de un humor espantoso.

Putá mala suerte la mía. Mi madre me hubiera echado la bronca de haber estado delante, pero por suerte estaba sola caminando en círculos mientras pensaba qué narices iba a ponerme.

Debían ser cerca de las siete de la tarde, ya no hacía tanto calor, de hecho, habían caído unas cuantas gotas de lluvia y había refrescado el ambiente. Justo en ese momento daba gusto pasear por la calle, aunque con mi suerte seguro que caía una tromba de agua.

Por suerte, mientras llevara los auriculares puestos y escuchara a mi amiga Alba tocar con su saxo a Maroon 5, el mal humor no iría en aumento. Alba pretendía tocar en la boda de Alejandra y había estado ensayando sin descanso las distintas canciones que iba a tocar. Todo ello iba a ser una sorpresa, así que debía andar con cuidado de que no se me escapara nada. Alejandra es la típica amiga que se suele ver una vez al mes, pero que siempre estará ahí cuando la necesites. Cuando me sentaba a tomar un café con ella, era como si nunca hubiera pasado el tiempo. Arriesgándose a que la mandara a por acelgas más de una vez, se había empeñado en pasar más tiempo conmigo, y eso me obligaba a esconder mi mp4 de su vista y evitar a toda costa sacar el tema de Alba porque seguramente se me acabaría escapando algo.

Aquella tarde había conseguido deshacerme de ella y de sus nervios prenupciales: se la había encasquetado a Cristina, eso al menos me daba tiempo para buscar el dichoso vestido. Justamente la noche anterior, en uno de los muchos documentales sobre *Celebrity* que vi, el famoso vestido que luce Julia Roberts en *Pretty Woman* —sí, ese rojo fabuloso—, lo encontraron a última hora en un mercadillo por diez dólares. Si las directoras de vestuario de una película habían podido dar con esa preciosidad, no me tendría que resultar tan difícil encontrar algo mucho más sencillo que

ponerme, ¿no?

Sin darme cuenta había caminado tanto que llegué el centro. Al ver un parque que me resultaba familiar me di cuenta de que había caminado cerca de dos kilómetros. Miré a mi alrededor algo desubicada, hasta que reconocí una cafetería donde solía quedar con Cris cuando ambas vivíamos con nuestros padres. Siempre me gustó porque estaba pintada de rosa, luego cambiaron de dueño y se fue al garete. Por suerte volvía a tener la fachada pintada de rosa y volvía a estar en pleno rendimiento. Sonreí al pasar a su lado y acaricié la pared rugosa con un poco de morriña. Desde fuera pude ver el tremendo escaparate de dulces que había. Resistí la tentación de entrar y comerme por lo menos siete u ocho *donuts*, y la verdad es que me sentí una campeona. Ni Cristiano Ronaldo, después de recibir el balón de oro, habría sentido la misma dicha que yo.

Al girar la esquina vi una tienda de ropa que había abierto recientemente, lo recordé porque Cristina me había estado dando la brasa para asistir a la inauguración, pero al final fue sola: el sexo y Quim me robaban mucho y gustoso tiempo.

Iba a pasar de largo y volver a casa antes de que se hiciera más tarde, pero mi alma de cotilla me hizo acercarme al escaparate: entonces lo vi.

Sobre un maniquí estaba el vestido que llevaba días buscando, de color rosa palo, fruncido por el pecho y con una tela que caía suavemente hasta los pies; tenía un escote palabra de honor, aunque en realidad era más parecido a un escote con forma de corazón. Es el típico vestido que puedes ponerte con unas sandalias monas y... ¡vas estupenda! Con unos tacones y los complementos adecuados sería perfecto para una cena elegante. ¡Por fin!

En menos de diez minutos ya estaba en el probador con el vestido puesto y dando vueltas como una princesa en una película de Disney. Ya que la boda era algo informal, lo conjuntaría con unas sandalias planas que había visto en una zapatería cerca de casa y con cuatro abalorios; el pelo rizado al viento y... iría de maravilla. ¡Gracias Dios mío! karma, mis más sinceras disculpas.

Lo mejor de todo era que no era caro y que podía ponérmelo más veces, cualquier día que quisiera ir algo más arreglada. Me encantaban ese tipo de vestidos, los utilizaba mucho en los meses de verano.

Ya estaba feliz, mi sonrisa me delataba, ya daba igual que lloviera o tronara, yo ya tenía el vestido.

Al pasar de nuevo por aquella cafetería, quise darme un capricho por todo mi esfuerzo y todo mi mal humor de aquellos últimos días, y como el vestido no era ceñido... «¡Tira que te va!».

Un café con leche y un *donuts* con chocolate y fresa por encima me cantaron un Ave María mientras lo miraba. Qué feliz pueden hacerte las pequeñas cosas, y más si son dulces y tienen calorías.

Estaba con los ojos cerrados disfrutando de mi capricho dulce, cuando escuché una voz que me sonó familiar.

—Veo que estas disfrutando con ganas —Al levantar la vista sonreí, se trataba de una amiga a la que hacía bastante tiempo que no veía. Quizá la palabra amiga se quedara demasiado grande, habíamos sido amigas en el instituto, y luego nos seguimos la pista los primeros años de universidad, después solo vía Facebook.

—¡Sandra! —exclamé poniéndome en pie, después de unos breves segundos de indecisión, terminamos por darnos un breve abrazo. Le ofrecí el asiento que había delante de mí y se sentó sin rechistar—. Creía que ahora vivías a la otra punta de la ciudad.

—Sí, pero he venido a ver a mis padres, y de paso a comerme un millón de calorías, ahora que te veo a ti me siento menos culpable.

Le sonreí y aprovechó para hacer su pedido, lo de comerse un millón de calorías no era broma.

Se pidió un batido y tres donuts, no quise que mi mirada asombrada la hiciera sentir mal, aunque la verdad que estaba como un palillo. Era de las típicas personas que pueden comer lo que les dé la gana y nunca engordan. ¡Cuánto la envidiaba!

—¿Ves? —dijo mirándome—. Un millón de calorías.

—Bueno, creo que con un millón te quedas corta, pero ojalá yo pudiera comerme todo eso sin tener que pensar después en el suicidio; engordo hasta de respirar.

Ambas nos echamos a reír, empezamos a hablar de cosas banales: sobre el instituto y sobre qué sabíamos de la vida del resto de personas. Hablamos del trabajo y nos pusimos al día de nuestra propia vida. Solo el pensar en Quim me hacía sentir en una nube, ella lo notó y fui motivo de burla durante un rato. En todo aquel tiempo que estuvimos juntas no quise mencionar el motivo de aquellas ojeras, por qué al estar junto a ella sentía esa opresión en el pecho y aquellas terribles ganas de llorar. Lo estuve evitando de todas las maneras posibles, incluso llegué a pensar que me había sentado mal la merienda, hasta que una mirada desoladora hacia el cristal me animó a indagar del porqué de aquella pena.

—Sandra yo... —Dudé por un instante si inmiscuirme en sus asuntos o no, pero al final me decidí—. Te noto triste, bastante triste, a decir verdad.

Ella me miró fijamente a los ojos apenas sin parpadear, lo que me hizo sentir más aquella enorme tristeza que embargaba todo aquel lugar. De repente, sentí como si la luz de aquella cafetería se hubiese vuelto más tenue.

—¿Recuerdas a Kiko? —Asentí sin dudarlo un segundo, había sido su novio unos años atrás—. Se fue a vivir fuera, conoció a una chica y... En fin, puedes imaginártelo.

—Sí, algo había oído. ¿Le ha pasado algo?

—No —Sonrió para sí misma—, él está bien, el problema soy yo que estoy volviéndome loca —Me miró de nuevo a los ojos—. Lo dejamos hace años, le dejé yo a él porque pensaba que no le quería, pero desde hace unos dos años hacia aquí, no sé qué narices me pasa Paula... —Sin esperarlo se echó a llorar—. Le tengo en la cabeza constantemente, no dejo de pensar en él, sueño con él y me levanto hecha una mierda, no paro de repasar mentalmente nuestra relación. Le quería, ¡joder!, claro que le quería, pero estábamos tan mal en aquella época... No me di cuenta y le dejé.

La miré asombrada durante unos segundos.

—Pero Sandra, de eso hace ya unos dos años. ¿Te ha pasado algo para que estés así justamente ahora?

—No —Me miró mientras le temblaba la barbilla—. No me ha pasado nada, yo estaba bien, llevando mi vida como podía, pero un día, sin más, todo aquello volvió a mi cabeza. He intentado buscar una explicación razonable. Mi vida no es que haya ido bien, por no hablar del fracaso de todas mis relaciones, pero hay algo más, algo que no sé cómo explicar, pero lo siento aquí dentro, en mi pecho. Me vas a llamar loca, Paula, pero cada sueño que he tenido con él, luego ha ocurrido de verdad, si alguna vez he soñado que él se ponía en contacto conmigo, cuando despertaba a lo largo del día sabía algo de él; sé que es una locura, y probablemente sea casualidad, pero estoy volviéndome loca.

—Bueno, cálmate, eso lo primero —dije mientras acariciaba sus manos temblorosas—. ¿Dónde está él ahora?

—Viajando hacia aquí, vuelve a España, al menos durante un tiempo. Se supone que nos veremos, pero no sé si es buena idea, no al menos estando como estoy. Se supone que cuando algo se acaba, se acaba y ya está, se pasa página y a otra cosa, pero con él me es imposible, es como si sintiera que algo me ata a él; por no hablar de esta gilipollez que llevo siempre conmigo, la encontré por casualidad hace unos meses.

Sacó un papel doblado de su bolso y me lo tendió, estaba escrito a mano y no pude evitar echarme a reír:

En Valencia, 7 de abril de 2011.

Reunidos los presentes: Kiko Ramírez Cueva y Sandra Robles López, en el Bar Musical situado en la calle San Roque, N° 28.

Se acuerda el siguiente documento:

Yo, Sandra Robles López, me reafirmo en mi contrato con las exigencias del Señorito Ramírez estando de acuerdo en ellas. Sin embargo, aquí están mis peticiones para ser un contrato en igualdad de condiciones:

- Fidelidad y Felicidad*
- No mentiras ni ocultaciones.*
- Intentar llevar una vida sana.*
- No drogas.*
- Distancia de gente NO recomendable.*
- Ser cariñoso.*
- No tontear con otras chicas.*
- No picar a tu novia, sabiendo que es celosa.*
- Entender como es, por lo tanto, no enfadarla.*
- Hacer lo que sabes qué es lo correcto*
- Respeto y mucho amor.*
- Escuchar a tu pareja e intentar hacerle caso en lo que sabes que tiene razón.*
- Ser feliz y luchar por ti.*
- Creerte el mejor, pero sin pasarse.*

Sin más peticiones y esperando que sea del gusto de ambos:

Firmado: Kiko Ramírez Cuevas y Sandra Robles López

Al final del documento se encontraban sus firmas y su huella dactilar, me fijé en que había algo rojo justo en el centro de la huella dactilar.

—Lo hicimos una tarde en la que estábamos aburridos —dijo Sandra sonriendo—. Él tiene la hoja que me hizo firmar a mí. ¿Qué tonterías, verdad?

—¡Qué va! —Sonreí—. Es gracioso. ¿Qué es eso rojo que hay justo en el centro de la huella?

Me miró durante unos segundos en un silencio absoluto, yo ya lo sabía. Pero prefería pensar que eran idioteces mías.

—Sangre —Abrí los ojos de par en par—. Nuestra sangre, el padre de Kiko es diabético y tenía esa maquineta para mirarse el nivel de glucosa en sangre. No se le ocurrió otra cosa que pincharnos para firmar con algo más fuerte que nuestra firma y nuestra huella.

—Vaya, esto es algo... —susurré.

—Macabro, lo sé.

—No iba a decir eso —dije mirándola fijamente—. Iba a decir que esto es algo importante, no es solo una chorrada de enamorados, es como un contrato firmado con sangre, es algo así como... —entonces me di cuenta de que parecía una loca—, ¡Dios! no me hagas caso, últimamente estoy muy rara. ¿Crees que estás así por este papel?

Se encogió de hombros, pero pude ver la duda en su mirada.

—¿Y si lo rompes, o lo quemas, o algo así? —dije mirando la carta nuevamente, levanté la vista y vi su mirada—. No quieres hacerlo, ¿verdad?

—No.

Asentí mientras miraba de nuevo aquella nota que doblé y se la entregué de nuevo a Sandra; quizá Quim supiera si aquello tenía algo que ver o no, también podría ser que Sandra siguiera enamorada de su ex, no sería algo tan raro.

—¿Has oído hablar alguna vez de la leyenda del hilo rojo? —Negó con la cabeza—. Es una leyenda japonesa en la que todas las personas destinadas a conocerse, están unidas por un hilo rojo invisible; el hilo puede estirarse, tensarse o incluso enredarse, pero jamás romperse.

—¿Piensas que estoy unida a Kiko por un hilo rojo invisible? ¿Quién eres tú, y qué has hecho con Paula?

Me eché hacia atrás en la silla estallando en carcajadas, Quim había movido mi mundo, y mis creencias, y todo aquel que se daba cuenta acababa tan sorprendido como yo misma.

—Oye, no soy yo la que cree que no deja de pensar en su ex porque firmó un contrato con sangre —susurré haciéndola reír—. Para ser más realistas, voy a citarte algo que muchas veces digo a mis pacientes en la terapia —Saqué la libreta que siempre llevaba encima y la miré—: es de Paulo Coelho.

Dicen que a lo largo de nuestra vida tenemos dos grandes amores; uno con el que te casas o vives para siempre, puede que el padre o la madre de tus hijos. Esa persona con la que consigues la compenetración máxima para estar el resto de tu vida junto a ella. Y dicen que hay un segundo gran amor, una persona que perderás siempre. Alguien con quien naciste conectado, tan conectado que las fuerzas de la química escapan a la razón y les impedirán, siempre, alcanzar un final feliz. Hasta que cierto día dejarán de intentarlo, se rendirán y buscarán a esa otra persona que acabarán encontrando. Pero les aseguro que no pasarán una sola noche, sin necesitar otro beso suyo, o tan siquiera discutir una vez más. Todos saben de qué estoy hablando, porque mientras estaban leyendo esto, les ha venido su nombre a la cabeza. Se librarán de él o de ella, dejarán de sufrir, conseguirán encontrar la paz —le sustituirán por la calma—, pero les aseguro que no pasará un día en que deseen que estuviera aquí para perturbarlos. Porque, a veces, se desprende más energía discutiendo con alguien a quien amas, que haciendo el amor con alguien a quien aprecias.

La miré mientras acariciaba las letras con los dedos y vi que lloraba.

—Pocos relatos tienen tanta razón como este, quizá sea eso lo que te ocurre, muchas veces, cuando pasamos por épocas difíciles, añoramos esos momentos y personas que ocuparon nuestra vida un tiempo atrás. A veces echas la vista al pasado y dices «Yo era feliz, muy feliz y no lo sabía». Quizá no tenga nada que ver con lo paranormal que sé que es la única solución que ahora mismo crees. Puede que simplemente eches de menos ser feliz, y tu memoria te traslada a los momentos en los que lo eras, y puede que los últimos momentos de real y absoluta felicidad fueran con él. El que no hayas tenido suerte con el resto de tus parejas también tiene que ver bastante con ese factor: empiezas a pensar en que Kiko no era tan malo y que ahora, con todo lo que has aprendido, podrías entenderlo mejor en cosas que antes te desquiciaban, pero así es la vida Sandra, no puedes aferrarte a un pasado, ni a él, de hecho, creo que no le echas de menos a él en sí, sino a ti misma siendo feliz.

Me miró fijamente durante un largo rato en el que permaneció en silencio pensando en mis palabras, después dejó salir el aire de sus pulmones y la vi relajarse.

—Tienes razón, Paula, palabra por palabra, he estado tan hundida que me he aferrado al

pasado.

—Todos hacemos eso alguna vez, muchas veces pienso en la mala suerte que he tenido con los hombres y pienso que por qué ahora será distinto; si los cálculos no me fallan, Quim empezará a ser un capullo en cosa de un mes —Sandra se echó a reír—. Pero a la misma vez, deseo que esta vez, por fin, sea distinto. Durante muchísimo tiempo he sentido un vacío tremendo dentro de mí y ni siquiera sabía por qué.

—Desde el accidente, ¿verdad? —Asentí—. Recuerdo que pasaste una mala época después de aquello.

—Sí —Suspiré mirando a la nada—. He aceptado que jamás sabré a dónde iba con tanta prisa, y por qué hay lagunas en mi mente, pero al menos, ahora, desde que Quim está en mi vida, ya no siento ese vacío dentro de mí.

Acarició mi mano con dulzura y me miró fijamente a los ojos. De repente ya no los tenía tristes, incluso parecía tener mejor aspecto, sin embargo, yo cada vez me encontraba peor.

—Quizá no sientas ese vacío porque Quim es el final de tu hilo rojo —susurró mientras buscaba algo en su bolso—. Puede que aquella mañana hubieras quedado con él, que lo hubieras conocido y no lo recuerdes.

La miré asombrada y me eché a reír.

—¡Qué va! Recuerdo muchas cosas de aquellos años, créeme que le recordaría, nena, tú no lo has visto en persona, no es de los que se olvidan.

Sandra sonrió y, aunque yo sonreí también, algo en mi estómago se removió de manera extraña, puede que la merienda me hubiese sentado mal, o puede que lo que Sandra me había dicho no fuera tan descabellado tratándose de Quim. ¿Qué podía ser descabellado si tenía que ver con él? Nos despedimos un rato después, con la promesa de vernos pronto. No quise pensar que sería ese tipo de promesas que luego no se cumplen y se quedan en el aire y me prometí a mí misma llamarla en unos días para ver cómo le iba todo.

El tiempo volvió a empeorar del todo y yo me encontraba a tomar por saco de mi casa, ¡genial! Mi móvil se había quedado sin batería y yo llevaba con unas sandalias que resbalaban horrores, por no hablar de que cubriría la bolsa del vestido con mi propia vida si fuese necesario.

Conforme iba haciéndose fuerte la tormenta mi malestar iba en aumento, me dolía la cabeza, tenía una presión rara en el pecho y unas terribles ganas de vomitar. Viendo que ya estaba prácticamente calada hasta los huesos, decidí quedarme quieta, resguardada debajo de un edificio cuyo balcón me servía de paraguas. Me apoyé junto a la pared para intentar recabar fuerzas, dejé la bolsa detrás de mis piernas, en un lugar que estaba seco completamente, y esperé mientras veía caer la lluvia cada vez con más fuerza. Fue entonces cuando unas imágenes de Sandra se agolparon en mi cabeza: la veía llorar, gritar, y podía sentir aquella pena horrible en su interior. ¿Qué narices me estaba pasando? Ni siquiera podía pensar con claridad, solo se repetían esas imágenes una y otra vez. Cuando quise darme cuenta estaba vomitando como una descosida junto a una papelería que se encontraba a varios pasos de mi refugio; vomitaba sin parar mientras sentía como el agua me iba empapando entera. Entonces me di cuenta de que conforme vaciaba mi estómago, todo aquel malestar iba desapareciendo, las visiones de Sandra iban disminuyendo y poco a poco volvía a ser yo, a sentirme yo misma y a encontrarme medianamente bien. Levanté la cabeza y dejé que el agua limpiara el sudor frío que se había adosado a mi cara por el esfuerzo, me volví rápidamente hacia atrás y vi que la bolsa seguía allí, resguardada de la lluvia, suspiré; si tenía que buscar otro vestido acabaría yendo en biquini a la boda.

Una hora después entraba por la puerta de mi apartamento.

—¡Por Dios! —exclamó Quim cuando me vio entrar. No quería decirle nada, pero últimamente

pasaba más tiempo en mi casa que en la suya propia—. ¿Se puede saber dónde estabas? Tenías el móvil apagado y ha caído el jodido diluvio universal.

—¿En serio? ¡No me digas! Apenas lo había notado —dije después de quitarme las sandalias e ir de puntillas al baño para no empapar toda mi casa.

Él me siguió por toda la estancia.

—¿Estás bien?, ¿dónde estabas? He salido a ver si te encontraba, he dado varias vueltas por la calle, pero no estabas en ningún sitio habitual.

Me di la vuelta y le vi apoyado en el marco de la puerta del baño con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Sabes que espiar es un delito, ¿verdad?

—Hablo en serio, Paula, estaba preocupado —dijo mirándome con cara de pena, haciendo que me derritiera al instante—. Mírate, estás empapada.

Le sonreí dulcemente y encendí el grifo de la ducha, aunque estuviéramos en verano tenía un frío espantoso.

—Estaba buscando el jodido vestido para la boda, no me he dado cuenta y me he ido hasta el centro. ¿Sabes dónde está esa cafetería rosa con una taza enorme que con luces? —Abrió mucho los ojos y asintió—. Pues cerca de allí han abierto una tienda de ropa, he encontrado el vestido allí.

—¿Dónde está?

—Me ha visto la vecina del quinto, la chica que tiene la tintorería —Asintió—. El vestido no se me había mojado, pero sí arrugado un poco, se ve que le he dado tanta pena que le dará un repaso para que esté perfecto. Dime la verdad: ¿tan mal aspecto hago?

Me miró con dulzura y se echó a reír, se acercó a mí caminando despacio y me ayudó a quitarme la ropa pegada a la piel.

—Mujer —susurró besándome el cuello—, vas calada hasta los huesos, no tienes buen color de cara ahora mismo; es normal que le hayas dado pena.

Sonreí ante su comentario y recordé que había vomitado, me lancé en plancha a por mí cepillo de dientes ante la sorpresa de Quim, que me miró a través del espejo sorprendido; le levanté un dedo en señal de espera.

—He vomitado volviendo para casa —dije después de secarme la boca con la toalla, vi como su expresión cambiaba —Tranquilo, estoy bien, me ha debido de sentar mal el *donut* que me he comido después de comprarme el vestido.

—¿Estás segura? —susurró quitándose la camiseta blanca que llevaba puesta.

—Sí, allí he coincidido con una amiga del instituto, por eso también me he retrasado un poco más —Mientras hablaba, Quim se iba desnudando haciendo que mis palabras cada vez fueran más incoherentes—. ¿Qué estás haciendo?

—Desnudándome —dijo sonriendo mientras achinaba esos preciosos ojos azules.

—Sí, eso ya lo estoy viendo.

—Te ha caído el diluvio universal. Te ha sentado mal la merienda y encima estás empapada hasta los huesos. Te mereces que me duche contigo y me asegure de que estás bien.

Alcé una ceja y ambos nos echamos a reír. Poco después estábamos debajo de la ducha besándonos con ternura. Sentir su pelo mojado entre mis dedos me encantaba. Acaricié su cuello con mis uñas suavemente mientras le escuchaba ronronear de gustito... Aquello era el paraíso. Pasar mis manos enjabonadas por su preciosa y suave piel mientras él no perdía detalle de mis manos, salvo cuando me miraba a los ojos con esa mezcla de perversión y lujuria, me volvía loca. Me encantaba tocarle, sentir su piel en mis dedos era el mayor afrodisíaco que podía existir en el

mundo. Recordé brevemente las palabras de Sandra, no, jamás podría haberle olvidado a él.

Día de la boda

—Joder, Paula —susurró Quim en mi oído—, estás tremenda, me están entrando ganas de esconderte y...

—¡Quieres hacer el favor de parar! —dije intentando no levantar demasiado la voz—. Aquí cada vez hay más gente, haz el favor de comportarte.

—Yo no soy quien me ha metido la mano en el paquete mientras estaba conduciendo —apuntilló achinando los ojos de aquella manera tan seductora.

—Ha sido sin querer, se me había caído el pintalabios —sonreí tímidamente.

—Pintalabios te iba a dar yo a ti, pero del bueno.

Una carcajada enorme hizo que todos los allí presentes se quedaran mirándome, había estado aguantado todo el rato, pero algunas expresiones de Quim conseguían que no pudiera aguantar la risa. Pocos minutos después Cristina y Marcelo llegaban al hall de hotel.

Después del reencuentro y cuatro palabrerías con los invitados que ya conocíamos, nos dirigieron a la zona donde se celebraría la boda. Era un precioso atardecer, con un maravilloso sol que empezaba a esconderse, la estampa perfecta para una boda en la playa. No había demasiada parafernalia: sillas blancas, una pasarela roja por la que desfilaban los novios y un pequeño altar decorado a la perfección con telas blancas, y rosas rojas y blancas —las preferidas de Alejandra—.

En cuanto a la indumentaria, era una estampa graciosa. Algunos iban muy informales y otros muy arreglados. Yo estaba la mar de feliz con mi vestido rosa palo, el cual recibió innumerables halagos. Casi me muero ahogada por conseguirlo, pero todo era poco para la boda de una amiga. El novio entró del brazo de la madre, llevaba un pantalón de lino blanco y una camisa blanca remangada justo hasta el codo: simple pero hermoso; la madre llevaba un vestido largo con toques *hippies* que resultaba bastante llamativo. Cuando vi que Alba se preparaba con su saxo supe que sería el turno de Alejandra.

Maroon 5 sonó a través del saxo con la canción *She will be loved*. Alejandra había pasado una juventud bastante complicada y su futuro marido para ella había sido su tabla de salvación. Esa canción era como la banda sonora de su relación y no podía evitar emocionarse cuando la escuchaba y, efectivamente, eso estaba ocurriendo mientras caminaba hacia el altar del brazo de su hermano. Su futuro marido la miraba como si fuera el mayor regalo del mundo, al fin le pertenecería solo a él. Aquella mirada desprendía tanta fuerza que podía sentirla en mi piel. Cuando Alba acabó de tocar se hizo un silencio increíble que rompió Alejandra echándose a sus brazos llorando como una niña. Todos aplaudimos y así dio comienzo una de las bodas más bonitas y emotivas a las que había podido asistir.

Caminar con sandalias e ir guapa era la mejor sensación del mundo. Aquellas a las que los tacones las maten me entenderán. Poco rato después, estábamos en una zona completamente distinta donde el césped y las palmeras eran protagonistas, ya que sobre las palmeras habían colocado luces que iluminaban la estancia, y sobre un césped perfecto habían colocado las mesas para el banquete. Un poco más adelante habían puesto una especie de pista de baile: la noche

prometía, y más después de ver la tremenda y maravillosa luna llena.

La noche transcurrió divertida, compartimos mesa con Cris y Marcelo y unas amigas de Cristina y más de la universidad; todo iba a las mil maravillas. Quim se había hecho el amo del lugar y todos reían con él. Mi maravilloso brujo era de esas típicas personas atrayentes que sin darte cuenta ya te han ganado con simple «hola».

Después de la succulenta cena, llegó la hora de la tarta en la que todos nos reímos y disfrutamos de las bromas que se proferían el recién estrenado matrimonio. Todo iba a las mil maravillas hasta que al volver de pedirme un cóctel la vi. Allí, de pie, riéndose con algunos compañeros de universidad con los que había perdido contacto. Sin poderlo evitar todo en mi interior se removió de golpe. No sabía que asistiría a la boda, de haberlo sabido me habría quedado en mi casa, pero ya era tarde... Me escondí como pude entre la gente y fui a la mesa donde me senté para tranquilizarme y coger aire; todos estaban ya en la pista de baile y aquella sensación de soledad me vino de maravilla para centrar mis emociones.

Sin esperarlo, millones de sensaciones se arremolinaron en mi estómago, tanto lo sentí, que tuve que apretar mi estómago y cerrar los ojos con fuerza.

—Paula —Abrí los ojos de golpe—. ¿Qué ha pasado? —Cuando le miré vi que Quim se había sentado a mi lado con una expresión en los ojos que jamás había visto.

—Nada, es solo que no me encuentro muy bien.

Apretó mi mano, cerró los ojos y cuando los abrió volvió la cabeza hacia ella que seguía ajena a mí, y me miró.

—¿Vas a seguir engañándome, Paula?

—No, Quim, no quiero engañarte, pero... —La miré de nuevo—. No quiero pensar en ello ahora, quiero pasármelo bien esta noche o, al menos, intentarlo.

Sin soltarme de la mano se sentó bien en la silla y apoyó mis manos en sus rodillas.

—Ahora mismo estás vulnerable, podría saber qué ocurre solo con concentrarme un segundo, pero quiero saberlo de tu boca. Sé perfectamente tu miedo, y nada de lo que me digas hará que deje de verte como te veo.

—¿Me lo prometes? —dije en un suspiro.

—Por lo que más quiero en este mundo.

La profundidad de sus ojos alcanzó un límite que jamás había visto en él.

—Hace unos años tuve un accidente —Expulsé el aire que tenía en el pecho—. De eso ya hace unos años y estoy perfectamente, como puedes ver —Sonrió y me guiñó un ojo—. Pero pese a estar bien, no he conseguido recordar dónde iba aquella mañana, y puede que te parezca una gilipollez, pero algo en mí me decía que era algo importante —suspiré—. No dije a nadie que el golpe también había borrado cosillas simples, lo sé porque recuerdo cierta época algo difuminada: siento que hay algo que falta en el medio, pero aprendí a vivir con ello. Tuve que ponerme las pilas en la universidad para demostrar que estaba bien, que el golpe no me había afectado y, aunque todo pareciera normal, por dentro me sentía muerta—Él abrió mucho los ojos —... Vacía, como si nada de lo que hiciera fuera a ser importante, no sé, locuras de las mías. Yo siempre había pasado inadvertida en las clases, pero a raíz del accidente, un profesor, uno de mis preferidos, se acercó más a mí ayudándome y dándome un cariño que no sabía que necesitaba. Poco después dejamos de ser profesor y alumna para ser amigos; amigos que se cuentan sus cosas. No ocultamos nuestro buen rollo porque simplemente era eso, y no solo conmigo era así.

»Yo tenía una gran amiga, aparte de Cristina. Siena era como la otra parte de mí, muchas veces sabía qué pensaba sin hacer falta hablar, pero ni siquiera a ella le conté el vacío que sentía en mi interior, aunque a veces sospechaba que lo sabía. Aun así, nunca me dijo nada. Una vez, después

de haber terminado con la época de exámenes, que casi me mata, quedamos algunos compañeros e invitamos a nuestro profesor. Todo fue bien hasta que al final de la noche —Desvié la mirada de los ojos de Quim durante un instante—, fue a mi casa y... bueno, estaba claro que él a mí me gustaba. Había sabido ver mi lado más triste y perdido y había estado ayudándome,

»¿Cómo iba a imaginar que yo, una triste alumna, pudiera gustarle? Aquella noche nos acostamos juntos, aquella y otras muchas. Apenas sabía de su vida y, aparte de las cosas de la universidad, no hablaba sobre ella, siempre conseguía evadir esos temas; yo prefería hacerme la tonta. Una Navidad, dando un paseo con Cristina y Siena, le vimos. Iba con su mujer y sus dos hijos, que apenas tendrían un año —Me temblaban las manos que llevé a mis ojos para evitar echarme a llorar—. Jamás me había sentido tan ruin y miserable como aquella vez, y lo peor de todo ¿sabes qué es? —Asintió—. Que yo ya lo sabía, no por él, pero siempre supe que él tenía familia, no me preguntes porqué, pero lo sabía. Y verlo con mis propios ojos fue como confirmar todo aquel sentimiento de repugnancia que sentía hacia mí misma. Callé todo lo que pude hasta que un día, desesperada, le conté a Siena todo lo que había ocurrido. Me desahogué después de tantos y tantos meses de silencio. Ella estuvo allí, me vio llorar, me consoló y me aconsejó como lo haría cualquier amiga. Tiempo después yo rompí todo tipo de contacto con mi profesor y, cuando parecía que todo iba a volver a la normalidad, me enteré de la peor traición que podían haberme hecho. A través de un compañero de clase, que de verdad me apreciaba, me enteré de que Siena no solo había contado lo mío con él profesor, sino que se había dedicado a contar cada jodida cagada que había tenido desde el accidente —Quim apretó mis manos con fuerza—. Toda mi vida se volvía a ir abajo. ¿Y si los rumores llegaban al director?

»Podría perder mi carrera, mi futuro, todo. ¿Qué ganaba ella hablando de mí? Joder... era como mi hermana, ¿cómo pudo hacerme eso? —La suave mano de Quim acarició mi mejilla haciendo que me calmara—. Cristina y ella se pegaron en el aparcamiento de la universidad —Quim se echó a reír—. Yo simplemente la miré esperando que al menos dijera algo, pero nunca dijo nada, gracias a Dios la cosa perdió fuerza conforme el tiempo fue avanzando, pero aquel sentimiento de traición me dejó muy tocada durante demasiado tiempo. Por eso, aquel día que quedamos por primera vez y hablaste sobre que tenía algo que nunca contaba, me asusté. No quiero que lo sepas todo de mí, Quim.

Acarició mis labios con ternura y secó mis lágrimas, que caían en cascada por mi cara, sujeto mi barbilla fuertemente y me obligó a mirarle fijamente.

—Los errores nos enseñan y nos llevan a lugares que jamás creímos que nosotros podríamos tener. Nos creemos perfectos e incapaces de hacer daño a nadie, y a veces el simple hecho de dejarnos llevar ya nos está llevando a hacer daño a otras personas. Algo en tú interior te dijo que aquel hombre no era sincero, pero optaste por ignorar tú instinto, lo que ocurrió fue lo que tenía que pasar: la envidia a veces es el más mezquino de los sentimientos que puedes sentir. Te lleva a odiar a alguien a quien quieres, porque, aunque ella lo deseara, no podía desprender la luz que desprendía aquella chica tímida que quería pasar desapercibida. Tú obtuviste algo que ella deseaba cada noche y sin apenas esfuerzo, siendo tú misma. Aquello le pudo más que el amor que pudiera sentir hacia ti. Ya pagaste por tu error, no dejes que te siga afectando, te seguirá haciendo daño hasta que te perdones a ti misma.

—Lo sé, y a veces me da miedo sentir tanta rabia hacia ella, por eso cuando la veo me bloqueo de esta manera.

—Ella ya tiene suficiente con ser ella, Paula. Ya no forma parte de ti ni de tu vida. Ahora levántate, apretarme bien la mano y vamos a bailar el resto de la noche como si fuese la última. Dejemos atrás las penas y el pasado porque el pasado es solo eso, pasado.

La vuelta en coche después de la estupenda y preciosa boda fue como el paseo más relajante de mi vida. Apenas empezaba a amanecer y, aunque corría una brisa fresca, dejar que el aire que entraba por las ventanillas abiertas del coche me golpeará la cara, me hacía sentir viva.

Y no solo a mí, el aire removía el pelo de Quim haciendo que tuviera que apartarlo de la cara cada poco rato. Yo le miraba sonriendo y embobada, mientras el conducía de vuelta a casa; después de mucho rogarme decidí que me quedaría en su casa a dormir. Yo prefería quedarme en la mía, donde tenía todas mis cosas para desmaquillarme y todo ese rollo... pero él se empeñó en que fuera yo la que esa vez hiciera un traslado momentáneo.

Su casa olía a él, y eso me encantó. Estaba todo ordenado y limpio, mucho más ordenada y limpia que la mía, todo había que decirlo. Al entrar fue directo a la cocina donde, con su habitual sonrisa, empezó a prepararse un *sandwich*. Me preguntó si quería y le dije que no, lo único que quería era ducharme.

Agradecí que me concediera un rato en la intimidad de su baño, necesitaba desmaquillarme desparramada en la tapa del váter sin estar preocupada en que pueda parecer un despojo y perder así el erotismo que él pudiera verme. Después de aquello y de cotillear los cajones de su baño, me metí en la ducha. El agua caía en cascada por mi cuerpo desnudo y se llevaba las tensiones que aún quedaban en mí por el tema de Siena, aunque gracias a Quim, había sido una noche estupenda.

Oler a él me encantaba, ya estaba a punto de salir cuando asomó su cabeza por la puerta.

—¿Se puede?

—Claro—Sonreí al verle entrar y desvestirse tan rápido—. Yo ya he terminado, espera que salgo y así te duchas tranquilo.

Antes de que pudiera salir Quim se puso delante de mí.

—De eso nada —susurró mientras que con su cadera me empujaba hacia el interior de la ducha—. Necesito que me enjabones la espalda.

Sonreí y suspiré, verle delante de mí como un completo Adonis, viendo como el agua caía por su cara y por aquel cuerpo maravilloso, se llevó todas las cargas que pudiera llevar encima.

Estaba embelesada mirando su maravillosa desnudez, cuando me sacó de mi ensoñación.

—Date la vuelta, aún tienes jabón en el pelo.

—Dios —susurré—. He escuchado excusas mejores para verme el culo.

Le escuché sonreír, sentir su erección en mi trasero no era algo que ayudara a estar más tranquila, en lo único que pensaba era en que me empotrara contra la pared de la ducha y me hiciera gritar de placer... Suspiré e intenté serenarme.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije mientras sentía sus dedos por mi cabeza.

—Claro, ¿quieres saber tú futuro? —dijo con sorna a lo que sonreí.

—Déjate de cuentos, quería preguntarte sobre una cosa que tengo en la cabeza desde hace unos días.

Estuvo unos segundos en silencio, después besó mi cuello con ternura y salió de la ducha, me ayudó a salir a mí y me cubrió con una toalla.

—Es sobre tú amiga del otro día, ¿verdad? —Asentí—. ¿Quieres mi opinión personal o como vidente?

Sonreí de nuevo, después de secarme un poco le lancé la toalla con la que se secó su maravilloso cuerpo.

—Quiero tú opinión sea cual sea... ¡presumido! Anda que no te gusta repetirme veces que eres vidente; si te cobrara un euro cada vez que me lo restriegas por la cara, ya tendría para un BMW.

Escuché como sonreía y le miré de soslayo mientras me desenredaba el pelo.

—Jamás había podido ser yo mismo con ninguna chica antes —El tono de voz que usó, me

obligó a mirarle rápidamente—. Es un alivio poder bromear contigo sobre esto sin que pienses que estoy loco.

—Pienso que estás loquito —Inquirí sonriendo.

—Sí, pero no loquito de psiquiátrico, te parezco un loquito encantador y maravilloso.

Sonreí mientras negaba con la cabeza, al fin pude deshacer todos nudos del pelo y respiré tranquila.

—Me encanta tú modestia —susurré mientras me acercaba a él y le envolvía en mis brazos—. Aquella que no te dejara ser tú mismo, no merecía de tú compañía, siempre he creído que existe alguien perfecto para ti, algo así como un alma gemela y solo cuando la encuentras puedes ser tú mismo.

Me miró fijamente, como si tuviera la necesidad de decirme algo, pero pude ver como aquella idea le desaparecía de los ojos.

—Recuérdame que hablemos del tema de las almas otro día, pero ahora cuéntame lo que te preocupa de tu amiga.

—Bueno, cree que no olvida a su ex por una especie de contrato que hicieron los dos hace años. Y haciendo un poco el tonto terminaron por firmarlo con sangre —me miró espantado y no pude evitar echarme a reír.

Después de contarle toda la historia, se quedó un rato pensativo, y yo alucinada de verle tan guapísimo como le estaba viendo en ese instante.

—Partiendo de la base de que a mí los royos con sangre no me gustan, no creo que eso sea el motivo por el cual ella esté así, creo que se acerca más a lo que tú le dijiste que a cualquier otra cosa sobrenatural —Le miré embobada—. Pero, aun así, es una especie de contrato, yo no manejo mucho el tema de hechizos, amarres y todo ese tipo de cosas, pero puede que inconscientemente se amarraran uno al otro dejando su gota de sangre. La verdad es que me has dejado con la duda. Conozco a alguien que sí que sabría qué hacer, puedo preguntarle si quieres.

Me sonrió con dulzura y acaricié sus labios.

—Ese alguien, ¿tiene tetas? —Se echó a reír a carcajadas.

—Bueno, tetas debe de tener, pero no es algo en lo que me guste pensar —Añadió sonriéndome—. Pronto la conocerás, es como una segunda madre para mí, sin ella, a saber, qué habría sido de mí.

—¿Es vidente también?

—Es vidente, médium, bruja y todo lo que la quieras llamar —dijo riéndose de algo a lo que yo no le veía la gracia—. Sé que eres algo reticente con estos temas, pero verás cómo cambias de opinión cuando la conozcas.

—Que crea en ti no quiere decir que me trague los cuentos chinos de cualquiera —susurré mirando al techo—. Pero si tan importante es para ti, seguramente sea verdad. ¿No has pensado alguna vez que, en lugar de ser vidente, eres mentalista o algo así y no te has dado cuenta?

Quim se echó a reír y se tapó la cara con el cojín.

—Para ser mentalista tienes que tener un don especial para observar y deducir, aparte debes tener un control absoluto de las reacciones de las personas, y... además de que hay que estudiar muchas cosas, yo no he hecho nada parecido, Paula; a mí las cosas me vienen sin más, no las adivino por tus reacciones.

—Ya —susurré—, si eso lo sé, era solo otra opinión, es que me recuerdas al actor de la serie.

—Actor de serie te voy a dar a ti —dijo mientras se lanzaba como un lobo encima de mí. Estaba agotada, muerta de sueño, pero fue sentir su lengua en mi cuello y encenderme como una moto.

Dos semanas, después soportando un dolor espantoso y un humor de perros a causa de la regla, me dirigí al centro comercial donde había quedado con Cristina. Aquella mañana de principios de julio había sido horrible. Hacía un calor asqueroso, me dolía todo el cuerpo, y mi día como terapeuta había sido un completo desastre. ¡Un tanto para Paula!

—A este paso acabarán despidiéndome — dije de mala gana mientras paseábamos por las tiendas de ropa abarrotadas de gente—. Pero es que hoy estoy... que no me aguanto ni yo. No soy nada profesional.

—Vamos, no seas tan cruel contigo misma, días malos tenemos todos. Además, el paciente ese es un capullo, todo el grupo te ha respaldado, no tienes de qué preocuparte.

—Cris, le dije que lo suyo no era un problema de dependencia emocional, sino que era un capullo con pretensiones, si eso no es grave, no sé qué puede serlo.

Cristina sonrió mientras me pasaba la mano por la espalda, poco después nos sentamos en una cafetería a tomarnos un café mientras que una enorme sombrilla nos cubría del incipiente sol de aquel día, un magnífico y estupendo día para estar en la playa... me quería morir.

Me pedí un enorme vaso de café granizado que me sentó de maravilla, puede que en diez minutos empezara a dar saltos como un humpa lumpa, pero el café granizado era uno de mis más amados vicios, exceptuando a Quim y el sexo con él.

Como ya me había venido el periodo ya pude empezar a tomarme las pastillas anticonceptivas, creo que Quim brincó de alegría cuando le dije que ya me estaba tomando un escudo contra bebés. Juraría que en ese mismo instante prendió fuego a todos los preservativos que quedaban en su casa, y por si acaso, en la mía.

Mi querido amante no había parado de enviarme mensajes subditos de tono durante todo el día, miedo me daba cuando la bandera roja se marchara, probablemente me atara y me comiera entera; ese pensamiento me hizo sonreír de manera lasciva y casi mata a Cristina de la risa.

—¿Pero tú te tomas algo o qué? —preguntó mirándome fijamente—. Estás como poseída por un pene tía, estás a toda hora caliente perdida, jamás pensé que diría esto, pero, me preocupas.

—¿Y me lo dices tú? Te recuerdo que durante meses tuve que escuchar todas las obscenidades que hacíais tú y Marcelo en la habitación, nunca os lo dije, pero a veces me dabais miedo —Se puso algo roja y se echó a reír—. Por no hablar de que tenías la constante manía de ponerle a tono cuando estábamos con gente.

—Yo siempre he sido un alma libre en el sexo, nunca he ocultado mis obscenidades.

—Eso me quedó claro hace mucho —inquirí sonriendo.

—Pero tú no eras así, no sé qué pasa, pero ahora desprendes una energía distinta, parece una locura, pero es como si siempre tuvieras esa expresión en tus ojos... —dijo mirándome fijamente.

—¿Qué expresión en los ojos? —susurré.

—La de estar cachonda como una mona todo el día.

Casi se me sale el café por la nariz, por no hablar de que casi me ahogo y de que me puse perdida de café granizado; ya no solo estaba con la regla, sino que, también rebozada en café granizado, y pegajosa.

Después de intentar adecentarme un poco en el baño, seguimos nuestro paseo, Cristina se compró algunas cosillas, y yo no pude evitar comprar unos trapillos que me gustaron. Ese simple hecho ya me hizo sentir mejor. Ya casi a punto de irnos nos dimos cuenta de que habían abierto una tienda de disfraces enorme, tanto es así, que no pudimos evitar entrar a mirarlo todo como si fuésemos dos crías; la tienda era impresionante y tenía de todo.

A decir verdad, aquello me había dado una idea: mi cumpleaños era en agosto y aún no sabía qué iba a hacer para celebrarlo, pero ya lo tenía claro: ¡Una fiesta de disfraces! Me metí por un pasillo enorme donde los disfraces lucían sobre maniquís. Si por mí hubiera sido, me los habría comprado todos y habría ido a trabajar de esa guisa; me encantaba disfrazarme, sobre todo si eran trajes de época. Eso me hizo recordar brevemente los sueños que había tenido con Quim, o Filipo, y me pregunté por qué ya no había vuelto a soñar con aquello. Por un lado, me tranquilizó, pero a su vez había algo que me hacía estar intranquila.

Estaba pensando en mis paranoias mentales cuando casi me doy de bruces contra un maniquí enorme que estaba justo en mis narices. Cuando comprobé que mi torpeza no había sido vista por nadie más, empecé a reírme sola más colorada que un tomate; dejé aquel pasillo y empecé a buscar a Cristina hasta que de golpe me frené en seco.

Justo delante de mí y algo más en alto que el resto de disfraces había uno que, no sabía por qué, había llamado mi atención de una manera extraña. Era un disfraz veneciano, tan bien hecho que parecía real: blanco, con pequeños matices en oro. La cabeza del maniquí lucía una peluca enorme blanca con muchas plumas. El corazón empezó a latir muy deprisa, miraba y miraba el traje sin entender que era aquello que me estaba pasando, pero no podía moverme de allí. Justo en ese momento, Cristina apareció y se puso a mi lado mirando el vestido.

—Guau —susurró—. Qué pasada, ¿no?

—Sí —contesté mecánicamente, ya que ni había escuchado qué me había dicho—. Es increíble —Cristina me miró, lo noté, pero yo no podía dejar de mirar aquel disfraz.

—¿Estás bien? —Por fin aparté los ojos y la miré—. Te has quedado blanca.

—Sí, sí —susurré divagando—. Es que, bueno, es raro, pero es como si hubiera visto este vestido antes.

—Hemos estado en millones de tiendas de disfraces, seguramente de eso te suene. ¿En serio estás bien? Estás muy rara, Paula, no es broma.

—Sí, tranquila —dije mirando el vestido por última vez—. Es la regla, que me tiene mareada.

Poco después volvimos al coche donde estuve abstraída casi todo el rato. Cris me miraba e intentaba sacarme temas de conversación, pero yo estaba ausente, no sabía exactamente por qué me sentía así, pero era como si mi cabeza fuera a cien por hora, como si se hubiera encendido algo en mí interior. Casi a punto de dejarme en mi casa, Marcelo la llamó con una urgencia y tuvo que dejarme en el centro, cosa que agradecí, ya que me apetecía caminar un rato para aliviar mi cabeza. Seguramente Marcelo habría vuelto a cargarse la lavadora, o algún desastre parecido... Lo único que había podido escuchar había sido: «hay agua por todos lados», y a Cristina soltando tacos y cagándose en todo lo humanamente posible; agradecí bajarme del coche en ese momento.

Me encontraba a varias calles de mi casa y, aunque me dolía la barriga y estaba deseando quitarme el olor a café de encima, la idea de pasear no se me antojó tan aterradora; a veces caminar era lo único que me ayudaba a pensar. Crucé el parque central por donde pasaba cada día al volver del instituto en dirección a la casa de mis padres. Sonreí por un momento al recordar las caminatas que me daba cada día. Entonces, sin esperarlo, en un acto reflejo, volví mi cabeza hacia un lado y vi un autobús que se detuvo en un semáforo. Me quedé mirando aquella escena con la

extraña sensación de haber vivido ya ese momento, o alguno similar. Crucé el paso de peatones sin quitarle ojo al autobús y cuando llegué a la acera me fijé en una chica que miraba a través del cristal del autobús perdida en sus pensamientos; de repente una canción me vino a la cabeza.

Llegué a casa rápido y en lugar de meterme en la ducha —habría sido mi primera opción hasta hacia poco rato— me puse a rebuscar como una loca un mp3 que usaba cuando iba al instituto. Sabía que lo tenía en algún sitio y en él había canciones antiguas. Entre ellas la que no conseguía quitarme de la cabeza. Encontré mil cosas, algunas de ellas ya las había dado por perdidas. Cuando estuve a punto de rendirme y buscar la canción por otro medio, lo encontré en una mochila perdida que tenía al final del altillo del armario. Me puse los auriculares y busqué la canción.

Salí a la terraza y me senté mirando a la nada. ¿Qué me estaba pasando? Ya había pasado unas diez canciones cuando de repente *When you say nothing at all*, de Ronan Keating empezó a sonar en mis oídos. Sentí que el remolino de mi mente encontraba consuelo, cerré los ojos y recordé un viaje en autobús. Esa canción, y a mí misma pegada al cristal. Lo demás seguía algo borroso, pero después de mucho tiempo había conseguido recordar algo, y ese algo tenía que ver con aquella canción e incluso con aquel disfraz. No encontraba la relación, pero estaba segura de que tenía que ser así.

Me duché y pasé el resto de la tarde con la canción en repetición. Subí el volumen del ordenador y me quedé en el sofá escuchándola una y otra vez; un sentimiento de adrenalina se adueñó de mi estómago y no pude evitar echarme a llorar.

Es asombroso como tú le sabes hablar a mi corazón, sin decir una palabra puedes iluminar la oscuridad.

Levanté la vista aún con los ojos llenos de lágrimas y vi a Quim que acababa de entrar caminando hacia mí, iba a decirme algo cuando le hice una señal para que se callara y escuchara la canción.

Por mucho que lo intenté nunca podría explicar lo que oigo cuando no dices nada.

Sonreí a Quim y me limpié las lágrimas, seguramente pensaría que estaba loca, pero quería que escuchara aquella canción, ya que decía exactamente lo que sentía por él.

La sonrisa de tú cara me dice que me necesitas, la sinceridad de tus ojos dice que nunca me dejarás, la fuerza de tu mano me dice que me agarrarás siempre que me caiga, dices lo mejor, cuando no dices nada.

Quim me miró con esos ojos tiernos que tanto adoraba, y me tendió la mano que agarré al segundo, me acercó fuertemente a él y nos fundimos en un abrazo intenso en el que estábamos tan pegados que podía sentir su corazón latiendo igual de rápido que el mío. Metí mis dedos entre su pelo y besé su cuello mientras la canción seguía sonando.

Durante todo el día oigo a la gente hablar alto, pero cuando me abrazas, la multitud deja de oírse. Por mucho que lo intenten, no sabrían decir qué se han estado diciendo tú corazón y el mío.

Quim me apartó con suavidad y me besó tiernamente en los labios mientras que, inconscientemente, nos movíamos al ritmo de la canción.

—Eres lo mejor de mi vida, Paula —susurró aún con los ojos cerrados.

—Ídem— susurré y sentí como sonreía —. Hablando con Sandra la otra tarde, me dijo que quizá yo ya te conocía cuando tuve el accidente, y que por eso sentía que ese vacío ya no estaba, porque había vuelto a reencontrarme contigo — Quim abrió mucho los ojos—. Pero es una locura, jamás hubiera podido olvidarme de ti, ¿verdad?

Me soltó con cuidado la cintura y agarró mi cara y la mantuvo así mientras nuestros ojos se exploraban en lo más profundo de nuestro interior. Entonces, algo en su expresión cambió

contestando a la pregunta, pero antes de poder decir nada, sentí que me temblaban las piernas y cuando quise darme cuenta me había caído al suelo.

—¿Estás segura de que está bien? —Escuché la voz de Quim.

—Sí, no seas paranoico —Escuché la voz de una mujer, me sonaba familiar, pero no caía en quién podía ser—. Ha tenido un bajón de azúcar, tiene que cuidarse.

—No respondía, no me llames paranoico, parecía que estaba muerta.

—Mira que eres exagerado... —Esta vez la voz era de una tercera persona, un chico que tenía una graciosa forma de hablar. Intentaba despertarme, pero no podía, así que volví a quedarme dormida.

Cuando abrí los ojos durante unos segundos no supe dónde estaba hasta que el olor a hospital me llenó las fosas nasales. Me notaba súper descansada, como si hubiera estado durmiendo profundamente durante días y días; miré mi reloj y apuntaban las once de la noche.

Me froté los ojos y me estiré en la cama, jamás habría dicho que podía llegar a estar tan a gusto en la cama de un hospital. En un principio pensaba que estaba sola, hasta que me di cuenta que había un enfermero mirando un papel que había en una esquina de la cama. Ni yo le había visto ni él se había dado cuenta de que me había movido hasta que levantó la cabeza y me vio mirándole. Le sonreí y frunció el ceño, se dio la vuelta, miró detrás de él y volvió a mirarme a mí.

—¿Se encuentra bien? —pregunté sonriendo por el peculiar comportamiento del enfermero.

Me miró unos segundos, y después de poner los brazos en jarra se echó a reír, cosa que me dejó alucinada.

—Perdona —Entonces reconocí su voz, era él chico que había estado antes en la habitación—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —dije sonriendo—. ¿Qué me ha pasado?

—Pues según pone aquí —dijo mirando de nuevo el papel—, tienes una anemia de campeonato, guapa, así que tienes que cuidarte. Tienes el hierro bajo, el azúcar bajo, en fin... un batiburrillo de cosas que lo raro es que no te haya pasado nada antes.

—Vaya —susurré incorporándome del todo en la cama—. Mi madre me va a echar la del pulpo cuando se entere.

—Oh, sí, de eso no te quepa duda, ha estado aquí hace unas horas —De repente pensé en Quim—. Menos mal que el tesoro de tu chico la ha calmado un poco: por un momento he pensado que te iba a castigar sin postre hasta el final de tus días.

Sonreí sin poderlo evitar, aquel hombre tenía una gracia natural que te hacía sentir cómoda sin esforzarse apenas.

—Bueno, al menos ya se conocen —dije sin saber si eso me gustaba o no, quizá era demasiado pronto.

—Tranquila, se la ha metido en el bolsillo al minuto uno, ese hombre tiene un don con las féminas y no tan féminas —dijo en un suspiro, cosa que hizo que me echara a reír con ganas—. Ha bajado a comer algo con tu amiga, no creo que tarde demasiado en subir.

—Muchas gracias —dije mirándole detenidamente—. Me llamo Paula, aunque bueno, ya lo habrás visto en el papel.

Torció la cabeza sonriendo y se sentó a los pies de la cama.

—Yo me llamo Santi, y sé cómo te llamas, y no por el papel, soy amigo de Quim. Bueno, más que de Quim, de una amiga suya, pero vamos «los amigos de mis amigas son mis amigos, ¿no?»

—Eso dice la canción —susurré sonriendo—. Encantada de conocerte, Santi, siento que Quim te haya pedido que te quedes de niñera, puedes irte cuando quieras, estoy bien, de verdad.

Justo en aquel momento, Quim entró por la puerta, cuando vio que estaba despierta corrió hacia mí ignorando al pobre Santi, me agarró de la cara y me estudió la expresión y los ojos; consiguió que le apartara de un empujón.

—¡Quim, joder! Estoy bien, deja de mirarme como si fuese un fósil —Escuché a Santi reírse y me pegó la risa—. Tranquilo, ya me ha dicho Santi que estoy bien.

—He dicho que estás anémica —Rectificó el enfermero guiñándome un ojo— pero sí, estas bien, relájate Hércules o acabará por darte un infarto.

Volví a echarme a reír, pero esta vez con ganas, no sé qué me pasaba, pero estaba de un humor increíblemente excelente. Quim se puso recto y frunció el ceño, miro a Santi con los ojos muy abiertos, después me miró a mí y dio varios pasos hacia atrás hasta que se apoyó en el alfeizar.

—Tranquilo, hombre —dijo Santi—, ni que hubieras visto un fantasma.

—Así que ya os conocéis —susurró Quim mientras se rascaba el cogote nervioso.

—Sí, Hércules. Es un sol de chica —apuntilló él enfermero haciendo que sonriera con ganas.

Pese a decirme que estaba sana y que no tenía nada preocupante, me quedé ingresada dos días más. Solo había dos opciones: o el enchufe de Quim tenía algo que ver con que me hicieran pruebas hasta en las pestañas, o me habían visto algo más que de momento no me querían decir.

Pero algo me decía que era cosa de mi querido y amado Quim, aun así, en lugar de cabrearme y montar en cólera —con motivos—, decidí tomármelo con filosofía y considerarlo un breve descanso. Casi siempre estaba Santi conmigo, y aquello siempre era una fiesta. ¿Cuántas horas trabajaba ese hombre? O lo que es más raro: ¿cuándo descansaba?

Los únicos ratos que le perdía de vista era cuando recibía alguna visita, ya fuera de mis padres, familia, amigos, incluso de Cris. Se marchaba y me dejaba mi espacio, no hacía lo mismo cuando venía Quim, y eso a mi loquito le sacaba de quicio, aun así era tremendamente divertido.

Estaba sola en la habitación, no la compartía con otro enfermo, y ello me hacía estar más tranquila, podía poner en la tele lo que quisiera, hacer y deshacer a mi antojo, e incluso ir a dar paseos por los pasillos para estirar las piernas sin necesidad de molestar a nadie. Todo iba bien hasta la mañana en la que me comunicaron que en cuanto pasara mi médico a verme me darían el alta, me puse contenta, pero a la misma vez pensé en Santi.

Había deducido que se pasaba la vida trabajando, pero que algún día libre para tomar café tendría, sino, siempre podía visitarle: la cafetería no estaba muy lejos y el café tampoco estaba tan mal. Estaba empezando a recoger la poca ropa que tenía en mi habitación cuando vi que entraba una cama con un paciente, era un chico de unos veinte años. No me hizo falta ver mucho para saber que había sido un accidente de moto o algo así, tenía las dos piernas y un brazo escayolado, y la cara hecha un cristo. Me mareé un poco al ver el aspecto que tenía, y aún me mareé más cuando me imaginé el tremendo dolor que sentiría cuando se le pasara el efecto del sedante.

A lo largo de la mañana empezó a entrar y a salir gente de la habitación: amigos, familia, padres histéricos, novia traumatizada; esas situaciones que se ven cuando se está en un hospital y, aunque no se quiera, siempre acaba afectando. Hubo un momento en el que serían más de siete los que estaban alrededor de la cama del pobre chico, daba gracias a Dios de que estuviera dormido, sino acabaría agobiado. De repente destellos de luz empezaron a salir de todos los lugares de la habitación, me restregué los ojos por si era cosa mía, pero todo se intensificaba más conforme pasaba el tiempo. No fue hasta que me di cuenta que la luz provenía de las personas que estaban allí, cuando empecé a asustarme de verdad.

Ciega a causa de la luz, nerviosa por no entender nada y paralizada por que no veía tres en un burro, empecé a buscar el timbre para llamar a la enfermera, esperaba que apareciera Santi y me sacara de allí. Necesitaba ver al médico urgentemente, algo me estaba pasando en los ojos; sin

esperarlo, una mano fría agarró mi muñeca y di un pequeño bote.

—Tranquila hermosura, soy yo —reconocí la voz de Santi y suspiré aliviada.

Tiró de mi brazo hasta que sentí que estábamos fuera de la habitación, me condujo por unos pasillos hasta que me di cuenta que estábamos dentro de un despacho. Empecé a parpadear con los ojos lagrimosos hasta que al fin pude ver más o menos bien.

—¿Qué me ha pasado? —pregunté mientras me secaba las lágrimas—. Me duelen horrores los ojos.

Él sonrió ante mi comentario y se apoyó en la mesa de escritorio que tenía detrás de él.

—Es normal, es la primera vez que los usas, al menos en este plano.

Lo miré con los ojos como platos, su comentario había hecho que dejara de sentir molestias.

—¿La primera vez que los uso...? —Sonreí nerviosa—. ¿Esto qué es, Matrix?

Se echó a reír y negó con la cabeza.

—Espero que no sea Matrix, y si lo fuera... ¡Exijo a Neo! —exclamó mirando al techo, cosa que me hizo sonreír—. Tranquila, nena, todo tiene una explicación, pero debes tener la mente abierta.

—Dios —susurré de mala gana—. Otra vez no, dime que esto es algo normal, por favor. ¿Por qué nada es normal últimamente?

—¿Define normal? —preguntó interesado en la respuesta.

—Pues normal, de normal —dije más perdida que una mona—. Ya lidio con cosas anormales en mi vida, Santi, me creas o no... Creo que estoy hasta los topes.

Di varios pasos hacia atrás y me senté en el sofá que había detrás de mí.

—Lo dices por Quim, ¿verdad? —Lo miré fijamente—. Tranquila, lo sé.

—¿Saber el qué?

—¡Oh, vamos! No te hagas la tonta conmigo —Sonrió con ganas—. Sé que Quim es especial, y no me refiero a guapo y tierno, y a que está como un queso, sino especial en otro sentido —Tragué saliva—. Lo conozco desde hace muchos años, sé que tiene ciertas habilidades fuera de lo común.

Me dejé caer hacia atrás en el sofá y me tapé la cara.

—¿Siempre te pones así cuando se toca este tema? —preguntó cruzándose de brazos, postura rara en él.

—No —contesté sinceramente—, es solo que... no sé, me estresa un poco todo eso, le creo, claro que sí, yo misma lo he visto con mis propios ojos; además, sabe cosas de mí que jamás se las había contado a nadie, pero aún me cuesta procesarlo, ¿sabes?

—Te cuesta creer realmente en algo que no ves, tranquila.

Sonreí a modo de gratitud, pero vi que él se movía intranquilo, mi mirada le incomodaba y hacía rato que si por él fuera se hubiera ido de la habitación.

—¿Ocurre algo, Santi? Te noto nervioso —Miré hacia el suelo—. ¿He dicho algo que no debía?

—No —susurró— Solo que me recuerdas a mí en otra época, nada más. Pero debes saber que hay mucho más de lo que nuestros ojos pueden ver, a veces estamos ciegos aún con los ojos abiertos, y ese es tu problema, Paula. Aunque quieres ver, te aterra lo que puedes encontrarte, has notado cambios en ti de los que no quieres hablar —Me miré las manos nerviosa—. Sabes cosas que no sabes cómo han llegado a tu mente, y sientes que hay algo de Quim que no sabes.

—Sé que hay algo de Quim que no sé —afirmé mirando a la nada—, y no sé si quiero saberlo.

—Entonces siempre estarás ciega. ¿Eso es lo que quieres?

Le miré durante unos segundos, allí solos en aquel despacho me enfrentaba a la verdad más absoluta desde que había conocido a Quim. ¿Quería realmente saberlo todo? ¿Estaba dispuesta a

dejar de estar ciega?

—Lo único que sé, y lo sé con certeza, es que estoy enamorada de Quim.

—Pues quizá haya llegado el momento de aprender a ver.

—¿A qué te refieres? —pregunté temerosa, Santi me hizo un gesto para que me levantase y así lo hice. Abrió con cuidado la puerta del despacho y dejó una breve ranura por la que mirar al exterior, por allí iban y venían enfermeras, médicos y pacientes, todos iluminados por una incómoda luz que me impedía ver con claridad.

—¿Qué es esa luz?

—Querida, eso que ves son auras —le miré fijamente a los ojos—. ¿Sabes lo que son?

Me quedé pensativa un rato. «¿Auras?», me pregunté.

—Creo que sí —susurré sin estar muy convencida de ello—. Es una energía que rodea nuestro cuerpo, ¿no?

—Sí, suele ser imperceptible al ojo humano, aunque hay quien puede verlas: sobre todo los niños.

—¿Y por qué lo veo yo? —pregunté algo asustada—. ¿Qué es en sí el aura?

—Es la combinación del cuerpo etéreo, emocional y físico. También reside la información de nuestra alma, todos nuestros pensamientos, sentimientos y experiencias están reflejadas en el aura.

—¿El aura es como una parte de nuestra alma? —pregunté ensimismada.

—Algo así, es mucho más complejo, pero no quiero hacerte un lío —Sonrió para sí mismo—. El alma refleja nuestra energía y atrae energía de otros cuerpos y ambientes; el aura atrae y repele, aunque no puedas verla. ¿Te ha pasado alguna vez que una persona sin conocerla te ha producido rechazo? ¿Algo que no sabrías explicar por qué? —asentí—. Eso significa que tu aura lo ha repelido.

—¿Y por qué me está pasando esto ahora, por qué veo de esta manera?

—Depende de lo fuerte que sean las emociones o pensamientos, los colores del aura serán más intensos y brillantes. Estamos en un hospital... emociones hay muchas —asentí de nuevo—. Pueden reflejar pensamientos y emociones de otras vidas, si las estudias verás cómo es algo impresionante.

—Ya veo —susurré al ver con que entusiasmo hablaba de las auras—. Pero ¿por qué yo lo veo todo brillante? ¿No debería distinguir el color de cada uno, o algo así?

—Te lo he dicho antes, estás usando los ojos por primera vez, ahora ha venido todo de golpe y a lo loco, en unos días se irá calmando. Podrás verlas con más precisión, e incluso dejarás de verlas, a no ser que quieras ver alguna es especial.

—¿Voy a poder controlar esto? —exclamé alucinada.

—Sí.

—¿Y cómo sabré distinguir las? —Me miró alzando una ceja—. Sí, lo sé, tengo que leer sobre ello, pero dame un adelanto.

—Los colores deben de ser claros y brillantes, sin agujeros en las auras, si por el contrario son opacos y tienen colores oscuros o turbios no es muy buena señal —Le miré frunciendo el ceño—. Suele significar una personalidad turbia, envidias, celos, miedo, ansiedad, poca honestidad: eso lo irás viendo con el tiempo. Verás que hay personas que tienen un aura clara, pero con zonas algo turbias, eso es muy común, y podrás ayudarlas —Le miré fijamente—. Eres terapeuta, ¿no? Estás para ayudar.

—¡La madre que me parió! —exclamé apartándome de la puerta.

Empecé a caminar en círculos por la pequeña estancia intentando poner mis pensamientos en orden. ¿Qué estaba pasando en mi vida? ¿Por qué a mí?! No entendía nada. ¿Iba a ver auras?

«¿Por qué?». Yo... yo era una persona racional, una chica normal, sin grandes ambiciones, no tenía sentimientos malos hacía nadie, quizá envidiara un poco a Beyonce, pero, joder, ¿quién no? No había hecho nada del otro mundo para merecer todo este tipo de locuras que parecían adherirse a mi vida. Y por si no fuera poco tener un novio que conoce el futuro, me estaba quedando ciega a causa de los destellos de las auras de las personas. ¿Había una jodida cámara oculta?

No entendía nada, y lo peor de todo era que una parte de mi creía realmente que estaba volviéndome loca. Poco después Santi me recomendó usar unas gafas de sol durante unos días hasta que todo eso se calmara. Le hubiera discutido, pero estaba tan confusa que lo único que hice fue asentir e irme de nuevo a mi habitación sin levantar la cabeza del suelo. Busqué mis gafas de sol entre las cosas que me habían ido trayendo Cristina y Quim.

Y allí estaba yo, sentada en una cama de hospital, dentro de una habitación abarrotada de gente y con unas gafas de sol puestas. Procuraba ignorar las miradas de los familiares del chico que acababa de ocupar la habitación, no los culpaba, debía parecer una idiota.

Unos diez minutos después, Quim entró por la puerta acompañado del médico que había estado atendiéndome esos días, ambos miraron el gentío que había en aquella diminuta habitación, pero no dijeron nada; la cara que puso el médico al verme allí sentada con las gafas de sol no se me olvidará nunca.

—Me molesta mucho la luz —dije en un susurro mirando hacia el suelo—. El enfermero me ha recomendado ponerme las gafas de sol.

El médico asintió mientras me quitaba con cuidado las gafas y examinaba mis ojos, millones de lágrimas acudieron a mis ojos a causa de la luz.

—Tienes las pupilas bastante dilatadas —dijo extrañado a lo que frunció el ceño—. ¿Sueles ser sensible a la luz? —La verdad era que no, pero aun así asentí y pareció relajarse un poco—. De todas formas, te aconsejo que te pongas colirio cuando llegues a casa, y si la molestia persiste, vuelve.

Asentí obediente y poco después me dio el alta. Ya tenía mis cosas recogidas, estaba vestida y deseando salir de allí. Quim me miraba extrañado y yo evitaba decir nada con el tremendo público que teníamos en aquel momento, salimos de la habitación y nos dirigimos al ascensor, hubiera querido despedirme de Santi, pero por mucho que miraba por los pasillos no conseguía verle.

—Quim —Ambos nos volvimos al escuchar la voz—. ¡Vaya! Paula —Sonrió al verme de la mano de Quim y yo no pude evitar ponerme roja como un tomate—. Cuanto tiempo... ¿Cómo estás?

—Muy bien Raúl, gracias —dije mientras le daba dos besos y un breve abrazo. Raúl había sido mi médico cuanto tuve el accidente, siempre había guardado un recuerdo bonito de él, siempre tan simpático y atento, y aunque los años no pasaban en balde, estaba bastante atractivo.

—Espero no tener que verte más por aquí —dijo acariciándome la mejilla, después volvió la vista a Quim—. ¿Vas a ver a tu tía en estos días?

¿Su tía?, ¿qué tía? ¿Quim tenía un familiar que trabajaba allí? Santi me había comentado algo, pero no recordaba que me hubiera dicho que la mujer trabajaba allí. Quim dijo que sí y nos guio hacia una enorme sala algo apartada del resto de las habitaciones. Era una sala donde se encontraban varios sofás y una mesa redonda; no había que ser muy listos para intuir que era una pequeña sala de descanso para los médicos, enfermeros y demás.

Mientras Quim y Raúl hablaban de cosas que procuré ignorar, me dediqué a observar la habitación de cabo a rabo. Probé a quitarme las gafas, pero la luz que emitía Raúl era demasiado

fuerte como para poder resistir sin que me lloraran los ojos. Según Santi aquello era una buena señal, aunque, a decir verdad, no me había hecho falta saber eso como para intuir que Raúl era buena persona.

Había varias fotos colgadas en un enorme corcho que había en la pared, algunas notas divertidas y varios chistes de médicos; sonreí al ver todo aquello... Me disponía a dejar de cotillear, cuando un cuadro llamó mi atención. Tenía un marco precioso. A pesar de que presidía la sala, no me había dado cuenta hasta aquel momento.

En ella había una foto de Santi sonriendo mientras sostenía una aguja, y con la otra mano un estetoscopio. La foto era de chiste y no pude evitar echarme a reír. Escuché que Quim me llamaba, pero estaba tan embelesada mirando la foto de Santi que le ignoré. Había algo escrito justo debajo de su foto:

Jamás olvidaremos tú alegría, tú magia y toda esa luz que desprendías. Gracias por regalarnos tu maravilloso tiempo, porque siempre vivirás en cada una de las personas que te conocimos. Nos veremos al otro lado amigo.

Equipo Médico, enero de 2004.

El nudo en la garganta que sentí fue similar al que sentí cuando mi madre me comunicó que mi abuela había fallecido. Di dos pasos hacia atrás hasta que sentí el cuerpo de Quim, duro como una roca, detrás de mí.

—Era uno de nuestros mejores enfermeros —Cuando me di cuenta Raúl estaba a mi lado—. Aún pensamos en él cada día, tú tía lo adoraba —dijo mirando a Quim, quien asintió sin mirarle directamente a los ojos—. Bueno, chicos, el deber me llama, dile a tu tía que me llame, ¿vale?

—Tranquilo, esta misma tarde le daré el recado —Raúl nos guiñó un ojo y salió de aquella sala dejándonos solos delante de aquel cuadro.

Nos miramos en silencio, no supe durante cuánto tiempo, hasta que sentí como mis ojos dejaban caer las lágrimas que habían estado reteniendo bastante rato. Antes de que Quim pudiera decirme nada, salí de la habitación. Ya había tenido bastante por ese día. Cargada con mi mochila, ciega a causa de la luz y de las lágrimas, salí disparada de aquel hospital sin mirar atrás. Una vez fuera, cuando sentí el calor del sol sobre mi piel me detuve, dejé caer la mochila en el suelo e instantáneamente sentí los brazos de Quim que me rodeaban con fuerza. Fue entonces cuando me eché a llorar sin consuelo ninguno.

—Ven —susurró Quim tirando de mí hacia el coche. Caminé en silencio, sintiendo cómo eran los brazos de Quim, los que me mantenían en pie. Me ayudó a sentarme en el asiento del copiloto y poco después sentí que se sentaba a mi lado y sujetaba el volante con las manos—. No quería que te enteraras así.

Me quité las gafas de sol, curiosamente su luz no me molestaba. Le miré enfadada, rabiosa, ansiosa, y lo que es peor... ¡asustada!

—¿Qué no querías que me enterara así? ¿Así, cómo? —grité fuera de mí— ¡Santi está muerto! ¡Muerto! ¡Dios! —dije empezando a susurrar y a moverme nerviosa por el coche—. No puede ser, ha estado conmigo estos días, Quim, tú lo has visto, has estado con nosotros. Dime que tú también lo veías, Quim, dime que no me estoy volviendo loca. ¿Qué me está pasando? —dije en un sollozo tan fuerte que pude sentir como si mi alma se partiera en dos.

Intentó tocarme, pero rehuí a su tacto.

—Yo también lo veo, Paula, no estás loca —Le miré mientras no dejaba de llorar—. Pensé que no podrías verle hasta que os vi hablar la primera noche.

—¿Me estás diciendo que puedo ver muertos? —susurré aterrada—. ¡Quim, por Dios! Nada de esto me había pasado antes, mi vida era normal hasta que apareciste tú. ¿¡Qué me estás haciendo!?

—¡Nada! —gritó haciendo que me quedara de hielo—. No puedes ver muertos, Santi no es un espíritu, es un ángel, esa es la razón por la que has podido verle, y ni siquiera sé cómo tú mente sigue tan cerrada, no me lo explico.

—¿Cerrada? ¡Llevo unas putas gafas de sol porque veo el aura de las personas, Quim! ¿Eso es tener la mente cerrada?

—Sí, la tienes cerrada en el momento en el que me responsabilizas a mí de todo lo que te está pasando, esto que yo tengo no es algo que se pega, no es una gripe ni algo contagioso. ¡Joder!, ¿no te das cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—De que todo esto que te está pasando únicamente forma parte de ti, siempre has intuitido las cosas, siempre sabes quién miente y quién dice la verdad. ¿Acaso crees que es casualidad?

—¿Qué me estás queriendo decir? —pregunté confusa.

—Tú tienes algo, Paula, algo especial, ¿no te das cuenta? ¿Por qué motivo crees que fui tan abierto contigo respecto a mí? ¿Crees que me hubiera acercado a ti como lo hice si no hubiera estado seguro de que me acercaba a alguien como yo?

—Yo no soy como tú —espeté sin mirarle a la cara—. Yo no soy una... —De repente me quedé en silencio.

—Dilo —susurró apretando las manos al volante—. ¿Tú no eres una loca?, ¿es lo que realmente piensas de mí?

No contesté, me limité a mirar por la ventana del coche, él no dijo nada más, arrancó el coche y nos pusimos de camino a mi casa, camino que se me hizo eterno. Aparcó el coche justo frente a mi patio y volvió la cabeza para no cruzarse con mis ojos, yo en aquel momento ya estaba arrepentida por mis palabras, pero ese ego extraño que a veces nos domina, me impidió decir nada.

Agarré mi mochila, me puse bien las gafas de sol y salí del coche. Antes de poder volverme hacia él, ya había arrancado y se había perdido de mi vista. Los escalones hasta llegar a mi apartamento parecían montañas, arrastraba la bolsa con mis cosas por el suelo dándome igual lo demás. ¿Qué acababa de hacer? Esa fuerte presión en mi pecho no hacía más que hacerse más y más pesada impidiéndome incluso respirar, jamás en mi vida me había sentido así.

Entré en mi apartamento y la soledad que había en él me azotó con la fuerza de una barra de hierro. La soledad y yo, mano a mano, en una casa que se me antojaba enorme y vacía y un sentimiento de culpabilidad que apenas me dejaba moverme. Estaba congelada, sentada en el sofá con los codos en mis rodillas sosteniendo mi cabeza, ni siquiera podía llorar, de hecho, aún llevaba las gafas de sol puestas. ¿Es eso lo que siente cuando alguien muere?

Media hora después seguía en la misma postura, con la mente en millones de sitios y en ninguno a la vez. ¿Por qué sentía aquel enorme vacío? Solo lo había sentido en dos ocasiones antes, cuando falleció mi querida abuela y cuando tuve el accidente y perdí la memoria. ¿Por qué volvía aquel sentimiento tan abrumador de nuevo a mí? Me sentía perdida, ya no sabía quién era... Todo el muro de piedra que sostenía mi vida, mis creencias, mi razonamiento, todo, absolutamente todo, ya no estaba.

¿Era escéptica?, ¿creía en algo?, ¿creía en Dios?, No hay cosa peor en tu vida, que dejar de saber quién eres. Me arrastré hacia la cama y abrí el cajón de la mesilla de noche, aparté varias cosas que tenía por ahí hasta que encontré una caja de pastillas. Me las habían recetado meses atrás por problemas con el sueño, saque dos, me las tomé y me estiré en la cama deseando que me hicieran efecto y poder dormir; quizá cuando despertara todo fuera distinto.

Abrí los ojos al sentir un olor muy conocido para mí que ya creía olvidado, me incorporé, pero no estaba en mi casa, aquella habitación había sido mía cuando me quedaba con mi abuela a dormir, de pequeña.

Me levanté con cuidado, la puerta estaba entreabierta como solía dejarla mi abuela. Un olor a magdalena recién hecha se colaba por el hueco de la puerta, cerré los ojos y aspiré aquel olor como solía hacer de niña. Siempre que me quedaba en su casa me preparaba magdalenas caseras.

Iba a salir cuando escuché unas risas y a una niña correteando, me detuve durante un segundo hasta que escuché una voz que me sonaba muy familiar, salí de aquella habitación nerviosa: intuía a quién iba a ver. La niña se había sentado a los pies de una mujer que le recogía el pelo para hacerle una coleta con sus suaves manos. El pecho se me hizo grande cuando vi sus manos, aquellas pequeñas y regordetas manos arrugadas por la edad, que tanto me gustaba acariciar. Fui levantando la vista hasta toparme con ella, su pelo negro peinado hacía atrás, sus ojos pequeños, su sonrisa, su cara... Después de hacerle la coleta a la niña le dio un beso en la cabeza y justo ahí empezó a fallarme el aire.

Mi abuela, mi ser más amado en todo el universo estaba frente a mí, en una especie de sueño extraño que se adueñaba de mis emociones. La miraba completamente alucinada, fijándome en cada detalle de su cara, dándome cuenta de que con los años se me habían olvidado pequeños matices. Me senté en el suelo porque sentía que estaba a punto de caerme, no podía evitar sonreír y morderme los labios al poder estar delante de ella otra vez. La niña era yo, así que eso tenía que ser un recuerdo.

—Vamos, Pauli —Escuchar su voz me llevó a suspirar—. ¿Jugamos a adivinar las cartas?

Mi «mini yo» asintió emocionada, y corrió al último cajón del mueble «nuestro rincón secreto», sacó una baraja de cartas que dio a mi abuela, ella movió una mesita pequeña y la dejó entre las dos. Fruncí el ceño, recordaba algunas cosas, pero otras estaban difusas, como aquella. Gateando me acerqué a ellas, verme a mí misma de niña me hacía sonreír. Mi abuela movió las cartas y dejó cinco de ellas extendidas boca abajo.

—Vale Pauli, concéntrate ¿dónde está el dos de oros?

Aquello hizo que abriera los ojos hasta que sentí que, si los abría más, se me darían la vuelta.

No recordaba nada de aquello, ¿cómo podía ser? La niña cerró los ojos durante un segundo y después señaló una carta, mi abuela la miró sonriendo y sentí envidia de que aquella sonrisa no fuera para mí. Le dio la vuelta a la carta y allí estaba, me tapé la boca con las manos y fue cuando me di cuenta de que estaba temblando; aquella escena se había repetido varias veces y siempre supe dónde estaba la carta, después me preguntaba cosas al azar y con solo cerrar los ojos un segundo adivinaba la respuesta. ¡Y dios! Me veía tan feliz. Está claro que cuando se es niño se suele ser feliz siempre; es la inocencia pura... Sentía aquella felicidad extraña que envolvía toda la estancia.

Durante un momento me quedé sentada mirando todo como si fuera a cámara lenta, mirando cada gesto, cada detalle de mi abuela, cada sonrisa, cada guiño de ojos. Cerraba los ojos cuando la escuchaba hablar y le rezaba a Dios para que al despertar pudiera recordarlo. Varias horas después, o lo que a mí me parecieron las horas más bonitas de mi vida, vi a mis padres aparecer con mi hermana recién nacida. Ver la escena aquella sin ser vista era una sensación extraña, pero me di cuenta de cosas que de otra manera no se podían ver. Poco antes de que mis padres me llevaran con ellos, le di un abrazo a mi abuela, y justo en ese momento algo golpeó mi corazón: recordaba aquel instante. Entonces me vi a mi misma con cinco años, frunciendo el ceño al sentir el corazón de mi abuela. Ella puso su dedo índice sobre mis labios de niña y me dio un dulce y tierno beso, más largo de los que solía darme. Sus ojos y los de aquella niña se miraron durante unos segundos y poco después la niña salió de casa de su abuela llorando.

Yo seguía allí, invisible, como una estatua, asimilando lo que acababa de recordar, me llevé las manos a la cara y apoyada en la pared, rompí a llorar. ¿Cómo podía haber olvidado todo aquello? Cuando sequé mis lágrimas y levanté la cabeza, mi abuela estaba delante de mí, mirándome.

Torció su cabeza sonriéndome con aquella sonrisa que creía haber olvidado... Quise hablar, pero no me salía la voz, quería decirle que la quería, que la echaba de menos, que me perdonara por haber olvidado tantas cosas. Quería decirle tanto, que me fue imposible hablar, entonces sus dedos rozaron mi piel; su piel suave y arrugada que tanto me gustaba acarició mi mejilla. No eran ilusiones mías, podía sentirla, podía sentir su calor. Inconscientemente apreté su mano en mi cara, el hecho de poder tocarla hizo que rompiera a llorar más fuerte. Ella secó mis lágrimas y levantó mi barbilla.

—Uno nunca muere, siempre vive en el alma de su ser amado. Yo vivo en ti y en todas las personas que me quieren.

—Yaya... —Susurré llorando.

—Busca tu dos de oros.

Entonces algo tiró de mí y abrí los ojos de golpe. El pecho me palpitaba rápido, me toqué la cara y me di cuenta de que había estado llorando, me incorporé. El sol lucía en lo alto del cielo, estaba de nuevo en mi apartamento. Me dejé caer en la cama y rompí a llorar. No sé cuánto estuve llorando, lo bastante para sentir que no podía llorar más, entonces fue cuando miré el reloj, eran las diez de la mañana, había estado durmiendo todo el día anterior. ¿Cómo podía ser aquello posible?

Encendí el móvil que estaba repleto de llamadas de mis padres, de Cristina, incluso había una de Quim, eso hizo que el corazón me diera un vuelco. Aun así, dejé el móvil en la cama y fui directa a la ducha donde dejé que el agua se llevara todo el resentimiento y culpabilidad que me acechaba. Me puse unos vaqueros y una camiseta de tirantes y salí de mi casa sin mirar atrás. Tenía las ideas claras, pero antes tenía que ir a casa de mis padres. Como imaginé no había nadie,

fui directa a mi habitación, a mi armario, donde siempre estuvieron las cosas de mi abuela cuando mis padres vendieron su casa. Revolví cajas y cajas hasta que en una de ellas encontré la baraja con la que solíamos jugar y me las coloqué sobre el corazón. Rompí a llorar de nuevo. Mi abuela siempre supo que era especial, aquello que ella llamaba juego, era en realidad una especie de entrenamiento. Nunca dijo nada a mis padres, ni siquiera a mí.

Nunca volví a jugar a las cartas desde que ella se fue de mi vida: estaba siendo consciente de aquello justo en aquel instante. Guardé la baraja de cartas en mi bolso, me puse una gorra que tenía por allí de cuando era una cría, y salí a la calle sabiendo exactamente dónde ir.

Tuve que ponerme las gafas de sol porque las luces seguían molestándome en exceso, caminé durante una hora, hasta que al fin llegué a la puerta del cementerio. Compré dos rosas blancas en un pequeño puesto que había justo al lado y me adentré en aquel lugar. Durante un rato no me atreví a mirar al frente, aun así, supe llegar al lugar donde los restos de mi abuela descansaban. Me arrodillé y pasé mi mano por su foto y por la de mi abuelo, al que nunca conocí.

Besé la rosa con todo el amor que había en mi corazón y la dejé sobre su foto. Entonces el miedo desapareció; después de ponerme de pie miré a mí alrededor: había algunas personas paseando, otras detenidas frente a fotografías, y otras limpiando las lápidas de sus seres queridos. Entonces pensé en Santi. Él debía estar en algún lugar de aquel enorme cementerio. Cogí aire, cerré los ojos, y pensé en él. Abrí los ojos y empecé a caminar por los distintos pasillos, uno tras otro, mirando solo al frente. Después giré a la derecha, di dos pasos más, y al levantar la cabeza... ¡allí estaba!

Su lápida era blanca y tenía una dedicatoria preciosa.

—Mira que odio la foto que eligieron, menuda cara de lerdo hago —Escuché su voz detrás de mí, no pude evitar sonreír, aunque aún no estaba preparada para darme la vuelta.

—No sales tan mal.

—Te aconsejo que hables más bajo, van a pensar que estás loca.

Me volví sonriendo y allí estaba. Era impensable verle y saber que en realidad no era una persona lo que había delante de mí. Cogí los auriculares, los conecté al móvil y me coloqué uno de ellos en el oído: lo miré y asintió sonriendo. Sin más, empezamos a caminar.

—Pensé que aún no podrías verme, por eso no te dije nada.

—Creo que siempre lo supe —Sentí que me miraba—. Solo estabas cuando Quim estaba en la habitación. Daba igual qué hora fuera, pero solo cuando él estaba. Ninguna enfermera hablaba de ti y nunca estabas cuando mis padres venían a verme. Pero ¡ya sabes!, a veces preferimos ignorar las cosas que afrontarlas.

—Dímelo a mí —susurró y le miré.

—¿Por qué sigues allí?, ¿por qué no has cruzado al otro lado?

Se detuvo y me detuve a su lado, movió su pecho como si cogiera aire. Pensé que era un movimiento involuntario, ya que..., bueno, no necesitaba respirar, ¿no?

—Me suicidé —Me quedé helada—. El hombre del que estaba enamorado murió de cáncer y yo... simplemente no pude superarlo. En una de las guardias decidí que ya había vivido bastante.

—Santi... —susurré

—Luego quise arreglar mi error y me quedé aquí, ayudando a otras almas para que hicieran el viaje. Quim dice que soy un ángel, pero en realidad no lo soy, solo estoy intentando ganarme las alas. A veces creo que nunca me iré de este plano.

—¿No sientes curiosidad por saber qué hay más allá? Seguramente mucha gente te espera, ¿no crees?

—Nena, esto no es Ghost.

Me eché a reír con ganas, sin darnos cuenta habíamos llegado a la puerta.

—Es normal tener miedo —susurré mirando el suelo—. Estés vivo o no, creo que ya has ayudado a demasiadas almas a encontrar el camino, ahora debes emprenderlo tú. No sé cómo funcionará eso, si hay una luz al fondo del túnel o algo así, solo te digo que mereces descansar... ¿Quién sabe? Quizá volvamos a vernos, yo seré una anciana y tú un adolescente, y aunque tú no me reconozcas, yo sabré que eres tú.

—¿Me hablas como terapeuta o como vidente? —dijo imitando mi tono de voz cuando se lo decía a Quim.

—Te lo digo como amiga —Sonrió mirándome con un cariño que calentó mi piel.

—Puede que tengas razón, lo consultaré con la almohada —Sonreí y asentí con la cabeza—. Por el momento vuelvo al hospital, ha entrado un moreno que me trae loco.

Me eché a reír. Le seguí con la mirada hasta ver como desaparecía. Miré el suelo y después a la mujer de las rosas, que seguía en el mismo lugar. Me sonrió y le devolví la sonrisa. En ese momento, con mi pasado algo más claro, ya sabía cómo afrontar el presente.

Media hora después seguía en la misma postura, con la mente en millones de sitios y en ninguno a la vez. ¿Por qué sentía aquel enorme vacío? Solo lo había sentido en dos ocasiones antes, cuando falleció mi querida abuela y cuando tuve el accidente y perdí la memoria. ¿Por qué volvía aquel sentimiento tan abrumador de nuevo a mí? Me sentía perdida, ya no sabía quién era... Todo el muro de piedra que sostenía mi vida, mis creencias, mi razonamiento, todo, absolutamente todo, ya no estaba.

¿Era escéptica?, ¿creía en algo?, ¿creía en Dios?, No hay cosa peor en tu vida, que dejar de saber quién eres. Me arrastré hacia la cama y abrí el cajón de la mesilla de noche, aparté varias cosas que tenía por ahí hasta que encontré una caja de pastillas. Me las habían recetado meses atrás por problemas con el sueño, saque dos, me las tomé y me estiré en la cama deseando que me hicieran efecto y poder dormir; quizá cuando despertara todo fuera distinto.

Abrí los ojos al sentir un olor muy conocido para mí que ya creía olvidado, me incorporé, pero no estaba en mi casa, aquella habitación había sido mía cuando me quedaba con mi abuela a dormir, de pequeña.

Me levanté con cuidado, la puerta estaba entreabierta como solía dejarla mi abuela. Un olor a magdalena recién hecha se colaba por el hueco de la puerta, cerré los ojos y aspiré aquel olor como solía hacer de niña. Siempre que me quedaba en su casa me preparaba magdalenas caseras.

Iba a salir cuando escuché unas risas y a una niña correteando, me detuve durante un segundo hasta que escuché una voz que me sonaba muy familiar, salí de aquella habitación nerviosa: intuía a quién iba a ver. La niña se había sentado a los pies de una mujer que le recogía el pelo para hacerle una coleta con sus suaves manos. El pecho se me hizo grande cuando vi sus manos, aquellas pequeñas y regordetas manos arrugadas por la edad, que tanto me gustaba acariciar. Fui levantando la vista hasta toparme con ella, su pelo negro peinado hacía atrás, sus ojos pequeños, su sonrisa, su cara... Después de hacerle la coleta a la niña le dio un beso en la cabeza y justo ahí empezó a fallarme el aire.

Mi abuela, mi ser más amado en todo el universo estaba frente a mí, en una especie de sueño extraño que se adueñaba de mis emociones. La miraba completamente alucinada, fijándome en cada detalle de su cara, dándome cuenta de que con los años se me habían olvidado pequeños matices. Me senté en el suelo porque sentía que estaba a punto de caerme, no podía evitar sonreír y morderme los labios al poder estar delante de ella otra vez. La niña era yo, así que eso tenía que ser un recuerdo.

—Vamos, Pauli —Escuchar su voz me llevó a suspirar—. ¿Jugamos a adivinar las cartas?

Mi «mini yo» asintió emocionada, y corrió al último cajón del mueble «nuestro rincón secreto», sacó una baraja de cartas que dio a mi abuela, ella movió una mesita pequeña y la dejó entre las dos. Fruncí el ceño, recordaba algunas cosas, pero otras estaban difusas, como aquella. Gateando me acerqué a ellas, verme a mí misma de niña me hacía sonreír. Mi abuela movió las cartas y dejó cinco de ellas extendidas boca abajo.

—Vale Pauli, concéntrate ¿dónde está el dos de oros?

Aquello hizo que abriera los ojos hasta que sentí que, si los abría más, se me darían la vuelta.

No recordaba nada de aquello, ¿cómo podía ser? La niña cerró los ojos durante un segundo y después señaló una carta, mi abuela la miró sonriendo y sentí envidia de que aquella sonrisa no fuera para mí. Le dio la vuelta a la carta y allí estaba, me tapé la boca con las manos y fue cuando me di cuenta de que estaba temblando; aquella escena se había repetido varias veces y siempre supe dónde estaba la carta, después me preguntaba cosas al azar y con solo cerrar los ojos un segundo adivinaba la respuesta. ¡Y dios! Me veía tan feliz. Está claro que cuando se es niño se suele ser feliz siempre; es la inocencia pura... Sentía aquella felicidad extraña que envolvía toda la estancia.

Durante un momento me quedé sentada mirando todo como si fuera a cámara lenta, mirando cada gesto, cada detalle de mi abuela, cada sonrisa, cada guiño de ojos. Cerraba los ojos cuando la escuchaba hablar y le rezaba a Dios para que al despertar pudiera recordarlo. Varias horas después, o lo que a mí me parecieron las horas más bonitas de mi vida, vi a mis padres aparecer con mi hermana recién nacida. Ver la escena aquella sin ser vista era una sensación extraña, pero me di cuenta de cosas que de otra manera no se podían ver. Poco antes de que mis padres me llevaran con ellos, le di un abrazo a mi abuela, y justo en ese momento algo golpeó mi corazón: recordaba aquel instante. Entonces me vi a mi misma con cinco años, frunciendo el ceño al sentir el corazón de mi abuela. Ella puso su dedo índice sobre mis labios de niña y me dio un dulce y tierno beso, más largo de los que solía darme. Sus ojos y los de aquella niña se miraron durante unos segundos y poco después la niña salió de casa de su abuela llorando.

Yo seguía allí, invisible, como una estatua, asimilando lo que acababa de recordar, me llevé las manos a la cara y apoyada en la pared, rompí a llorar. ¿Cómo podía haber olvidado todo aquello? Cuando sequé mis lágrimas y levanté la cabeza, mi abuela estaba delante de mí, mirándome.

Torció su cabeza sonriéndome con aquella sonrisa que creía haber olvidado... Quise hablar, pero no me salía la voz, quería decirle que la quería, que la echaba de menos, que me perdonara por haber olvidado tantas cosas. Quería decirle tanto, que me fue imposible hablar, entonces sus dedos rozaron mi piel; su piel suave y arrugada que tanto me gustaba acarició mi mejilla. No eran ilusiones mías, podía sentirla, podía sentir su calor. Inconscientemente apreté su mano en mi cara, el hecho de poder tocarla hizo que rompiera a llorar más fuerte. Ella secó mis lágrimas y levantó mi barbilla.

—Uno nunca muere, siempre vive en el alma de su ser amado. Yo vivo en ti y en todas las personas que me quieren.

—Yaya... —Susurré llorando.

—Busca tu dos de oros.

Entonces algo tiró de mí y abrí los ojos de golpe. El pecho me palpitaba rápido, me toqué la cara y me di cuenta de que había estado llorando, me incorporé. El sol lucía en lo alto del cielo, estaba de nuevo en mi apartamento. Me dejé caer en la cama y rompí a llorar. No sé cuánto estuve llorando, lo bastante para sentir que no podía llorar más, entonces fue cuando miré el reloj, eran las diez de la mañana, había estado durmiendo todo el día anterior. ¿Cómo podía ser aquello posible?

Encendí el móvil que estaba repleto de llamadas de mis padres, de Cristina, incluso había una de Quim, eso hizo que el corazón me diera un vuelco. Aun así, dejé el móvil en la cama y fui directa a la ducha donde dejé que el agua se llevara todo el resentimiento y culpabilidad que me acechaba. Me puse unos vaqueros y una camiseta de tirantes y salí de mi casa sin mirar atrás. Tenía las ideas claras, pero antes tenía que ir a casa de mis padres. Como imaginé no había nadie,

fui directa a mi habitación, a mi armario, donde siempre estuvieron las cosas de mi abuela cuando mis padres vendieron su casa. Revolví cajas y cajas hasta que en una de ellas encontré la baraja con la que solíamos jugar y me las coloqué sobre el corazón. Rompí a llorar de nuevo. Mi abuela siempre supo que era especial, aquello que ella llamaba juego, era en realidad una especie de entrenamiento. Nunca dijo nada a mis padres, ni siquiera a mí.

Nunca volví a jugar a las cartas desde que ella se fue de mi vida: estaba siendo consciente de aquello justo en aquel instante. Guardé la baraja de cartas en mi bolso, me puse una gorra que tenía por allí de cuando era una cría, y salí a la calle sabiendo exactamente dónde ir.

Tuve que ponerme las gafas de sol porque las luces seguían molestándome en exceso, caminé durante una hora, hasta que al fin llegué a la puerta del cementerio. Compré dos rosas blancas en un pequeño puesto que había justo al lado y me adentré en aquel lugar. Durante un rato no me atreví a mirar al frente, aun así, supe llegar al lugar donde los restos de mi abuela descansaban. Me arrodillé y pasé mi mano por su foto y por la de mi abuelo, al que nunca conocí.

Besé la rosa con todo el amor que había en mi corazón y la dejé sobre su foto. Entonces el miedo desapareció; después de ponerme de pie miré a mí alrededor: había algunas personas paseando, otras detenidas frente a fotografías, y otras limpiando las lápidas de sus seres queridos. Entonces pensé en Santi. Él debía estar en algún lugar de aquel enorme cementerio. Cogí aire, cerré los ojos, y pensé en él. Abrí los ojos y empecé a caminar por los distintos pasillos, uno tras otro, mirando solo al frente. Después giré a la derecha, di dos pasos más, y al levantar la cabeza... ¡allí estaba!

Su lápida era blanca y tenía una dedicatoria preciosa.

—Mira que odio la foto que eligieron, menuda cara de lerdo hago —Escuché su voz detrás de mí, no pude evitar sonreír, aunque aún no estaba preparada para darme la vuelta.

—No sales tan mal.

—Te aconsejo que hables más bajo, van a pensar que estás loca.

Me volví sonriendo y allí estaba. Era impensable verle y saber que en realidad no era una persona lo que había delante de mí. Cogí los auriculares, los conecté al móvil y me coloqué uno de ellos en el oído: lo miré y asintió sonriendo. Sin más, empezamos a caminar.

—Pensé que aún no podrías verme, por eso no te dije nada.

—Creo que siempre lo supe —Sentí que me miraba—. Solo estabas cuando Quim estaba en la habitación. Daba igual qué hora fuera, pero solo cuando él estaba. Ninguna enfermera hablaba de ti y nunca estabas cuando mis padres venían a verme. Pero ¡ya sabes!, a veces preferimos ignorar las cosas que afrontarlas.

—Dímelo a mí —susurró y le miré.

—¿Por qué sigues allí?, ¿por qué no has cruzado al otro lado?

Se detuvo y me detuve a su lado, movió su pecho como si cogiera aire. Pensé que era un movimiento involuntario, ya que..., bueno, no necesitaba respirar, ¿no?

—Me suicidé —Me quedé helada—. El hombre del que estaba enamorado murió de cáncer y yo... simplemente no pude superarlo. En una de las guardias decidí que ya había vivido bastante.

—Santi... —susurré

—Luego quise arreglar mi error y me quedé aquí, ayudando a otras almas para que hicieran el viaje. Quim dice que soy un ángel, pero en realidad no lo soy, solo estoy intentando ganarme las alas. A veces creo que nunca me iré de este plano.

—¿No sientes curiosidad por saber qué hay más allá? Seguramente mucha gente te espera, ¿no crees?

—Nena, esto no es Ghost.

Me eché a reír con ganas, sin darnos cuenta habíamos llegado a la puerta.

—Es normal tener miedo —susurré mirando el suelo—. Estés vivo o no, creo que ya has ayudado a demasiadas almas a encontrar el camino, ahora debes emprenderlo tú. No sé cómo funcionará eso, si hay una luz al fondo del túnel o algo así, solo te digo que mereces descansar... ¿Quién sabe? Quizá volvamos a vernos, yo seré una anciana y tú un adolescente, y aunque tú no me reconozcas, yo sabré que eres tú.

—¿Me hablas como terapeuta o como vidente? —dijo imitando mi tono de voz cuando se lo decía a Quim.

—Te lo digo como amiga —Sonrió mirándome con un cariño que calentó mi piel.

—Puede que tengas razón, lo consultaré con la almohada —Sonreí y asentí con la cabeza—. Por el momento vuelvo al hospital, ha entrado un moreno que me trae loco.

Me eché a reír. Le seguí con la mirada hasta ver como desaparecía. Miré el suelo y después a la mujer de las rosas, que seguía en el mismo lugar. Me sonrió y le devolví la sonrisa. En ese momento, con mi pasado algo más claro, ya sabía cómo afrontar el presente.

Volví a casa dando un largo paseo, tenía la cabeza llena de mil cosas, y a la misma vez no sabía qué pensamiento era el más importante de todos. En un solo día había descubierto tantas cosas... Una de las más impactantes era que supe cuando mi abuela iba a morir y que nunca dije nada, de hecho, mi mente bloqueó aquel recuerdo. Estaba casi segura de que por eso mismo siempre había sentido aquel rechazo hacía todo lo esotérico.

También había pisado un cementerio, lugar al que muy pocas veces había ido y, sinceramente, no era algo que fuera a hacer a menudo. No era porque me diera miedo, ya no, era simplemente que sabía que allí no había nada, solo cajas con restos de cuerpos; eso reafirmaba mi teoría de que yo no quería terminar allí.

También pensé en Santi y en cómo se debía de sentir al estar en mitad de algo, ver cómo la gente vive y tú sigues ahí... Tampoco sabía cómo ve la vida un espíritu, si está presente todo el rato o hay instantes en los que no está: no estaba puesta en nada de eso y realmente tampoco era algo que quisiera saber. El único motivo por el que él no me había dado miedo era porque parecía una persona viva, y tampoco sabía si todos podían manifestarse así.

Llegué a casa hecha un asco, tanto física como mentalmente, hubiera pagado por tener una varita mágica para que con un solo toque pudiera aparecer en la ducha, y con otro toque estar ya vestida y estirada en el sofá... Pero no, claro, «las varitas» no existían. ¡Anda, a la mierda! La única «varita mágica» que había conocido en mi vida, me había encargado de espantarla el día anterior *Spain two points*.

Llamé a Quim varias veces, las mismas veces que colgué antes de escuchar el primer tono, había que reconocerlo, estaba muerta de miedo.

¿Qué podía decirle para reparar el daño que le había hecho? No había que ser muy lista para entender que él tenía un cierto trauma con eso de que pensarán que «estaba loco». Generalmente se lo tomaba con humor, pero algo me decía que era un simple escudo para afrontar comentarios o situaciones de su vida pasada. Hay veces en las que conoces a alguien con quien te abres de verdad y es cuando los escudos desaparecen y te vuelves más vulnerable a cualquier comentario, y más si viene de esa persona, esa persona especial... Esa persona era yo.

Si la culpabilidad fuera visible, yo habría llevado luces de neón rodeando mi cuerpo. Así no podía seguir...

Llamé a Cristina y le conté lo sucedido, a medias. No le hablé de Santi, ni de las auras, solo de la pelea con Quim y de mis palabras. Si ya me sentía culpable entonces, después de sus palabras me sentí morir. Eso era lo que más me gustaba de Cristina, que no se había dedicado a consolarme y ya está, me había hablado claro y, aun ignorando gran parte de lo que estaba ocurriendo en mi vida, me dio el mejor consejo posible.

—Mientras te sientas culpable, no podrás estar tranquila, la conciencia es así de cabrona. Ve a su casa, afronta la situación cara a cara, y si tienes que pedirle mil perdones, lo haces, porque ese chico se merece eso y mucho más.

Cris estaba de su lado, de eso no cabía duda, pero ¿cómo no estarlo? Hasta yo misma lo estaba. Había sido una borde y lo peor de todo era que le había dado donde más le dolía; me

sentía una auténtica y miserable mierda.

Mientras barajaba la opción de presentarme en su casa al finalizar el horario laboral, me decidí a darme una ducha, me daba la sensación de que olía a flores del cementerio, suponía que eran manías absurdas, a mi madre le pasaba con los hospitales, le da la sensación de que huele a ellos cuando llega a casa.

Después de ducharme me senté en el sofá y me entretuve tocando la bajara de cartas que había usado con mi abuela. Era increíble que, pese a los años, estuvieran medianamente bien.

Sonreí al pasar los dedos por ellas y me imaginé cómo sería volver a aquellas viejas tardes donde pasaba las horas con ella. Tenía recuerdos vagos que se habían avivado un poco gracias al sueño que había tenido, aun así, sentía que faltaban piezas en el puzle, pero bueno, ya sabía lo más importante y es que yo nunca había sido «normal». Lo que no llegaba a entender era como había podido desterrar todas aquellas cosas de mi memoria.

Barajé las cartas y las extendí por la mesa, tal y como había visto hacer a mi abuela, me concentré en una carta, en concreto el uno de espadas, cerré los ojos, respiré hondo y guie mi mano hasta una carta. Estaba nerviosa: ¿y si acertaba? Cuando le di la vuelta me di de bruces con la realidad. «Nada puede ser tan fácil...», me dije a mi misma mientras veía aquel reluciente cinco de oros.

Hice la prueba varias veces, y en todas y cada una de ellas fallé estrepitosamente. Por un momento, llegué a pensar que todo había sido producto de mi imaginación, hasta que una carta se deslizó por la mesa debido a la brisa que corría al haber abierto las ventanas. Cuando me agaché a recogerla fruncí el ceño, la carta era el dos de oros.

La piel se me puso de gallina y no pude evitar mirar a ambos lados del salón, yo misma había sentido la brisa que había movido la carta, pero ¿justamente el dos de oros?, ¿la misma carta que yo había adivinado en el sueño? No quise pensar demasiado en el hecho de que podía haber sido esa brisa de aire. Tenía las ventanas abiertas y era el pensamiento más lógico. Había cosas en mí que aún me resistía a cambiar: mi pensamiento lógico inicial. De todas formas, que se tratara de esa carta y no de otra lo tomé como una señal.

¿Qué podía hacer? Seguir ignorando lo obvio sería darme de golpes contra un muro de piedra. Cuando miré el reloj supe que había llegado el momento. Era medio día, y era cuando Quim solía hacer un breve parón para comer. Solía comer en su apartamento, así que crucé los dedos y deseé que estuviese allí.

Hacía un calor de mil demonios, por no hablar de que tenía que seguir llevando las gafas de sol. Tuve un golpe de suerte cuando un vecino de Quim salió del edificio, justo cuando yo iba a llamar al telefonillo. Dejó la puerta abierta para que pasara, respiré hondo, al menos no tendría que pasar el bochorno de que no me abriese.

Mi reflejo en el espejo del ascensor no podía ser más tétrico. Pese a que el sol me había dorado los hombros y el escote, mi cara, que normalmente la tenía con algo de color, lucía extrañamente pálida, y lo curioso de todo era que tenía unas horribles ojeras. Cualquiera que me viera pensaría que llevaba días sin dormir. Resoplé: estaba hecha un asco.

Me temblaron las piernas cuando me vi frente a su puerta y sentí que, si no me venía un soplo de valor, no iba a ser capaz de tocar el timbre, ya que siempre que acercaba la mano para pulsarlo, el miedo se apoderaba de mí y la apartaba rápidamente poniéndola en mi pecho. Después de cuatro intentos, cerré los ojos, cogí aire y acerqué mi mano al timbre. Estaba temblorosa, miedosa y esperando que, sin llegar a abrirme me mandara a la mierda, pero que

enfrentarme a ello. Sin esperar lo una brisa apretó mi mano hacia el timbre que sonó horriblemente fuerte, me volví rápidamente y allí no había nadie. El corazón se me saltaba del pecho, algo me había tocado, corrijo, algo me había apretado contra el timbre de la puerta. Aquello me asustó muchísimo, ya que aún no estaba preparada para esas cosas. Me miré la mano temblorosa y vi que tenía una marca roja parecida a la de un dedo. Me acaricié la marca temblando y observándola con una mezcla de miedo a lo desconocido y con una cierta mezcla de curiosidad preocupante. Justo en aquel momento la puerta se abrió, pero estaba tan alucinada por la marca que había en mi mano, que fui incapaz de levantar la mirada.

—¿Paula? —Escuché la voz de Quim, lo que me hizo levantar la mirada. Cuando me encontré con sus ojos algo en mi interior se removió, solo hacía unas horas que no lo veía y parecía que fueran siglos —¿Estás bien? —. Me limité a mirarle sin dejar de tocarme la marca de la mano, quería hablar, pero algo me lo impedía—. Paula, estás pálida.

—Yo... —susurré con la mirada perdida—. Quería llamar al timbre, pero no podía y... —Me quedé en silencio mirando mi mano.

Cuando quise darme cuenta, estaba dentro de su casa. Parpadeé varias veces intentando pensar, pero me sentía bloqueada. Quim se fijó en que me tocaba la mano todo el rato y con sumo cuidado apartó mi otra mano y agarró mi mano derecha y la observó. Vi que sus ojos se agrandaban al ver aquella marca que estaba aún más roja. Levantó sus ojos azules hacia mí y creí que me desmayaría ante aquella intensidad.

—No me atrevía a llamar —susurré mientras me encogía de brazos—. Y algo, no sabría decirte el qué, ha presionado mi mano justo cuando iba a apartarla del timbre—. No pudo evitar sonreír un poco—. Llevaba casi diez minutos delante de tu puerta.

Acarició la marca con sus dedos, me pareció la caricia más suave del mundo. El calor de su piel calmaba mis nervios, ya no me sentía perdida, incluso parecía que todo cobraba algo de sentido.

—¿Te ha hecho daño?

—No —dije mirándole a los ojos casi sin parpadear—, es solo que me he asustado, ha sido... —Miré hacia un lado pensativa—, tan real.

—Es que ha sido real, necesitabas un empujón para llamar, tómallo como una ayuda. —Sonrió y le imité. De repente me sentía increíblemente tímida.

Me soltó la mano y acarició mi mejilla, sentía que quería besarme, pero por alguna razón se contenía. Poco después me soltó y se fue hacia su habitación, yo le seguí como si estuviera tirando de mí con una cuerda invisible. Me quedé frente al marco de la puerta, apoyada, mirando como Quim recogía su habitación ignorando mi presencia; aquello me hizo sentir horrible, no podía dilatar más el momento.

—Quim —susurré lo suficientemente alto como para que pudiera escucharme, aun así, siguió dándome la espalda—. Quim, por favor —Se dio la vuelta y me miró—. Te pido por favor que me perdones por lo de ayer, no quise hablarte de aquella manera, ni siquiera pienso las cosas que dije, tú... —Agaché la mirada al notar que las lágrimas se me agolpaban en los ojos—. Tú no estás loco ni tienes la culpa de todo esto que me está ocurriendo... Me da miedo todo, no entiendo nada. Toda mi vida está patas arriba, ya no sé quién soy, pero lo único que sé es que estoy rematadamente enamorada de ti.

Abrió mucho los ojos cuando escuchó mis últimas palabras.

—Paula, realmente me siento responsable de todo lo que te está pasando, quizá si no nos hubiéramos conocido tu tendrías una vida más sencilla, sin toda esta mierda que arrastro y que parece arrastrarte a ti también.

—No —susurré acercándome a él—. Tú no eres responsable de nada, créeme, Quim. No vuelvas a decirme que si no nos hubiésemos conocido yo tendría una vida más sencilla, porque he estado sin ti todos estos años y jamás, en toda mi vida, me había sentido con tantas ganas de vivir como contigo.

—Paula —susurró casi sin aliento. Algo dentro de mí sintió que algo malo se avecinaba—. Esto de Santi, de las auras, y de todo lo que te está ocurriendo te lo estoy produciendo yo. De alguna manera te estoy pegando esto que yo tengo, ni siquiera sé si eso es posible, pero debo aceptar que no te hago bien.

Me llevé las manos a los labios. Para aquel entonces ya lloraba como una niña, iba a dejarme, lo sabía, lo sentía, y la responsable de ello era yo.

—No, Quim, por favor no me dejes —dije mientras le agarraba el brazo suplicándole como jamás pensé que haría—. Es culpa mía que te sientas responsable, pero hay cosas que no sabes, Quim, ayer por la noche...

—Paula —Me interrumpió—. No me lo hagas más difícil de lo que ya es, renunciar a ti es lo último que deseo en este mundo, pero si estar conmigo significa ver cómo las mismas cosas que me atormentan a mí, empiezan contigo... ¡No puedo permitirlo! —Con suavidad apartó mis manos de su brazo y volvió a darme la espalda—. Creo que lo mejor es que te vayas, en cuanto pueda me mudaré y no volveremos a vernos. Y todo volverá a ser normal, al menos para ti.

Sentí como si mi corazón se me partiera en mil pedazos, tuve que apoyarme en la pared y cerrar los ojos para controlar mi respiración, le veía tan seguro, tan contundente, que me aterraba la idea de marcharme de allí.

—Quim...

—¡Que te vayas, Paula! —gritó mientras se daba la vuelta y me miraba enfurecido, con una expresión en sus ojos que jamás había visto, pero detrás de aquella furia, solo había tristeza, ni siquiera sabía cómo, pero lo sabía.

Nos miramos a los ojos duramente durante unos segundos, estaba completamente seguro de la decisión que había tomado, nada le haría cambiar de opinión, nada que no fuera demostrarle que él no era responsable de las cosas que me estaban pasando. Puede que él sí hubiera activado esa parte de mí, pero aquella parte había existido siempre por mucho que yo hubiera intentado ocultarla. Yo era como él, entonces lo vi claro, salí de la habitación como una flecha, vi mi bolso en el suelo y corrí hacia él. Saqué las cartas y corrí de nuevo a la habitación. Quim estaba sentado en la cama con los codos sobre sus rodillas y con lágrimas en los ojos.

—Te he dicho que te vayas —dijo apenas sin voz.

—Quim, déjame que te enseñe algo.

—Paula.

—¡Hazme caso de una jodida vez! —grité lanzando las cartas que le dieron en el pecho para después caer al suelo, al lado de sus pies—. Cógelas y espárcelas por el suelo boca abajo.

—Pero... ¡Paula!

—¡Cállate y hazlo! —Sin dejar de mirarme hizo lo que le pedí. Mientras extendía las cartas por el suelo me arrodillé frente a él, cuando hubo terminado me miró fijamente a los ojos—. Dime una carta, la que sea.

Ví que estaba desconcertado ante lo que estaba viendo, pero cuando iba a protestar le lancé una mirada asesina que le obligó a callarse; miró las cartas y alzó una ceja, segundos después me miró.

—El dos de oros —dijo con una firme y contundente voz que hizo que toda mi piel se erizara por completo, ya no solo por su voz, sino por la carta que había elegido, la misma que mi abuela.

Le miré fijamente para poco después cerrar los ojos, no tenía puñetera idea de qué hacer, en mi casa no había sido capaz de dar con la correcta en todos los intentos que había hecho. Cogí aire, era mi última baza... Si no era capaz de demostrarle que yo tenía algo, algo especial, podría perderle para siempre.

Abrí los ojos con la ferviente idea de que iba a cagarla por completo, pero cuando volví a mirar aquellos preciosos y pequeños ojos azules algo en mi mente se encendió. Era raro explicar una cosa así sin parecer una auténtica tarada de psiquiátrico, pero era como si pudiera ver todas las cartas del revés y ni siquiera las estaba mirando: solo le estaba mirando a él. Estiré un poco la mano, revolví unas pocas cartas sin apartar los ojos de él, que no perdía detalle de mi mano, cogí la carta y sin mirarla se la entregué. Ver cómo abría los ojos y la boca a la misma vez me dio a entender que había acertado, suspiré interiormente. ¡Gracias Dios mío!

—El cuatro de copas —dijo mirándome de nuevo, primero a mí y después a mi mano.

Y así una tras otra fui sacando las cartas que él me fue pidiendo. Las movió, barajó e incluso tapó por si acaso las había señalado de alguna manera. Nada de eso sirvió, acerté todas y cada una de las veces. Después de casi media hora terminó sentado en el suelo con la cara hecha un poema y mirándome sin entender qué estaba pasando. Por primera vez sonreí, ya que me vi reflejada en un espejo.

—Es lo que he estado intentando contarte las veces que me has interrumpido —dije haciendo acopio de valor—. No es cierto que lo que tú tienes me afecte a mí, simplemente ha despertado algo que yo ya tenía —Me miró a los ojos—. Mi abuela sabía que yo era especial, nunca se lo dijo a nadie, ni siquiera a mí, pero cada día desde que cumplí tres años fue enseñándome cosas. Por aquel entonces jugábamos a esto, al menos para mí era un juego, —Cerré los ojos al recordarla—. También solía esconderme cosas que eran de ella, como anillos, collares, cosas personales que tenían su esencia, y siempre sabía dónde estaban sin necesidad de buscar. Me enseñaba fotos y me pedía que le dijese lo primero que se me ocurriera, yo tenía cinco años, era solo una niña, pero ella creía en mí. La última vez que la vi viva, presentí su muerte cuando me despedí de ella, y se dio cuenta, pero simplemente me sonrió. Era pequeña ni siquiera entendía qué era la muerte en sí, solo sé que me fui llorando de casa de mi abuela y al día siguiente mi madre me dijo que se había ido al cielo —Me sequé una lágrima—. Creo que fue entonces cuando esa parte de mí se cerró por completo.

Quim había estado escuchándome en silencio mirándome casi sin parpadear.

—Pero... ¿Cómo es posible que lo recuerdes?

—No lo recordaba hasta ayer. Creo que volví al pasado de alguna manera, o mi sueño me llevó a recuerdos olvidados. Ni siquiera sé explicar qué es lo que pasa cuando sueño de esa manera. Esta mañana he ido a buscar las cartas que estaban en casa de mi madre y después he ido al cementerio —Se quedó atónito—. Creo que siempre supe que Santi estaba muerto, pero tengo una facilidad pasmosa para ignorar aquello que no quiero saber —Le escuché sonreír—. Luego te eché la culpa a ti por no afrontar que yo soy diferente... Me da un poco de miedo, Quim.

—Es normal tener miedo, Paula, créeme.

—Te he creído siempre, aun cuando yo pensaba que no. Tú y yo somos iguales, por eso creo que solo me siento completa cuando tú estás conmigo.

Me miró de la manera más dulce del mundo. Sin esperarlo se lanzó sobre mí haciendo que cayéramos hacia atrás sobre el suelo; sentir su peso sobre mí fue como recuperar cien años de vida.

Sus labios besaban los míos con fuerza, con desespero. Su lengua reclamaba la mía como si nuestras vidas dependieran de ello y como si mi corazón cobrara vida: se volvió loco, latiendo tan

fuerte que podía sentir como se me movía el pecho. Agarré el pelo de Quim y tiré de él con fuerza, hasta que pude apartarle lo suficiente para mirarle a los ojos.

—No imaginas cuánto puedo llegar a quererte —susurré sin parpadear si quiera—. Creo que te he querido toda mi vida.

Sonrió con dulzura.

—Solo tienes veintisiete años.

—En esta vida —dije lamiendo sus labios.

Vi que un pensamiento le cruzó por los ojos, pero se esfumó en el momento en que mi lengua rozó sus labios. Quim sujetó con fuerza mi cara y volvió a besarme de aquella maravillosa manera que conseguiría derretir al mismísimo polo norte. Me dolían los labios de besarle, y aun así no tenía suficiente; apretaba su cuello, su espalda... Estaba ansiosa de él y él de mí. Creí que tocaba el cielo cuando sentí sus manos por mis piernas, me quitó el vestido en apenas unos segundos y rompió mi ropa interior sin pensárselo dos veces. Aquello me volvió loca. Le di un empujón y le obligué a sentarse y a apoyar su espalda en la pared. Le quité la ropa lo más rápido posible y, antes de que pudiera decir nada, le introduje en mi interior tan duro, tan fuerte, tan... Quim.

Sujeté su cara mientras me movía sintiéndole dentro de mí, y no solo dentro de mi cuerpo, sino dentro de mi ser. Justo en aquel instante en que ambos gemíamos y nos devorábamos vivos, vi la tremenda luz que nos rodeaba: era como si cada uno tuviésemos una luz que rodeaba nuestra silueta. Pasé mi mano por su hombro como si así pudiera tocar aquella luz que él desprendía, fue entonces cuando me di cuenta que a mí me rodeaba la misma luz que a él. Nuestras auras eran iguales y se fundían al igual que nuestros cuerpos. Habría apostado mi vida a que nuestras almas estaban predestinadas. Ver su cuerpo, su fuerza y su dulzura rodeada de aquella luz, me hacían sentir que estaba con un ángel, que en cualquier momento batiría sus alas y echaríamos a volar.

Cualquier lugar de mundo, fuera el que fuese, si él estaba a mi lado, era perfecto. Incluso el frío y duro suelo sobre el que estábamos desnudos y exhaustos. Como siempre, en el sexo Quim era distinto, siempre sabía qué tenía que hacer, dónde tocarme, dónde besarme. Era como si estuviese dentro de mi cabeza, y... ¡seamos realistas! Eso a las mujeres nos ahorra mucho trabajo.

Sonreí al recordar a mis examantes, sus palabras claves durante el acto eran «cuidado», «despacio», «¡por ahí, no!», «un poco más arriba», «un poco más abajo»...

Me tapé la cara mientras me echaba a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Quim mirándome sonriendo.

—Nada, solo que estaba pensando en lo diferente que es hacer el amor contigo —Abrió mucho los ojos y volví a sonreír—. Siempre sabes dónde tocarme, donde besarme, como si tuvieras un mapa de mis sensaciones en tu cabeza —Se echó a reír con ganas y miré hacia otro lado fingiendo que no me hacía gracia—. Ya la hemos liado, «¡Modesto, baja, que aquí alguien te necesita!».

Se volvió hacia mí sonriendo y acarició mi barbilla.

—Nena, yo tengo unos pocos años más que tú, eso es experiencia.

—¿Perdón? —Alcé una ceja—. Nene, baja y pon los pies en la tierra. ¿Acaso crees que no he podido recuperar la «experiencia» que tú tienes?

—¿Ah, sí? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿A qué edad fue tu primera vez?

Se había picado, y a mí me hacía gracia verle así, estaba tan guapo celoso.

—Eso no te importa —dije mirándole con autosuficiencia, me miró serio durante unos segundos hasta que se echó a reír—. Ahora en serio, no me importa que tengas experiencia, al contrario, llega un punto en la vida de una mujer que eso se agradece.

Escuché como sonreía.

—¿De verdad?

—Claro. ¿En serio crees que a mi edad me gusta estar guiando al chico para que me encuentre el clítoris? Esos años ya pasaron. Es un auténtico placer encontrar a un hombre que sabe que se hace, sin necesidad de darle instrucciones.

Me miró achinando los ojos durante un rato, mil pensamientos le venían a la cabeza a la vez, podía verlo en sus ojos, y resultaba tremendamente divertido.

—Pues a mí no me hace gracia pensar que hayas estado con más hombres.

—¡Quim, por Dios! —dije llevándome las manos a la cara, mientras me echaba a reír— No seas antiguo.

Me miró serio durante unos segundos, luego su mirada se dulcificó.

—Es verdad, me hubiera encantado que tú hubieras sido la única mujer a la que hubiera tocado, y realmente me hubiera gustado ser yo el único que hubiera acariciado tu piel—dijo pasando los dedos por mi piel.

—Quim, mírame —Levantó su vista hasta que se encontró con mis ojos—. Eres el único hombre que ha estado en mi cuerpo y en mi mente, con el único que he llegado a creer que podría volar, el único que ha sabido leerme. Tú te has llevado todas las primeras veces que vale la pena recordar, eso tenlo claro.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —Besé sus labios, que sabían dulce.

Cuando iba a apartarme, él me agarró con suavidad mi cuello y acercó su frente a la mía.

—Jamás había hecho el amor con una mujer como contigo, jamás había sentido nada parecido, cuando te toco puedo sentir una energía que recorre mi piel y se une con la tuya. Siento como tú corazón se acelera a mis caricias, no pienso, solo soy sensaciones. Es como si mi mente se fusionara con la tuya. Tú siempre sabes qué hacer sin necesidad de que te lo diga, como si pudieras leerme la mente. Acaricias cada resquicio de mi piel que ansía ser tocado como si de alguna manera pudieras adivinarlo, nunca creí que esto pudiera ser posible.

En aquel momento yo me había derretido por completo. Que un hombre como él dijera esas cosas, era como si fuera una experiencia divina.

—Así que, pese a tu tremenda experiencia... —Le miré alzando una ceja y lo vi sonreír—. ¿Yo he sido algo parecido a tu primera vez?

—Tú siempre has sido todas «mis primeras veces» —Miró al techo mientras me agarraba la mano y la ponía sobre su corazón—. Más de lo que crees, hay tanto que tenemos que contarnos.

—Bueno, tenemos toda la vida —susurré sonriendo.

Nos quedamos un rato mirándonos sin hablar, siempre descubría un detalle nuevo en su cara si lo miraba con atención, me encantaban sus labios y sus dientes. Cuando sonreía iluminaban el lugar, dando igual donde estuviésemos.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró mientras me miraba algo pícaro, cosa que me hizo reír.

—Algo surgirá.

El mes de julio pasó más rápido de lo que esperaba, en todo ese tiempo apenas había avanzado en «mis habilidades», como solía llamarlas Quim. Yo era más práctica, las solía llamar «Majaderías».

Él siempre solía reprocharme que era culpa mía, que no ponía interés, pero lo que él señorito no entendía es que estaba a tope de trabajo y cuando llegaba a casa en lo último que pensaba era en ponerme a desarrollar nada que no tuviera como fin un orgasmo. No me juzguéis, era verano, tenía las hormonas a mil.

Practicaba con las cartas varias veces a la semana y me di cuenta que siempre solía concentrarme más cuando tenía los ojos de Quim pendientes de mí, como si él me diera la fuerza que por mí misma no nacía. Había conseguido controlar el tema de las auras, y apenas utilizaba las gafas de sol, pero muchas veces me quedaba sentada en un banco de la calle cerca de casa simplemente para ver a la gente pasar e ir apuntando los distintos colores que aparecían bordeando a las personas, las fisuras y los muchos rotos que había en muchísimas personas.

A veces, cuando rascabas un poco la superficie, aquel que parecía súper feliz, escondía una tristeza que te sobrecogía el alma. No me di cuenta de cuánto te podía afectar hasta que un día llegué a casa llorando sin ninguna explicación. Según Quim, había absorbido sin darme cuenta parte de la energía de aquel hombre; desde aquel día lo observaba desde lejos ir y venir, siempre con una sonrisa de oreja a oreja. No entendía cómo podía fingir de aquella manera sus emociones.

¿Cómo nadie se daba cuenta de nada? ¿En qué mundo de ciegos vivíamos? Él siempre iba súper bien vestido, era dependiente en una tienda de ropa masculina de marca, obviamente era bastante atractivo: el típico chico que podría elegir perfectamente con qué mujer salir. Por su culpa me había dejado casi la mitad de mi sueldo en ropa para Quim, con el fin de entablar una conversación con él. Pero ese chico, siempre tan correcto y educado, seguía con su máscara y quitando de cuatro tonterías para hacer reír, apenas hablaba.

Por un momento pensé en decirle que sabía que algo le ocurría, pero luego recordé en lo que pensé yo cuando Quim me soltó todo aquello, y reulé. Si no quería que pensara que estaba chiflada, si es que no lo pensaba ya, dado el pastizal que me estaba dejando, debía entrarle de otra manera.

Una de las muchas tardes en las que solía pasar por delante de aquella tienda para ver como seguía, vi que en su interior había una mujer y una niña. Él tenía a la niña en brazos y sonreía, mientras que la mujer los miraba divertida. No quería admitirlo, pero sentía cierto apego con aquel chico, y no porque fuera guapo a rabiar, sino porque aquel interior triste había llamado tanto mi atención que no descansaría hasta saber el porqué.

—Como se entere Quim de que lo observas tanto, se va a mosquear —La voz de Santi sonó a mi espalda y me dio un susto que casi me mata.

—¡Joder, Santi! —exclamé recuperando el aliento—. ¿Estás loco o qué?

—Loca estas tú. ¿Qué haces hablando sola? —Me volví hacia él con el ceño fruncido. Él Sonreía plácidamente mientras que se limpiaba la camiseta que llevaba. Me miró y puso los brazos en jarra—. No me mires así, son movimientos involuntarios, deja de recordarme que estoy

muerto.

Me eché a reír mientras rebuscaba por mi bolso los auriculares para el móvil, era el truco que usaba cuando a Santi se le antojaba aparecerse por la calle, era al único «Espíritu» que podía ver. Eso era debido a algo, pero no sabía exactamente por qué, y cuando le preguntaba a Quim él ponía la misma cara que yo y se encogía de hombros. Genial.

Enganché los auriculares al móvil y me llevé uno al oído mientras veía con el rabillo del ojo como Santi se reía de mi torpeza.

—¿Qué te trae por aquí? —dije mirando al frente mientras empezaba a caminar. Santi se puso a mi lado y se metió las manos en los bolsillos: frunci el ceño—. ¿Qué te pasa?

—¿A mí? ¡Qué estoy muerto! ¿Te parece poco? —Sonreí por el tono que había usado—. No me pasa nada, ¿acaso me estás psicoanalizando? ¿Es legal hacerlo con un muerto?

—Déjate de guasa, querido amigo, son tus movimientos involuntarios los que hablan por ti, tú lenguaje corporal... Te has metido las manos en los bolsillos, algo bastante raro en ti: me ocultas algo —Abrió mucho los ojos y me miró asombrado—. Quim es el responsable de que sea tan repelente, el lenguaje corporal es la única manera de saber algo de lo que piensa.

—Entiendo —dijo sonriendo—. He estado pensando en aquello que me dijiste aquella vez, sobre que ya había tenido bastante —Le miré con atención—. Creo que tienes razón.

Me detuve en seco. Desde aquella conversación no habíamos vuelto a hablar del tema, de hecho, había dado por olvidada aquella conversación. No quería que se fuera.

—¿Qué es lo que ha ocurrido para que saques este tema ahora?

—Estoy cansado, Paula ¿Y si me espera algo mejor al otro lado? Quizá la próxima vez que vea la luz cruce, aunque aún me quedan unas cosas pendientes por hacer, solo quería que supieras que sí que escuché tu consejo. Y después de pensarlo bastante, he decidido hacerte caso.

—Santi, yo... —Miré al suelo confundida—. Yo no quiero que te vayas, eres mi amigo.

Se llevó las manos a la cintura y me miró de manera divertida.

—¿Se puede saber que pasa contigo? Cuando quiero quedarme me dices que me vaya, y ahora que quiero irme, quieres que me quede. ¿Quieres volverme loco? —Hizo una mueca y sonreí.

—Loco ya estás —Levantó una ceja y me hizo reír—. Ojalá los demás pudieran verte, tienes tanta vida dentro de ti.

—Por eso mismo quiero irme, puede que vuelva a la tierra y empiece de cero, me hiciste pensar y creer en que siempre puede haber otra opción. Sí, cometí un error, pero he ayudado a muchas personas, supongo que eso compensará de alguna manera, ¿no?

—Claro que sí, estoy segura de que vengas cuando vengas, coincidiremos de nuevo.

—Eso también lo sé yo, las almas siempre tienden a encontrarse, quizá yo vuelva como mujer y seamos súper amigas o incluso seamos familia o algo así.

—¡Oh, no, por Dios! —exclamé dramática—. ¿Familia? Como si no tuviera ya bastante.

Lo vi sonreír y me tranquilicé un poco.

—Vendré a verte en unos días —asentí—. Respecto al alma en pena al que vigilas, intentaré conseguir información.

Asentí sonriendo, poco después desapareció de mi vista. Me vi reflejada a mí misma en un cristal, parecía que estaba mirando la ropa que estaba en aquel escaparate mientras hablaba por teléfono, suspiré, hay tantas cosas que parecen lo que no son.

Antes de reanudar la marcha escuché mi nombre, me volví y vi que Sandra caminaba hacia mí saludándome con la mano. Cuando estuvo a mi lado se detuvo a retomar el aliento.

—Iba a llamarte para quedar para tomar un café —dije mientras ella recuperaba el rubor de

sus mejillas—. Sé que trabajas por aquí.

—Sí —dijo después de sonreírme—. En la tienda de allí abajo, pero hoy he salido un poco antes para comprar unas cosas. Es curioso, yo también iba a llamarte.

Después de decidir donde tomaríamos algo refrescante para el tremendo calor, nos pusimos en camino. Me estuvo hablando sobre su ex y terminó por darme la razón en aquello que yo le había dicho. No entró en demasiados detalles, tampoco hacía falta, había cosas que no hacía falta que me contara, ya que sin saber por qué ya las sabía.

Él volvió, se acostaron juntos y poco después él volvió a su vida. Ella se quedó hecha un trapo unos días, hasta que se dio cuenta de que había estado sobre valorando a un capullo... ¡típico!

Caminamos varias calles hasta llegar a una cafetería bastante cuca que habían abierto recientemente, nos sentamos bajo una enorme sombrilla y ambas recuperamos el aliento. Fue entonces cuando me di cuenta de que miraba fijamente hacía el otro lado de la calle, así que no me tocó otra que mirar en su misma dirección.

—Madre mía —Suspiré sonriendo—. ¿Ese no es Javi? —Sandra se puso colorada y sonrió—. Cómo pasa el tiempo —Sonreí—. La de veces que me hiciste pasar por aquí cuando volvíamos del instituto solo para verle de refilón.

—Mi primer gran flechazo —dijo sonriendo—. Está guapo, ¿verdad?

Me encogí de hombros mientras la miraba sonriendo, Javi era el amor platónico de Sandra. Javi y su hermano eran amigos, así fue como mi amiga se quedó prendada de aquel chico cuando apenas tendría doce o trece años. Lo bueno de esta historia es que en el fondo a mi amiga siempre le había gustado, incluso estando con Kiko. Sonreí mirando hacia aquel taller de coches: «La historia interminable», así la llamaba yo cuando Sandra me hablaba de él.

—Que estemos aquí no es casualidad, ¿ha pasado algo que no sé? —dije dejándome caer en la silla sonriendo.

—Nada que no pase siempre —Se rascó la cabeza nerviosa—. Ya sabes que este chico me ha gustado siempre, tonterías de crías, que te voy a contar...

—Siento sacarte de tu burbuja, Sandra, pero ya no eres una cría —Me miró frunciendo el ceño y me eché a reír—. No lo he dicho por ofender, ¿cuántos años tiene él? Recuerdo que era más mayor, ¿verdad?

—Tiene treinta y dos —dijo resoplando—, la edad de mi hermano. Hace unas semanas fui a casa de mi hermano y estaba él.

—¿Sigue con esa chica?

—No, ya no —No pudo ocultar su sonrisa—. Fue extraño verle en su casa, ya que cuando empezó con la tipa esa se alejó de sus amigos, y más extraño aún fue darme cuenta que seguía poniéndome igual de nerviosa que cuando tenía trece años.

—No es extraño, él te gusta, tuvisteis un tonteo. Cuando nos hicimos más mayores, fuera lo que fuera, se quedó en el aire revoloteando y ahora que os reencontráis todo resurge.

—Sí, resurge para mí —dijo cruzándose de brazos—. Nunca me verá del mismo modo que yo lo veo a él, y después de lo de Kiko, paso de rollos de una noche —La miré con tristeza, no es que yo estuviera triste, sino que de nuevo su pena se adhería a mí como si fuera pegamento. Así no podía seguir, debía encontrar el modo de saber tomar distancia de algunas cosas—. La otra noche volvimos a coincidir, él y otros amigos. Cuando nos fuimos para volver a casa todos se empeñaron en acompañarme hasta la mía. Salimos un grupito bastante grande y, aunque no lo hacía aposta, siempre terminaba a su lado: era muy curioso. Aunque estuviera distraída, cuando quería darme cuenta, él estaba a mi lado y creo que a él le pasaba igual, pero cuando lo tengo al lado me

quedo tan idiota que no sé qué decirle. Va a pensar que soy tonta o algo así —Me eché a reír—. No te rías, si vieras lo nerviosa que me pongo... Por unos momentos parece que vuelva a ser una cría, es ridículo, pero a la misma vez siento como si...—Se quedó pensativa.

—Como si tuvierais un imán —Terminé su frase y asintió—. Siempre que estáis en el mismo círculo, sientes como te mira, al igual que sabes que él siente tu mirada, y cuando nadie observa es cuando más se acerca a ti: una sonrisa, una mirada, una mueca, cualquier cosa que te haga reír. A veces dudas de si será solo cosa tuya, pero de repente él hace algo que hace que sientas que no es así, algo que no puedes explicar, simplemente lo sientes en tu interior y siempre te preguntas: ¿será el momento adecuado? ¿Será él? ¿Por qué después de tantos años?

Me quedé en silencio mirando de nuevo hacia aquel taller, ahora Javi estaba fuera, hablando con un chico. Sandra me había escuchado con tanta atención que un par de lágrimas asomaban a sus ojos, entonces me di cuenta de algo que no había visto hasta aquel momento. Una línea entre violeta y blanca salía del aura de Javi y recorría toda la calle hasta terminar en el aura de mi amiga Sandra, apenas era perceptible, estaban unidos... Abrí mucho los ojos y miré al suelo pensativa «Como si tuvierais un imán». La ley de la atracción.

Cuando iba a hablar de nuevo me di cuenta de que Sandra se ponía rígida, miré hacia arriba y allí frente a nosotras, con una sonrisa tremenda en la boca estaba Javi. Sandra se levantó en un segundo y medio y le dio dos besos. Fue cuando empecé a echar de menos mis gafas de sol, emitían demasiada luz, juntos. Sonreí al darme cuenta de que en aquel momento dejé de existir. Podía sentir los nervios de mi amiga, su temblor fingido por un suave tintineo de sus dedos sobre sus pulseras. Estuvieron un ratito hablando hasta que se dieron cuenta de que había una tercera persona que respiraba cerca de ellos.

—Oh, Dios ¡Perdona, Paula! —Se disculpó mi amiga llevándose las manos a la boca, yo simplemente sonreí—. Paula, este es Javi, un amigo de mi hermano.

Me eché a reír sin poderlo evitar, como si no supiera de sobra quién era. Me levanté sonriendo y le di dos besos mientras él cada vez estaba más ruborizado; era tan gracioso y tímido que podía llegar a entender a mi amiga.

Javi era un chico como cualquier otro, no era extremadamente alto, tampoco era bajito, no era especialmente guapo, tampoco era feo, pero tenía algo que le hacía interesante. Quizá fuera su barba, su simpática sonrisa o sus brillantes ojos enigmáticos que se achinaban al sonreír, igual que Quim. Fuera lo que fuera, ese chico tenía algo magnético.

Nunca me había parado a mirarlo de aquella manera, pero ahora que estábamos en las distancias cortas, podía ver qué era lo que había tenido a mi amiga flechada durante tantísimo tiempo. Javi era de esas personas que pasan desapercibidas, pero cuando te acercas un poco más, sientes esa atracción extraña, quizá por su timidez seductora y su simpleza natural. Miré a Sandra y me di cuenta con qué ojos le miraba, y la reciprocidad de Javi estaba clara: se gustaban.

Muy amablemente se sentó con nosotras, y en menos de cinco minutos ya me había ganado, hacía reír casi con cualquier cosa, y Sandra desprendía una luz cuando le miraba que dejaría ciego a cualquiera. ¿Se vería igual mi relación con Quim desde fuera como yo estaba viendo a Sandra?

Al ratito de estar hablando, Sandra se ausentó para ir al baño y su «chico» y yo seguimos hablando de mil cosas hasta que sonó su teléfono y me sonrió a modo de disculpa. Asentí y miró la pantalla de su móvil, fue cuando toda luz desapareció de su cara. De repente, imágenes de una mujer morena, muy delgada agolparon mi cabeza, gritos, y más gritos, maletas, lágrimas, disculpas, gritos otra vez, celos, rabia... Todas aquellas cosas agolparon mi mente y mi cuerpo como si de golpes reales se tratara. Cuando volví en mí, me di cuenta de que tenía a ambos a mi lado golpeándome la cara.

—¡Paula, Paula! —gritaba mi amiga golpeándome—. Dios, ¿estás bien? —Asentí aún sin fuerzas para hablar—. ¿Pero qué ha pasado?

—No lo sé —decía Javi visiblemente nervioso—. Estaba tan normal. Ha sido en un segundo. Me han enviado un mensaje, he mirado el móvil y cuando la he vuelto a mirar estaba blanca y con la mirada perdida. No reaccionaba.

—Paula —susurró mi amiga mirándome—, dime qué te pasa, ¿necesitas algo? Ese es su bolso, busca el móvil y llama a su novio, se llama Quim.

Intenté impedirlo, pero apenas podía moverme. Vi a Javi rebuscar por mi bolso y alejarse para hablar por teléfono. Genial. Miré a Sandra, que me miraba preocupada, a duras penas le conseguí decir que fuéramos al baño, sentía que pesaba una tonelada. Conseguí llegar al baño donde vomité hasta el último resquicio de comida que quedaba en mí.

—Ahí va hasta mi primera papilla —dije recuperando el aliento. Sandra sonrió y me ayudó a ponerme de pie, ya me sentía muchísimo mejor, me lavé la cara y me enjuagué la boca—. Últimamente tengo el azúcar descompensado, ha sido un pequeño bajón, no te preocupes.

—¿Me has visto cara de tonta? —dijo secándome la cara con algunas servilletas que había cogido de camino al baño—. Estabas ida, no respondías, y blanca como si estuvieses muerta. Joder, qué susto me has dado. Paula, no estarás...

—¡Calla! ¿Acaso quieres que me de otra pájara o qué? —La vi reírse a través del espejo—. Creo que soy diabética —Mentí de mala manera, pero pareció quedarse más tranquila—. Tengo las pruebas esta semana.

—Prométeme que irás de verdad, no es normal lo que ha pasado allí fuera.

Asentí mientras me terminaba de recomponer, me lavé las manos y la cara de nuevo mientras sentía la mirada de Sandra en mí nunca. Justo cuando íbamos a salir del baño, la agarré del brazo.

—¿La ex novia de Javi era morena y bajita? ¿Muy morena de piel y con cara de vieja? Estropeada de los rayos UVA, quiero decir —asintió sorprendida—. Sigue detrás de él, y él lo ha pasado muy mal.

—Sí, eso me ha dicho mi hermano, pero... —Me miró frunciendo el ceño—. ¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa, ten cuidado, ahora mismo lo último que quiere es entablar una relación, tiene que sanar sus heridas —susurré repasando mentalmente las cosas que había visto en mi cabeza—. Dale tiempo, pero no te alejes.

—Paula...

—Sandra, hazme caso —Me miró fijamente—. Tu destino está unido al suyo, pero ves con calma. Amor libre.

—¿Amor libre? —susurró frunciendo el ceño.

—Sí, cuando te venga con esa historia, tú déjalo estar, no pongas etiquetas, deja que sea él.

Cuando iba a responderme escuché la voz de Quim. Se supone que la reina del drama era yo. Tal y como había imaginado, apareció como un resorte en el baño, me agarró la cara con las dos manos y me miró hasta el más mínimo detalle.

—¿Cómo estás? ¡Joder, Paula! Tienes que cuidarte —dijo sin soltarme la cara.

—Si dejas de presionarme la cara creo que estaré mejor —dije de mala gana soltándome de su agarre—. Estoy bien, ha sido un leve mareo —Supo que mentía, pero asintió, fue entonces cuando miró a Sandra y sonrió—. Esta es mi amiga Sandra, Sandra este es Quim.

Me fijé en la cara de sorpresa de mi amiga, ambos se saludaron con una sonrisa, Sandra se ruborizó al instante.

—El famoso Quim —dijo al fin, lo que me hizo reír.

Segundos después estábamos de vuelta en la terraza de aquella cafetería donde Javi,

preocupado hasta la médula, se acercó rápidamente a mí. Después de decirle mil veces que estaba bien, pareció quedarse convencido. Unos minutos después, sentada en el asiento del coche de Quim, pude al fin relajarme. Me sentía terriblemente cansada, me miré brevemente en el espejo del coche y vi que me habían aparecido unas ojeras del tamaño de Rusia.

—¿Que ha pasado, Paula? —dijo mientras me miraba a mí y a la carretera.

—No lo sé —Resoplé dejándome caer en el asiento—. De repente muchas imágenes me han venido a la cabeza: todo de golpe; no es la primera vez que me pasa.

—¿No? —susurró frunciendo el ceño—. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque no quería pensar en que era por eso —susurré mirando por la ventana—. He podido sentir lo que él sentía —Miré fijamente a Quim—. ¿Será siempre así?

Me miró con dulzura y acarició mi pierna.

—No —Su mirada me tranquilizó—. Aprenderás a controlarlo, ya lo verás.

Asentí mientras apretaba su mano y devolvía la vista a la calle. ¿Le habría pasado algo así a Quim conmigo? ¿Habría podido ver mis más oscuros y atormentados pensamientos?

Llegamos a casa y me ayudó a meterme en la ducha. Pese a que ya me encontraba mejor, seguía notándome cansada. Mientras me daba una ducha y me lavaba los dientes, lo escuché trastear por mi habitación.

Cuando salí del baño ya bastante más respuesta. Lo vi tendido en la cama, desnudo. Si esa era la manera que tenía de que me relajara, o al menos dejara de estar mareada, se equivocaba de cabo a rabo, y nunca mejor dicho. Cuando se dio cuenta de mi presencia me miró y sonrió.

—¿Acaso quieres rematarme o qué? —susurré mientras caminaba hacia mi cama.

—Qué exagerada eres, Paula —dijo sonriendo—. Me has visto desnudo mil veces, debes estar aburrida.

—Te conozco desde hace solo unos meses, pero déjame decirte que jamás podría cansarme de ver tu desnudez.

Quim se puso de medio lado, apoyó la cabeza en su mano y me sonrió

—¿Y dices que la escritora de la familia es tu hermana? —Sonreí tímida.

—Digamos que tenemos facilidad de palabra.

Me miró fijamente durante unos segundos, en los que la forma en la que clavaba sus azulados ojos en mi cuerpo, me producía calor.

—Desnúdate.

Abrí mucho los ojos y el corazón empezó a latirme desesperadamente, sentía aquellos nervios que se sienten la primera vez que besas a alguien que te gusta mucho, o cuando esa persona de la que estás enamorada te sonríe; esos sentimientos que se concentran en el estómago, que te hacen sentir que si quisieras, podrías volar.

Me desnudé bajo su atenta mirada, rápidamente me di cuenta de que la pupila de sus ojos se engrandecía, caminé unos pocos pasos hasta la cama y me tumbé a su lado. Nos quedamos quietos mirando el techo sintiendo la respiración del otro en un enorme silencio. Quim agarró mi mano con fuerza.

—Quédate quieta, relájate y cierra los ojos —Me volví a mirarle y se echó a reír—. No me mires a mí, ponte como estabas, cierra los ojos e intenta calmarte.

—No me pidas que me calme contigo desnudo a mi lado, no soy de piedra.

—Ni yo —dijo guiñándome un ojo, lo que llevó a que el corazón me diera un vuelco—, pero hazme caso y entenderás por qué lo digo.

Asentí nerviosa, inspiré y expiré el aire de mis pulmones, miré al techo y cerré los ojos, sentí que Quim hacia igual que yo. El único contacto que tenía con él eran nuestras manos.

Estaba empezando a notar que me entraba sueño cuando sentí una especie de electricidad en la punta de los dedos de los pies. Poco a poco, la electricidad oculta en una leve caricia, fue ascendiendo por mis piernas, no eran unas manos ni siquiera una brisa, era algo distinto, algo más pesado, pero no dolía, al revés; sabía que Quim no era porque lo sentía quieto a mi lado. Apreté su mano nerviosa y él me devolvió el apretón.

Aquella caricia extraña iba subiendo por mi cuerpo, yo procuraba estarme quieta, pero no podía evitar sentir que mi cuerpo reaccionaba a aquella sensación. Toda mi piel estaba erizada y mi respiración empezó a alterarse. Sin darme cuenta empezaba a moverme conforme aquella energía subía por mis pechos. Estaba excitada, muy excitada. ¿Qué estaba pasando? Abrí los ojos y descubrí que Quim me miraba sonriendo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté recuperando el aliento.

—Yo.

—Pero no me has tocado —susurré frunciendo el ceño.

Pasó su mano por mi cara y rozó mis labios con sus dedos.

—Era mi energía la que te acariciaba —Abrí los ojos todo lo pude—. Has podido sentir mi energía sin ni siquiera tener la necesidad de tocarme.

—Dios mío —susurré llevando las manos a la cara—, ha sido tan real.

—Era real.

Lo miré a los ojos durante unos segundos hasta que sentí que con sus suaves manos me movía y me ponía de lado para abrazarme desde atrás. Me encantaba sentir su torso en mi espalda, su aliento en mi nuca, sus besos detrás de mi oreja y a lo largo de mi columna vertebral; aquello me volvía loca y él lo sabía.

Sin darme cuenta había empezado a rozarme como si fuera un gato, escuché su risa mientras me besaba el cuello. Fue acariciándome mi pierna, mi cadera, subió hacia mis pechos y, para aquel entonces, yo ya estaba en otro planeta.

Poco después agarró con fuerza mi mandíbula y la volvió hasta que pudo besarme los labios. Yo estiré mi mano y agarré con fuerza su cabeza y, así sin más, empezamos a movernos para sentir nuestros cuerpos rozarse, sentir sus manos en mis pechos, en mis caderas. Su erección al final de mi espalda me ponía más caliente de lo que ya estaba. Con un rápido movimiento alzó mi trasero y me penetró con toda su fuerza. Hicimos el amor como animales durante horas y horas, sin sentir cansancio. Jamás podría cansarme de él, ni mucho menos de su desnudez ni de su forma de amarme.

Eran las cinco de la mañana cuando desperté de golpe, miré toda la estancia y respiré, después miré a Quim, que dormía plácidamente. Me fijé en su expresión tranquila y en las facciones de su cara, acaricié suavemente su ya incipiente barba, miré sus labios embobada y pasé las manos por ellos. No me daba cuenta de lo que era poder tener al hombre que amaba a mi lado, poder acariciar su piel sin anhelarla hasta la saciedad. Sería horrible vivir deseando algo que no puedes tener, que no puedes tocar, que no puedes amar... Realmente yo tenía muchísima suerte de tener a Quim, de poder hacerlo mío. De repente, me puse triste.

Me levanté de la cama con cuidado y me metí en la ducha, una ansiedad imperiosa de salir a pasear al amanecer me envolvió de manera abrasadora. Con cuidado, y ya viendo que estaba empezando a salir el sol, salí de casa sin rumbo fijo. Apenas había nadie por la calle a aquellas horas y más siendo principios de agosto. La mayoría de gente se encontraba fuera de la ciudad disfrutando de sus vacaciones de verano. En breve sería mi cumpleaños: veintiocho años... Sonreí al verme reflejada en un espejo; iba hecha un auténtico desastre, pero eso ya me daba igual.

Caminé por varias calles cerca de mi manzana dejando que la brisa algo fresca acariciara mi piel. Tenía la sensación de que podía sentir muchas más cosas que antes, incluido algo tan simple como la brisa en mi piel, incluso el calor del sol. Pasé por delante de una cafetería que ya había abierto. Los más madrugadores ya ocupaban sus asientos y empezaban el día con un café en las manos. Y justo cuando estaba buscando una mesa libre le vi.

Estaba sentado en una de las mesas del fondo, de las más alejadas. No iba vestido de traje como solía ir normalmente. Me daba la sensación de que había salido a correr, a juzgar por la ropa deportiva que llevaba puesta. Sonreí al verle, realmente era guapo.

Poco después de estar buscando una mesa libre, me di cuenta que estaban todas ocupadas. Pensé que sería buena idea pedir un café para llevar y volver a casa para despertar a Quim; pensar aquello me puso de muy buen humor.

—Puedes sentarte aquí si quieres —Volví la vista y vi que aquel chico se había puesto de pie y había dado unos pasos hacia mí—. No tardaré mucho en irme, sino te importa compartir mesa conmigo...

—No quisiera molestar —dije tímida. Me fijé que llevaba el pelo hacia atrás y no se había afeitado.

—No es molestia, te veo pasar muchas veces desde la tienda, por no hablar de que gracias a ti me estoy llevando una comisión increíble por las ventas. Tu novio debe estar muy contento.

Sonreí como una tonta, preferí omitir el hecho de que Quim me había regañado por haberme gastado tanto dinero en ropa para él. Puede que si hubiera sabido el verdadero motivo de aquellas compras masivas, se hubiera mosqueado mucho más.

Finalmente asentí y me senté en la silla frente a él. Pude ver como sonreía, gesto que había visto en muy pocas ocasiones. Miré hacia otro lado disimulando, no quería que me pillara mirándole fijamente, tampoco pretendía parecer una loca, o lo que es peor, que pensara que estaba pillada por él y que diera por hecho que a eso se debían mis múltiples visitas a su tienda. Cuando me di cuenta, él me estaba mirando fijamente.

—Me llamo Oliver —Volvió a sonreírme y creo que me puse algo colorada.

—Yo me llamo Paula —dije aceptando su mano; nos dimos un suave apretón.

Pese a que parecía más contento que de lo habitual, seguía con esa extraña sensación de pena en la mirada, sensación que te atrapaba y no te dejaba salir de ahí. ¿Qué podía pasar que fuera tan grave? Los minutos trascurrieron entre silencios y comentarios sin importancia. Llevábamos cerca de una hora hablando de tallajes de ropa, cuando se quedó quieto mirando hacia el cristal, y justo entonces pasó aquella mujer que días antes había visto en su tienda. Su cara volvió a ser una roca, inexpresiva. La única pista eran sus ojos tristes, y oleadas de energía deprimente que soltaba por doquier; quizá nadie lo notara, pero yo estaba al borde de las lágrimas.

—Siempre estás tan triste —susurré para mí misma—. No quiero imaginar cómo debe ser.

—¿Perdón? —Escuché su voz y levanté la cabeza, me había escuchado... «Tierra, trágame».

—¿Siempre estoy triste? No quiero sonar borde, pero tú no me conoces de nada.

Se había enfadado, no había que ser muy lista para darse cuenta de eso, pero no se había enfadado lo suficiente como para levantarse e irse dejándome allí tirada como una loca, así que tenía una oportunidad para saber más sin tener la necesidad de decir nada que no sonara coherente.

—Disculpa, no quería ofenderte ni siquiera sabía que me estabas escuchando.

—Estás delante de mí, ¿cómo quieres que no te oiga?

—Te pido que me perdones. No pretendía hacerte sentir incómodo.

Frunció el ceño y me miró fijamente a los ojos; sus ojos, prácticamente oscuros, me pusieron el bello de punta: aquella expresión asustaba un poco.

—¿Cómo lo sabes? —Levanté la cabeza— ¿Tanto se me nota? —Sus ojos volvían a ser como los de siempre y me sentí algo más tranquila.

—Soy terapeuta —Pareció tranquilizarse un poco—. A veces me llevo el trabajo a casa— Sonrió levemente—. Ya me había dado cuenta de que estás triste por tus gestos, tus ojos... — Levanté la vista levemente, ya que sentía que me ponía algo roja—. A veces hablo sin pensar.

Me encogí de hombros y él se relajó en la silla, volvió la mirada hacia el cristal.

—¿Trabajas con gente como yo? —Fruncí el ceño—, gente deprimida.

—Se podría decir que sí.

—Vaya, así que para ti siempre he sido un libro abierto.

—Últimamente casi todo el mundo es un libro abierto —Resoplé—, y no es nada agradable.

Me miró en silencio durante unos segundos.

—Por eso venias tanto a la tienda, ¿verdad? —dijo apoyando su espalda en el respaldo de la silla.

—Sí —admití algo avergonzada—, pero no por cotillear, es solo que esa enorme tristeza que tienes es como si yo pudiera sentirla —Me di cuenta por donde se estaban yendo mis comentarios y pensé rápidamente—. He empatizado contigo de alguna manera.

—Ya veo —dijo desviando sus ojos—. ¿Y cuál es su diagnóstico?

—No lo tengo —Pareció extrañado—. No sé qué te lleva a estar tan triste, no sé cómo ayudarte, por lo tanto no hay diagnóstico; al menos mientras no se sepa la causa del problema.

Me miró perplejo unos minutos, después se miró el reloj y se puso en pie.

—¿Dispones de un rato más, Paula? —asentí y vi como empezaba a caminar hacia la barra de aquel bar, pagó nuestro desayuno y se dirigió a la salida. Yo le seguía en silencio, después salió de allí y caminó calle abajo con una rapidez que me costó seguir. Estaba a punto de tener un amago de infarto cuando se detuvo en un banco y se sentó cómodamente mientras yo seguía intentando recuperar la respiración.

Me había llevado a un parque que habían inaugurado hacía poco, allí habían zonas verdes, césped para que la gente pudiera tumbarse, zonas para los niños con columpios y toboganes, e incluso unas máquinas para que los ancianos hicieran algo de deporte. Aún no había encontrado el momento para ir a explorar aquel parque hasta ese justo momento, pero cansada como estaba, solo pude dejarme caer al lado de Oliver y respirar todo el aire que podía.

—No estas acostumbrada a hacer deporte, ¿verdad?

—¡Vaya! ¿Cómo lo has sabido? —dije sarcástica a lo que él se echó a reír.

—Intuición —dijo con guasa y sonreí.

Le miré durante unos segundos, parecía relajado y algo más joven, incluso parecía que aquella tristeza había desaparecido al menos durante aquellos instantes, entonces millones de preguntas me asolaban la mente, aquel hombre era un cofre de secretos, y yo cual pirata quería abrir y saber que ocultaba en su interior. Sin darme cuenta me había quedado mirándole fijamente, tan fijamente que no me había dado cuenta que él me miraba extrañado, parpadeé varias veces hasta que me di cuenta que estaba en el planeta tierra, carraspeé mientras ocultaba que me iba poniendo roja por instantes.

—¿Quién eres? —susurró clavando sus ojos en mi cara—. Tengo la impresión de que me conoces, y es raro porque no entiendo por qué siento esto.

Lo miré durante un instante. ¿Cómo contarle la verdad? ¿Cómo pretender no quedar como una tarada? Volví la vista al suelo y miré mis pies, nerviosa, seguro que a Quim se le daban mejor estas cosas, porque yo estaba a punto de echar a correr. Sin saber exactamente por qué, le agarré la mano y entrelacé mis dedos entre los suyos, él me miró alucinado hasta que una corriente eléctrica pasó de mi mano a la suya.

Una imagen se hizo clara en mi cabeza, era una mujer que sonreía frente a un espejo, aquella mujer me resultaba familiar, detrás de ella, aparecía Oliver. Entonces me di cuenta de que estaba viendo aquellas cosas desde la perspectiva de Oliver. Una mano de él rodeaba la cintura de la mujer, mientras que la otra apartaba el pelo del cuello y besaba con suavidad su piel suave. Pude sentir la suavidad y el olor de aquella mujer en mis propias fosas nasales. La chica sonreía coqueta y Oliver tenía una luz en la mirada que yo no veía en ese momento estando con él. Las imágenes desaparecieron de mi cabeza, Oliver había apartado su mano y estaba de pie frente a mí nervioso.

—¿Qué eres?! —exclamó tembloroso—. ¡¿Cómo has hecho eso?!

—No, no lo sé.

—Estabas en mi cabeza, ¿en mis recuerdos! ¿Cómo es posible?

Me encogí de hombros incapaz de hablar. ¿Qué podía decirle? Estaba realmente nerviosa y él parecía alterarse más y más conforme pasaban los segundos. Permanecí en silencio. Finalmente, muerta de miedo, eché a correr hacia la dirección opuesta a la que habíamos entrado. Ignoré sus gritos.

Media hora después, y a punto de deshidratarme por el esfuerzo físico realizado —no dejé de correr hasta llegar a casa—, llegué a mi apartamento y me desplomé en el suelo. Las piernas me temblaban y tenía entumecidas las manos. Estaba en el suelo intentando coger aire y relajarme con los ojos cerrados. Cuando sentí una presencia a mi lado, abrí un ojo y luego otro. De pie, con los brazos en jarra, estaba Quim, vestido con los pantalones del trabajo, pero sin camisa; aún con su pelo revuelto y algo húmedo; olía a limpio y a su perfume.

—¿Se puede saber dónde estabas? —preguntó desde su altura con una mueca que me hizo sonreír.

—He salido a correr —Mentí—, o... bueno, a intentarlo al menos.

Me inspeccionó detenidamente mientras yo seguía en el suelo tirada sin poder moverme.

—No llevas el calzado adecuado para salir a correr —apuntó mirándome fijamente a los ojos—. Podías haberte caído y haberte lesionado.

—Ya, y también podría haberme caído un macetero de un balcón y, mírame, sigo viva —Intentó ocultar su sonrisa.

—Bueno, eso está por determinar —No pude evitar soltar una carcajada—, apuesto a que no puedes ni moverte.

Asentí con la cabeza mientras me entraba la risa floja, no podía moverme, no al menos por el momento, como mucho podía arrastrarme por el suelo, y no era algo que me llamara especialmente la atención, más que nada porque creo que no podía ni mover los brazos. Estado físico: ¡penoso!

Me arrastré por el suelo hasta que lo tuve en mi campo de visión de nuevo. Me sonrió a la vez que me tendía las manos para ayudarme a ponerme de pie. Algo más estable, y aún con las piernas de gelatina, caminé hacia el baño sujetada por Quim. Cuando entré me llevé una grata sorpresa.

—Te he preparado un baño de agua tibia, le he enviado un mensaje a Elena diciendo que llegarías algo más tarde, le he dicho que has pasado mala noche —Me miró entrecerrando los ojos—. Relájate, come algo, y te sentirás mejor.

Solté un «Ohhhh» que hubiera derretido cualquier polar ártico; aquel hombre me derretía con cada cosa que hacía.

—Muchas gracias, Quim —dije mirándole como si fuese un ángel caído del cielo—. Recuerda que luego te lo agradezca como toca —Le guiñé un ojo y empecé a desnudarme torpemente mientras me quejaba al estirar los músculos; escuché como se echaba a reír.

—Sí, tranquila, que cuando deje de preocuparme la rotura de algún que otro hueso, te haré que me recompenses. Ahora mismo creo que podrías romperte si te toco.

Sonreí mientras me metía en la bañera bajo su atenta mirada pese a que parecía algo raro... Tenía la cara colorada, el pelo hecho un cristo y la movilidad de Tutankamón: me deseaba.

—Creo que va siendo hora de que me vaya o acabaré por cometer una locura —Dio varios pasos hacia mí y después de un beso de ensueño, le escuché marcharse de mi casa.

Eso me hizo que pensar que pasaba más tiempo en mi casa que yo en la suya. Y eso que éramos vecinos. Tenía más ropa suya en mi apartamento que en el suyo propio. ¿Sería una locura pedirle que viviera conmigo definitivamente? Luego recordé que solo lo conocía desde hacía dos meses. ¿Por qué tenía la sensación de llevar siglos con él? Estaba casi a punto de quedarme dormida en la bañera cuando sentí que alguien me observaba, por un momento temí abrir los ojos, por lo que pudiera ver, pero un olor familiar me hizo abrir los ojos de golpe.

—¿Esta es tu nueva afición? ¿Observar a mujeres mientras se bañan?

Santi dio una carcajada y se sentó sobre la pila del baño cruzándose de piernas.

—Si tuvieras músculos y un pene, no descartaría esa opción —dijo mirándose las uñas—. Pero este no es el caso, no quería sobresaltarte.

—Ya, preferías que abriera los ojos de golpe y te encontrara ahí sin más. Como si eso no me pudiera asustar... Podrías haber hablado, o algo así.

Alzó una ceja y movió su mano como si espantara moscas.

—Así es más divertido. ¿Cómo sabías que estaba?

—Tú olor, hueles a vainilla y a hospital —Me miró asombrado y me encogí de hombros.

—¿Qué tal tu aventura mañanera? —Lo miré sorprendida.

—¿Cómo lo sabes? —dije mientras me incorporaba en la bañera y lo miraba fijamente.

—Nena, por si no habías caído en ese detalle, estoy muerto, sé cosas, así de simple.

—Ya, ¡y una mierda! —exclamé mientras le lanzaba un poco de agua que acabó mojando el

cristal—. Vaya —susurré—, va a ser que sí que estás muerto.

Nos miramos un segundo y nos echamos a reír.

—Has hablado con el guapetón de la tienda, ¿verdad?

—Sigues sin contestarme a cómo narices lo sabes. ¿Acaso me espías?

—Que haya venido a verte, y por casualidad estés en la bañera, no quiere decir que sea algo que acostumbre a hacer —Miró hacia otro lado—. Al menos con mujeres.

—Eres un perverso.

—No voy a negar la verdad, no sea que ahora que estoy planteando irme, vaya al infierno.

Me eché a reír mientras me lavaba el pelo y salía de la bañera —con mucha torpeza, todo hay que decirlo—. Santi me miraba como me miraría Cristina y aquello me hizo gracia. Era la primera vez que estaba completamente desnuda delante de un hombre con el que no iba a mantener o había mantenido relaciones sexuales. Además, ya no pertenecía a este plano.

—Siempre he tenido una duda —le dije mientras me cubría el cuerpo con la toalla, él me miró sonriendo y asintió—. ¿Tú cómo me ves? Quiero decir cuando miras a una persona. ¿La ves normal?

—Define normal.

—No sé, si la ves más nítida, o algo así, no sé cómo explicarme.

—¿Te refieres a si por estar muerto mis ojos de «No vivo» ven a las personas distintas? ¿Si diferencio entre Muertos y vivos?

—Que diferencias a muertos de vivos es algo que ya sé, no soy tan idiota.

—Bueno, eso es rebatible —Le hubiera lanzado algo sino fuera porque no habría conseguido nada. Me sequé el pelo un poco con la toalla y empecé a vestirme—. Veo a las personas de la misma manera que cuando estaba vivo, pero ahora puedo sentir quién es buena y quién es mala; la persona mala suele estar oscurecida. ¿Por qué lo preguntas?

—La verdad que no lo sé, por saber, supongo.

Una vez vestida y viendo que ya había perdido más de media mañana, me preparé el desayuno, me resultaba raro poner solo una taza de café habiendo otra persona en la silla de enfrente. A veces olvidaba que Santi ya no lo era. Era curioso cómo, a veces, solo vemos lo que queremos ver.

—Paula —susurró Santi después de un extraño silencio—. Hay algo que tengo que decirte, pero no sé por dónde empezar.

Le miré fijamente durante el tiempo suficiente como para ver que no estaba tomándome el pelo; de repente, algo se removió en mí estómago.

—Me estas asustando, Santi. ¿Qué pasa?

—No puedes seguir viendo al chico de la tienda —Levanté las cejas asombrada. ¿A qué venía eso?—. Mira, se supone que no debería decirte esto, pero va a complicarte las cosas si no vas con cuidado.

—¿Complicarme? ¿En qué sentido? —Santi se quedó en silencio—. ¡Joder, Santi! No puedes decirme eso y callarte. ¿Qué pasa?

Santi se llevó las manos a la cabeza y se rascó el cogote nervioso

—Todo el mundo tenemos varias personas que serían compatibles con nosotros a lo largo de la vida, no solo tenemos una pareja perfecta. La vida da tantas vueltas, y el destino es tan caprichoso que se asegura de tener siempre una reserva. A veces pasamos la vida con aquella persona «reservada» para nosotros por si acaso nunca encontráramos a aquella que en realidad se hizo para nosotros. Raramente se coincide con ambos, pero siempre hay excepciones.

—Santi, al grano.

—El chico de la tienda y tú tenéis un pasado en común, algo pasó en tú vida anterior que alteró el pasado, el presente, y muy probablemente el futuro.

—Santi... —susurré.

—Estás condenada a cometer una y otra vez el mismo error si no pones distancia, por eso sientes esa conexión con él. Sientes su tristeza como si fuera tuya, debes poner distancia, Paula, o se verá afectada tu relación con Quim.

Me llevé las manos a la boca y sentí que mi cuerpo se me debilitaba.

—No puede ser, estoy enamorada de Quim hasta los huesos, estoy segura de que nadie puede hacer que eso cambie.

—Paula, por favor hazme caso.

—Tengo prisa —dije levantándome de golpe—. Además, no tenía pensado volver a verle.

Salí dando un portazo y aún sin ningunas ganas me fui a trabajar. Con un poco de suerte alguien conseguiría distraerme con alguno de sus problemas. No sabía exactamente por qué el hecho de que Santi me hubiera dicho eso me había ofendido. ¿Tan miserable me creía como para hacerle eso a Quim? ¿Acaso no veía lo terriblemente enamorada que estaba de él? Estaba claro que Oliver era un hombre atractivo, pero nada que ver con Quim.

El resto de mañana fue toda una tortura, no había manera de centrarme en nada que no fuera la dichosa conversación con Santi. Por haber llegado tarde a trabajar, me ofrecí para hacer unas horas extras y ayudar a Mateo con una nueva terapia que se le había ocurrido. Quim estuvo mandándome mensajes durante todo el día y yo intentaba responderlos como lo haría cualquier día; no quería que él notara nada. Lo último que quería era que Quim se comiera la cabeza con tonterías que no tenían sentido. También recibí varios mensajes de Cristina hablándome sobre si había pensado algo para mi cumpleaños que sería en unos días; justamente en lo único que no había pensado en aquella mañana.

Serían sobre las cinco de la tarde cuando me puse de camino a casa, estaba cansada física y mentalmente, por no hablar de que tenía unas agujetas tremendas por todo el cuerpo. Pese a todo, estaba deseando volver a casa y guarecerme en los brazos de Quim, para así olvidarme de todo, incluso de mí.

Cuando estaba llegando a casa, después de un largo paseo, me pregunté si Quim estaría en mi casa esperándome. No lo sabía con exactitud ya que me había quedado sin batería. Crucé los dedos para que estuviera en el sofá esperándome con su dulce y preciosa sonrisa y me dijera algo ocurrente que me hiciera sonreír. Cuando abrí la puerta supe que estaba en casa, su perfume predominaba sobre todos los ambientadores que tenía. Tan solo eso consiguió que mi humor cambiara. Di unos pasos para adentrarme en el salón y encontrarme con sus ojos, cuando escuché una segunda voz masculina. Casi me desmayo.

—Oh, mira —dijo Quim poniéndose en pie—. Ya está aquí.

Oliver se puso en pie y clavó sus ojos oscuros en los míos, miré a ambos sin saber que hacer o qué decir.

—Quería darte las gracias por tu ayuda —dijo hablando tranquilamente mientras metía sus manos en los bolsillos del pantalón, un gesto muy habitual de Quim—. Le he contado a tu novio que me estás echando una mano con mis problemas personales, le decía que eres una gran terapeuta.

Tragué saliva y el corazón se me disparó de manera alarmante, sin embargo Quim estaba tranquilo y sonreía ampliamente.

—Estaba en la puerta del patio cuando nos hemos tropezado —dijo Quim acercándose a mí y besando con dulzura mis labios—. Le he reconocido, de la tienda, y él ha reconocido mi traje —dijo sonriendo, yo sonreí solo para que no sospechara—. No sabía que le estabas tratando.

—Bueno, apenas han sido unas citas —improvisé como pude.

—Supo que soy un saco de penas mientras te compraba ese traje —añadió Oliver mientras sonreía con una sonrisa que no le llegaba a los ojos—. Acertó tanto con lo que me dijo que me asusté.

Casi me caigo al suelo si no llega a ser porque Quim me tenía sujeta de la cintura. Él se echó a reír ajeno a todo el remolino de cosas que me estaban pasando por la mente.

—Sí —añadió Quim—, suele ser bastante intuitiva.

—Desde luego —contestó Oliver—. No os quiero robar más tiempo, agradezco tu amabilidad

Quim —Quim asintió—. Gracias por tu ayuda, Paula.

Asentí avergonzada y miré hacia el suelo mientras veía los zapatos de Oliver acercarse a mí. Quim soltó mi cintura y se dieron la mano. Justo en ese momento el puñetero móvil de mi querido «macho alfa» sonó y con un movimiento de disculpa se apartó de ambos y atendió la llamada. Oliver me miró fijamente a los ojos y poco después me dio un beso en la mejilla. Cuando pensaba que nada podía ir peor me susurró en el oído.

—Nos vemos pronto.

Y diciendo esto y saludando de nuevo a Quim con un leve movimiento de cabeza, le vi caminar hacia el exterior de mi casa. Le seguí con la mirada mientras empezaba a tranquilizarme un poco, entonces fue cuando vi como dejaba un sobre encima de una pequeña mesita de decoración que tenía junto a la puerta de entrada. Me miró durante unos segundos y después desapareció de mi vista cerrando suavemente la puerta.

Miré a Quim mientras un sudor frío recorría mi columna vertebral. Gracias a Dios él seguía enzarzado en aquella conversación de móvil y parecía ajeno a todo lo que había ocurrido. Con naturalidad dejé mi bolso y mis cosas sobre la mesa, y fui hacia la entrada, miré una vez más a Quim, que seguía dándome la espalda visiblemente enfadado con aquel que estuviera hablando, cogí el sobre y caminé rápidamente hacia el baño, donde me encerré.

Apoyé mi cabeza sobre la puerta e intenté respirar con normalidad, las manos me temblaban y eso dificultaba que abriera el sobre con rapidez. Cuando por fin pude sacar lo que había en su interior tuve que sentarme sobre la tapa del inodoro a menos que quisiera caerme al suelo de culo. Dentro de aquel sobre había una foto antigua, tendría más de cien años. En ella aparecía una persona igualita a mí de la mano de un hombre igualito a Oliver. Sin buscarlo los sueños con Filipino, Quim vinieron a mi mente. Parecía la misma época, pasé mis dedos temblorosos por la foto y después me los llevé a los labios para evitar sollozar. ¿Cómo podía ser aquello real?, ¿era yo?, ¿cómo tenía Oliver aquella foto? Y lo que es más espeluznante: ¿cómo sabía donde vivía?

Con todas esas cosas en mi cabeza di la vuelta a la foto, no me había fijado en que había algo escrito.

Siempre supe que había algo extraño en ti, esta foto ha pertenecido a mi familia durante generaciones. ¿Serías tan amable de explicarme porqué salimos en esta foto? Llámame a este número cuando estés dispuesta a hablar.

Me llevé las manos a la cabeza y empecé a llorar sin poder contenerme. ¿Qué significaba todo aquello? Aquella noche, con una excusa idiota que Quim pareció creerse, pude quedarme sola en casa. No dejaba de darle vueltas a lo que podía significar aquella foto, ¿Cómo podía ser aquello posible? ¿En qué realidad paralela estaba metida? Tampoco podía quitarme de la cabeza las palabras de Santi.

Me debí dormir ya de madrugada y el resto del día lo pasé sumida en un trance del que no podía salir, aunque mi cuerpo estaba presente en mi trabajo, mi mente estaba perdida en cualquier lugar a kilómetros de la tierra.

Nerviosa, y sabiendo que estaría así hasta poder aclarar algo con Oliver, me decidí a mandar un mensaje al número que había anotado detrás de la foto. Contestó más rápido de lo que esperaba y, sin tiempo para pensármelo más veces me decidí a ponerme en marcha. Solo podía decirle la verdad, que no tenía ni idea de nada. Quim parecía no haber notado nada raro en mí, procuraba actuar como siempre, pero algo me decía que solo estaba fingiendo. En aquel momento prefería que fuera así, ni siquiera sabía qué podía ser lo que aconteciera con Oliver.

Al medio día, a la hora acordada, me encaminé con unos nervios horribles hacia el parque al que había acudido con Oliver; ya no me parecía tan bonito ni las hojas tan verdes; sentía una losa de sentimientos pegados a mí, como ya iba viniendo a ser una costumbre.

Oliver aún no estaba allí, así que interiormente respiré y di gracias por tener aquellos minutos para mí. Me senté en un banco y miré al cielo; mis gafas de sol me protegían de los rayos que me doraban la cara. Sentía mi piel caliente y una suave brisa casi impredecible que recorría mi cuello. Me habría quedado allí dormida si no llega a ser porque una sombra cubrió completamente el sol y me llevó a dar un salto importante.

—Lo siento —Se disculpó Oliver—. No quería asustarte, pensaba que estabas dormida.

Me quité las gafas de sol y lo miré de arriba abajo, se me hacía raro verle con ropa normal, me hice a un lado para que se sentara.

—No estaba dormida, solo pensaba.

—Te preguntaría sobre qué, pero me temo que mi visita de ayer y la foto tiene mucho que ver, ¿verdad?

—Sí.

Nos miramos unos segundos, el corazón latía desesperado dentro de mi cavidad torácica, justo al borde de un amago de infarto. Le vi tomar aire.

—La foto es de unos antepasados míos, la encontré por casualidad hace unos meses. Mi abuela murió y yo me encargue de sus cosas. No había caído en ella hasta que una vez entraste en la tienda, tu cara me sonó familiar, pero como trato con tanta gente al cabo del día...

»Hace unos días, cambiando cosas de lugar, la vi de nuevo y no le di importancia. Hay personas que se parecen —Le miré sin pestañear—. Todo era normal hasta la mañana que desayunamos juntos. No quise decirte nada, pero me daba la sensación de que ya había estado antes contigo. Después, justo aquí, dijiste esas cosas al tocarme... ¡lo supiste!

—Oliver —susurré.

—Cuando llegué a casa me puse a buscar la foto y me fijé bien. No eran simples parecidos: éramos tú y yo. ¿Cómo puede ser eso posible? Paula, ¿en qué realidad estoy metido?

No pude evitar echarme a reír. Mis nervios, sus nervios y todo aquel revoltijo de cosas salieron de la manera más curiosa de todas.

—No puedo contestarte a eso, yo últimamente también ando algo perdida. No sé explicar la foto, quizá preguntando a nuestros familiares podamos saber algo, ¿no crees?

—Tengo una tía que sabe mil historias de mis antepasados, puede que le pregunte —Me miro con cierta timidez en los ojos—. Siento haberte molestado con esto, no debería haber ido a tu casa, pero tu novio se empeñó tanto que...

—Tranquilo —Sonreí—. Al principio me asusté, no sabía que pretendías, ahora sé que solo buscas lo que yo —Me miró—: respuestas —Asintió con la cabeza—. Puede que tengamos un pasado en común y no sabemos nada el uno del otro.

Se echó a reír y por fin se relajó, aquello hizo que me sintiera más cómoda.

—Me quedo más tranquilo ahora, sé que tienes algo, Paula, lo sé desde que te vi, pero claro... ¿Cómo dice alguien una cosa así sin parecer un desequilibrado?

—Sé perfectamente qué quieres decir —Me miré las manos inquieta—. Habla con tu tía, yo intentaré sacar información de donde pueda, créeme que últimamente he llegado a la conclusión que nada ocurre por casualidad.

—Sí, lo sé.

Su apariencia taciturna hizo su entrada triunfal, volvía a ser el chico de siempre y aquella pena que enmudecía su alma empezaba a contaminarme de nuevo. ¿Qué podía ser lo que me uniera a él

que Santi tanto temía? De vuelta a casa pasé por una cafetería en la que me fijé en cuatro chicas que hablaban y reían de algo que solo ellas conocían. Las observé y sentí envidia; por un instante me habría encantado volver a ser normal.

Llegué a casa en un estado lamentable, cansada, harta de todo y de mal humor, era increíble como pasaba de un estado a otro sin poder hacer algo para estar calmada. Abrí la puerta y para mi sorpresa había varias maletas sobre el sofá, abiertas. Miré a mi alrededor, pero no había nadie. Una vez delante de las maletas vi una nota y reconocí claramente la letra de Quim:

Llena esta maleta de cosas que abriguen, vamos a dejar el calor para otro momento, no pienses en nada y solo haz las maletas. ¡Feliz cumpleaños adelantado!

Una sonrisa más grande que la luna iluminó mi cara. ¡Un viaje!, y justo en ese momento... Solo me faltaba saltar y bailar danzas por todo el salón de mi casa.

Sin hacer la menor pregunta saqué la ropa de invierno y llené las maletas. ¿Dónde iba? No lo sabía. ¿Por cuánto tiempo? Me daba igual. Solo quería escapar, aunque fuera unos días, de una realidad a la que ya no le encontraba sentido.

Cerro Castor, Ushuaia, Argentina.

No me había dado cuenta de lo que echaba de menos el frío hasta que aquel aire gélido rozó mi cara; me resultaba increíble todo aquello. Había salido de España con tirantes y pantalones cortos y llegué a Argentina con vaqueros y sudadera: aquello era una autentica pasada.

Era la única que parecía asombrada por el cambio de clima tan repentino, Quim me miraba divertido mientras se cubría el cuello con aquella bufanda... Estaba increíble con aquel suéter de lana grueso negro que contrastaba con su pelo rubio ondulado.

En aquel momento sentí curiosidad por ir a pasar unos días en Navidad, ya que todo sería a la inversa. No descartaba aquella opción, de eso estaba segura.

Estábamos a veintiséis kilómetros de la ciudad de Ushuaia, en unas increíbles pistas de esquí donde todo estaba cubierto por capas y capas de nieve blanca e impoluta. Tuve que resistir las ganas de tirarme encima de la nieve y hacer un ángel. Pero si ya estaba alucinada con eso, cuando llegamos a Castor Ski Lodge quise gritar de emoción.

En la base de Cerro Castor, al pie de la montaña, se encontraba Castor Ski Lodge, allí se encontraban quince cabañas de madera y piedra con un diseño rústico maravilloso. Grité de emoción cuando Quim me indicó cuál sería la nuestra.

La nieve cubría los tejados y el camino de madera que nos dirigía hacia la entrada de la casa: aquello era un auténtico sueño. Levanté la cabeza para ver el pequeño balcón que había en la parte de arriba de aquella cabaña y suspiré: aquello no podía ser verdad.

—¿Piensas entrar o quieres quedarte fuera? —gritó Quim desde el interior de la cabaña.

No me extrañaba que estuviera ansioso por entrar, le había cargado con mis maletas sutilmente. Recorrí el pasillo de madera hasta la puerta y un olor dulce me dio la bienvenida; si por fuera era una delicia, por dentro ya era un éxtasis.

Había grandes ventanales desde donde se podía ver el exterior mientras nos sentábamos en unos sofás preciosos y disfrutábamos del calor de la chimenea. Todo estaba iluminado con luces cálidas que otorgaban a aquel sitio un ambiente tremendamente acogedor; las paredes de piedra y madera dotaban elegancia a aquel lugar. Había una pequeña cocina con una mesa y varias sillas, y unas escaleras que conducían a la parte de arriba, donde después de otro ventanal precioso al lado de aquella cama inmensa, se encontraba un baño digno de una reina.

—Oye Quim —grité desde la parte de arriba de aquella casa —¿Esto no es muy grande para los dos?

—¿No te gusta?

—¿Estás de coña? —dije mientras bajaba las escaleras como un resorte—. Es preciosa, no creo que quiera irme nunca de aquí.

—Las cabañas para dos personas estaban ocupadas, solo quedaba esa... Además, me gustan los espacios amplios.

Le miré como quien mira a alguien a quien admira, como miraba Cristina al protagonista de la serie de *Espartacus*..., o como yo miro el chocolate cuando estoy a dieta.

—He visto que hay un edificio un poco más allá, ¿qué es?

—Allí hay un *spa* y restaurantes —dijo mientras ponía la leña dentro de la chimenea—. Había pensado ir mañana, ¿te apetece?

—A mí me apetece de todo —dije levantando los brazos para estirar los músculos de la espalda—. Y tú entras en ese «todo» —Quim dejó rápidamente lo que estaba haciendo y me prestó toda su atención— ¿Qué te parece si lleno esa fantástica bañera que hay arriba? Doce horas de avión son demasiadas horas...

—Me parece genial —susurró llevándose las manos a la nuca.

Tuve que respirar varias veces para autocontrolarme, aquella cara, aquellos ojos... Todo él era una delicia.

Subí de nuevo las escaleras con una energía renovada, nada que ver con la angustia y el desespero que sentía antes de salir de España. Tenía la sensación de que lo que me atormentaba se había quedado en la puerta de embarque y esperaba que no me siguiera hasta allí. Apenas había pensado en Oliver y en aquella foto, y rezaba a todos los dioses para que Quim no hubiera percibido algo.

Llené la bañera con agua caliente y eché esas sales de baño en forma de bola, y en apenas unos segundos el agua era de color rosa. Me froté las manos, ansiosa y mientras llamaba a Quim me iba desnudando y metiéndome en el agua. Me costó un poco meterme entera, ya que quemaba un poco, aun así, con paciencia conseguí meterme antes de que Quim llegara.

—Anda que me esperas —dijo desde el marco de la puerta mirándome con esos ojos azules cristalinos—. Me he perdido el espectáculo.

—De eso nada —Sonreí—. Yo entera soy un espectáculo las veinticuatro horas del día.

Sonrió mientras empezaba a desnudarse, lo había visto mil veces desnudo, pero siempre lo miraba embobada como si fuera la primera vez que lo veía. Mi parte favorita de su anatomía era su cara, esa cara tan simpática. Con esa sonrisa y esos hoyuelos que siempre me hacían reír. Era tan jodidamente guapo que me obnubilaba.

—¿Me haces un hueco? —susurró completamente desnudo delante de mí.

—Claro —suspiré—, pero te advierto que está ardiendo.

—Bueno, entonces no habrá diferencia con mi temperatura.

Me guiñó un ojo y sonreí tímida, siempre conseguía que me sonrojara por algo... Para mi sorpresa se metió súper rápido, le miré con el ceño fruncido y sonrió.

—Te has quemado y lo sabes...

—¿Qué va! Ven aquí —susurró tirando de mí y envolviéndome con sus brazos—. Me encanta tenerte así.

—Así, ¿cómo?, ¿entre tus brazos o desnuda?

—Ambas cosas —susurró mientras me mordía el cuello—. ¿Te ha gustado la sorpresa?

—¿Que si me ha gustado...? —Sonreí—. Ya se me ha olvidado por completo que en España es verano, aunque creo que me van a despedir.

—¿Por qué dices eso?

—Desde hace un tiempo no me tomo en serio mi trabajo —Por fin había dicho en voz alta lo que llevaba pensando un tiempo—. Volví hace poco de las vacaciones y desde entonces he estado dispersa, por no hablar de que he fallado muchísimo... Por ejemplo, ahora mismo. Hoy tenía que estar trabajando y no aquí: he dejado a Elena con el culo al aire.

—Eres una de sus mejores terapeutas, no puede permitirse perderse.

—Quim...—Suspiré—. Nadie es imprescindible y menos yo. Hasta donde sé, han disuelto varios de los grupos que llevaba, eso no pinta bien.

—¿Te preocupa perder el trabajo?

—Realmente no. No sé a qué podría dedicarme si Elena me despide, pero no es algo que me preocupe.

—Bueno, siempre puedes abrir tu propio gabinete esotérico.

Me eché a reír y le salpiqué con el agua, no tenía ni idea de qué podría depararme mi futuro profesional, pero me daba igual.

Salimos de aquella bañera donde el agua ya se había quedado fría. En lugar de secarme en el baño, salí con la toalla y me sequé delante de aquel enorme ventanal con una montaña enorme cubierta de nieve de fondo.

—No sabía de ese punto exhibicionista tuyo —susurro Quim a mi espalda. Supe que estaba desnudo por la incipiente erección que me rozaba la espalda.

—Nadie puede verme—dije mientras me rozaba contra su anatomía.

—Bueno, nadie que no esté paseando y tenga unos prismáticos...

—Mmm —murmuré mientras levantaba una ceja. Me volví hacia él y suspiré—. Pues si hay alguien que se toma esa molestia... Vamos a hacer que vea el espectáculo completo.

Y diciendo esto me arrodillé teniendo así un primer plano de su masculinidad. Miré a Quim una vez más antes de hacerle volverse loco de placer.

El sexo con Quim era una maravilla delirante, jamás había disfrutado tanto el sexo con nadie y jamás había llegado al orgasmo de las maneras que llegaba con él. Eso me inquietaba a veces un poco... Si por algún motivo nuestra relación se terminaba, ¿qué sería de mis orgasmos? Eso era algo a tener muy en cuenta. Nunca le había contado a Cristina demasiadas intimidades sexuales con mis exparejas, pero en esa ocasión me tenía que morder la lengua un millón de veces para no contarle que Quim me hacía el mejor sexo oral del mundo.

Estaba despatarrada en aquel momento, cuando un pensamiento me azotó de golpe, me incorporé en la cama y miré a mi alrededor. Quim se había quedado medio dormido a causa de nuestro maratón de sexo y parecía que no se había dado cuenta de nada... ¿Acaso estaba perdiendo facultades?

La cara de Cristina se aparecía en mi cabeza una y otra vez, y una angustia horrible se adueñó de mí, corrí hacia mi móvil y la llamé.

—Paula...—Escuché la voz adormilada de mi amiga—. ¿Pasa algo?

—¿Estás bien?

—¡Claro que estoy bien! Estaba durmiendo, hoy es mi día libre. ¿Querías algo?

—No nada—susurré—. Perdona, quería contarte que esto es una pasada...

Disimulé como pude y esperé que me creyera.

—Me alegro, pero... ¿no puedes esperarte unas horitas *so'cabrona*?

—Sí, sí, vale... Descansa, hablamos después.

Dejé el móvil sobre la mesa y miré hacia el ventanal pensativa. Cristina parecía estar bien, pero no podía ignorar aquella horrible sensación en el estómago. Quizá fueran paranoias mías... ¡Ni que yo fuera Nostradamus!

Miré a Quim que seguía roque perdido, y aunque en la casa se estaba maravillosamente bien, me moría por salir a explorar el exterior. Así que ataviada cual muñeco Michelin, salí al exterior donde un frío gélido me heló la cara. Aluciné en colores ante aquella sensación porque no podía olvidar que estábamos en agosto. Me fijé en que en todas las cabañas que había alrededor había gente, muchos de ellos salían ataviados con esquís y toda aquella parafernalia; jamás había esquiado, pero no era tarde para ello.

Paseé por la zona, sin alejarme demasiado, para conocer mejor el entorno, me sentía

extraordinariamente bien, incluso podía mirar a la gente sin que me cegara la luz de su aura... Si aquello continuaba así, me iba a quedar allí para siempre.

No había caído en que andar por la nieve podía cansar tantísimo, puede que fuera algo obvio, pero no lo había pensado en el momento de creerme Dora la exploradora. Los pies se me hundían al caminar y cada vez los tenía más cansados y fríos, y como yo era así de lista, me había dejado el móvil en la cabaña.

Deshacer lo andado y volver al punto de partida me llevó más de media hora, estaba helada, cansada y tenía un hambre increíble. Cuando llegué a la puerta y la abrí, la casa seguía en silencio.

—¡Será verdad esto! —susurré mientras me quitaba las botas y andaba de rodillas hasta la chimenea, que por cierto, estaba *on fire*— ¡Quim!

—¡Qué! —dijo una voz a mi espalda haciendo que pegara un bote.

—¡Por Dios! —Me llevé las manos al pecho—. ¿De dónde has salido?

—Estaba sentado en la escalera cuando has entrado...

Lo miré atónita y devolví la vista a la chimenea donde puse mis pies lo más cerca posible de fuego. Volví a mirar a Quim y sonreí, se había vestido de negro y se había puesto una camisa roja a cuadros, tipo leñador, abierta, que le quedaba como un guante.

—No sabía yo que eras tan sigiloso...

—Hay muchas cosas de mí que aún no sabes —me interrumpió.

—¿Cómo cuál...? —Le sonreí—. ¡Sorpréndeme!

—Mejor lo dejo para que lo descubras sola.

Le sonreí y miré de nuevo el fuego, mis pies ya habían entrado en calor y ya podía moverlos sin que me dolieran. Quim desapareció de mi vista para poco después aparecer con una tabla de quesos —veganos obviamente—, y una enorme ensalada que daba gusto verla. Se sentó en el suelo, a mi lado; frente a la chimenea montó nuestro primer picnic.

Parecía que me había leído la mente, ya que tenía un hambre atroz. Empezamos a comer en silencio mientras mirábamos el fuego, era imposible quitar la vista de aquellas llamas... Es increíble el poder hipnótico del fuego.

—De pequeño, me decían que si mirabas mucho el fuego, te meabas en la cama.

Le miré sonriendo.

—¿Te has meado alguna vez en la cama?

—No, que yo recuerde —sonrió y suspiré al mirar aquellos hoyuelos.

—Háblame de ti...

—Ya sabes muchas cosas de mí...

—¡Qué va! Apenas se nada... ¿Qué te gustaba hacer de pequeño? ¿Cuántas novias has tenido? No sé, ese tipo de cosas.

—Pues... —Me miró pensativo— Como pasé gran parte de mi adolescencia siendo un marginado, pasaba las horas leyendo. Me encantaban las novelas negras; leer un libro era lo único que me hacía desconectar, hasta que no llegaba al final, no podía saber que pasaba... para mí eso era una fiesta.

—¿Crees que puedes ver el final de todas las cosas?

—De todas no, pero si me concentro puedo llegar a ver un futuro muy lejano —Le miré perpleja—. Dentro de poco tú también podrás hacerlo.

—¿Yo? ¡Qué va, qué va! —Resoplé mirando el techo—. No quiero ver el futuro y mucho menos un futuro lejano. ¿Qué emoción tendría la vida? ¿Dónde queda el libre albedrío?

—El destino está escrito, Paula. De principio a fin.

—Me niego a creer eso —Fruncí el ceño—. Me niego a pensar que todo está escrito y que

nada puede cambiar. Pienso que puede haber un principio y un final establecido, pero lo que hay en medio puede variar según tus decisiones...

—¿Crees que hay otras vidas? —preguntó muy atento.

—Sí, creo que hay otras vidas. Puede que tú y yo hayamos estado juntos en alguna —Sonreí recordando los sueños que tuve con él al principio de conocerlo—. Quién sabe... Pero creo que cada vida es independiente. Cada vida te lleva a tomar decisiones distintas, no creo en eso de que estés condenado a cometer los mismos errores una y otra vez, es una memez.

Pensé en lo que me había dicho Santi, pero me negaba a creerlo. Quim me miraba tan atento que casi ni pestañeaba.

—Curioso... —susurró.

—¿Qué es curioso?

—Todo— Se encogió de hombros—. Me hace gracia cómo piensas sobre estas cosas, hace unos meses hablar de otras vidas habría supuesto un drama, y ahora... ¡mírate!

—Hace unos meses no sabía que tenía un poco de *Carrie* en el cuerpo, supongo que eso me pasa por hablar e ir de lista.

—Es divertido verte descubrir cosas —Sonreí al ver cómo me miraba.

—Y... Cambiando de tema —Carraspeé—. Aparte de la novia loca que tiraba tus cosas por la ventana... ¿Ha habido alguna más, alguien verdaderamente importante?

Una imagen de unas manos entrelazadas con un anillo me golpeó la mente, tuve que pestañear dos veces para poder reponerme. Quim no se había dado cuenta, ya que había desviado la mirada hacía el fuego.

—Mmm —murmuró—, realmente no, he sido un gran conquistador —Resoplé y miré al techo, a lo que Quim sonrió—, pero no he tenido nada que valga la pena recordar, ¿y tú?

—¿Hace falta que te lo diga? Si lo que no sabes por mí, lo sabes por tu cú-cú que ahora yo comparto, y lo que no, te lo largaron mis amigos aquella noche... Soy un libro abierto para ti.

—Ya me gustaría a mí... Hay veces en las que no sé por dónde narices me vas a salir.

—Bueno, eso es la magia del directo —Lo vi sonreír y suspiré—. Por cierto, ¿este viaje tan improvisado, a santo de qué?

—Te vi nerviosa, un poco ida y superada por las circunstancias... Pensé que necesitabas tomar aire.

—Tampoco hacía falta que me trajeras a Argentina —Sonreí—, pero has acertado de pleno, era justo esto lo que necesitaba.

—Sabía que era lo que necesitabas...

—¿Y lo sabías como Quim o como vidente?

—Como ambas cosas...

Me eché a reír mientras negaba con la cabeza, no quería comentarle la imagen que me había venido a la cabeza poco antes, seguramente tendría que ver con Cristina y no con él... Después de haberle preguntado, dudaba mucho de que me mintiera en la cara.

Amanecer con esas vistas era una delicia, había madrugado sin necesidad de alarmas ni ruidos raros y lo mejor de todo era que sentía que había descansado una barbaridad. Quim seguía durmiendo, así que para no molestarle bajé al salón donde con una maña patética encendí el fuego. Habíamos quedado en que iríamos a desayunar al edificio que había a unos metros de la cabaña donde también había un spa, y que después iríamos a las pistas de esquí a esquiar, o al menos a intentarlo, en mi caso... Esperaba que la suerte me acompañara y no acabar con una pierna rota, volviendo a casa en silla de ruedas.

Antes de lo esperado tenía a Quim dándome los buenos días, preparado y listo para la aventura... Para mí todo lo que tuviera que ver con esfuerzo físico era una aventura.

Aquella vez, y para aguantar mejor el frío, me puse dos calcetines, sabía que me iba a costar la vida llegar al edificio andando, pero recé para tener el nivel de patetismo lo más bajo posible.

El desayuno nos dejó satisfechos y nos pusimos en marcha hacia las pistas de esquí, que, por cierto, estaban abarrotadas. Quim pensó que quizá era buena idea que un monitor nos orientara un poco. Aunque yo aparentaba seguridad estaba cagada de miedo, por no hablar de que el aura del monitor me había estado estorbando gran parte del rato, así que apenas pude prestar atención; ni siquiera las gafas de sol me habían servido.

Siguiendo los consejos del monitor empezamos el día dentro de las pistas más sencillas, es decir, la pista donde estaban los niños. Quim se reía de mi torpeza, y yo me moría de amor de ver lo bien que se lo estaba pasando, aunque fuera a mi costa.

Bien entrada la mañana decidimos dar un paso más y probar con otra pista un poco más complicada. Para llegar a ella teníamos que subir en telesilla.

—Menos mal que aquí no me conoce nadie —susurré poco después de sentarme—. Sé que me voy a caer de boca, lo sé.

—Deja de ser tan negativa —dijo Quim poniéndome bien el gorro—. Es normal caerse las primeras veces, a mí también me pasó.

—Ya —susurré mirándole un poco mal—. Me dices que no sea tan negativa y no paras de reírte de mí.

—No lo puedo evitar —Se echó a reír contagiándome—. Es que eres muy graciosa.

Miré hacia otro lado ocultando la sonrisa de tonta que se me ponía cuando veía a Quim tan feliz, estaba tan distraída mirando el paisaje que a punto estuve de no saltar del telesilla cuando tocaba. Por suerte no me caí y por primera vez en todo el día podía esquiar sin caerme. Tanto era así que me envalentoné y decidí bajar por una cuesta bastante considerable, si veía que la cosa se complicaba, siempre podría tirarme al suelo.

Quim no me impidió hacer tal locura, confiaba en que fuera porque había sentido que no me iba a matar. Primero me tiraría yo y después me seguiría él... Me lancé sin pensármelo demasiado y para mi sorpresa todo fue genial, mantuve el equilibrio y me encantó la sensación de estar deslizándome por la nieve mientras la brisa fresca me daba en la cara. Todo iba genial hasta que algo se cruzó en mi camino haciendo que perdiera el control de los esquís y acabara cayéndome estrepitosamente por la cuesta.

—¿Estás bien? —escuché una voz a mi espalda, me moví como pude y acepté la mano que me había tendido—. Menuda caída.

—Gracias —Me quité las gafas y me bajé la bufanda que me cubría media cara e intenté serenarme—. Algo se ha cruzado en medio, ¿lo has visto?

—¿Paula? —Aquel chico se quitó lo que le cubría la cara y se me cortó el aire.

—¡Oliver!

—¿Cómo has podido caerte así? —preguntó Quim mientras me acariciaba el pie vendado—. Casi me da un infarto al ver cómo te has caído.

—Estaba bajando bien, pero algo se ha cruzado delante de mí, ni siquiera he visto que era...

Quim me miró apenado mientras me daba una taza de té caliente que me habían preparado. Me encontraba en un pequeño hall que había en el edificio cercano a las pistas. Me había mirado el médico y me había dicho que tenía un esguince leve; después de contarle la caída nos dijo que bastante poco me había pasado.

Estaba terminándome el té —asqueroso, por cierto— cuando Oliver vino hacia nosotros.

—He podido conseguir antiinflamatorios, tómate uno cada 8 horas.

—No sabía que también eras médico —contestó Quim con un tono nada amigable que Oliver ignoró.

—No, hombre, médico no, pero si enfermero.

—Vaya —exclamé—, no me lo habías dicho.

Quim me miró con el ceño fruncido y quise cortarme la lengua de inmediato. No había que ser muy lista para darse cuenta de que Quim no estaba cómodo ni contento, al revés, parecía muy enfadado y temía que fuera por mi culpa.

—Creo que ya es hora de que vayamos a la cabaña —interrumpió Quim mientras tiraba de mí para ponerme de pie—. Demasiadas emociones por hoy.

Asentí mientras me apoyaba en Quim y procuraba apoyar el pie lo menos posible.

—Os he conseguido un coche —dijo Oliver, a lo que Quim asintió.

—Gracias Oliver —susurré—. Te debo una.

—No te preocupes, iremos luego a visitarte, si no te importa... —Fruncí el ceño—. Mi novia y yo, quiero decir.

Sonreí de inmediato y asentí con la cabeza.

—Imagino que ya sabrás que cabaña es, ¿verdad? —apuntilló Quim. Oliver, ignorando de nuevo el tono de Quim, asintió—. Genial.

Me despedí de nuevo de Oliver con la cabeza y nos pusimos en marcha, en apenas dos minutos ya estábamos en la cabaña. Quim no había dicho ni una palabra en todo el rato, y al llegar se limitó a ayudarme a sentarme y a avivar el fuego.

—Qué mala pata la mía —susurré mirando a Quim—. Acabo de estropear el viaje.

—No eres tú quien ha estropeado nada —Se volvió hacia mí visiblemente molesto—. ¡No me gusta ese tío!

—¿Quién?

—¿Cómo qué quién? —Me miró con los ojos muy abiertos—. ¡Oliver! ¡No lo soporto!

Le miré alucinada, no era tonta como para no percibir que no le caía bien, pero lo había notado ese mismo día, el día que ambos estaban en mi casa todo parecía ir bien. Tampoco entendía a santo de qué todo aquello...

—Quim... ¿por qué? ¿Ha pasado algo que no sé?

—Lo que ha pasado lo sabes de sobra, no te hagas la tonta ahora...

—¡Quim, no sé de qué narices estás hablando!

—Ese tío no es bueno, Paula. No sé cómo quieres que te lo diga, ya te lo dijo Santi y no le has querido hacer caso.

—¡Espera un momento! —Exclamé poniéndome de pie—. ¿Todo esto es por lo que dijo Santi? ¿De verdad?

—Ya no es solo por lo que dice él, es que es algo que yo también sé. ¿Acaso crees que coincidir aquí es casualidad?

—Pero Quim...

—Paula, nos hemos ido a la otra puta parte del mundo y este tío aparece aquí... ¿No te parece raro? Santi no se equivoca...

—¿Podemos dejar a un lado el puto tema esotérico y centrarnos en la vida real? ¡Te quiero, Quim! ¡Estoy súper enamorada de ti! Jamás había sentido nada parecido por nadie, ¿en serio crees que todo esto va a cambiar porque según dice Santi en otras vidas ha pasado? ¡Céntrate, Joder!

—Pero Paula...

—Nada de lo que haya pasado en otras vidas va a interferir en esta. ¿Lo has entendido?

—La que quiero es que lo tengas claro tú, Paula.

Y diciendo esto desapareció de mi vista, no podía evitar sentirme mal por todo aquello y ridícula. ¿En serio iban a condicionar mi vida actual historias pasadas de abuelas? Ni siquiera tenía la seguridad de que aquello realmente fuera verdad.

Pasaron varias horas en las que no supe nada de él, seguramente estuviera tirado en la cama o dormido, era una pena que con aquella cabaña tan preciosa el ambiente fuese tan desastroso. Con los humos tan intensos como estaban no era una buena idea que allí se presentara nadie y, aunque el pie me dolía horrores, tendría que buscar a Oliver de alguna manera... Si tenía que ir cabaña por cabaña, lo haría.

Me enfundé en uno de los monos que me había dado tiempo a comprar, me puse las botas, el abrigo y cojeando salí de la cabaña. La noche estaba cerrada y aunque había luces me dio algo de miedo, aun así, estaba dispuesta a encontrar a Oliver. Antes de ponerme en marcha, dado mi dolor de pie, me senté en las escaleras de acceso a la cabaña a respirar un poco, diez minutos después la silueta de un hombre paró frente a mí.

—¿Paula? —Levanté la cabeza y allí estaba Oliver, tapado hasta los ojos y con una caja de lo que parecían bombones—. ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba que me diera el aire, y de paso sentarme un momento —Sonreí cuando Oliver se sentó a mi lado—. ¿Y tu novia?

—No ha querido salir de la cabaña —Agachó la cabeza y algo palpitó dentro de mi pecho, Oliver me estaba mintiendo—. Las cosas no van muy bien...

—Ya veo —susurré mirándome las manos—. ¿Qué casualidad encontrarnos aquí, verdad?

Me miró durante un momento y entrelazó las manos.

—Vengo cada verano desde hace unos años, una vez soñé con este sitio, y desde entonces no faltó.

—Vaya... ¿Y qué pasaba en ese sueño?

—Qué conseguía lo que andaba buscando —Por primera vez supe que decía la verdad—. Pero ya sabes, los sueños, sueños son...

—Ya...

—Por cierto, ¿y Quim?

—Está acostado, no se encuentra muy bien...

Nos miramos durante un segundo, sabía de sobra que se había dado cuenta de que mentía.

—No me traga, ¿verdad? —No pude evitar echarme a reír—. No hace falta que me respondas, lo he intuido solo.

—Yo... lo siento, Quim es un poco especial, pero no es mal hombre.

—Eso no lo dudo.

Nos miramos durante unos minutos en silencio, y un millón de imágenes me asolaron la cabeza, imágenes de otras épocas, otros momentos... Y todas con él. Una angustia palpitante empezó a adueñarse de mí, podía sentir que algo malo iba a ocurrir en ese momento si no salía corriendo de allí, pero justo antes de poder hacer nada los labios de Oliver ya estaban sobre los míos.

Fue entonces cuando imágenes nuestras en el prado de mis sueños anteriores se hacían más notorias, en mis sueños era Quim quien estaba, no él... ¿Qué estaba pasando?

Una fuerza empujó a Oliver que acabó revolcado en la nieve, antes de poder hacer nada Quim se lanzó sobre él y empezaron a pegarse de una manera horripilante; coja como estaba y asustadísima, empecé a gritar, pero nadie parecía escucharme.

Al final, después de varios puñetazos, conseguí separar a Quim, que lucía magullado.

—¿Tú estás loco? —gritó Oliver mientras se ponía de pie.

—Ya te dije que no quería volverte a ver más —gritó Quim señalado a Oliver—. Has estado buscando esto desde hace tiempo.

Miré la situación completamente alucinada. ¿De qué estaban hablando? ¿Se conocían más allá de lo que yo creía?

—A ver, que yo me aclare —dije con un hilo de voz—. ¿Qué está pasando aquí?

—Está pasando que este tío es un farsante —susurró Quim intentando respirar—. Ha estado engañándote todo este tiempo haciéndote creer que estaba triste y mal para llamar tu atención.

—¿Farsante? Pero Quim... yo vi su aura.

—Vistes lo que él quería que tú vieras. ¡Él es como nosotros! ¿Acaso no te has dado cuenta?

—¡Quim, para ya! No paras de ver fantasmas donde no los hay. ¿Acaso no puede haber alguien normal?

—¿Normal? —Me miró directamente a los ojos—. Tú acabas de empezar con esto, él lleva años fingiendo ser algo que no es, es un ser oscuro que manipula a su antojo según le conviene.

—¡Quim, para ya! —grité alterada—. Estás llevando los celos a un nivel extremo.

Para mi sorpresa Quim metió las manos en sus bolsillos y se dio media vuelta, dejé de verlo cuando se adentró de nuevo en la cabaña.

Miré como se perdía en el interior de la casa y parte de mí se fue con él. Cuando Oliver se intentó acercar le frené extendiendo mi mano.

—¿Tu eres lo que él dice? —dije mirándole muy fijamente.

—¿Pero qué...? ¡Si ni siquiera sé de qué estáis hablando, grupo de majaderos!

—¿Por qué me has besado? —Me miró incrédulo—. ¡Porque me gustas! Pero vamos... visto lo visto, paso de todo esto.

Y diciendo eso se dio la vuelta y se perdió entre la oscuridad de la noche, miré de nuevo hacia la cabaña, no podía evitar sentir que Quim se había equivocado; parecía desestabilizado y sentí una pena horrible.

Cuando volví al interior de la casa toda estaba en silencio, subí las escaleras y le vi mintiendo sus cosas en la maleta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Esto se acabó Paula —susurró mirándome fijamente—. Pensé que me creías, que confiabas en mí, pero para ti sigo siendo un tarado.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Me voy en el primer vuelo que sale para España, no quiero que me llames, que vengas a mi casa, que me busques de ninguna de las maneras. No quiero volverte a ver jamás.

—¡Quim, por favor! —Susurré echándome a llorar—. Hablemos...

—Ya no tengo nada más que hablar contigo, que te vaya bien —Bajó las escaleras como un resorte y yo le seguí, antes de salir por la puerta se paró y me miró una vez más—. Una vez me dijeron que tú eras la mitad de mi alma, y por un tiempo así lo creí... Pero he visto que estaba muy equivocado, la mitad de mí habría sabido que yo no mentía.

Y diciendo esto se marchó por la puerta dejándome rota en mil pedazos. En aquel momento estaba tan confundida que no sabía qué creer o qué pensar, lo único que tenía claro es que nada volvería a ser lo mismo sin Quim.

España. Octubre.

—Siento que tenga que ser así—dijo Elena mirándome a los ojos—. Pero no puedes seguir trabajando aquí: tus reiteradas faltas, tu comportamiento...

—No importa —dije poniéndome en pie—. Bastante has aguantado, encontraré algo pronto.

—No me cabe la menor duda, y para lo que necesites, estoy aquí.

La miré apenada, no me daba pena que me hubiera despedido, yo deseaba irme de allí desde hacía mucho tiempo, pero me daba pena ella y el error que iba a cometer próximamente.

—Igualmente —Estaba a punto de salir por la puerta cuando me volví—. No te cases, él no te quiere, y te darás cuenta cuando ya no puedas hacer nada.

—¡Paula, por favor!

Asentí sin decir nada más y salí de aquel edificio sintiéndome liberada, antes de volver a casa hice una pequeña parada en casa de Cristina. La premonición de Argentina no iba desencaminada, Marcelo la había dejado a principios de septiembre sin ninguna explicación.

Llegué hasta su puerta y antes de llamar me abrió llorando.

—¿Qué ha pasado? —pregunté alarmada entrando a su casa y deteniéndome en ese mismo instante por el tremendo hedor que desprendía.

—¡La perra! —exclamó llevándose las manos a la cabeza—. La he sacado a pasear esta mañana y no le ha dado la gana cagar, y se ha tenido que esperar a que yo saliera para cagar en el suelo. ¿Y sabes lo peor? —Abrí los ojos mientras me cubría la nariz—. Estaba *La Rumba* ^[1] puesta y ha extendido la mierda por toda la casa ¡Toda la casa está llena de mierda!

No pude evitar echarme a reír a carcajadas, tanto era así que incluso se me saltaron las lágrimas.

—Dios mío, Cris...

—¡Y encima no quiero tirar *La Rumba* porque me costó 200 euros! —Me volví a llevar las manos a la boca muerta de la risa—. Esto es alucinante, con cualquier otra cosa se para y con una mierda más grande que mi mano no. ¿Esto es normal?

Rota de risa como estaba intenté consolarla un poco, seguía bastante «depre» por lo de Marcelo, pero pronto conocería a alguien que le volvería a hacer feliz. Obviamente no se lo había dicho, ya que si se me ocurría abrir la boca estaría dándome por el saco cada día. La quería un montón, pero era de esa clase de personas que no sabían estar solas.

Como buena amiga que era, le ayudé a limpiar, primero abrimos todas las ventanas y empezamos a limpiar el suelo. Yo, amablemente, le dije que de desmontar y limpiar *La Rumba* se encargaba ella... Yo era su gran amiga, pero tampoco era gilipollas.

Tres horas y varios ambientadores después, conseguimos que la casa dejara de oler a mierda. Lo que no se haga por una amiga.

Después, para oxigenarnos un poco, fuimos a tomar algo, nos sentamos en el primer sitio que vimos y pedimos nuestros cafés, Cristina se pidió un *Brownie*, yo tenía el estómago cerrado.

—Así que... —dijo Cristina moviendo su café—. Te ha despedido.

—Sí.

—No se te ve demasiado triste.

—Es que no lo estoy —Me encogí de hombros—. Ya tengo demasiados dramas en mi vida como para cargar con los de los demás, además, necesito avanzar en el mío. Siento que estoy estancada.

—¿Estancada? —Me miró asombrada—. Cada vez percibes más cosas, ¡No digas tonterías!

—Sí, pero, no consigo...

—Encontrar a Quim, ¿es eso?

—Sí, ya ni siquiera veo a Santi... Estoy perdida. No sé dónde buscar.

Me pasé la mano por el pelo y cogí aire, me sentía tan tremendamente vacía...

—Te veo tan abatida... —Me acarició la mano y la miré con cariño—. Me recuerda a cuando te ocurrió lo del accidente, lo mal que te sentías por haber olvidado cosas.

—Es que me siento igual... —Resoplé—. Y encima pude ver en aquella regresión que sí era cierto que había dejado a Quim en otras vidas por Oliver, y no solo en una, en todas. ¿Tú sabes lo realmente culpable que me siento?

—¿Cuándo dices que te ocurrió aquello?

—La noche en la que Quim se fue, pensaba que no dormiría, y caí rendida, fue cuando vi todo aquello.

—Quizá fuera por el estrés emocional que tenías encima —La miré atentamente—. A veces el cuerpo o la mente funcionan mejor bajo presión.

—Puede...

—¿Has probado a cambiar algo en alguna regresión? Puede que ahí esté la clave.

—¿Cambiar algo?

—¿No dices que a veces tienes las regresiones como espectador y otras como tú misma? —Asentí—. Entonces utiliza toda tu energía en hacerlo posible, entra y cambia algo... Total, ya tienes tu vida hecha un desastre.

—Gracias, querida amiga.

—De nada, guapa. No te sientas mal, a mí me han dejado después de casi cinco años, sin darme una razón... Siempre hay alguien peor.

—Eso no sé si me consuela —dije arqueando una ceja.

—Paula.

—No, Cris, no voy a volver a decirte nada de Marcelo —Resopló de mala gana—. No me necesitas a mi pasa saber por qué se ha ido, tú ya lo sabes.

—¡Pero qué coño voy a saber! Lo único que sé es que es un cabrón mentiroso.

—Quizá se le acabó el amor.

—Sí, de tanto usarlo, no te jode.

Sonreí sin poderlo evitar, volvía a ser graciosa aun cuando no quería. La relación de Marcelo y mi amiga dejó de ser idílica hacía un tiempo, ni siquiera yo lo noté. Ninguno de los que los conocíamos nos habríamos imaginado que tendría ese fin, y a veces es difícil saber quién es el culpable, o si realmente los había. Que Marcelo había sido un cobarde, cierto. Que fuera mala persona, no lo creía. Quizá el «cómo empezó la relación» entre ambos debería darle pistas de lo que había ocurrido.

—Cris, seamos sinceras... Vuestro comienzo fue peculiar.

—Lo sé. Por eso siempre tuve ese miedo de que a mí me lo hiciera también. Si fue capaz de dejar a su ex de once años por mí y estar mintiéndonos a las dos un tiempo, que no será capaz de hacer.

—Supongo que cuando las cosas se ponen difíciles... ¡huye!

—Por mí se puede ir a la mierda —Se recostó en la silla y me miró—. Sé que algo mejor está por llegar.

Y diciendo esto cambiamos de tema y nos pusimos al día de los cotilleos varios, y aunque una parte de mí estaba hablando con Cristina tan normal, la otra no dejaba de cavilar en lo que mi amiga me había dicho en un principio. ¿Y si tenía razón? Cuando llegué a casa cené un poco y me puse a meditar, desde hacía un tiempo meditar me ayudaba bastante a sobrellevar los días. Y lo que era peor... la ausencia de Quim.

Abrí los ojos y miré a mí alrededor, estaba dentro de un cobertizo antiguo de madera putrefacta, supe que estaba en una de las regresiones cuando me di cuenta de que no podía respirar a causa del corsé, entonces lo supe, había vuelto al inicio.

Miré por un pequeño agujero y vi que había un caballo amarrado a un bebedero, encima de su lomo había una capa y un sombrero de mujer en forma de campana, no parecía haber nadie más. Entonces una ansiedad horrible empezó a adueñarse de mí.

—¿Paule? —La voz débil de Quim me llamó desde la otra punta—. ¿Eres tú?

—¡Filipo! —Ver en las condiciones en las que se encontraba me partió el alma—. ¿Qué haces aquí?

—Tú prometido, Lord James me ha traído aquí —Me miró fijamente con sus ojos tristes—. Me han condenado a muerte por brujería.

—¡¿Qué?!

—Sé que aceptaste su mano a cambio de mi libertad, pero como ha visto, mintió.

Me llevé las manos a la boca y unas ganas terribles de llorar me invadieron. Tenía que hacer algo, lo que fuera.

—Tengo que sacarte de aquí.

—Paulé, para —Sujetó mis manos con fuerza—. Deberías estar casándote ahora mismo, y no aquí.

—No parece haber nadie. Aprovecha, ¡Vete!

—No quiero una vida sin ti, Paulé. ¿Para qué escapar?

—Escúchame bien —Me miró fijamente—. Yo no soy Paulé, me llamo Paula, y vengo de otra vida para arreglar esto que sucedió.

—Paulé, ¿pero qué me estás diciendo? —Me miró con una sonrisa en sus labios secos y agrietados.

—Filipo, mírame bien, fijate en mi rostro, en mi pelo, en mi piel... No soy Paulé. En la vida de la que vengo tú te llamas Quim y yo Paula, y todo está saliendo mal y este es el origen de todo, ¡créeme!

—Pero... —dudó—. Eso no puede ser posible.

—¿Te recuerdo que estás condenado por brujería? ¡Claro que es posible!

—Hablas tan raro... —Me miró atentamente fijándose en cada detalle de mi rostro y pude ver que sus ojos se agrandaban, estaba segura de que algo había cambiado en su pensamiento, acarició mi mejilla con cuidado y al fin pude sonreír de verdad. Le ayudé a levantarse y me di cuenta de lo extremadamente delgado que estaba

—Dios, ¿qué te han hecho?

—Mejor no quieras saberlo... —Miró a ambos lados y luego a mí—. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

Miré a mí alrededor, tenía que pensar rápido ya que presentía que me quedaba poco tiempo, miré de nuevo su escuálido cuerpo y entonces lo supe.

—¡Ayúdame a quitarme el vestido, corre!

—¿El vestido? Pero ¿qué dices?

—Filipo, por favor, déjate de remilgos, no nos queda tiempo —Se lo pensó un par de segundos y empezó a ayudarme a quitar ese amasijo de ropajes—. Bien, ahora póntelo tú.

—¿Qué?

—Ponte el vestido, encima del caballo que hay fuera hay una capa y un sombrero raro en forma de campana, eso te cubrirá el rostro un poco. Límpiame la cara antes con el agua del bebedero y corre lo más lejos posible de aquí. ¿Tienes dónde ir?

—Sí, pero... ¿Qué pasará contigo?

—Yo volveré a mi vida... Intenta salvarte, por favor.

Asintió mientras empezaba a vestirse, le ayudé a ponerse los ropajes salvo lo justo para no acabar desnuda, estaba tan delgado que parecía una mujer enferma. Salimos al exterior donde se limpió la cara cubierta de mugre para poco después ponerse la capa y mirar el sombrero sonriendo.

—¿De qué época vienes?

—¿Es importante ahora, Filipo? —pregunté nerviosa mirando a ambos lados.

—Debe de ser una muy moderna como para no saber que esto es un sombrero Poke —dijo mientras se lo ponía—. Mi prima tiene uno —Me miró—. ¿Crees que sabrán quién soy?— preguntó poco antes de subirse al caballo.

—Mientras no se te vea mucho el rostro estoy segura de que no.

Me sonrió dulcemente y sin esperarlo me dio un abrazo que llenó todo mi corazón.

—Te amo —susurré en su oído.

—Me consuela saber que estaremos juntos... —Sin esperarlo me besó dulcemente los labios, se montó en el caballo y me miró una vez más.

—Corre, Filipo.

Dejé de verle cuando corrió encima del caballo colina abajo, deseaba con todas mis fuerzas que aquello saliera bien.

Desperté de golpe con el corazón a mil, estaba sudando y me temblaban las manos. Fui hacia el baño donde me lavé la cara con agua fría, cuando miré al espejo Santi estaba detrás de mí haciendo que diera un grito enorme.

—¡La madre que te parió! —dije volviéndome hacia él—. ¿Cómo se te ocurre hacerme algo así? ¿Acaso quieres matarme?

Él por el contrario empezó a reírse.

—Lo siento, nena —dijo llevándose las manos a la cadera—. Siempre había querido hacer una cosa así, además, déjame decirte que te lo merecías.

Le miré de mala gana mientras pasaba por su lado y volvía a la cama.

—¿Y cómo es me honras con tu presencia? —Le miré enfurruada—. Llevo más de un mes sin verte, sin saber nada...

—No quieras saberlo todo —Le miré alzando una ceja—. Vengo a enseñarte una cosa que quizá te interese ver.

—¿A estas horas? ¿Estás loco?

—Es sobre tu amigo Oliver...—Resoplé.

—No sé nada de él desde el viaje a Argentina, ya no trabaja en la tienda, ha desaparecido... —Abrí mucho los ojos—. Dios, no me digas que estaba muerto, porque ya no respondo.

Le escuché reírse.

—No, no está muerto, está vivo y coleando trabajando en un hospital —Le miré alucinada—.

No se llama Oliver, sino Ramón... Todo lo que te ha contado hasta ahora ha sido una patraña, te ha enseñado solo lo que tú querías ver.

—Pero si ha estado trabajando en la tienda de ropa, él me atendía...

—La tienda es de su hermana, la mujer morena estirada a la que veías a veces con él.

Le miré como si no pudiera acabar de entenderlo todo. ¿Cómo alguien podía inventarse una cosa así?

—No parecía su hermana... —Le miré.

—Él sabía cuándo tú estabas cerca, solo tenía que hacerte creer eso...

—¿Por qué? Es que no entiendo a santo de qué... ¿Por qué no me habías dicho todo esto antes?

—Intenté hacerlo, pero no me quisiste escuchar. Debías ver cosas por ti misma, y lo más importante de todo, tu debías decidir si cambiar el destino o no... —Tragué saliva—. Y si yo estoy aquí, es porque algo de eso ha pasado...

—¿Y Quim? —pregunté después de haber estado mirando al techo unos segundos.

—Todo a su debido tiempo, ansia —Se sentó a mi lado y alzó una ceja—. Bueno, ¿Quieres ver lo que he venido a enseñarte o no?

Asentí sin estar muy convencida, no tenía ni idea de qué podría querer enseñarme, pensaba que tendría que salir de casa, pero no. Me llevó hasta donde estaba el ordenador y me hizo encenderlo, cada vez entendía menos las cosas, ya estaba empezando a no entender absolutamente nada. Me hizo teclear en google «Guía espiritual, médium, sanador y todo lo que necesites. Gabinete RR».

Me quedé alucinada al ver una página web a todo tren en la que ofrecían todo tipo de servicios esotéricos, más de los que sabía que existían.

—Oye, Santi, sé que ahora mismo estoy hablando con un muerto —Me miró levantando una ceja—, un muerto muy guapo, pero un muerto al fin y al cabo... El caso es que yo todo esto no me creo. ¿En serio existen todas estas cosas?

—Esto es todo pantomima, pero eso no quita que este que se anuncia en concreto mienta...

—Y ese es... ¿Oliver?

—Pide cita y vamos a averiguarlo...

Le miré fijamente.

—Querrás decir que vaya a averiguarlo yo, ¿no?

—Me lees la mente... —Sonrió

—Ya.

Hice lo que me pidió y pedí cita online, todo eso me parecía algo extraño a la par que ridículo, y me sorprendió aún más cuando me llegó un correo con la confirmación de la cita. Aquel día a las nueve de la mañana sería atendida por el médium más aclamado de la web.

—¿Habrás reservado con otro nombre, no? —Preguntó Santi mirándose las uñas.

—Hombre, hasta ahí me llega, aunque... —Le miré pensativa—. Si de verdad es todo lo que dice ser, ya debe saber que soy yo.

—No se elige lo que se quiere ver, creo que es algo que has podido comprobar por ti misma.

Después de que Santi se fuera allí donde se iba cuando no estaba, me quedé despierta, era incapaz de conciliar de nuevo el sueño, y más sabiendo con quién me iba a encontrar.

Antes de que fuera la hora ya estaba en aquel lugar sin estar completamente segura de lo que estaba haciendo. Oliver no me gustaba. ¿Era necesario llegar hasta ahí?

Para mi sorpresa una secretaria me atendió y como si se tratara de unas oficinas comunes me llevó a un despacho donde me dijo que sería atendida de inmediato.

No sabía exactamente qué iba a ver en aquel despacho, puede que una parte de mí imaginara que sería algo estrafalario, rollo *Oda Mae Brown*, en *Ghost*, pero no, era un despacho normal que parecía de todo menos un sitio donde pueden leer hasta el alma. Llamaron mi atención unos ventanales enormes por los que entraba mucha luz natural, me acerqué y miré el gentío desde aquella posición... ¿De verdad se podría aprender a predecir con más percepción de la que yo creía posible?

—Disculpe que le haya hecho esperar —dijo una voz a mi espalda—. Soy Ram...

—¿Ahora es Ramón? Estaba casi segura de que te llamabas Oliver.

Su cara palideció de inmediato, por un momento pensé que saldría corriendo de allí, pero no, simplemente se quedó quieto.

—¿Cómo me has encontrado?

—He sabido cómo buscar —Di dos pasos hacia él—. ¿Quién eres?

—Soy yo, Oliver —Le miré con chulería—. Soy la misma persona que conociste, solo cambia el nombre.

—¿De verdad? —Arrugué los labios—. Yo juraría que eras un dependiente de una tienda de ropa que estaba deprimido por la mierda de vida que tenía... ¿Vas a decirme de una puta vez quién eres y por qué apareciste en mi vida?

—Es algo difícil —dijo mirando el suelo.

—Creo que tengo la inteligencia suficiente como para entenderlo.

Me miró unos segundos en silencio y poco después fue hacia una silla donde se sentó.

—Siento haberte engañado —Suspiró—, pero no podía decirte quién era, ¿qué habrías pensado de mí?

Le miré como si de verdad pensara que me iba a creer tal patraña.

—¿Pero te crees que soy gilipollas? Has estado manipulando todo lo que he percibido de ti, y ni siquiera sé cómo se puede hacer eso, ni con qué fin. ¡Dímelo!

Me miró durante unos segundos y toda aquella fachada de hombre lastimoso desapareció de su rostro.

—Habría preferido contártelo tomando unas cervezas, pero te has puesto tan quisquillosa... —Levantó una ceja—. Relájate, mujer, ponte cómoda.

—Así estoy bien, gracias.

—En fin... —Resopló aburrido—. Efectivamente no me llamo Oliver, aunque suelo llamarme así a menudo... y sí, es cierto, tengo un don, el cual empleo para vivir.

—Así que... era cierto lo que decía Quim, eres como nosotros.

Levantó una ceja y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Permíteme que te corrija querida, pero soy mucho mejor.

—Serás presuntuoso... —Susurré sentándome al fin en la silla.

—Soy sincero, soy muy bueno... Lo suficiente como para haber manipulado tus visiones hacia mí —Miré hacia otro lado—. Pero tranquila, no te sientas mal, no has sido la primera que ha sucumbido.

Le miré atónita.

—¿A qué se supone que he sucumbido? No tengo ni idea...

—Vamos, has estado buscándome, no soy tonto. Sabía que el golpe de efecto en Argentina tendría sus recompensas.

—¿De qué narices estás hablando? —grité.

—Calma, fierecilla —Sonrió y me dieron ganas de vomitar—. Llegó un punto en mi vida en el que me cansé de limpiar culos, poner sondas y todas esas cosas... Yo merecía más. Los hombres

de mi familia siempre han sido reconocidos por sus talentos durante generaciones, ¿qué cojones estaba haciendo yo sacando sangre a gente? —Levanté una ceja—. Estaba desperdiciando mi don, así que cansado como lo estaba de todo, empecé a ser algo más egoísta. Me di cuenta de cómo me miraban las mujeres, de cómo era deseado por mujeres de todo tipo de edades, y pensé... ¿por qué, no? Así que usando mis habilidades sabía cómo atraerlas aún más hasta conseguir lo que quería de ellas, luego cuando me cansaba, volvía a usar mi don para desaparecer.

—¿Te aprovechabas de ellas?

—Bueno, yo lo veo como un trueque, ellas me querían a mí, y yo a su dinero...

—Vamos, que eres un...

—¿Chico listo? —Me interrumpió para no dejarme terminar—. Mucho, sí. ¿Cómo crees que he conseguido todo esto sino?

Miré al suelo pensativa, ya sabía a qué se dedicaba aquel sinvergüenza, pero... ¿qué tenía que ver todo aquello conmigo?

—Sigues sin decirme que tengo que ver yo con esto —Me encogí de hombros—. No tengo donde caerme muerta, me he quedado sin trabajo y estoy a unos meses de vivir en la indigencia... ¿Qué quieres de mí?

Me miró lleno de orgullo hacía sí mismo, y «cual pecho palomo» empezó a hablar.

—Es muy sencillo... Te quiero a ti.

—¿A mí? Pero si no me conoces... —Me miró como si yo fuese comestible.

—Te conozco más de lo crees, he estado estudiándote de cerca sin que ni siquiera lo notaras. Sabía que tenía que darme prisa, tu don estaba a punto de florecer, y con ese tío pegado a tus pies la cosa se complicaría...

—Sigo sin entenderlo...

—Yo estaba de prácticas en el hospital cuando llegó una chica con un traumatismo importante a causa de un accidente de coche —Me miró fijamente—. Cuando la vi, me enamoré perdidamente de ella. Esa eras tú, Paula.

—¿Yo?

—Sí, enseguida supe que eras especial, tenías una luz brillante y potente que ni siquiera tú habías descubierto. Conocerme antes de que eso se desarrollara sería un error. Además, juntos, con nuestro don, podríamos llegar a lo más alto...

—Vamos a ver... —dije llevándome las manos a la frente—. ¿Todo esto es porque me consideras tu Santo Grial?

Empezó a reírse con ganas mientras yo lo miraba perpleja.

—Encima eres graciosa... —Se relamió los labios—. Es por muchas cosas más, Paula, estamos predestinados, desde que mi antepasado Lord James conquistó a la hija de aquellos franceses adinerados, toda nuestra suerte cambió.

—¿Te refieres a Paulé?

—Sí. Son los de aquella foto que te enseñé. La cara que pusiste fue tremenda —Sonrió con ganas—. Son nuestros antepasados, es normal tener cualidades físicas similares.

—Déjame decirte que tu antepasado no conquistó a nadie —dije intentando no arrancarle los ojos.

—Es mejor pensar que sí, es menos doloroso para el primer prometido de aquella muchacha —Levanté la cara de inmediato—. Nadie supo que fue de él. Desapareció de aquel cobertizo poco antes de ser fusilado por brujo —Abrí mucho los ojos y el corazón me fue a mil—. Mi tío recogió todas sus vivencias en un diario que ha pasado de generación en generación: ¡le admiro tanto...! Es curioso, manipuló a todo el mundo para matar a aquel muchacho por brujo, cuando mi tío era

uno de los brujos más poderosos de la época. Por suerte, los hombres pasaban desapercibidos y todo se centraba en las mujeres.

—¿Por suerte? —Le miré horrorizada, me puse en pie y fui hacia la puerta—. Mira, antes de seguir contándome patrañas déjame decirte que no me interesas en absoluto. Sigue haciendo lo que quiera que sea que hagas y no vuelvas a buscarme jamás.

Me miró alzando una ceja y se puso en pie, caminó hacia mí con aquel aire de petulancia que daba angustia, se puso justo enfrente de mí y sonrió de manera lasciva.

—No vayas tan deprisa —susurró acariciándome el pelo—. Tengo cierta información que puede que te haga cambiar de opinión.

Le miré alucinada.

—¿Estás chantajeándome? Habla lo que quieras de mí, no tengo nada que perder.

—Tú no —Levanté la cabeza y lo miré fijamente—. Pero... ¿Qué me dices de ese tal Quim? Ese abogado que jamás pierde un caso. ¿Crees que la gente no sospecha que ocurre algo?

—¿Vas a ir contando por ahí que es vidente? —Sonreí—. Adelante, a ver quién te cree.

—Eso sería algo inútil, pero tengo contactos, exnovias tuyas, gente que a cambio de muy poco, podrían arruinar su reputación.

—¿De qué hablas? —pregunté intentando fingir que no estaba preocupada.

—Puede que alguna exnovia resentida esparciera ciertos rumores, puede que algún fiscal denunciara alguna irregularidad, algún cliente... —Me miró fijamente—. No tienes una ligera idea de hasta dónde puedo llegar para conseguir lo que quiero.

Entonces lo entendí todo, estaba condenada a cometer una y otra vez el mismo error por proteger a Quim... Ese era mi talón de Aquiles.

—Si acepto estar contigo, no le harás nada.

—Exacto.

—¿Y qué garantías tengo de que luego no me traiciones?

Sonrió asombrado.

—Si algo de ese estilo le ocurriera, tienes carta blanca para irte.

Me miré las manos y luego miré al suelo, no quería que nada malo le pasara a Quim, le quería con todo mi corazón, le amaba sobre todas las cosas, pero había un problema... Aquella vez no estaba dispuesta a dar mi vida a cambio de nada. Si era capaz de intentar arruinar a Quim, entonces yo haría todo lo posible por evitarlo.

—Tu oferta es tentadora, pero —Le miré—. Yo no soy moneda de cambio. Haz lo que tengas que hacer, pero jamás seré tuya. Ni aunque fueras Brad Pitt, toca huevos, petulante.

Un estruendo abrió la puerta de aquel despacho de golpe haciendo que me cayera al suelo del susto, y no solo yo, Oliver también estaba en el suelo junto a mí. En aquel momento más de cinco policías armados hasta las cejas entraron en el despacho gritando y apuntando a todos lados.

Estuvo a punto de darme un infarto hasta que después de esos policías uniformados hasta las cejas, entraron una mujer y un hombre vestidos de paisano. Podía seguir oyendo a los demás adentrándose en las distintas puertas que había en aquel despacho.

La mujer de paisano se acercó a Oliver que la miraba aterrado.

—Ramón Rodríguez, queda usted detenido. Tiene derecho a guardar silencio y a negarse a responder preguntas. Cualquier cosa que diga puede ser usada en su contra en un tribunal judicial. Tiene derecho a consultar a un abogado antes de hablar con la policía y a tener un abogado presente durante el interrogatorio o más adelante. Si no puede pagar un abogado, el tribunal le asignará uno de oficio...

Mientras decían todo aquello, le habían puesto de pie y lo habían esposado.

—Señorita, ¿puede ponerse de pie? —Él otro policía de paisano me miraba desde su considerable altura, me sentí ridícula por no haberme levantado antes del suelo.

—Disculpe —Me puse en pie y me pasé las manos por los bolsillos.

—Tranquilo, Bosco —Una voz muy conocida para mí habló desde el marco de la puerta—. Ella era el señuelo, se llama Paula. Su jefe lo sabe todo.

Quim estaba apoyado en el marco de la puerta tan arrebatador como siempre, tenía el pelo más largo y tenía una incipiente barba, parecía algo descuidado, pero terriblemente arrebatador.

—De acuerdo Quim, de todas formas que no se vaya muy lejos, hay que tomarle declaración.

Quim asintió y me hizo un gesto para que saliera de allí, apenas me miró y andaba tres pasos por delante de mí.

—Quim...

—Ahora no, Paula —Sentenció.

—Quim...

—¡Paula! —Se dio la vuelta quedando frente a mí—. ¿Qué parte de «ahora no» no entiendes?

Nos quedamos mirándonos fijamente, estaba increíblemente arrebatador, allí delante de mí, con ese aspecto taciturno descuidado... Tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no darle un tortazo por ser tan borde, y poco después darle un morreo del quince. Pero viendo lo borde que estaba decidí callarme y seguirle, poco después me llevaron a comisaría donde estuve prestando declaración.

No era tonta, intuía que no podía ser sincera del todo en mi testimonio, no me podía poner a hablar de vidas pasadas y ese tipo de cosas, ni siquiera sabía porque lo habían detenido, únicamente les interesaba mi versión.

Varias horas después.

—¿Cómo narices se te ocurrió enviarme allí sola? —susurré a Santi que estaba sentado en el

alfeizar de la ventana—. Casi me da un infarto.

—Exageras —dijo él sonriendo—. Sabía lo que iba a ocurrir, estaba todo controlado.

Le miré de mala manera y volví la vista al frente.

—¿Has podido averiguar algo? —pregunté mirando a la nada.

Justo en ese momento entró una mujer a la sala donde estaba y me comunicó que ya podía salir, Santi había desaparecido, así que me encontraba completamente sola.

Al salir por la puerta de la comisaria vi a Quim apoyado sobre su coche con los brazos cruzados, tuve que coger aire para no desmayarme. Cuando se dio cuenta de que estaba allí se metió dentro de su coche y bajó la ventanilla del copiloto, imaginé que era una invitación para que entrara, y si no era así, me acababa de autoinvitar.

No me miró cuando entré, se dedicó a arrancar el coche y a ponerse en camino, por un lado deseaba estar callada y mantenerme orgullosa, pero por otra parte me era imposible.

—¿Me vas a contar que acaba de pasar? —susurré mirándole de soslayo.

—Oliver, o como cojones se llame, es un estafador, ha estafado a muchísimas mujeres aprovechándose de su condición. La cosa fue a más cuando empezó a chantajearlas a cambio de que no le denunciaran. Tiene información de gente muy importante y eso es lo que le va a llevar a la cárcel.

—Me dijo que también tenía información de ti —Por primera vez me miró.

—Lo sé, ha indagado en mi vida, se ha puesto en contacto con mucha gente que me conoce, entre ellas un político cliente mío al que creía que podría amedrentar. Ese fue su mayor error, le ofrecía silencio sobre su condición sexual si a cambio expandía un rumor sobre mí y mi legalidad.

—¿Y qué pasó?

—Pues que mi cliente me puso en conocimiento de todo y ambos fuimos a la policía, por casualidad se habían presentado varias denuncias por casos similares y es ahí cuando han empezado a investigar. Han dado con un entramado muy grande.

—¿Por casualidad? —dije mirando a la carretera.

—Hace mucho que no presiento nada—Me miró de nuevo—. Por primera vez en mi vida soy normal.

—¿Y te gusta?

—Me aburre...

No hablamos más en todo el camino, llegamos hasta mi apartamento y paró, no me miró, y aquella frialdad me mataba.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —pregunté casi a punto de llorar—. Desapareciste.

—Lo mejor para ti es que él pensara que ya no estábamos juntos, así ganábamos tiempo para investigar.

—¿Ganábamos? —Le miré perpleja.

—He estado ayudando a la policía con este caso de manera excepcional —Me miró—. Creo que deberías salir del coche, ya se ha hecho tarde.

—Quim —Me miré las manos mientras miles de lágrimas me caían por los ojos—. Siento mucho lo que pasó en Argentina... ¡perdóname!

—Quizá para eso también es tarde, Paula.

—Desde entonces he hecho todo lo posible para arreglarlo.

—Y te lo agradezco —Miró el volante y lo apretó con fuerza—. Pero llega tarde. Ya he esperado demasiado y siempre pasa algo... Tú y yo no debemos estar juntos.

—¿Ya estás otra vez con la misma mierda? —Exclamé nerviosa—. ¿Sabes lo que te digo? ¡Qué te den! Te he pedido perdón, no lo aceptas... ¡Pues adiós!

Y diciendo esto salí del coche y di un portazo tras de mí, estaba llorando a mares pero no quería que él me viera, ya estaba harta de todo. Cuando subí a mi casa Santi estaba sentado en el sofá.

—Nena —dijo apenado—, no le hagas caso, está enfadado...

—¿Y yo? ¿Cómo estoy yo? —grité—. ¡Mi vida se ha ido a la mierda! No tengo trabajo, no tengo dinero, tengo esto que no me deja hacer una vida normal, me siento confusa la mayor parte del día, he tenido que cambiar a través de un sueño un pasado en el que ni siquiera creo del todo, ¡y encima me deja!

Diciendo esto entré en el baño donde después de llenarme la bañera con agua caliente me metí, necesitaba relajarme.

Estaba tan cansada que apenas podía respirar, nada me hubiera gustado más que desaparecer, pero no, aquello era imposible. Cuando abrí los ojos Santi estaba apoyado en la bañera.

—¿Te sientes mejor? —Me encogí de hombros—. Anímate nena, verás como todo acaba bien.

—O quizá no acabe, a saber —Me sequé una lágrima y le miré—. Echo de menos mi vida antes, antes de Quim, antes de todo esto. Quizá fuera aburrida, pero era una vida normal al fin y al cabo.

—Dices eso porque estás triste...

—Puede ser, pero es que no doy una. Pero bueno, en unos días empezaré a buscar trabajo, y si no lo encuentro... pues me alimentaré de agua.

—Siempre podrás echar las cartas, hay gente que se forra.

Le miré y contra todo pronóstico empecé a reírme a carcajadas. Ni siquiera sabía por qué reía de aquella manera, pero no podía parar, después de recobrar el aliento miré de nuevo a Santi que me miraba sonriendo.

—Una cosa... —susurré—. ¿Cómo puede ser que ayer yo cambiara el final de la regresión y hoy Oliver lo supiera?

—Al modificar algo del pasado, todo el presente cambia. Inconscientemente sus recuerdos han variado, es algo muy raro.

—Ya, algo tan raro como tener a un espíritu sentado en la bañera de mi baño dándome apoyo moral, porque solo me queda una amiga y bastante tiene con ella misma y su drama.

—¿Ves? ¡Eres de mente rápida!

Volví a sonreír, poco después salí del baño y me metí en la cama. Ya había tenido bastante por un día.

Estaba a punto de dormir cuando sentí que mi cama se hundía, antes de poder hacer nada unos labios taparon mi boca besándome como si no hubiera un mañana. Reconocía su tacto pero había algo diferente...

—¿Quim? —susurré cuando liberé mis labios—. ¿Eres tú?

—¿Acaso ahora uno no puede descuidarse un poco? —Se apartó de mí y me incorporé—. Llevo cabalgando colina abajo horas... ¿Qué esperas?

Me quedé pálida por unos instantes, me moví rápido para encender la luz de la lamparita, ya que en aquella oscuridad solo podía ver la silueta de un hombre.

—¿¡¡Qué!!? —Al encender la luz estaba Quim delante de mí sonriendo—. ¡Qué susto me has dado!

—Era una broma mujer, ¿acaso uno ya no puede bromear?

Me levanté de la cama y fui hacia la cocina, Quim me siguió en silencio.

—¿Cómo has entrado? No he oído la puerta.

—Sigo teniendo tus llaves y he entrado despacio.

—Ya veo —Le miré alzando una ceja—. ¿Cómo sabes lo de la colina? ¿Te lo ha dicho Santi?

Me miró fijamente apoyado en el marco de la puerta. Estaba mucho más guapo que aquella mañana.

—Lo he soñado —suspiró—. Había notado algo esta mañana, pero no ha sido hasta hace unas horas, cuando me he ido a dormir, que lo he soñado con claridad.

—¿Y no me puedes llamar en lugar de presentarte así? —dije pasando por su lado visiblemente molesta.

—¿Ya no soy bienvenido? —preguntó con sorna llevándose las manos a las caderas.

—Desde que me has tratado así esta mañana, ¡no!

Para mi sorpresa se echó a reír, yo hubiera sonreído si no fuera porque seguía muy enfadada, aunque verle así me encantaba.

—Siento haber sido un idiota, pero estaba enfadado.

—¿Y se puede saber por qué? Sé que estuvo mal lo de Argentina, y te he pedido perdón esta mañana, por no mencionar las más de mil veces a tu móvil y a tu correo, las mismas que ignoraste durante un jodido mes.

—Si te sirve de algo, las leí todas —Le miré mal, a decir verdad, muy mal.

—Mira Quim, ya está bien. Estoy cansada de esto, y encima te estás riendo de mí en mi cara. ¿Tú te haces una idea de cómo he estado?

Iba a meterme de nuevo en la habitación y a cerrar la puerta, cuando me agarró del brazo.

—Paula, perdóname —Por primera vez me miraba sin un ápice de humor—. Estaba muy enfadado, llegué a pensar que ese tío te gustaba de verdad. Después de llegar aquí desde Argentina me encerré. Después quise llamarte un millón de veces, pero me dio miedo que me dijeras que estabas con él, todo se fue complicando. Mi madre se puso enferma, nos pusimos en lo peor, pero finalmente se ha recuperado. Todo eso unido a que dejé de sentir y percibir las cosas, ya no podía sentirte y llegué a pensar que realmente se había terminado.

—¿Y por qué no llamaste cuando lo de tu madre? Yo podría haberte apoyado.

—Tenía miedo, Paula...—Me acarició suavemente la cara.

—¿Y hoy, por qué estabas así hoy?

—No lo sé —Se encogió de hombros—. Estaba feliz de verte, y a la misma vez enfadado, verte con él...

—¡Pero si lo mandé a paseo!

—Lo sé, amor, lo sé —Me sujetó la cara con las dos manos—. Por favor, dejemos todo esto atrás. Han sido muchas cosas en muy poco tiempo, demasiadas emociones, demasiado todo... ¿Qué te parece si empezamos de cero?

—Pero Quim...

—Shhh —Me cubrió los labios con las manos—. Hazme caso.

—¿Lo dices como vidente?

—Lo digo como tu novio, una persona que te ha amado cada una de sus vidas, y que te amará siempre —Suspiré como una tonta, me soltó se apartó un poco y me tendió la mano—. Encantado de conocerte, soy Quim, un hombre completamente normal.

Lo miré alucinada y empecé a reírme.

—¿Un hombre normal? ¡Ja!

EPÍLOGO

Un año después.

—¿Qué tal lo he hecho? —pregunté a Quim que me miraba sonriendo—. Estaba un poco nerviosa.

—Lo has hecho genial, preciosa —Me agarró fuerte de la mano y me besó en los labios—. Ha salido mejor de lo que pensábamos, probablemente le caigan más de seis años.

—¿Lo dices como vidente o como abogado?

—Como ambas cosas —Me relamí del gusto al ver lo tremendamente guapo que estaba—. Pero no hablemos más de ese tío y centrémonos en nosotros.

—Me gusta esa idea...

Caminamos juntos hacia nuestra casa, hacía seis meses que nos habíamos ido a vivir juntos, nos habíamos mudado a las afueras, a una pequeña, pero cuca casa de dos plantas con suficiente terreno para llenarlo de gatos.

La primera semana que compramos la casa dos gatitos aparecieron por el jardín, les pusimos comida y al día siguiente vinieron ellos y dos más... Y sin saber cómo, terminamos por construir casitas de madera donde vivían tan ricamente esos cuatro... y siete más.

Tenía mi propia colonia de gatos en mi casa y me encantaba.

Aun estábamos sacando cosas de las cajas, y eso que ya llevábamos un tiempo allí. Habíamos vendido los dos apartamentos y en aquel momento nuestra casa parecía un almacén. Quim trabajaba mucho y yo había abierto mi propio centro de terapia, así que hasta que pudiéramos sentarnos realmente para colocarlo todo, me temía que pasaría mucho tiempo.

Aquel día, por ejemplo, era uno de esos días en que acabas las cosas antes de lo esperado y, aunque hacer el amor con Quim en cada rincón de la casa era una delicia, teníamos que poner orden a todo aquello antes de que me diera un ataque de nervios.

—¿Quim, de qué es esta caja?

—La trajo ayer tu madre —dijo desde la otra punta de la casa—. Dice que lo que no quieras, lo tires.

Me quedé mirando la caja extrañada, ya me había quedado claro que mi madre quería hacerse un rincón para sus cosas en la que había sido mi habitación, pero aquello ya era un destierro en toda regla. Me arrodillé delante de aquella caja y empecé a sacar cosas, sabía que aquello me iba a llevar más tiempo del normal porque a cada foto que encontraba le pasaba una captura a Cristina, que me respondía con audios.

—¡Como me dejabas ir con ese pelo, tú no eres mi amiga ni eres nada!

Me puse aquel audio al menos tres veces, mi madre se había dedicado a quitar casa cosa que había en mi pared... Como si yo fuera a usar algunos de esos posters.

—Esta mujer, de verdad que...—Cogí el móvil y le mandé un audio a mi madre:

Oye mamá, tú me sigues queriendo y esas cosas, ¿no? Es que me has metido hasta mi partida de nacimiento. ¿Me estás queriendo decir algo?

Escuché a Quim reírse justo antes de aparecer haciendo gala de esa belleza tan perfecta.

—¿Te lo puedes creer? Toda mi adolescencia cabe en esta caja...

—¿Y te quejas? —dijo sentándose en el suelo a mi lado—. Al menos tú tienes caja, yo era un marginado, no tuve ni caja.

Le miré con cariño, era increíble vivir con él, sabía que todos los inicios eran buenos, y que seguramente en otros seis meses más habría cosas que me sacarían de quicio, pero de momento todo iba bien.

Me ayudó a sacar cosas de aquella caja y se burló de mí en innumerables ocasiones. Sí, yo había tenido épocas en las que era un esperpento. Seguí sacando cosas hasta que una pluma llamó mi atención, no recordaba haberla visto antes, pero había algo en ella que me obligó a tocarla y fue entonces cuando miles de imágenes me asolaron la mente.

Quim en la cafetería, Venecia, la pluma, el autobús, otra vez Venecia, Quim y el accidente de coche.

—¡Paula! —Cuando abrí los ojos Quim estaba zarandeándome—. Paula, ¿estás bien?

Necesité unos segundos para poder hablar, en aquel momento no solo estaba asimilando todos esos recuerdos, sino que también me agolpaban las emociones.

Antes de poder hablar empecé a llorar. Ya podía recordarlo todo, ya entendía esos vacíos: ¡todo tenía sentido!

—Eras tú —dije al fin entre lágrimas— Eras tú...

—Tú y yo, siempre —susurró lanzándose a mis labios como si sin ellos no pudiera seguir respirando—. Siempre, ¿me has oído?

Varios años después...

¡Noticia de última hora!

Acaba de llegar a esta redacción que altos cargos de la Policía Nacional han pedido una vez más la colaboración del abogado Quim Ferrer y la terapeuta Paula Moreno, en un nuevo caso de asesinato.

Ya son más de veinte ocasiones en las que esta peculiar pareja colabora con las fuerzas del orden en un nuevo y enigmático caso. El alto índice de aciertos les ha llevado a lo más alto.

No se sabe exactamente cómo, pero son especialistas en aportar datos precisos que permiten la detención de los culpables de casos extremadamente aterradores en los que los expertos se ven desbordados.

En la última rueda de prensa en la que tuvimos el honor de estar presentes contestaron amablemente a nuestras preguntas.

El señor Ferrer insiste en que todo reside en los pequeños detalles que a veces pasan desapercibidos, sin embargo la señora Moreno, algo más tímida, mantiene que no tienen nada especial, salvo que son muy observadores.

Sea como sea, este tándem está dando mucho que hablar.

¿Qué hay detrás de estas personas realmente?

Yo, al menos, me siento más segura.
Seguiremos informando.

Miriam Ojeda

Agradecimientos

Antes de nada, me voy a permitir el lujo de despedirme de Quim y Paula, protagonistas de esta loca historia que, a ratos me ha vuelto loca hasta a mí. Escribo esto mientras me saltan las lágrimas porque realmente ha sido la historia donde más he dejado que mi mente divague en mi mundo de las fantasías.

Como si escribir erótica ya no fuera en sí una fantasía, pero ya me entendéis.

Me despido de ellos cerrando de nuevo un círculo y esperando de corazón que os guste.

Gracias a mi correctora Teresa Ruiz, por su trabajo tan profesional y por ese cariño eterno que nos tenemos.

Gracias a mi familia por apoyarme siempre, gracias sobre todo a mi madre, a la que, ahora que vivo sola, echo tanto de menos. Consigue calmarme en cuanto la llamo en pleno siroco por cualquier cosa, entre ellas que mi gato no se quiera tomar su medicación.

Gracias a mis amigas, a todas ellas, por sus anécdotas que llenan mis libros. Gracias a mi amiga Cristina por dejarme usarla en este libro y por contar así su historia.

Lo de La Rumba y la caca es verídico, y otras cosas también...

Y cómo no, gracias al hombre de mi vida, que está siempre a mi lado, el que me apoya, me ama, y me soporta en mis *cu-cuses*. Él me entiende. No sé qué sería de mí sin ti. Bueno, si lo sé, pero es más bonito contigo.

Y gracias a ti, que has llegado hasta el final y me has regalado tu tiempo.

¡Hasta la próxima! Y ya sabéis... ¡Quizá caiga una estrella!

Tía Amparín, ojalá estuvieras aquí...

Kjnokjijjswnhreudfcnfodnfv: Mis gatos os saludan.

Miriam Ojeda.

▣ Aspirador robótico.

